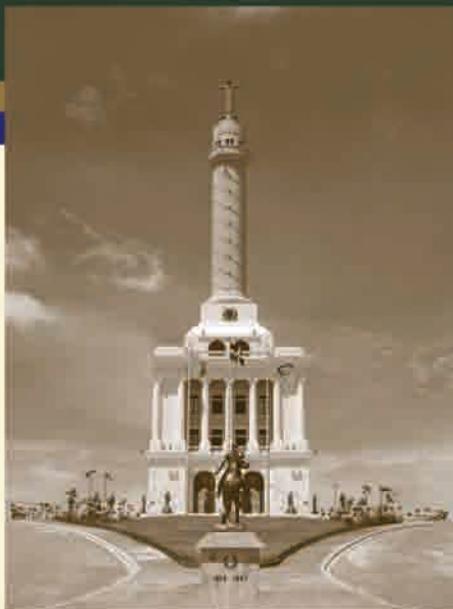


COLECCIÓN
BANRESERVAS
Serie Historia

SEGUNDA ÉPOCA
Volumen 2



Diccionario biográfico

DE LOS RESTAURADORES
DE LA REPUBLICA

Rafael Chaljub Mejía

Diccionario biográfico
de los restauradores
de la República

RAFAEL CHALJUB MEJÍA

Diccionario Biográfico
de los Restauradores
de la República



COLECCIÓN BANRESERVAS
SERIE HISTORIA
SEGUNDA ÉPOCA • VOLUMEN 2



Esta publicación, sin valor comercial,
es un producto cultural del Banco de Reservas
de la República Dominicana.

COMITÉ DE EVALUACIÓN Y SELECCIÓN

Orión Mejía

Director General de Comunicaciones y Mercadeo, Coordinador

Luis O. Brea Franco

Gerente de Cultura, Miembro

Juan Salvador Tavárez Delgado

Gerente de Relaciones Públicas, Miembro

Oscar Peña Jiménez

Encargado de Prensa, Miembro

Joaquín E. Ortiz Pimentel

Encargado Administrativo, Miembro

ISBN 978-9945-8591-2-6

Coordinador de edición

Luis O. Brea Franco

Portada

Monumento a los héroes de la Restauración de la República

Fotografía

Jorge Pinales

Corrección de estilo

Neri Ciprián y profesor Édison Núñez

Diseño y arte final

Ninón León de Saleme

Corrección de pruebas

Juan Freddy Armando

Impresión

Amigo del Hogar

Santo Domingo, República Dominicana

2007



BANCO DE RESERVAS
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Daniel Toribio
Administrador General
Miembro ex officio

CONSEJO DE DIRECTORES

Lic. Vicente Bengoa
Secretario de Estado de Hacienda,
Presidente ex officio

Lic. Mícalo E. Bermúdez
Miembro
Vicepresidente

Dra. Andreína Amaro Reyes
Secretaria General

VOCALES

Ing. Manuel Guerrero V.
Lic. Domingo Dauhajre Selman
Lic. Luis A. Encarnación Pimentel
Dr. Joaquín Ramírez de la Rocha
Lic. Luis Mejía Oviedo
Lic. Mariano Mella

SUPLENTE DE VOCALES

Lic. Danilo Díaz
Lic. Héctor Herrera Cabral
Ing. Ramón de la Rocha Pimentel
Ing. Manuel Enrique Tavárez Mirabal
Lic. Estela Fernández de Abreu
Lic. Ada N. Wiscovitch C.

Contenido

PRESENTACIÓN

Daniel Toribio Administrador General del Banco de Reservas de la República Dominicana	17
PALABRAS DEL AUTOR	19

A

Abad, Juan Manuel	25
Abad, Tiburcio	25
Abreu, Enrique	25
Abreu, José	26
Abreu, Miguel Custodio	26
Acosta, José Silvano –José Chiquito–	27
Adames, Esteban	28
Adón, Marcos Evangelista	28
Agüero, Toribio	30
Almonte, Benedicto	31
Almonte, Manuel María	31
Almonte, Ramón Antonio	32
Álvarez, Braulio	33
Álvarez Cartagena, Juan	33
Álvarez, Wenceslao	34
Anderson, Moisés Alejandro –Macabón–	35
Andújar, José Donato	35
Angulo Guridi, Francisco Javier Ramón	36
Artiles, Antonio	36
Aybar, Andrés Eloy	37

B

Báez, Carlos	41
Barrientos, José o Jové	41
Batista, Antonia	41
Batista, Antonio	42
Batista, Daniel	43
Batista, Pedro	44
Belén, Baltazar	44
Belliard, Eugenio	45
Bermúdez, José Dolores	45
Bobadilla, Tomás –Hijo–	46
Bonilla, Juan	47
Bonó y Mejía, Pedro Francisco	47
Borbón, Juan	49
Brea, José Nazario	49
Brighman, John (El Alemán)	50
Bueno, Alejandro	50

C

Caba, Antonio	53
Cabral, José María	53
Cabral, Marcos Antonio	58
Cabrera, José	58
Calero, José María	60
Caminero, Luís María	60
Campos, Alejandro	61
Campusano, Alejo	61
Carrasco, Justo	62
Casado, Vicente –Blanco–	62
Casimiro, Pedro Antonio	63
Castillo, Benigno Del	64
Castillo Medrano, Manuel María	65
Castillo, Tomás Ramón	67
Castro, Agustín	67
Cestero, Mariano Antonio	67
Colomé, Lorenzo	69
Comas, Eugenio	69
Contreras Espejo, José	70
Contreras, Eugenio	71
Cordero, Timoteo –Sambito–	71
Corporán, José	72

Crespo, Diego	72
Crespo, Gabino	73
Cuello, Antonio –Antonio Blas–	73
Curiel, Julián Belisario	74
Curiel, Ricardo	75
Ch	
Chanlatte, Jose Aniceto –Baúl–	79
Chanlatte, Manuel –Lilf–	79
Checo, José María	79
D	
Daniel, Remigio	83
De Aza, Antonio o Antonino	83
Deetjen, Alfredo	83
De La Cruz Álvarez, Juan –Cacú–	85
De la Cruz, Ambrosio	85
De la Cruz, Cayetano	86
De las Mercedes, José	86
De León, Rudecindo –Medio Mundo–	87
De Lora, Carlos	87
De Lora, Gregorio	88
De Luna, Zacarías	89
De Peña, Lucas Evangelista	89
De Rojas, Benigno Filomeno	90
Delmonte, Silverio	92
Del Rosario, Juan	93
Del Rosario Sánchez, Francisco	93
Díaz, Genaro	96
Diez, Mariano	96
Duarte, Juan Pablo	97
Duarte, Vicente Celestino	101
Dubreil, Francisco	102
Durán, José	102
Durocher, Manuel Barón	103
E	
Erazo, Juan	107
Escarramán, José	107
Espailat, Pedro Ignacio	108

Espailat, Ulises Francisco	108
Estrella, Antonio	110
Evangelista, Eusebio	110

F

Favard, Juan Enrique	115
Félix, Ángel –Liberata–	115
Fernández, Álvaro	116
Fernández, José Mauricio	117
Figueroa, José Antonio	117
Florentino, Pedro	118
Fondeur, Furci	122

G

García, Federico De Jesús	127
García, José Gabriel	128
García, Pedro	129
Gautreaux, Mauricio	130
Gavilán, Basilio	130
Gazán, Alejandro Eugenio	131
Germosén, Cayetano	132
Gil, Basilio	132
Glas, José Manuel	133
Gómez, Francisco Antonio –Toñico–	133
Gómez, Juan	134
Gómez, Severo	134
Gómez, Teodoro	135
González, Francisco	136
González, Manuel	136
González Regalado y Muñoz, Manuel Francisco	137
Grullón, Máximo	138
Guillermo, Cesáreo	139
Guillermo, Pedro	140
Guzmán, Antonio –Antón–	141
Guzmán, Domingo –Siño Domingo–	143

H

Heneken, Teodoro Stanley	147
Henríquez y Carvajal, Daniel	148
Henríquez y Carvajal, Manuel	148
Hernández, Florencio	149

Hernández, Telésforo	150
Heureaux, Ulises –Lilís–	150
I	
Imbert, Segundo	155
Infante Pichardo, Andrés	155
Iserven o Iseroen, Francisco Antonio –Racin Isurún–	156
J	
Jiménez, Manuel De Jesús –Caravana–	161
Jiménez, Manuel	161
Jiménez, Santiago	161
K	
Kingsley, Oceoba	165
L	
Laffite, Juan o Juan Nouesí	169
Laffite, Martin	171
Lancaster, Arturo	172
Lantigua, Bernabé	172
Lantigua, Gregorio –Goyito–	173
Latour, Juan Bautista	173
Lazala Sánchez, Domingo	174
Lebrón o Lebrún, José	175
Leyba, Rafael María	175
Limardo, Félix Antonio	176
Lovelace, Manuel	177
Lovera, Miguel	177
Luciano, José Ramón	177
Luperón, Gregorio	178
M	
Maldonado, Blas	189
Manzuela, Eusebio	189
Manzuela, Leandro	191
Márquez, José Epifanio	192
Martínez, Aniceto	193
Martínez, Emilio Benito	194
Martínez, José	195
Martínez, Pedro Gregorio	195

Diccionario biográfico de los restauradores de la República

Mártir, José	197
Marzán, Huberto	197
Medrano, Carlos	197
Mejía, Bartolomé –Bartolo–	198
Mejía, Manuel	199
Mella Brea, Ramón María	200
Mella Castillo, Idelfonso	201
Mella y Castillo, Matías Ramón	202
Merejo, León	203
Mézquita, San	204
Monción, Benito	204
Monción, Juan De Mata	208
Morel De Santa Cruz, Vicente	208
Moreno, Francisco –Cico–	209
Mota, Santiago	210

N

Núñez, Eusebio	213
Núñez, Juan Nepomuceno	213
Núñez, Manuel De Jesús	213
Núñez, Santiago	214

O

Ogando, Andrés –Mano Andrés–	217
Ogando, Timoteo	219
Oquendo, Candelario	220

P

Paradas, Juan Bautista	225
Pastor, Luis	225
Peguero, Quintino	225
Peña, Francisco –Paco–	226
Peña Masagó, Agustín	227
Pepín, Agustín	227
Perdomo Martínez, Eugenio	228
Pereyra, Eusebio	229
Perpiñán, Genaro	230
Pierre, Thomas	231
Pimentel, Pedro Antonio	231
Pimentel, Tomás	235

Pina, Calixto María	235
Pina, Pedro Alejandrino	237
Piñeyro Boscán, Domingo	238
Polanco Borbón, Gaspar	238
Polanco, Juan Antonio	243
Ponce De León, Manuel	244
Poncerrate, Sebastián	245
Proud'homme, Pedro	245
Pujol y Solano, Pablo Domingo	246
 Q	
Quezada, Miguel	251
Quintana, Aniceto	251
Quintín Reynoso, Pedro	251
 R	
Redondo o Arredondo, Isaías	255
Reynoso, Norberto	255
Reyes Gatón, Ignacio	256
Reyes Marión, Francisco	256
Reyes, Pablo	257
Reynoso, José Del Carmen	258
Rivas, Segundo	259
Rodríguez De Salcedo, Águeda	260
Rodríguez, Domingo Antonio	261
Rodríguez Manuel –El Chivo–	261
Rodríguez, Jacobo	264
Rodríguez Objío, Manuel	265
Rodríguez Objío, Mariano	267
Rodríguez, Santiago	268
Román, Miguel Antonio	272
Rondón, Juan	273
Royer, Pedro Faustino	273
 S	
Salcedo, José Antonio –Pepillo–	277
Salcedo, Juan De Jesús –Juanico–	281
Salcedo, Pedro Pablo –Perico–	282
Santamaría Lluberés, José Antonio	283
Santos, Martín	283

Diccionario biográfico de los restauradores de la República

Silvestre, Santiago	284
Simonó, Gabino	284
Sosa, Santiago	285
Suárez, Mateo	285
Suero, Rudecindo	285
Suriel, Francisco	285
T	
Tavera, Fernando	289
Tejada, Juan Bautista	289
Tejada, Manuel	289
Tenares, Olegario	290
Tiburcio, Norberto	292
Tolentino, Andrés	292
Tolentino, Juan Pablo	293
Toribio, Esteban	294
Torres, Norberto	294
Trinidad y López, Marcos	295
Troncoso, Dionisio	295
U	
Ureña, Basilio	299
V	
Valverde y Lara, Pedro	303
Valverde, Melitón	304
Valverde, Sebastián	304
Velásquez, Cayetano	305
Vidal Pichardo, José	306
Viñals, Francisco –Pancholo–	307
Z	
Zafra, Juan Bautista	311
BIBLIOGRAFÍA	313
APÉNDICE FOTOGRÁFICO	315

Presentación

Constituye para mí un alto honor como Administrador General del Banco de Reservas de la República Dominicana, presentar a la Nación el libro *Diccionario Biográfico de los Restauradores de la República*, de la autoría del cuidadoso investigador Rafael Chaljub Mejía.

Con esta obra viene a suplirse un vacío que consideramos inexplicable en la bibliografía nacional, pues no tenemos conocimiento de que se haya publicado anteriormente algún texto que presentara de manera condensada, con sencillez, propiedad en la redacción y ciertos datos históricos, quiénes fueron los personajes de la Restauración. El libro tiene como principal objetivo ofrecer, con visión abarcadora, los rasgos biográficos y las hazañas de las principales figuras de esta epopeya.

Para conocer, valorar y admirar adecuadamente una gesta histórica, debemos distinguir el rostro y aquilatar la calidad humana de sus protagonistas. Esto vale de manera eminente para nuestra Guerra de Restauración, que fue ante todo una gesta de carácter popular, asumida por todas las clases sociales, en la que participaron personas provenientes de los más diversos estamentos, dotados de las personalidades, formaciones y experiencias vitales más dispares.

El volumen de Chaljub Mejía está escrito en un lenguaje directo y claro, de fácil comprensión para la mayoría de nuestros ciudadanos. El texto evita caer en el tratamiento de temas polémicos o en dificultades de carácter crítico-historiográfico, ya que pretende ser una obra dirigida a quienes se introduzcan en el estudio de la historia y en la comprensión humana del proceso histórico de la Restauración.

Por el papel preponderante y la importancia de las consecuencias históricas que derivan de sus actuaciones, se consideró que no podían

omitirse en el libro figuras muy conocidas de la talla de Gregorio Lupe-rón, Pepillo Salcedo, Juan Francisco Espaillat, Santiago Rodríguez, Gaspar Polanco, Benigno Filomeno de Rojas y otros, sin los cuales ninguna obra sobre la Restauración puede considerarse completa.

Otros personajes se tomaron en cuenta por su relevancia en el contexto del estamento social a que pertenecían. Por ejemplo, se incluyen personalidades representativas de los agricultores, artesanos, comerciantes, soldados de la independencia, lo mismo que hateros y terratenientes; así como recueros, curanderos, boyeros; gente menuda del pueblo que participó en la gesta restauradora, cuya presencia en esta compilación permitirá al lector percibir la amplia tonalidad social del movimiento.

El autor de esta excelente obra de divulgación histórica es Rafael Chaljub Mejía, nativo de Nagua. Es autodidacta. Es militante político de izquierda, y columnista e investigador de temas históricos para el vespertino *Última Hora*. Ha escrito también para otros periódicos, tales como *El Caribe*, *El Nuevo Diario* y *El Nacional*.

Este libro corresponde a su novena obra escrita en el curso de los últimos diecisiete años. Ha publicado, además: *Golpe a golpe*, 1990; *La guerrilla del decoro –Memorias–*, 1993; *¿Por dónde avanzar?*, 1997; *Cuesta arriba –Memorias–*, 1998; *He aquí la izquierda*, 2000; *Habla Merardo Germán, Un guerrillero de Constanza*, 2001; *Antes de que te vayas... Trayectoria del Merengue Folclórico*, 2002; *La “Era” en los días del fin*, 2006.

Con este aporte a nuestra historiografía, consideramos que Banreservas ofrece un valioso servicio al país, al poner a disposición de los lectores una obra novedosa, didáctica y amena que cubre un período fundamental de nuestra historia, y conserva la memoria de los hombres y mujeres que fueron sus aguerridos protagonistas.



Daniel Toribio
Administrador General

Palabras del autor

Los orígenes de esta obra son remotos, y puede decirse que ella empezó a nacer hace más de 33 años. Corrían los tiempos trágicos de la dictadura balaguerista de los doce años. Al cabo de años de constante persecución y de lucha clandestina, a fines de enero de 1974, fui a parar a la cárcel de La Victoria y como sabía que la prisión que me esperaba sería larga, me dispuse a ganarle la batalla al abatimiento y a la ociosidad y, aparte de las materias que los presos políticos de entonces estudiábamos colectivamente, organicé mi propio programa de estudio de la historia patria.

El primer año y medio de mi encierro lo pasé estudiando historia principalmente. Con letra pequeña y apretujada, comencé a hacer fichas con datos e informaciones de acontecimientos y personajes que despertaban mi interés. Sin pensar ni mucho menos en escribir alguna vez una obra biográfica, guardaba mis fichas en orden alfabético en un archivito plástico que me llevó mi esposa Dulce, con el fin de consultarlas cuando fuera del caso en el futuro. Clandestinemente, mis fichas salieron de la cárcel y tras de ellas, salí yo. Las guardé conmigo, por décadas enteras, en el mismo archivito hasta que un consejo de mi camarada y amigo Manuel Salazar, hizo que esas viejas fichas recobraran vida y multiplicaran su valor.

Hace ya más de un año, él me recomendó escribir un Diccionario como éste. *Usted puede hacerlo*—, me dijo Manuel, con la confianza que siempre me ha tenido y la sinceridad con que por años me ha tratado. Así recibí el estímulo y la orientación que me faltaban, y de una vez puse manos a la obra.

Volví a las viejas notas. Les añadí las que había acumulado en mis estudios de historia de estos años, y las aportadas por las nuevas

investigaciones y consultas. Para ello he contado con distintas fuentes, y muy principalmente, con las obras escritas por los historiadores nacionales. He caminado tras las huellas y, como quien dice, en los hombros de ellos y debo reconocer con honradez y gratitud la herencia que han dejado. Sin embargo, al estudiar esos interesantes textos, se choca también con algunos inconvenientes que dificultan la precisión del dato.

Mientras en una obra se dice, por ejemplo, que un personaje nació en determinado lugar, en otra se le ubica como nacido en un lugar distinto. Lo mismo sucede con la fecha de su venida al mundo y la de su muerte. Esta es una dificultad real, pero tengo para mí que en ese sentido hay que ser comedido y no exigir demasiado. Porque si aún hoy, con todos los avances de la comunicación y la tecnología, hay familias enteras, millares de dominicanos, sin la documentación oficial correspondiente y, en el mejor de los casos, con esa documentación pero con datos equivocados; piénsese en lo que ocurría siglo y medio atrás en aquello de llevar un adecuado registro de cada ciudadano.

Otra cosa. Es de rigor que al hacer la biografía de un personaje, se le ubique con la objetividad mayor posible en las circunstancias históricas en que actuó. En este caso, la Guerra de Restauración librada entre 1863 y 1865. Pero una biografía no ofrece mucho margen para esto, porque se corre el riesgo de que por extenderse en el análisis del momento histórico, se rompa el hilo del tratamiento al personaje mismo. Por eso, el procedimiento que he seguido en esta obra ha sido el de darle espacio al análisis tan sólo al manejar las biografías de determinadas figuras representativas de ese período histórico.

A la Guerra de Restauración propiamente dicha, he pretendido tratarla como la guerra del pueblo que realmente fue. Como la acción histórica de un pueblo pequeño y pobre que en un rincón sin nombre del planeta se batió a muerte y le ganó la guerra a una de las más crueles y poderosas potencias coloniales de aquel tiempo. España se quitó el respeto a sí misma, al pretender reimponer su reino en esta tierra, y los dominicanos le aceptaron el reto.

Durante siglos, al dominicano se le dijo que a España debía llamársele la *Madre Patria* y a lo español debía guardársele una

inexplicable y misteriosa adoración. Nuestro pueblo se sacudió de ese pesado lastre cultural. Se empinó sobre el baluarte de su propio sentimiento nacional, venció el miedo que las fuerzas ocupantes quisieron sembrar con sus atrocidades, y a fuerza de coraje, habilidad política y sorprendente destreza militar, ese pueblo pequeño y los jefes que surgieron de su vientre, en buena lid le ganaron la guerra al invasor. A machete limpio sacaron a los españoles de la tierra firme, los forzaron a recogerse en algunos puertos marítimos y al fin, por ahí se hicieron los barcos a la mar con su triste carta de colonialistas derrotados. Este elemento de valor siempre actual y permanente lo destaco en la obra en cada momento que lo entiendo oportuno, como un estímulo al fortalecimiento del sentimiento nacional y la dominicanidad.

Igualmente, cabe reiterar que en su guerra de liberación, el pueblo dominicano se bastó por sí mismo y venció apoyado principalmente en su propia fuerza. Contó con la ayuda fundamental de Haití. Pero fuera de ahí, puede decirse que luchó y venció solo, con su onda de David, frente al gigante. La ayuda de Europa se limitó a las simpatías diplomáticas que por su rivalidad con España, le dispensó Inglaterra a los dominicanos; estos tuvieron también a su favor las presiones ejercidas por grupos políticos de Madrid, que entendían que nuestra tierra era tan poco importante, que no valía el derroche de vidas y recursos que España estaba consumiendo en conservarla. En Estados Unidos, el presidente Lincoln estaba muy ocupado en los negocios de su propia guerra, y se limitó a una cortés expresión de sus valiosas simpatías con la causa dominicana. Y las diligencias que se hicieron en Suramérica tampoco dieron los resultados deseados.

En cambio, no fueron pocos los extranjeros que, en bellísimo gesto de hermandad internacionalista, pelearon por los dominicanos como si República Dominicana hubiese sido su propia patria. Colombianos, haitianos, venezolanos, isleños, norteamericanos, alemanes, ingleses, españoles residentes en el país, e incluso algunos españoles que vinieron como soldados invasores, los encontrará el lector con nombres y apellidos en estas páginas. Como se lo merecen.

El que escribe la historia no puede ni mucho menos tratar de corregirla ni de modificar lo que pasó. Es inútil y tampoco eso va acorde con la ciencia. Por tanto, en vez de meterme en pleitos estériles con los personajes biografiados, he querido presentarlos como fueron, como el producto social de su medio y de su tiempo. Hombres perfectos no los hay ni los habrá nunca, como nunca ha habido ni podrá haber pueblos perfectos. Así que, sin abandonar el sentido crítico, ni el rigor de la apreciación de cada hecho y cada personaje, sin pretender mantener un equilibrio sin principios, escribir una historia “*imparcial y seria*”, ni lavar manchas históricas de nadie, tampoco he pretendido decirles hoy a los restauradores, lo que ellos debieron o no debieron hacer cuando hace más de siglo y medio, hicieron la historia del país y la historia de ellos mismos.

Antes del párrafo final valga una necesaria aclaración. *Cada maestro tiene su librito*, se dice comúnmente entre nosotros. Y yo, aún sin ser maestro, tengo también mis propias reglas al escribir. No me gusta hacer las citas y mandar al lector a buscar las fuentes en notas al pie de la página ni al final del libro. Ese sistema no me parece del gusto del lector y por eso, mi norma es otra. Cito las cosas que entiendo pertinentes, me ocupo escrupulosamente de ponerlas en itálicas y ahí, en el mismo renglón, señalar la procedencia y el autor del cual tomo la cita. Esa norma la sigo en esta obra y me parece que resultará más funcional y cómoda al lector.

Basta por ahora, y me resta nada más darle las Gracias sinceras al Banco de Reservas en la persona de su Administrador General, licenciado Daniel Toribio, porque con su respaldo y su confianza ha hecho posible el nacimiento de esta obra, que empezó a escribirse sin saber el autor que la escribía, hace ya más de 33 años, en la angustiada realidad de la prisión injusta.



ABAD, JUAN MANUEL
ABAD, TIBURCIO
ABREU, ENRIQUE
ABREU, JOSÉ
ABREU, MIGUEL CUSTODIO
ACOSTA, JOSÉ SILVANO –JOSÉ CHIQUITO–
ADAMES, ESTEBAN
ADÓN, MARCOS EVANGELISTA
AGÜERO, TORIBIO
ALMONTE, BENEDICTO
ALMONTE, MANUEL MARÍA
ALMONTE, RAMÓN ANTONIO
ÁLVAREZ, BRAULIO
ÁLVAREZ CARTAGENA, JUAN
ÁLVAREZ, WENCESLAO
ANDERSON, MOISÉS ALEJANDRO –MACABÓN–
ANDÚJAR, JOSÉ DONATO
ANGULO GURIDI, FRANCISCO JAVIER RAMÓN
ARTILES, ANTONIO
AYBAR, ANDRÉS ELOY

ABAD, JUAN MANUEL

De Puerto Plata. Marinero. Trabajaba como práctico en el puerto local bajo el régimen de la anexión, pero al estallar la Guerra de Restauración el 16 de agosto de 1863 y extenderse de la Línea Noroeste a Puerto Plata, abandonó el empleo y tomó las armas como Restaurador. El nombre de Juan Manuel Abad aparece en un edicto de fecha 10 de octubre de 1863, firmado por el coronel español José Rojo Fernández, Fiscal de la Comisión Militar, que conminaba a numerosos ciudadanos dominicanos a presentarse ante las autoridades de la fortaleza San Felipe de aquella ciudad. Abad no le hizo caso al llamado y siguió peleando en los cantones que circundaron a Puerto Plata. Alcanzó el rango de coronel de las armas nacionales.

Combatió contra el régimen de los *Seis Años*, de 1868 a 1874 y los propósitos de anexar el país a los Estados Unidos que el presidente Buenaventura Báez puso en marcha. En esa época, se hallaba en un campamento militar en el territorio haitiano de Juana Méndez, desde donde participaba en incursiones al territorio nacional. En un pleito personal

con su compañero de armas, Ulises Heureaux –Lilís–, le causó una herida a éste que le dejó el brazo izquierdo lisiado hasta el fin de sus días. Esto ocurrió en 1868.

ABAD, TIBURCIO

Militar. Era nativo de Bonao. Estuvo destacado en los cantones del Este y en el Sur, en los cuales se ganó su ascenso a coronel de las fuerzas restauradoras. Una de sus misiones era contribuir con otros jefes a mantener francos los cruces y entradas entre Bonao y Piedra Blanca, que eran enclaves esenciales para el tránsito de los patriotas y la acción conjunta entre los combatientes del Sur y el Norte. En una exposición al general Mella, encargado de la Comisión de Guerra, fechada a 15 de diciembre de 1863, en Sabaneta, Luperón elogia al comandante Tiburcio Abad por la cooperación que le prestó en el sofocamiento de la insubordinación encabezada por el general Perico Salcedo, en El Maniel, hoy San José de Ocoa.

ABREU, ENRIQUE

Oriundo de Santo Domingo, nació en 1823. Militar. Desplegó

su actividad como restaurador en la región Sur. El 3 de noviembre de 1863, al tiempo de partir de Baní hacia el cantón general de Yaguatae, el general Luperón lo escogió como uno sus oficiales adjuntos. El nombre de Enrique Abreu encabeza la lista de notables que, junto a los miembros de la Junta Revolucionaria de Baní, mediante documento formal fechado en noviembre de 1863, acreditan las actuaciones de Luperón en la misión que le había encomendado el gobierno en la región Sur.

ABREU, JOSÉ

Natural de La Jagua, San Rafael, hoy Villa Tapia, provincia La Vega. Coronel de las armas restauradoras. Después de participar en la toma de La Vega, operó en la zona de Monte Plata, en los frentes del Este, bajo las órdenes de los generales Eusebio Manzueta y Dionisio Troncoso. En oficio de fecha 2 de octubre de 1863, se cita a Abreu como uno de los comandantes de las avanzadas sobre el estratégico campamento de Guanuma, que por un tiempo fue asiento del general Pedro Santana.

Después de la liberación, Abreu tuvo militancia en el Partido Azul y vivió hasta los primeros años del siglo veinte.

ABREU, MIGUEL CUSTODIO

Hermano del anterior. Después de los sucesos insurreccionales de la Línea y Santiago en febrero de 1863, y de la persecución desencadenada por los españoles, Luperón buscó y encontró protección en casa de Abreu.

Después del Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863, Miguel Custodio Abreu reunió tropas en su sección y con Basilio Gil, Dionisio Troncoso, Marcos Trinidad y otros jefes militares, dirigió el asalto del 26 de agosto a La Vega hasta poner en fuga hacia Santo Domingo al comandante de la plaza, Esteban Roca. Abreu formó parte del estado mayor de Luperón, que lo ascendió a general de brigada. En diciembre de 1864, bajo el gobierno del general Gaspar Polanco, prestó servicios en la Línea Noroeste. Tres hermanos suyos fueron también soldados restauradores.

Tras el fin de la guerra siguió activo en la política y en 1867 era Gobernador de La Vega.

ACOSTA, JOSÉ SILVANO
-JOSÉ CHIQUITO-

Nacido en Los Robalos, Samaná, en el 1824. Impetuoso y radical opositor a la anexión. Se echó a cuestras la difícil tarea de levantar el sentimiento patriótico y la voluntad de lucha en una de las zonas a la que los españoles le dispensaban mayor importancia estratégica, por su valor territorial y porque desde ella se facilitaba el control marítimo del Canal de la Mona. Por eso Samaná fue convertida en una verdadera fortaleza de los colonialistas españoles.

Desde abril de 1861 se había instalado en esa plaza una guarnición de más de mil hombres y como Gobernador fue enviado allí al tenebroso brigadier español Manuel Buceta, antiguo guardia de bandidos y jefe de una prisión en Ceuta, territorio español en la costa mediterránea de Marruecos. Buceta, uno de los más bárbaros y abusadores oficiales españoles, pretendió imponer su autoridad basada en el terror, y son indescriptibles las atrocidades que cometió al amparo de su autoridad. La expresión *es más malo que Buceta*, se convirtió en cosa habitual en el habla de los dominicanos.

Dispuesto a superar todos los escollos, Acosta se lanzó a la guerra al lado del general Eusebio Núñez y cuando las embestidas de los españoles arrinconaban a los patriotas y la resistencia armada decaía, el propio Núñez abandonaba el combate y el movimiento se quedaba sin jefe. Entonces se crecía Acosta y había renacer el coraje colectivo y la lucha recobraba la intensidad perdida. Su casa y sus propiedades fueron saqueadas e incendiadas más de una vez; en ocasiones cañoneadas por la artillería de los barcos españoles que patrullaban la bahía, pero nada impedía que el valeroso general Acosta perseverara en su infatigable pelea. Por momentos los españoles sacaban a los restauradores de los caseríos y las áreas pobladas y los empujaban hacia los montes donde escaseaban las posibilidades de alimentarse. En esas circunstancias se abastecían por mar y, a golpe de tenacidad y de imaginación, lograban recuperarse de los descalabros, y los agresores volvían a verse condenados a una constante y fatigosa actividad irregular.

Por el mes de febrero de 1864, un hijo de Acosta figuraba al servicio a la causa restauradora en Santiago.

Después del fin de la guerra, al paso del tiempo, la vida nacional fue escindiéndose en el bando de los liberales y nacionalistas, que terminaron por agruparse en el Partido Nacional o Partido Azul; y los conservadores y entreguistas, los rojos, capitaneados por Buenaventura Báez. Contrariando su pasado de patriota, Acosta se alineó con los últimos, sirvió a los gobiernos baecistas, y en 1871 era Gobernador Civil y Militar del Distrito Marítimo de Samaná, cargo desde el cual enfrentó militarmente a los que peleaban contra la pretensión del gobierno de los *Seis Años* de Báez, de anexionar la República a los Estados Unidos.

Años más tarde, Acosta retornó a su campo natal de Los Robalos donde murió cuando pasaba ya de los noventa años.

ADAMES, ESTEBAN

Cotuisano. Influyente y valeroso hombre de armas, desde los tiempos de la primera República. Fue partícipe de la revolución contra el gobierno de Buenaventura Báez encabezada por los dirigentes liberales de Santiago, en 1857, y que dio origen a la célebre Constitución de Moca de

1858. En cooperación con el general Basilio Gavilán, proclamó a Cotuí en respaldo a la Revolución Restauradora. Junto a Dionisio Troncoso y Marcos Trinidad, fue autor de la captura del teniente coronel español Manuel Galdeano, que recorría la zona de Cotuí en misión de espía. El prisionero fue remitido inmediatamente a La Vega, donde fue ejecutado sumariamente.

Adames fue enviado a los activos campamentos del Este. Destacado en Yamasá, en septiembre de 1863; más adelante estuvo en las avanzadas sobre el campamento de Guanuma, asiento del puesto de mando del general Santana y de numerosos contingentes de tropas nativas y españolas.

ADÓN, MARCOS EVANGELISTA

Nació en la localidad de La Victoria. Hijo de José Lino Adón y Bernarda Abad. Otras versiones ubican su lugar de nacimiento en la jurisdicción oriental de El Seibo. Militar. En las luchas por la Independencia alcanzó el rango de coronel. Aceptó en un principio la anexión y se le mantuvo como general de las Reservas. Tomó parte en la sublevación de

Hato Mayor el 2 de octubre de 1863. Apresado a resultas de ese hecho, fue remitido primero a Santo Domingo el día 16 del mismo mes; a principios de noviembre se le envió a Cuba y, según carta de Buenaventura Báez, aludida por el historiador Emilio Rodríguez Demorizi en su obra *Próceres de la Restauración*, Adón también estuvo preso en Cádiz, España, en enero de 1864.

De regreso a su Patria se integró a la guerra nacional, levantó el estandarte de la resistencia en los escenarios del Este como Monte Plata y Yamasá. Valeroso, dinámico, y poseído de un admirable don de mando. Después de que el general Santana fijó su campamento en Guanuma y quedó paralizado en sus intentos de marchar hacia el Cibao, había que abastecerlo con sus tropas por medio de un pequeño vapor que navegaba aguas arriba por el Ozama, hasta el Yabacao, donde los españoles tenían un gran depósito, guarnecido por trescientos soldados. De ahí se transportaba todo a lomo de bestia hacia Guanuma.

Adón comandaba una hábil guerrilla que no les dio sosiego a los españoles, cuando navegaban por esos ríos lo mismo que cuando

se desplazaban por tierra. No fueron pocos los convoyes que cayeron en manos de Adón y sus hombres, y en marzo de 1864, Santana tuvo que acatar aun a regañadientes, la orden de abandonar Guanuma y concentrarse en Guerra y en San Carlos. Se desplomaba así definitivamente y para siempre el mito de la invencibilidad de Santana que, cada vez más solo y arruinado, al ver que sus socios españoles le retiraban la confianza como jefe militar, insistía en seguir siendo fiel al culto que se rendía a sí mismo. Según carta de fecha 16 de marzo de 1864, enviada a don Miguel Lavastida, uno de la ya menguada cantidad de amigos que le quedaban, el viejo y amargado general se consideraba aún con *la suficiente energía para vencerlo todo desatendiendo las insinuaciones de mis colegas timoratos.*

Se hundía Santana en el abismo del deshonor y la derrota y Adón siguió impertérrito, hostilizando y causando bajas sensibles a los españoles y sus colaboradores nativos. Promovió la insurrección en las comarcas de Guerra y Pajarito, a cuyos habitantes invitó a sublevarse en un manifiesto calzado con su firma y fechado a 30 de octubre de 1864.

Dos hermanos de Marcos Evangelista Adón, llamados Ambrosio y Santiago, respectivamente, fueron también restauradores. Un tercer hermano, Florencio, junto al prebistero Francisco Díaz Páez, párroco de Santa Bárbara, acompañó a Adón en la fundación de la villa de La Victoria del Ozama, aún en medio de la guerra.

El 11 de julio de 1865, el mismo día en que los ocupantes españoles dejaban la Capital, entró Adón al frente de sus tropas, junto a las de los generales Cabral y Manzuela. Los tres, con Cabral a la cabeza y Pedro Valverde y Lara como director político, se pronunciaron veintisiete días después contra la autoridad del general Pedro Antonio Pimentel, que ejercía de presidente del Gobierno Provisorio en Santiago, desde el derrocamiento del presidente Gaspar Polanco en enero de 1865.

Después de la liberación del suelo patrio de la presencia española, Adón continuó activo en las luchas políticas y armadas, y desempeñó diversas funciones oficiales. Comandante de Armas en Santo Domingo, en 1865; Gobernador de El Seibo en septiembre de 1865. En 1868, ya

bajo la dictadura de los Seis Años de Báez, se fue al exilio. El 9 de septiembre se trasladó a Jacmel, Haití, desde Jamaica, y el 22 del mes siguiente retornó en rebelión armada contra el régimen y los proyectos de anexión a Estados Unidos que alentaba Buenaventura Báez. Entonces le tocó combatir por la Independencia Nacional en los escenarios del Sur. Un parte de guerra recogido en el *Boletín Oficial* del 24 de septiembre de 1870 lo reporta como herido en combate contra las fuerzas del gobierno, en la villa de Cambronal, hoy Galván. Marcos Adón murió en Jacmel, Haití, el 22 de octubre de 1872.

AGÜERO, TORIBIO

Residía en San Cristóbal al momento de estallar la Guerra Restauradora. Tenía el rango de coronel. En acción combinada con José de las Mercedes y Eusebio Pereyra, pronunció a San Cristóbal y sirvió de eficaz respaldo al también coronel Pedro Antonio Casimiro, cuando éste avanzó hacia esa villa para tomarla. Hizo la campaña en los escenarios del Sur, aunque era natural de la común de San Carlos.

Después de la guerra tuvo militancia en el bando de los azules, se fue al exilio por su oposición al gobierno dictatorial de los Seis Años de Báez.

ALMONTE, BENEDICTO

Nativo de Quinigua, jurisdicción rural de Santiago. Propietario agrícola de elevada posición económica y alto prestigio social. Activo conspirador del núcleo liberal y patriótico que organizó el levantamiento fallido del 24 de febrero de 1863, en Santiago. Siguió luchando a pesar de aquel sangriento y costoso fracaso. Del grupo de Bonó, Espaillat, De Rojas, Alfredo Deetjen y otros santiagueros comprometidos con la causa nacional, que se incorporaron a la Guerra de Restauración desde que se produjo el Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863. En 1864 fue nombrado Inspector de Agricultura y Proveedor del Gobierno y en julio del mismo año, Comandante de Armas de Santiago. Su hermano Ramón fue también un destacado soldado de la Restauración.

Terminada la Guerra Patria, y en el curso del tiempo, desempeñó otras funciones públicas, entre ellas la de miembro de la

Junta Auxiliar del Poder Ejecutivo, en 1876.

Murió el 11 de enero del 1906, en Quinigua, punto de sus propiedades agrícolas y tradicional lugar de su residencia. Fue Benedicto Almonte el tronco robusto sobre el que ese apellido empezó a ramificarse en Santiago.

ALMONTE, MANUEL MARÍA

Nacido en Guaimoca, Puerto Plata. Combatiente de filas de las guerrillas que a todo lo largo de la guerra hostilizaron sin darle tregua a los ocupantes españoles en los campos de Puerto Plata, a quienes causaron muchas bajas e inconvenientes.

Después de la guerra sirvió a Ignacio María González, quien era Gobernador de Puerto Plata bajo la administración baecista de los Seis Años. También sirvió a la dictadura del general Lilís hasta que en 1888 entró en disidencia con el gobierno, promovió un conato de insurrección sin la más remota posibilidad de éxito en Puerto Plata, terminó encerrado en la fortaleza San Felipe y mientras dormía en su celda, lo mataron a tiros. Se dijo que había intentado escapar y se le había aplicado la ley de fuga, a

pesar de que aún después de muerto tenía puestos en los pies los grillos de prisionero.

ALMONTE, RAMÓN ANTONIO

De Quinigua, Santiago, hermano de Manuel María. Maestro y propietario del más acreditado y famoso taller de sastrería de Santiago. Soldado de las luchas de Independencia contra Haití. Se distinguió en las batallas de Talanquera, en la de Sabana Larga y la de Beller. Teniente coronel de las Reservas.

Uno de los principales organizadores de la conspiración patriótica que condujo al fracasado golpe del 24 de febrero de 1863. El taller de Almonte operaba en la calle Traslamar, hoy calle Beller, y de ese punto salieron los patriotas a dar inicio a su acción armada. El levantamiento, que estaba previsto para el 27, debió precipitarse por los estallidos, también precipitados, tres días antes en Sabaneta y Guayubín.

Ramón Almonte era el jefe del grupo de patriotas que atacó la guardia española de servicio en el ayuntamiento la noche del 24. El pronunciamiento fue reprimido rápidamente y empezaron las

detenciones. Almonte evadió la captura, aunque fue juzgado en condición de prófugo por la Comisión Militar creada a raíz de aquellos hechos. Se negó a acogerse a la amnistía con que fue beneficiada una parte de los acusados, se quedó insurrecto en la manigua y, en agosto siguiente, desde que la guerra llegó a los contornos de Santiago, Almonte se incorporó a ella con la proverbial abnegación de un verdadero patriota. Peleó sin desmayo hasta limpiar a Santiago de tropas ocupantes y en base a sus demostrados méritos, se le otorgó el grado de general.

Fue designado Adjunto a la Comandancia de Armas el 14 de septiembre de 1864 y el 18 del mes siguiente ascendido a Comandante, que en la jerarquía militar de entonces equivalía al rango de mayor. Sirvió en el cantón de Las Jabillas, Puerto Plata y el 23 de enero de 1865, con el general Pedro Antonio Pimentel en la presidencia, ocupó otra vez la Comandancia de Armas de Santiago. En abril, junto a Manuel Tejada y Melitón Valverde, viajó a Puerto Plata, punto de concentración final y de partida definitiva de los agresores, para discutir con ellos el canje de

prisioneros del 7 de abril, que antecedió el episodio final de la retirada. Murió ahogado en las aguas del Yaque del Norte, la noche del 12 de enero de 1878.

Cabe hacer una curiosa anotación. Un hijo de Ramón Almonte, que llevaba el mismo nombre y apellido de su padre, que aprendió la misma profesión de sastre y residía y ejercía su oficio en Monte Cristi en 1895, fue quien le confeccionó el último traje al apóstol cubano José Martí, cuando de paso por República Dominicana, salía hacia Cuba a emprender “*la guerra necesaria*” para liberar a su Patria del yugo opresor de los españoles.

ÁLVAREZ, BRAULIO

Nació en Baní, el 29 de octubre de 1842. Hijo del rico terrateniente Luis Álvarez y la señora María Remigia Castillo. Militar. Era dueño de una rica hacienda agrícola conocida como El Algodonal. Braulio Álvarez figura en una lista de combatientes restauradores de la ciudad de Santo Domingo, que, según el historiador santiaguero Pedro María Archambault, fue redactada por el intelectual capitaleno

don Federico Henríquez y Carvajal. Álvarez fue ascendido al rango de capitán en el curso de la Guerra de Restauración y sirvió en la escolta del general sureño Pedro Florentino.

Después del fin de la guerra, Álvarez siguió actuando en la vida pública, llegó hasta general y murió en el año 1927.

ÁLVAREZ CARTAGENA, JUAN

Santiaguero, industrial establecido en La Vega, donde residió y actuó durante una gran parte de su vida. Independentista en 1844. Jefe militar de La Vega cuando llegó la anexión, de la cual se mostró ardoroso partidario. Al iniciarse la guerra de liberación y los patriotas emprender el asalto a esa ciudad, Álvarez se sumó a la causa nacional, viajó a Santiago, donde llegó el mismo día 14 de septiembre en que se instalaba el Gobierno Provisorio bajo la presidencia de Pepillo Salcedo, a transmitir el informe enviado por el Gobernador Manuel Mejía, según el cual el general Pedro Santana marchaba a la cabeza de seis mil hombres a la reconquista a sangre y fuego del Cibao.

A pesar del recelo de algunos dirigentes y funcionarios restauradores, Álvarez Cartagena fue aceptado en las filas nacionales. Mediante oficio del 15 de septiembre, se le designó adjunto de Luperón, con el propósito de aprovechar la marcada influencia social y la autoridad que ejercía sobre los habitantes de su provincia, en cuyos límites debía el general Luperón cumplir con el duro encargo de cerrarle el paso al hasta entonces invicto general Santana.

Álvarez Cartagena fue ascendido a general. Bajo el argumento de que se precisaba de una autoridad más digna y recia que la del Gobernador Manuel Mejía, Luperón destituyó a Mejía del cargo y nombró a Álvarez Cartagena en su lugar. Esta disposición fue rechazada rotundamente por el gobierno, que, conforme con oficio del 23 de septiembre de 1863, restituyó a Mejía, *quien tiene el mérito de haber sido el protagonista en La Vega del cambio de bandera, mientras que el señor Cartagena, al despedirse del General Roca le ofreció una y otra vez sacrificarse por España*. A raíz de esa medida, Álvarez Cartagena fue enviado como Delegado del Gobierno Restaurador en el Sur y el Este.

ÁLVAREZ, WENCESLAO

Banilejo. Residió en el Cibao al producirse la anexión en 1861. Era teniente cuando participó en el levantamiento de febrero de 1863, en Guayubín. El día 25, horas después de iniciarse las acciones, fue arrestado en Boca de San Marcos. Recuperó su libertad y desde que recomenzaron los combates en gran escala, a partir del 16 de agosto, Álvarez se mantuvo activo en el proceso. Participó en el sitio de Santiago y, como persona letrada, ocupó el cargo de Secretario de Jefatura Superior. En mayo de 1864 fue trasladado a la línea del Este, con la función de pagador de las tropas, bajo la comandancia del general Eusebio Manzueta. Removido de allí, en agosto de 1864 fue enviado a la zona de San Cristóbal, como encargado de dirigir las operaciones, en sustitución del coronel Epifanio Márquez. Después de la guerra continuó envuelto en las actividades políticas y las contiendas civiles.

Fungió de Gobernador de La Vega en 1865. En 1866, miembro de la Comisión de Guerra y Marina, y Gobernador en Puerto Plata en 1867. Murió en la ciudad haitiana de Fort Liberté, el 4 de marzo de 1885.

**ANDERSON, MOISÉS
ALEJANDRO –MACABÓN–**

Nació en Samaná, en 1830. Descendiente directo de los emigrantes llegados de las Islas Turcas a la península de Samaná, bajo la ocupación haitiana. Hablaba en estropeado español. Como conocedor profundo de las aguas y las costas de la bahía, jugó el importante rol de correo y abastecedor de los patriotas que combatían a los españoles en aquella región. Con sus cayucos y sus botes, a puro remo, burlaba la indeclinable vigilancia de la marina española, y transportaba los comestibles y pertrechos indispensables para mantener la guerra en pie. Entre las acciones de combate en que tomó parte se cuenta un ataque a la guarnición del puesto español de Los Cacaos.

Después de la guerra mantuvo su afición por la política. Ejerció funciones de jefatura, como Gobernador, en los tiempos de la dictadura del general Ulises Heureaux –Lilís–. Extravagante, truculento, primitivo, este folclórico general Macabón llegó a convertirse en centro y protagonista de anécdotas que han perdurado a través del tiempo. Murió el 26 de julio de 1902, exactamente tres años

después de morir su jefe y muy querido *compae* el general Lilís. Un hermano de Macabón, Elías, apodado Laya, fue también restaurador.

ANDÚJAR, JOSÉ DONATO

Militar, secretario particular y miembro del estado mayor del general Pedro Florentino. Miembro de la Junta Revolucionaria de Baní, su lugar de origen. Peleó en el combate del Guanabacoa de Paya, antesala de la reconquista de Baní por los españoles. Eran los días difíciles del ataque en gran escala iniciado el 18 de noviembre de 1863 en la región Sur, bajo la dirección del mariscal español José de la Gándara, y del españolizado general Eusebio Puello. A pesar del efecto avasallador del contraataque, y de las pérdidas colosales sufridas por los dominicanos, Andújar sobrevivió y siguió en pie de guerra en su región.

Cuando el general José María Cabral se puso al frente de la Revolución Restauradora en el Sur, en junio de 1864, Andújar estuvo entre sus más brillantes oficiales y bajo el mando de aquel, tomó parte en la histórica batalla de La Canela, el 5 de diciembre de 1864, en que las

armas dominicanas se impusieron y golpearon de muerte la presencia colonialista en todo el Sur.

Aún en 1900 Andújar estaba activo en la vida pública y se le citaba como Jefe Comunal en Baní.

**ANGULO GURIDI,
FRANCISCO JAVIER RAMÓN**

Nacido en Santo Domingo, el 3 de diciembre de 1816. Hijo del oficial Andrés Angulo Cabrera y de Francisca Guridi Leo y Echalas. Huyendo de la ocupación haitiana de 1822, la familia emigró a Puerto Rico y luego se trasladó a Cuba. Intelectual extraordinariamente versátil y fecundo. Poeta, de los primeros en publicar sus versos en libros; fundó periódicos, publicó novelas, escribió dramas, impartió cátedras de economía política en el colegio San Buenaventura. Durante la Guerra de Restauración dirigió la imprenta y el *Boletín Oficial*, que servía de vocero del gobierno de Santiago. Fue secretario personal del dirigente restaurador don Pablo Pujol, con el cual viajó a Washington, en misión oficial, en 1864.

Tras el fin de la guerra y para desprestigiar de su bien ganada condición de patriota, Angulo Guridi renegó de sus principios, se alineó con Báez, se convirtió en furibundo militante de la anexión del territorio nacional a Estados Unidos, hasta el extremo de que en la sangrienta administración de los *Seis Años*, cuando Báez gestionaba la anexión a los norteamericanos, Angulo Guridi desfiló por las calles de la capital agitando al aire una bandera de los Estados Unidos.

Al fin, se apartó de la política y en el refugio final de su vida privada, murió en San Pedro de Macorís el 7 de diciembre de 1884.

ARTILES, ANTONIO

Español, nativo de las islas Canarias. Vino al país como soldado de las tropas invasoras y tras el Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863, se pasó, junto a un hermano suyo, a las filas de los patriotas restauradores. Lo mismo que su hermano, hizo la campaña en el Cibao. Al pasar la guerra, ya encariñado entrañablemente con el país y su gente, se radicó en los campos de Puerto Plata, donde pasó el resto de su vida y se convirtió en tronco

original de un apellido que se ha hecho cada vez más numeroso en el Norte y todo el país.

AYBAR, ANDRÉS ELOY

De Santiago, pero residente en los campos de Moca. Dueño de valiosas propiedades agrícolas, ubicadas parte de ellas en Los Chachases, Santiago, donde tenía una de sus casas y se estableció uno de los más activos cantones de los patriotas. Aybar peleó con denodado sentido patriótico hasta hacer salir a los españoles de la fortaleza San Luis y emprender una desastrosa retirada hacia Puerto Plata.

Fue de los que, junto a Manuel Rodríguez –El Chivo–, Manuel de Jesús Núñez, los hermanos Juan de Jesús y Perico Salcedo, Santiago Sosa y otros, planifica-

ron la toma de la plaza de Moca, que fue lograda, en medio de un incendio que consumió casi toda la ciudad, el 30 de agosto de 1863.

Otra de sus hazañas de guerra fue su participación el 1° de septiembre de 1863, en la toma de El Castillo, uno de los más severos golpes a la capacidad material y consistencia moral de los españoles. Esta acción la comandó Pepillo Salcedo, que acababa de llegar de Dajabón. Al día siguiente, Aybar viajó de nuevo a Moca, en compañía del coronel de artillería José Pierre, del artillero Papá Pacheco y José Gómez, a buscar unos cañones para instalarlos en el recién conquistado fuerte de El Castillo. En esos mismos días sirvió de ayudante del coronel José Miguel Reyes. Murió en agosto de 1887.



BÁEZ, CARLOS
BARRIENTOS, JOSÉ O JOVÉ
BATISTA, ANTONIA
BATISTA, ANTONIO
BATISTA, DANIEL
BATISTA, PEDRO
BELÉN, BALTAZAR
BELLIARD, EUGENIO
BERMÚDEZ, JOSÉ DOLORES
BOBADILLA, TOMÁS -HIJO-
BONILLA, JUAN
BONÓ Y MEJÍA, PEDRO FRANCISCO
BORBÓN, JUAN
BREA, JOSÉ NAZARIO
BRIGHMAN, JOHN (EL ALEMÁN)
BUENO, ALEJANDRO

BÁEZ, CARLOS

Azuano, hermano de Buena-ventura Báez. Político. Militar. Actuó en el curso de la Restauración en la región Sur. En 1864 estuvo al lado del general José María Cabral, que en ese entonces era uno de los más destacados baecistas. Después de la guerra, Carlos Báez tuvo una activa vida política, siempre en el bando capitaneado por su hermano. En 1876 era Gobernador de Azua, y un grupo de individuos le dio muerte a traición. Encabezó a los matadores, un mozo azuano llamado Manuel Santana, ahijado de Carlos y como tal, depositario de la confianza del Gobernador.

BARRIENTOS, JOSÉ O JOVÉ

Oriundo de Hato del Medio, Guayubín. Tomó parte en la lucha desde que surgieron los movimientos conspirativos en la Línea. El 21 de febrero de 1863 fue actor en los hechos de armas que empezaron con la toma de la villa de Guayubín, en la cual estuvo a las órdenes de Lucas de Peña, Santiago Rodríguez y José Cabrera.

Aunque la sublevación de entonces fracasó, Barrientos se mantuvo sublevado, en contacto con Monción, Cabrera, Pimentel y

otros dirigentes patriotas. Al resurgir la guerra, peleó en la nueva y definitiva toma de Guayubín y siguió combatiendo valientemente a lo largo de la contienda, especialmente en los campos de la Línea, que eran su escenario natural. Obtuvo el rango de general.

Expulsados los españoles y restaurada la República en julio de 1865, Barrientos se afirmó como recalcitrante agente del baecismo y, en defensa de los intereses de esa reaccionaria bandería, se levantó contra el segundo gobierno de Cabral en 1867. En el curso de un combate registrado en la noroestana localidad de Guayacanes, cayó en manos de las autoridades y después de ser sometido a repugnantes e inhumanas torturas, fue pasado implacablemente por las armas.

BATISTA, ANTONIA

De Santiago. Sus relaciones con los más esclarecidos intelectuales y políticos liberales, su valor, su temple y su discreción, convirtieron a Antonia Batista en pieza importante del movimiento contra la anexión. Su casa, en la parte céntrica de Santiago, se convirtió en punto de

coordinación del movimiento Restaurador. En ella se congregaron los principales dirigentes políticos de la guerra para acordar la formación y la composición misma del gobierno de la República en Armas, encabezado por Salcedo. A todo lo largo de la guerra, la casa de doña Antonia Batista conservó su condición de punto de reunión de los patriotas.

En el ambiente social de entonces, a la mujer se le asignaba un papel secundario en la actividad política y mucho más si se trataba de los duros asuntos de la guerra. Aún así no faltan en las crónicas de la historia de la Restauración, las referencias a las mujeres que en la Línea y otros puntos del país no sólo lavaban la ropa, cocinaban y cuidaban heridos del bando nacional, sino las que transportaban pertrechos, servían de correos y hasta una que otra, como María Pérez, mujer del general Florentino, *a la cual adiestró en el manejo de la espada*, que, junto a su compañero, montaba a caballo y tomaba parte en tareas militares propiamente dichas.

Josefa del Monte Pichardo es mencionada muy decorosamente al convertir sus versos en

arma de lucha contra la anexión. La banileja Encarnación Mota –Canela–, figura en la historia de la Revolución Restauradora, por la altivez y la gallardía con que protestó contra el crimen de la anexión a España. Eneria Frías, residente en Los Llanos, cuya hija Luisa fue la esposa de Luperón, se distinguió por la solidaridad con que cuidó a los patriotas que pasaron por su casa.

Aunque no se tienen noticias de su participación activa en algún combate, Antonia Batista desempeñó un importante papel como patriota en el corazón mismo del movimiento Restaurador.

BATISTA, ANTONIO

Nativo de San José de Las Matas, Santiago. Casado con María de Jesús Abreu. Oficial de las campañas contra Haití, llegó al rango de general de brigada. Partidario del bando político de Pedro Santana. En 1861 vivía en Sabaneta, donde tenía una tienda y desempeñaba el cargo de Comandante de Armas. Siguió en el mismo cargo después de la anexión y cuando estalló la insurrección de febrero de 1863, fue apresado por los restauradores. Estos le pidieron adherirse a la

causa nacional y Batista accedió, juró lealtad a la revolución y se alistó en ella. Los patriotas le entregaron el mando de una columna con la que marchó hacia Santiago por la ruta de San José de las Matas, conforme con la orden del entonces jefe de la Revolución, coronel Santiago Rodríguez, según consta en oficio del 26 de febrero de 1863.

Al fracasar la insurrección, Batista regresó a su zona, se negó a irse a Haití con Santiago Rodríguez y se mantuvo oculto, hasta que fue capturado en la comarca de Los Ojos de Agua, Sabaneta. Fue trasladado a Santiago y juzgado por la comisión militar que enjuició a los acusados de participar en los sucesos ocurridos en febrero de 1863, en Santiago, San José de Las Matas, Sabaneta, Guayubín y Monte Cristi. Después de las ejecuciones del 17 de abril, esa comisión pidió al Capitán General el indulto de los inculcados por esos hechos, así como a los protagonistas del levantamiento que a principios de febrero de 1863, había encabezado Cayetano Velásquez en Neyba.

El indulto se produjo a favor de 23 prófugos, siempre que se

presentaran a la autoridad colonial, juraran fidelidad a la Reina y respeto a las leyes españolas. Esa medida excluía expresamente a Batista y a seis más porque, según las autoridades, existían contra ellos *circunstancias agravantes*, en razón de haber participado en la insurrección siendo empleados a sueldo de los españoles.

Antonio Batista fue finalmente fusilado y cayó mártir glorioso de su patria, a las siete de la mañana del 6 de mayo de 1863 en el cementerio de Santiago.

BATISTA, DANIEL

La persecución de las autoridades españolas lo obligó a dejar a Fundación, Barahona, donde había nacido en 1842, fruto del matrimonio de José de los Santos Batista y Josefa Rodríguez. Terminó por asentarse en Pedregal, campo de Jarabacoa, y más adelante se trasladó a Santiago, donde se hallaba al momento de iniciarse la Guerra de Restauración. No vaciló en irse al frente de batalla y en recompensa a sus condiciones de soldado patriota, se le otorgó el rango de capitán. Permaneció activo y mediante nombramiento del 6 de septiembre de

1864, el gobierno de Santiago, *atendiendo a los méritos, circunstancias y servicios del Sor. Capitán Daniel Batista en la gloriosa Revolución Dominicana para reconquistar la Independencia de la Patria, ha venido en elevarlo al grado de Comandante de los Ejércitos de la República.*

El comandante Batista fue miembro de la asamblea nacional inaugurada el 27 de febrero de 1865, en Santiago. Primero como suplente y desde el 15 de marzo, como Diputado titular por Jarabacoa. Después de la guerra, tuvo muy escasa participación política, pero se afirmó como hombre de extenso prestigio social en esa comunidad. Falleció el 21 de julio de 1916, fue sepultado en la iglesia de Jarabacoa y ahí descansaron sus restos hasta el 1959, cuando fueron trasladados al cementerio municipal.

BATISTA, PEDRO

Residente en Santiago, donde tuvo lugar su nacimiento. Participó en el movimiento conspirativo que culminó en el frustrado levantamiento de febrero de 1863. Después de la derrota, escapó a la cacería de los españoles, se mantuvo prófugo y se negó

a acogerse al proclamado perdón del Capitán General español. Se fue a los campos de la Línea, donde los patriotas trabajaban para volver a la lucha armada.

Al reanudarse las acciones, Batista se unió en seguida a los que partieron de Capotillo el 16 de agosto. Su nombre aparece entre los firmantes del Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863 y en el manifiesto desconociendo la autoridad y el gobierno del presidente Salcedo el 10 de octubre de 1864. Ostentaba el rango de coronel. Ejercía de Alcalde Pedáneo de Rincón Largo, Santiago, y dada su elevada posición económica, además de su concurso como combatiente, también le aportó a la causa nacional el factor importante de la ayuda material.

BELÉN, BALTAZAR

Nació en Higüey, en el año 1826. Soldado de la Independencia, que actuó principalmente a la orden del general Pedro Santana. Fue ascendido a coronel. Cuando la vida política se escindió en dos bandos conservadores y antinacionales, acaudillados respectivamente por Santana y Buenaventura Báez,

Belén hizo causa común con el segundo. Báez, que ejercía el poder por segunda vez, cayó del mismo en 1858 y Belén lo siguió al exilio, desde donde regresó en junio de 1861, como miembro de la expedición antianexionista encabezada por Francisco del Rosario Sánchez y el general José María Cabral.

La expedición que entró por la frontera, se dividió en dos cuerpos, uno al mando de Sánchez y el otro bajo la jefatura de Cabral. Cuando los inconvenientes forzaron a la retirada hacia territorio haitiano, Baltazar Belén era parte de la columna de Sánchez que fue emboscada por el tránsito Santiago De Oleo al pie de la loma de Juan de la Cruz en la zona fronteriza de El Cercado. En esa celada traicionera cayó herido Baltazar Belén. Tenía 35 años.

BELLIARD, EUGENIO

Vino al mundo en la villa de Guayubín, en 1836. Era de ascendencia haitiana. Participante esforzado en los sucesos de febrero de 1863, peleó en el asalto a esa localidad, a las órdenes del general Lucas de Peña. No claudicó por el fracaso de aquella jornada y fue uno de los pro-

tagonistas del célebre Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863, fecha históricamente aceptada como la del inicio de la Guerra de Restauración. Concluida la guerra y restablecida la República, Belliard se retiró a sus actividades privadas.

BERMÚDEZ, JOSÉ DOLORES

Militar. Oficial de las milicias en los tiempos de la lucha por la Independencia. Residió en Puerto Plata y al iniciarse los combates en gran escala en la Línea Noroeste, en agosto de 1863, dio el necesario paso al frente y se sumó a la lucha armada. Compañero de armas del jefe patriota Juan Nouesí y sus tropas de *rancheros*. Tras su bautismo de fuego en Puerto Plata y sus contornos rurales, peleó con notoria abnegación y valentía en el sitio de Santiago, estuvo en la persecución de los españoles que, desalojados de esa ciudad, huían trabajosamente hacia Puerto Plata.

En octubre del mismo año Bermúdez estaba destacado en el campamento de Las Jabillas, sede del puesto de mando del general Gaspar Polanco. Estuvo en constante actividad bélica a todo lo largo de la guerra en esos puntos

en que los combates y las escaramuzas eran cosa cotidiana.

Expulsados los agresores y restablecida la República, Bermúdez siguió leal a los ideales nacionales, militó esencialmente en las filas de los azules, constituidos años después en Partido Nacional. Cuando los *Seis Años* de Báez, se opuso tajantemente a la pretensión de anexar el país a los Estados Unidos y a causa de ello, padeció las vicisitudes del destierro, aunque desde allí continuó luchando por la causa nacional.

BOBADILLA, TOMÁS –HIJO–

Capitaleño, nació en el 1830. Hijo del reconocido hombre público, intelectual y burócrata Tomás Bobadilla y Briones, primer presidente de la Junta Central Gubernativa instalada desde los primeros días de proclamada la Independencia Nacional en febrero de 1844. Reconocido históricamente por su militancia conservadora y su vocación vitalicia a servir a potencias extranjeras.

Bobadilla hijo era militar desde los tiempos de las campañas contra las invasiones haitianas. En 1861, al imponerse la anexión, era Comandante de

Armas en la sureña población de Barahona y se negó a aceptar el cambio de bandera en su jurisdicción. El coronel Ángel Félix, que era el jefe militar y luego sería un meritorio oficial y mártir de la Restauración, atacó a Barahona, desalojó a Bobadilla hijo que, a poco andar cambió de parecer, aceptó el hecho cumplido y se puso al lado de los ocupantes. Bobadilla hijo hasta llegó a recibir la Cruz de Comendador de Isabel la Católica, por los servicios rendidos a la corona española, después de haber tomado parte muy activa en la represión del levantamiento capitaneado por Cayetano Velásquez, el 2 de febrero de 1863, en Neyba.

Cuando la guerra de liberación se extendió al Sur, Bobadilla hijo enfrentó de nuevo a los patriotas. Fue colaborador cercano del españolizado general Eusebio Puello. Peleó contra el general Cabral en la crucial batalla de La Canela, el 5 de diciembre de 1864 y cuando la guerra entraba ya en su fase final y la derrota de los colonialistas era visible, entonces, mientras los españoles, derrotados se replegaban del Sur para concentrarse presurosamente tras las viejas murallas

de Santo Domingo, el coronel Bobadilla hijo se pasó con armas y bagajes a las filas de los nacionales. Se hizo cercano colaborador del general José María Cabral y con éste entró triunfante a la Capital el 11 de julio de 1865. Fue designado Gobernador de esta importante plaza.

Siguió actuando en la vida política, se mantuvo al lado de los azules y por su oposición a la dictadura antinacional de los *Seis Años*, sufrió el destierro. Fijó su residencia en Jacmel, territorio haitiano, allí ejercía el comercio y, según su biógrafo, el historiador puertoplateño don Rufino Martínez, en el año 1872, en medio de una aguda crisis económica y cercado por las deudas, puso fin a su vida apelando al recurso extraviado del suicidio.

BONILLA, JUAN

Era comandante de las Reservas, se unió a las fuerzas nacionales desde que las acciones armadas se propagaron hasta su tierra, Puerto Plata el 27 de agosto de 1863. Fue destacado en Jácuba, junto con Pedro Gregorio Martínez y Rasín Isurún. En ese lugar, el 12 de septiembre

fue frenada la poderosa columna comandada por el brigadier Primo de Rivera, que había sido enviada desde Cuba y marchaba al rescate del también brigadier Manuel Buceta y sus hombres, quienes resistían cercados en la fortaleza de Santiago. Después de la liberación de Santiago, Bonilla prestó servicios en el célebre cantón de Las Jabillas, con el grado de general, bajo la jefatura de Gaspar Polanco.

Tras el fin de la guerra, Bonilla siguió viviendo en Puerto Plata hasta morir en la miseria y el olvido, en su modesta habitación de la calle del Coco en el año 1903.

BONÓ Y MEJÍA, PEDRO FRANCISCO

Nació en Santiago, el 18 de octubre de 1828. Una de las más altas cumbres del patriotismo y el civismo. Hijo de José Bonó y de Inés Mejía. Figura ilustre del pensamiento liberal. Austero. Estudioso incansable de los problemas nacionales y preocupado por aportar lo que consideró sus soluciones. Abogado, se le considera el primer sociólogo dominicano. Escritor, comerciante, político.

Trabajó como empleado de comercio en la casa de Furci Fondeur en Santiago y años después se independizó, y estableció su propio comercio en esa plaza. Tuvo participación armada en la última campaña contra los intentos de reocupación de Haití. En 1851 fue Fiscal en Santiago y en 1857 intervino como figura intelectual de primer orden en el movimiento que el sector liberal de la burguesía cibaëña encabezó contra el gobierno de Báez; fue diputado al Congreso Constituyente que funcionó en Moca en 1858, y uno de los principales padres y redactores de la Constitución surgida de ese evento. Después del fracaso del movimiento y la toma del poder por el general Santana, Bonó se marchó al exilio y ya en 1863 se encontraba en Santiago cuando empezó la Guerra Patria.

Estaba medularmente comprometido en el movimiento conspirativo del 24 de febrero de 1863. Estuvo entre los organizadores del gobierno Restaurador, del que fue miembro de la Comisión de Guerra y consejero del presidente Pepillo Salcedo. Fue redactor de importantes documentos oficiales, cumplió misiones en calidad de

comisionado de guerra y fue enviado en labores diplomáticas ante el gobierno de Fabré Geffrard, en Haití.

Protestó enérgicamente por el fusilamiento de Salcedo y se retiró a su casa en San Francisco de Macorís, sin asumir más funciones oficiales hasta que, después de la evacuación de los españoles, fue secretario de Relaciones Exteriores durante el corto gobierno del general Cabral.

Parte de sus escritos fueron recogidos en la recopilación titulada *Papeles de Bonó*, hecha por Emilio Rodríguez Demorizi. Su novela *El Montero, sus Apuntes Sobre las Clases Trabajadoras Dominicanas*; sus artículos publicados en *El Porvenir*, de Puerto Plata, así como en las páginas de *La Voz de Santiago*; reflejan la lúcida inteligencia de Bonó y la sana preocupación que había en la conciencia de aquel ciudadano patriota y progresista. Militaba en el Partido Azul, sostenía una estrecha relación y estaba unido por sinceros sentimientos de amistad y cooperación con Luperón, Espaillat y otros prominentes liberales. Le fue ofrecida insistentemente la presidencia de la República, en la época en que

aún el prócer Luperón decidía quien ocuparía ese alto cargo, pero Bonó desestimó la sugerencia y prefirió mantenerse al margen del ejercicio del poder político. Estaba dedicado a su profesión de abogado, cuando murió en la ciudad de San Francisco de Macorís el 14 de septiembre de 1906.

BORBÓN, JUAN

Personaje santiaguero de origen eminentemente popular. Participó en el plan para que Pepillo Salcedo escapara de la cárcel de Santiago, donde había sido encerrado acusado de homicidio en perjuicio de un asalariado suyo, en Guayubín. La misión de Borbón fue pasar del río Yaque al prisionero en un cayuco y conducirlo por senderos y caminos difíciles y ocultos de la cordillera, hasta la villa de Guayubín. Así sucedió, con la oportuna circunstancia de que, a la llegada de Pepillo, esa población acababa de ser proclamada por los patriotas. Borbón siguió combatiendo a los españoles, estuvo en misión en Sabaneta en enero de 1865 y fue ascendido al grado de comandante.

BREA, JOSÉ NAZARIO

Nacido en 1820, en la Capital. Hijo del luchador febrerista José Gertrudis Brea. Combatió contra los haitianos en las luchas independentistas que se registraron entre el 1844, año de la proclamación de la República, y el 1856, con la derrota sufrida por los haitianos en la batalla de Sabana Larga, el 24 de enero de ese año.

Se radicó desde muy joven en San Francisco de Macorís, donde desempeñó funciones públicas, como Oficial del Estado Civil, en 1853. Junto a Cayetano de la Cruz y Manuel María Castillo promovió el pronunciamiento que culminó con la liberación de Macorís el 3 de septiembre de 1863. Pasó poco después a combatir bajo las órdenes de Luperón; fue enviado al Sur, como ayudante del general Castillo, en la misión de recuperar la disciplina y moral de las tropas, que habían quedado muy maltrechas debido a la derrota provocada por el contraataque enemigo y ciertos desmanes del general Pedro Florentino, primero; y del general Perico Salcedo, después. En el libro de *Colección de Leyes*, aparece como beneficiario de una pensión del Estado en 1901.

**BRIGHMAN, JOHN
(EL ALEMÁN)**

Nativo de Hamburgo, Alemania. Militar. Combatiente al servicio de Inglaterra, en la guerra de la península ucraniana de Crimea, librada del 1854 al 1856, entre Rusia, por un lado y Turquía, Francia, Inglaterra y Piamonte, hoy región del norte de Italia, por el otro. Brighman participó en la toma del puerto de Sebastopol en 1855.

En República Dominicana puso su vasta pericia militar al servicio de la causa de los restauradores, fue enviado a los frentes del Este, en los cuales operó a las órdenes de diferentes jefes. En marzo de 1864 fue herido de tres balazos, en un combate librado en la oriental villa de Los Llanos.

Después de la guerra se alineó con los rojos de Buenaventura Báez y peleó por ellos en más de un escenario. Murió a los setenta y nueve años, el 2 de febrero de 1894.

BUENO, ALEJANDRO

Nació en Sabaneta, jurisdicción de Monte Cristi, en el año

1821. Después del levantamiento del 21 de febrero de 1863, en Guayubín, Sabaneta y Monte Cristi, en el que Bueno tomó parte activa, fue condenado a muerte en contumacia, por la corte militar española que juzgó a los acusados de participar en esos hechos y en los que tuvieron lugar en ese mismo mes en la ciudad de Santiago.

Sobre Alejandro Bueno pesó la acusación de haber penetrado violentamente a la casa de Antonio Batista, Comandante de Armas de Sabaneta, derribado la puerta donde estaba guardada la bandera española y haberla hecho pedazos que eran exhibidos por Bueno en el cañón de su fusil, *siendo dicho individuo uno de los que más trabajaron en la revolución*, según documento oficial citado por Emilio Rodríguez Demorizi, en su recopilación titulada *Próceres de la Restauración*.

Alejandro Bueno se mantuvo en la clandestinidad y le cupo la gloria de haber sido uno de los catorce patriotas que se reunieron en Capotillo el 16 de agosto de 1863.



CABA, ANTONIO
CABRAL, JOSÉ MARÍA
CABRAL, MARCOS ANTONIO
CABRERA, JOSÉ
CALERO, JOSÉ MARÍA
CAMINERO, LUÍS MARÍA
CAMPOS, ALEJANDRO
CAMPUSANO, ALEJO
CARRASCO, JUSTO
CASADO, VICENTE –BLANCO–
CASIMIRO, PEDRO ANTONIO
CASTILLO, BENIGNO DEL
CASTILLO MEDRANO, MANUEL MARÍA
CASTILLO, TOMÁS RAMÓN
CASTRO, AGUSTÍN
CESTERO, MARIANO ANTONIO
COLOMÉ, LORENZO
COMAS, EUGENIO
CONTRERAS ESPEJO, JOSÉ
CONTRERAS, EUGENIO
CORDERO, TIMOTEO –SAMBITO–
CORPORÁN, JOSÉ
CRESPO, DIEGO
CRESPO, GABINO
CUELLO, ANTONIO –ANTONIO BLAS–
CURIEL, JULIÁN BELISARIO
CURIEL, RICARDO

CABA, ANTONIO

Residente en Taveras, Santiago. Casado con Rosa Fernández. En septiembre de 1863 formó sus propias tropas con hombres reclutados en jurisdicción de Jarabacoa, y marchó hacia La Vega a ponerse a disposición del general Luperón, recién nombrado jefe de Operaciones para las regiones Sur y Este. Caba, que había sido soldado de la Independencia, fue enviado a Monte Plata, punto de enconados combates entre los españoles y los patriotas.

Valeroso hasta lindar en lo temerario; responsable y puntual frente a todos los compromisos, con un acentuado sentido del honor, le tocó hallarse entre los que estaban con Luperón en el porfiado combate de la sabana de San Pedro, el 23 enero de 1864, muy costosa para los dominicanos. En un audaz avance, el General Luperón quedó cercado por la caballería española comandada en ese instante por Juan Suro y Antonio Abad. En titánico duelo con el enemigo, el general Luperón estaba herido de tres sablazos; derribado de su mula y a punto de morir a hierro y plomo. Avanzó Caba en auxilio de su comandante y en esfuerzo

heróico, ofrendó su vida por salvar la de su jefe, que salió del cerco montado en su mula que, aunque desensillada, pudo ser recuperada por su dueño.

Al hablar de ese episodio y del valor demostrado por Antonio Caba, algunos historiadores citan un fragmento del parte remitido por el capitán español Vicente de Ceballos, presente en el combate, al Capitán General Carlos de Vargas: ...*el general Caba dice el parte, murió como un bravo, defendiéndose hasta que no pudo más y agarrándose a las bayonetas de los Cazadores del Batallón de la Reina que fueron los que le mataron*. Fue uno de los cuatro generales muertos en combate en aquella guerra del lado de los patriotas. Los demás fueron Gregorio de Lora, Santiago Mota y Benito Martínez.

CABRAL, JOSÉ MARÍA

Natural de Ingenio Nuevo, San Cristóbal, el 12 de diciembre de 1816, lo bautizaron en Santo Domingo el 31 de enero de 1817. Sus padres, Marcos Cabral Aybar y Ramona Luna, lo enviaron a estudiar a Inglaterra. Hablaba correctamente tres idiomas: francés, inglés y su lengua

materna, español. Regresó al país después de la fundación de la República, en tiempos de la lucha contra las invasiones haitianas.

Militar de sobresaliente destreza y habilidad. Entre sus subalternos y discípulos en las guerras de Independencia, se contó el oficial banilejo Máximo Gómez Báez, futuro Libertador de Cuba y quien por su maestría como jefe militar logró derrotar en el campo de batalla a los más brillantes generales de la corona española.

Al incorporarse a la lucha contra los españoles, Cabral ostentaba ya una larga hoja de servicios prestados en los campos de combate. En la batalla de Azua, el 19 de marzo de 1844; en Cachimán; El Número; Las Carreras; La Estrelleta; y se hizo merecedor del título de *Héroe de Santomé*, concedido por el Congreso Nacional, junto a una Espada de Honor, al derrotar a las fuerzas del Emperador de Haití Faustín Souluque, el 22 de diciembre de 1855.

Entre los dos bandos caudillistas en que se dividió la vida política en los tiempos de la primera República, Cabral simpatizó por el de Báez, adverso al di-

rigido por Santana. Como su caudillo había sido expulsado del poder en 1858 y estaba en el destierro, Cabral se fue también al exterior y estaba en Curazao cuando fue impuesta la anexión a España en 1861. En inteligencia con Sánchez vino en la expedición antianexionista de junio de ese año, bautizada como *Revolución de la Regeneración Dominicana*. Al fracasar la empresa, Cabral pudo cruzar la frontera y ponerse a salvo de la persecución de las fuerzas de Santana y los españoles, mientras Sánchez fue capturado herido y posteriormente ejecutado.

Durante su permanencia en el exilio, Cabral aceptó públicamente la anexión a España, se acogió a la amnistía dictada por la Reina y fue ya cuando estaba la guerra muy adelantada, a comienzos de junio de 1864, que llegó a Santiago y se puso al servicio del gobierno nacional. Fue enviado al Sur, y sustituyó al general Manuel María Castillo como jefe supremo en esa región.

Tomó desde entonces la revolución restauradora un nuevo impulso con la presencia de una figura política y militar de tal categoría, poseedor de la habilidad política, el prestigio social y la

pericia militar que no tenían en la región Sur los jefes que le habían antecedido.

Muchos hombres de armas volvieron a la acción, a reencontrarse con el mismo jefe que los había guiado en las luchas por la Independencia. El 5 de diciembre de 1864 sumó el general José María Cabral un nuevo laurel a su victoriosa carrera de soldado, al derrotar aplastantemente a los ocupantes españoles en la célebre batalla de La Canela, puntillazo final a la presencia militar de las tropas anexionistas en el Sur. *Héroe de Santoomé y La Canela*, se le titula ordinariamente desde entonces al general Cabral.

Al tiempo que los españoles abandonaban la ciudad de Santo Domingo el 11 de julio de 1865, entró Cabral en ella al frente de sus tropas, junto a los generales Manzueta y Marcos Adón que avanzaban desde el Este. El 4 de agosto de 1865, liberado el suelo dominicano de la presencia de los colonialistas, Cabral fue declarado pomposamente *Protector de la República* y a su gobierno se le llamó *El Protectorado*. Apenas veinte y siete días después de irse los españoles, se sublevó contra el gobierno del

general Pimentel que permanecía en Santiago. Triunfó Cabral, y sin mayor dificultad se instaló en la presidencia el 4 de agosto de 1865.

La historia puso en manos de Cabral la oportunidad de crecerse y erigirse en el jefe de la obra de reconstrucción que tenía la República por delante. Nada se precisaba más para la salud moral y el avance material del pueblo dominicano, que reencauzar el país por las sendas del progreso.

Era el instante en que la República debía levantarse de sus propias ruinas, y para eso resultaba indispensable contar con la jefatura de alguien capaz de poner en movimiento las reservas y recursos que la nación y el pueblo atesoraban, aún en medio de tantas adversidades. El costo que se había pagado por la reconquista de la Independencia había sido demasiado alto. Miles de hogares habían quedado envueltos en los crespones del luto por la muerte de sus hijos en los campos de batalla; la actividad económica del país estaba reducida y amenazada gravemente por la quiebra; las escasas industrias nacionales apenas operaban; el comercio estaba poco menos que prostrado, sin reponerse de las

consecuencias de años de actividad bélica y desconcierto económico; numerosas ciudades reducidas a escombros o a verdaderos montones de cenizas a causa de los incendios registrados en medio de los combates; los campos, donde vivía, trabajaba y producía la mayoría de la población estaban en situación cercana al abandono. Las necesidades y los avatares de la guerra le arrebatában los brazos que la agricultura y la crianza necesitaban para crecer y a causa de ello, los antiguos predios cultivados se cubrían de abrojos; los rudimentarios caminos reales se estrechaban a causa del crecimiento de yerbas y malezas y a más de la dificultad material que representaba caminar por ellos, a pie o a lomo de bestia, era indispensable contar con la inseguridad que significaba la existencia de gavillas y bandas armadas, sin sujeción a ley alguna, cuando el Estado, surgido del movimiento Restaurador, apenas tenía fuerza para sostenerse en pie.

Se precisaba de una voluntad suprema que el general Cabral demostró que le faltaba. De un concepto sobre el Estado y sus funciones que el movimiento de la Restauración demostró

también que no tenía. Hubo claridad en el propósito común de expulsar a los españoles, pero no hubo norte ni ruta definida sobre el qué hacer después de la victoria militar y la expulsión de los ocupantes. Cabral obedeció a los intereses partidarios y se inclinó al peso de su pasión caudillesca. Su principal empeño fue traer de nuevo al caudillo al que servía, Báez, que durante la guerra vivió en España al servicio y a sueldo de la monarquía.

Báez, que especialmente después de la muerte de Santana era el más conspicuo y peor representante del entreguismo y el atraso, del robo de los fondos públicos y la traición a la patria, fue el fin supremo al que le sirvió Cabral, y allí manchó con tintes de indeleble deshonor, la hoja de su proceridad. De haber actuado en orientación contraria, pudo haber contado con la adhesión sincera de los más preclaros liberales y patriotas, civiles y militares, para poner en acción constructiva y progresista a un pueblo que acababa de dar una asombrosa prueba de valor y de capacidad para levantarse. Cabral desperdició la oportunidad que le ofreció la historia.

Sin fin preciso ni metas nacionales, sin mística ni motivación

moral para unificar su país y ni siquiera sus propias filas, desde ellas mismas surgió un levantamiento a favor del regreso de Báez, capitaneado por el general Pedro Guillermo, secundado de una vez por Pimentel; y, en uno de los más desconcertantes sucesos políticos de aquella época, el propio Cabral, irresoluto y al decir de muchos, flojo de carácter, se sumó a los cabecillas insurrectos, marchó él mismo en busca de Báez que se encontraba en Curazao, le entregó el poder y de presidente Restaurador, pasó a la condición de empleado, como ministro, del tercer gobierno baecista que se inició el 8 de diciembre de 1865. Poco después Cabral rompió con Báez y decidió trillar su propia senda de caudillo político y militar.

Reconquistó el poder el 22 de agosto de 1866, hasta que una sublevación armada lo derrocó el 31 de enero de 1868 y lo forzó a irse al destierro. Buenaventura Báez llegó por cuarta vez a la presidencia, para dar inicio así al horroroso período de los *Seis Años*.

Cabral entonces entró en cooperación con sus antiguos compañeros de lucha restauradores Luperón y Pimentel y tomó curso

una larga guerra nacional de resistencia, la célebre *Guerra de los Seis Años*, principalmente en los campos de la región Sur, en los que Cabral probó ser uno de los más grandes jefes guerrilleros de toda la historia dominicana.

Se le recuerda como hombre valeroso, sufrido y desprovisto de ambiciones de riquezas. Pero falta de energía cuando se veía en el trance de tomar grandes decisiones como dirigente. Dos veces ejerció la presidencia, y en sus gobiernos, si bien se cuentan actos positivos como la abolición de la pena de muerte y la supresión de la condena del destierro por motivos políticos; ocurrieron hechos tan repudiables como las muertes respectivas de Teodoro Stanley Heneken y Filomeno de Rojas, mientras guardaban prisión en Santo Domingo en 1865, en circunstancias tan sospechosas que gran parte de la opinión pública interpretó aquello como un asesinato doble fraguado desde el poder. Aparte del servilismo que exhibió por varios años frente a Báez, una mancha peor aun para un patriota lo significó el envío de Pablo Pujol al frente de una misión a Washington para ofrecerle al gobierno yanqui la venta de la bahía de Samaná.

Con las culpas históricas que deben serle cargadas por estos y otros actos deshonorosos, y con los méritos ganados como soldado de tres guerras de independencia, el general José María Cabral murió en la mañana del 28 de febrero de 1899.

CABRAL, MARCOS ANTONIO

Hijo de Melchor Cabral y Luna y Agueda Figueres. Vino al mundo en la Villa de Baní, el 3 de abril de 1842. Era sobrino del general José María Cabral y, por estar casado con Amelia Báez, yerno de Buenaventura Báez. En la Guerra de la Restauración fue miembro del estado mayor y secretario particular del general Pedro Florentino, con quien ocupó a Baní en septiembre de 1863. Formó parte de la custodia del general Domingo Lazala, aquel presidente del tribunal que condenó a muerte al mártir Francisco del Rosario Sánchez, y que fue capturado por los restauradores en San Juan el 17 de septiembre y enviado por Florentino a las autoridades de Santiago.

Marcos Antonio Cabral se distinguió en la importante batalla de La Canela el 5 de diciembre

de 1864, entró con el general Cabral a la Capital el 11 de julio de 1865 y, después de la liberación, militó por un tiempo con los azules. Sufrió persecución y cárcel a causa de su militancia, para luego marchitar sus ganadas glorias y convertirse en un cerrado militante baecista.

Con buen lustre intelectual, dotado de buenas condiciones de orador y de escritor, Marcos Antonio Cabral falleció el día 3 de marzo de 1903.

CABRERA, JOSÉ

Nació en Higüerito, cerca de Sabaneta, alrededor del año 1810. Otros historiadores, como Manuel Rodríguez Objío, aseguran que Cabrera es nativo de Dajabón. Hijo de Agustín Cabrera y Juliana Gómez. Combatiente de vanguardia contra los españoles. Hábil, valiente, incansable, tenaz.

Estaba fuera del país cuando Santana proclamó la anexión en 1861; se unió a Sánchez en la expedición de junio de ese año, práctico y conocedor palmo a palmo de las regiones fronterizas, facilitó la comunicación de Sánchez con el general Santiago Rodríguez que estaba al tanto de

los planes de expedición y dispuesto a brindarle apoyo. En medio del desbande consiguiendo a la derrota, Cabrera logró salvarse casi de milagro. Cruzó de nuevo la frontera en abril de 1862 para luchar desde dentro por la reconquista de la Independencia de su patria. Participó en el ataque comandado por Lucas de Peña el 21 de febrero de 1863 a la población de Guayubín.

Otra vez derrotadas las fuerzas nacionales, la mayor parte de los que lograron salvarse y escapar a la persecución, se refugió en Haití. Cabrera fue perseguido por Campillo, el sádico verdugo de los habitantes de la Línea, hasta las profundidades de la loma de David. Pero el guerrillero burló a sus perseguidores, se quedó en el territorio nacional junto a sus cercanos compañeros de armas Gume Fortuna, Pablo Reyes y un escaso número de combatientes, para hostilizar a los colonialistas, mientras se coordinaban con los que, con Pimentel, Monción y Santiago Rodríguez a la cabeza, planeaban desde el suelo haitiano la reanudación de la guerra.

Cabrera estuvo puntual el 16 de agosto en Capotillo, participó junto a otros en la ocupación de Sabaneta, y marchó en persecución

de los españoles que huían en retirada hacia Santiago. Durante el sitio a esta ciudad fue jefe del cantón de la Otra Banda. Cumplió misiones en San José de Las Matas, el 16 de septiembre de 1863 viajó con Santiago Rodríguez a la frontera y estuvo actuando por Bánica y Las Matas de Farfán en la región Sur. Un oficio del ministerio de la guerra, fechado a 2 de noviembre de 1863, le ordena estar listo para comandar una columna que operaría sobre San Cristóbal, aunque poco después estaba de vuelta en el Noroeste. En la Línea comandó el campamento de los patriotas en Manzanillo, y peleó contra los españoles que desembarcaron con el general De la Gándara en Monte Cristi el 17 de abril de 1864. Después de la caída del gobierno del general Gaspar Polanco, en enero de 1865, Cabrera fue de los restauradores perseguidos por el presidente Pedro Antonio Pimentel y después de la liberación, siguió su honrosa trayectoria de hombre de armas y de patriota.

Fue Comandante de Armas de Dajabón; y en 1869, cuando Báez y su dictadura antinacional de los Seis Años buscaban afanosamente la anexión del país a los Estados Unidos, Cabrera reafirmó su

calidad de patriota rectilíneo y tomó temporalmente por asalto a Sabaneta.

José Cabrera, nacido en las capas sociales más humildes, murió también en la pobreza, en Peladero, Monte Cristi. Otra versión asegura que falleció el 14 de marzo de 1884, en Las Aguas, jurisdicción de la misma provincia. Sus restos fueron sepultados en el cementerio de Monte Cristi, y la posteridad lo recuerda como patriota y guerrillero de sobresaliente cualidades.

CALERO, JOSÉ MARÍA

Uno de los patriotas que lucharon en la ciudad capital, condenada hasta el fin de la guerra al rigor de la ocupación de las tropas españolas. Miembro de la Junta Revolucionaria. Fue apresado por las autoridades ocupantes, declarado preso político y desterrado hacia Puerto Rico acusado de ser uno de los dirigentes del movimiento Restaurador en Santo Domingo. Bajo los mismos cargos y por orden del general Felipe Rivero, fueron enviados el 21 de septiembre de 1863, treinta y cuatro dominicanos más, en su mayor parte gente de clase media urbana, que padeció

en su deportación y encierro, el trato más inhumano y desconsiderado. Al poco tiempo, Carlos de Vargas, que había sido designado Gobernador, de paso por Puerto Rico, dispuso la libertad de Calero y los demás detenidos, con la opción de quedarse en aquella isla o regresar a Santo Domingo.

En el gobierno baecista de los *Seis Años*, del 1868 al 1874, Calero volvió a sufrir persecución política a causa de su combate al plan de anexión a Estados Unidos que adelantaban Báez y sus secuaces. Estuvo en el destierro y desde allí mantuvo su activa oposición a ese plan. En los comienzos de la década de los ochenta del siglo diecinueve se le registraba en el desempeño de funciones públicas.

CAMINERO, LUÍS MARÍA

Miembro de la Junta Revolucionaria que operó secretamente en la ciudad de Santo Domingo. Fue uno de los primeros capitales en irse a Santiago a ponerse a la orden del gobierno. Prestó servicios en San Cristóbal, en agosto de 1864; al mes siguiente lo nombraron Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda y el 7 de

noviembre, de traslado al Este, fue nombrado secretario del general Eusebio Manzueta. Tuvo a su cargo brevemente la redacción del *Boletín Oficial*, vocero del gobierno Restaurador.

Estaba la guerra nacional en su fase final y junto a Juan Bautista Zafra, Daniel Henríquez, Segismundo Robiou y otros jóvenes progresistas, Caminero formó parte de la sociedad juvenil *Regeneración*, que tuvo una vida efímera y sucumbió en poco tiempo al embate de las caóticas contiendas que siguieron a la reconquista de la soberanía.

CAMPOS, ALEJANDRO

De Sabaneta, común de Monte Cristi. El 18 de agosto, junto a Federico de Jesús García, actuó en la toma de la plaza de Monte Cristi. El 20 dio una nueva demostración de coraje en medio del combate librado en el Cayucal. Iba junto a Monción y Pimentel persiguiendo al forajido brigadier español Manuel Buceta y en un instante en que el primero se abalanzó sobre el perseguido malhechor, cayó Monción inesperadamente al suelo. Al tratar Monción de incorporarse para volver al ataque,

un dragón español lo derribó de un sablazo en la cabeza y se disponía a darle el golpe de gracia. Intervino Pimentel y liquidó al dragón, pero quedó rodeado de otros soldados españoles que se le venían encima; entonces acudió presuroso Alejandro Campos, junto al patriota Gabino Crespo y salvaron de una segura muerte a los dos jefes. Monción fue dejado en casa de amigos, y sus compañeros siguieron a la caza de Buceta y sus acompañantes. Durante toda la guerra, Campos operó en los cantones de El Duro, Laguna Verde, Guayubín y otros puntos candentes de la Línea Noroeste.

Pasada la guerra de liberación, Campos se sumó al bando baecista; era general de División y para desgracia de su nombre y su pasado de restaurador, murió en septiembre de 1873, a consecuencia de una herida recibida mientras peleaba en defensa del gobierno antinacional de los *Seis Años*.

CAMPUSANO, ALEJO

Nativo de Pedregal, jurisdicción de San Cristóbal, hijo de Lino Campusano y Josefa Pío. Asunto jefe de unidades guerrilleras

contra las cuales fue imposible todo intento de liquidación emprendido por los ocupantes. Por un tiempo fue jefe del cantón de Sabana Toro, San Cristóbal; también dirigió operaciones militares en Manoguayabo y Manomatuey. Un parte de guerra del Jefe de Operaciones de San Cristóbal elogia la bravura del coronel Alejo Campusano, lo mismo que la de los oficiales del mismo rango, Rudecindo Suero y Eusebio Evangelista por el importante apoyo prestado en la toma de la plaza de San Cristóbal por las fuerzas restauradoras.

En numerosas ocasiones las incursiones de Campusano y sus hombres llegaban a los alrededores de Santo Domingo, tras cuyas murallas fueron obligados a encerrarse las tropas españolas.

Después de la liberación, Campusano fue partidario de Báez. Durante los *Seis Años* fue Comandante de Armas y en ese cargo le llegó la muerte en el año 1870. Tenía cuarenta y siete años.

CARRASCO, JUSTO

Liniero. Participante de vanguardia en el levantamiento de febrero de 1863 dirigido por Lucas de Peña. Fue enviado el 4 de

marzo por Benito Monción a cerrarle el paso a la columna comandada por el general españolizado José Hungría, que intentó sin éxito abrirse paso por San José, para llegar a Sabaneta. Carrasco cumplió fielmente la misión, a pesar de la disparidad de fuerzas con que se batían.

Fue juzgado y condenado a muerte en contumacia a causa de su actuación en aquellos hechos. Se mantuvo en rebelión y desde que sonó el Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863, se integró al movimiento armado. En un empeño por darle forma a una dirección militar con mandos definidos, apenas horas después de la reanudación de los combates, Santiago Rodríguez llevó a cabo la primera promoción de oficiales restauradores y entre los ascendidos estuvo Justo Carrasco.

CASADO, VICENTE -BLANCO-

Militar, Comandante de Armas de El Maniel, hoy San José de Ocoa. En octubre de 1863 contribuyó al esfuerzo del general Luperón por mantener la disciplina amenazada gravemente por la desordenada conducta de

Perico Salcedo. Precisamente, en casa del Comandante de Armas Blanco Casado se llevó a cabo la reunión de la que salió el juramento de obediencia y adhesión a la autoridad de Luperón, con el que se puso fin a la crisis de autoridad prevaleciente en aquella comarca. El propio Salcedo puso su firma en el indicado juramento, aunque fue preciso reconocerle una determinada cuota de autoridad.

Casado, además, encabezó la comisión de notables que mediante comunicación fechada a 15 de noviembre de 1863, daba constancia del correcto proceder de Luperón, en momentos en que la conducta y la propia lealtad de éste a la causa nacional estaban puestas en entredicho. *Vicente (alias Blanco) Casado, Comandante de Armas de esta comúin de San José de Ocoa, certifico: Que el día 18 del pasado octubre llegó a este pueblo el General Gregorio Luperón, y durante su corta permanencia en él, su comportamiento fue sin tacha, cual corresponde a un hombre de honor, sin que ni en general, ni en particular, ningún ciudadano haya sido inquietado por su causa,* decía en su párrafo inicial la aludida comunicación. Junto a ésta, y a solicitud del propio Luperón,

los miembros de la Junta Revolucionaria de Baní, ofrecieron su testimonio escrito en el mismo sentido positivo.

En el transcurso de la Guerra Patria, Blanco Casado combatió en los escenarios del Sur.

CASIMIRO, PEDRO ANTONIO

Nació en Puerto Príncipe, capital de Haití, de la unión del dominicano José Ramón del Orbe y Madame Casimir, integrante ésta y según el historiador Rufino Martínez, de la corte del emperador Faustín Souluque, de los Conde de Tiburón. Pedro Antonio fue traído a La Vega y allí terminó de criarse. Licenciado en derecho. Político. Militar.

En septiembre de 1863 dirigió el pronunciamiento patriótico de Bonao, organizó la constitución de la Junta Revolucionaria y fue nombrado jefe de Operaciones de esa villa, por el Gobierno Provisorio que acababa de instalarse en Santiago. Recibió órdenes de trasladarse al Sur para levantar también a San Cristóbal. Fue de los principales organizadores del levantamiento de Baní y de la Junta Revolucionaria que operó en esa

población sureña. Combatió en El Maniel, hoy San José de Ocoa, bajo el mando del general Pedro Florentino.

Sobre el coronel Casimiro recayó por un tiempo la misión de mantener libre el cruce de Piedra Blanca y sus contornos, punto vital para las comunicaciones y la coordinación de las tareas entre el Norte, el Este y la región Sur. Con tropas formadas por gente de La Vega, tomó la población de San Cristóbal. Fue el coronel Casimiro quien hizo preso al general anexionista Modesto Díaz, Comandante de Armas de Baní y a los coroneles Valera y Demetrio Álvarez.

Infatigable y dinámico jefe militar, hombre de probada valentía. Tenía la tendencia a las actuaciones por cuenta propia y a supeditar los principios de la disciplina a su voluntad personal. Un parte oficial de fecha 23 de octubre de 1863 habla de *“la escandalosa desavenencia en Baní”* que se había registrado entre el coronel Casimiro y el general Luperón.

En noviembre de 1864, Casimiro fue suspendido, probablemente como sanción, y una orden del 9 de ese mismo mes le manda a reintegrarse a su puesto

correspondiente. Estuvo en la región Este y compartió responsabilidades con oficiales tan renombrados como Adames, Trinidad, Gavilán y Manzueta, entre otros.

En la segunda República fue ascendido a general de división. Durante el gobierno dictatorial de los Seis Años, tomó partido por los azules acaudillados por Luperón y se fue a la manigua a pelear para derrocar la tiranía y hacer fracasar el plan de anexión a los Estados Unidos. En 1891, bajo el régimen tiránico de Liliés, Casimiro era Gobernador de La Vega. Murió en el desempeño de las funciones de Presidente del Tribunal de esa misma ciudad.

CASTILLO, BENIGNO DEL

Aunque se asegura que su nacimiento fue en Baní, en 1830, su desarrollo intelectual tuvo como escenario a Santo Domingo. Abogado, orador de elocuente discurso, escritor de pluma impecable y ciudadano capaz de morir como murió por la independencia de su patria.

Oficial en las campañas contra las invasiones haitianas. En la Revolución de los liberales del 1857 contra Báez, Castillo estuvo

en el bando oficial, el baecista. Cuando cayó el gobierno, se fue al exilio con su caudillo, allí se alistó en la expedición patriótica dirigida por Sánchez y entró al territorio nacional a fines de junio de 1861. Cayó prisionero junto al prócer y junto a éste bajó a la tumba y subió a la gloria frente a los verdugos que le dieron muerte, el 4 de julio de 1861, en San Juan de la Maguana.

**CASTILLO MEDRANO,
MANUEL MARÍA**

Nació el 1° de enero de 1834, en San Francisco de Macorís, fruto del matrimonio formado por Manuel Castillo y Álvarez y Agustina Teresa Medrano. Recibió educación en Santo Domingo, donde vivió hasta acercarse a los veinte años, cuando regresó a su hogar paterno. Era comerciante, dueño de un alambique.

Junto a Cayetano de la Cruz, Santiago Mota, Olegario Tenares y otros patriotas pronunció a San Francisco de Macorís el 3 de septiembre de 1863, tal y como lo había hecho su padre Manuel cuando pronunció esa ciudad en respaldo a la proclamación de la República en 1844.

Fue designado de inmediato Adjunto a la Comandancia de Armas que instaló su oficina precisamente en el local comercial de Castillo. Viajó a la costa Nordeste en procura de adhesiones a la causa nacional y fue quien logró la incorporación de José Silvano Acosta, en Samaná. Hombre de temple y autoridad, de capacidad de persuasión y con claras condiciones de organizador. Contribuyó a la formación de juntas de gobierno en diversos pueblos de la zona. Supervisó el reforzamiento de Matanzas, ordenó instalar una fuerte guarnición en San Antonio del Yuna, hoy Villa Rivas, y el envío de fuerzas al Cotuí.

El 30 de septiembre de 1864 Castillo fue llamado por el gobierno de Santiago y el 26 de noviembre siguiente fue nombrado jefe de la línea del Sur donde la situación era bastante crítica, a consecuencia de la derrota provocada por la embestida española de finales del año anterior. Florentino, jefe superior de las fuerzas nacionales, había muerto asesinado por un subalterno y hombre de su confianza; Juan de Jesús Salcedo, que había asumido la jefatura, había creado una situación cercana a la

anarquía, por lo cual mucha gente sentía rechazo hacia el movimiento Restaurador. El prócer Mella, que había sido enviado a remediar la situación, no pudo hacer gran cosa porque enfermó de gravedad y tuvo que regresar trabajosamente a Santiago, donde murió poco después. Permaneció Castillo durante cuatro meses en su puesto de general en jefe de la región Sur, con positivos resultados para la causa, hasta que fue reemplazado por el general José María Cabral, que había regresado del exterior en junio de 1864 a sumarse a la lucha patriótica.

Castillo regresó a su pueblo natal, donde siguió su labor patriótica, hasta ser enviado a Boyá, como jefe de la línea del Este, en unión del general Eusebio Manzueta. Peleó también en San Cristóbal, Baní y los alrededores de la Capital, ciudad a la cual entró con las tropas de Cabral. Estuvo al lado de Cabral, como Ministro de lo Interior, en el *Protectorado* y más adelante fue diputado al Congreso Nacional. Cuando se enteró de las gestiones que promovía Cabral para negociar con Estados Unidos la venta de la bahía de Samaná, Castillo, junto a Melitón Valverde, Juan Bautista Zafra y Manuel

Rodríguez Objío, levantó su voz de protesta y envió constancia escrita de esa actitud a los cónsules de otros países que residían entonces en la Capital.

Finalizada la guerra patria, Manuel María Castillo se mantuvo esencialmente fiel a su decoroso pasado de soldado de la Restauración. Se opuso resueltamente a la dictadura de los Seis Años y los proyectos anexionistas de Báez, a consecuencia de lo cual sufrió persecución y probó el trago amargo del destierro. Reclamado por los distintos gobiernos, aceptó funciones públicas como la de Gobernador y luego Delegado del gobierno de Lilís, en el distrito de Pacificador, que fue el nombre que, en un acto de adulonería al dictador de turno, y en referencia a la pacificación que este había impuesto a puro terror, se le asignó oficialmente a San Francisco de Macorís.

Promovió el progreso de su región como pocos, y a su nombre y sus esfuerzos progresistas están unidas importantes obras de carácter material y social. En el 1916 cayó sobre el país el oprobio de la ocupación de las tropas norteamericanas. Ante ese hecho brutal, el general Manuel

María Castillo supo probar que su patriotismo seguía invariable y fresco a pesar de los años y para cerrar con broche de oro su vida de buen dominicano, se opuso a aquel acto bochornoso. En 1920 empezaron a formarse las juntas nacionalistas por diferentes puntos del país y le correspondió a Manuel María Castillo, soldado de la Restauración, el mérito histórico de encabezar la primera Junta Nacionalista de su pueblo, que fue la primera que se formó en la región del Cibao, para luchar por la *evacuación pura y simple* de la Patria. Murió un año después, con el dolor de dejar su tierra pisoteada por tropas extranjeras.

CASTILLO, TOMÁS RAMÓN

Residente en La Vega, donde tenía su familia. Militar de las luchas contra los intentos de reocupación haitiana. Se adhirió a la causa nacional en su propia jurisdicción y en septiembre de 1863, con el grado de coronel, estuvo entre los que encabezaron la sublevación de Cotuí. Fue el primer Comandante de Armas de esa villa por designación expresa del propio presidente Salcedo; colaboró eficientemente con el

general Luperón cuando éste fue encargado de la jefatura de Operaciones en la línea del Este en la cual Castillo fue reconocido por su correcto proceder.

CASTRO, AGUSTÍN

Santiaguero de nacimiento. Vino al mundo en el año 1837. Participó en la frustrada sublevación del 24 de febrero de 1863 en Santiago. Volvió a las armas desde que se reiniciaron los combates en esa ciudad a principios de septiembre del mismo año, y estuvo en las incidencias y alternativas del sitio que terminó con la salida de los españoles hacia Puerto Plata. Fue jefe de estado mayor del general Pepillo Salcedo. Alcanzó el rango de general y murió en 1921, a los ochenta y cuatro años de edad.

CESTERO, MARIANO ANTONIO

Destacado político y hombre de letras nacido el 19 de noviembre de 1837, en el hogar de Manuel Florentino Cestero y María Mercedes Aybar en la Capital. Sus primeros pasos en la actividad política los dio como militante baecista. Ante la tosquedad

y el comportamiento primitivo de Santana, Cestero prefirió a Báez, no menos pernicioso que el caudillo hatero, pero tocado de bastante ilustración y de sobrada habilidad para presentarse como el civilista y redentor que nunca fue.

En 1857, frente a la Revolución del 7 de julio promovida por los liberales, Cestero combatió con la pluma y con las armas a favor del gobierno reaccionario de Báez y se mantuvo junto a él a lo largo del sitio de once meses a que fue sometida la Capital, antes de que el presidente capitulara y decidiera a marcharse al extranjero. Cestero lo siguió hasta el destierro.

Cuando llegó el momento de la anexión, Mariano Cestero se declaró tajantemente opuesto a la liquidación de la República y cuando Báez buscó el entendimiento con los españoles y se fue a vivir a Madrid, con el rango de Mariscal de Campo y pagado a sueldo por la corona española, Cestero rompió radicalmente con su antiguo caudillo. Vino en la expedición encabezada por Sánchez y Cabral, que culminó en el fracaso y en el fusilamiento masivo del 4 de julio en San Juan de la Maguana. Sobrevivió

al desastre y se mantuvo fiel a su orientación patriótica, a todo lo largo de la Guerra de Restauración.

Después de la retirada de los españoles y restaurada la República, se mantuvo en las filas de los azules, junto a los más conspicuos paladines del civismo y la democracia. Se opuso al movimiento que en 1865, trajo a Báez por tercera vez a la presidencia, y también combatió a este siniestro personaje y su fatídica dictadura de los *Seis Años*, aunque desde el destierro y cuando más sólida aparecía aquella férrea administración a la vista de algunos, Cestero decidió acogerse a las garantías que el gobierno ofreció a los dominicanos que estaban en el exterior y decidieran retornar pacíficamente al territorio nacional.

Luego, sirvió al gobierno liberal de Espaillat como ministro de Hacienda y Comercio, nombrado el 21 de abril de 1876. Siguió actuando en la vida pública, en las luchas políticas como personaje civil, y en el campo de las letras, como escritor. Sus trabajos resumen su elevado sentimiento nacional y su concepción liberal. Como un...*hombre ilustrado, teórico, honrado y superlativamente*

apasionado, lo califica agudamente el prócer Luperón en las *Notas Autobiográficas*.

Fue Cestero el redactor del folleto basado en la narración que le hizo el general Benito Monción en marzo de 1887, mientras estaban ambos desterrados en las Islas Turcas. Ese relato referido esencialmente a los comienzos de la Guerra de Restauración, fue recogido en un folleto que se publicó en agosto de 1902, titulado *De Capotillo a Santiago*. Además de las diversas reacciones que generó con motivo de su divulgación, el relato ha sido objeto de varias reediciones.

Después de una vida intensa y laboriosa, Mariano Cestero murió el 25 de octubre de 1910, en la misma ciudad donde había nacido 73 años antes.

COLOMÉ, LORENZO

Sureño. Estuvo junto al general Florentino en los pronunciamientos respectivos de las poblaciones de San Juan de la Maguana, Las Matas de Farfán y Sabana Mula a partir del 17 de septiembre de 1863. Le tocó ser custodia de Domingo Lazala, José del Carmen Reynoso, Manuel Blanco Algarrobo, entre otros, todos

comandantes de armas hechos prisioneros cada uno en su propia demarcación, al iniciarse los pronunciamientos. Los tres jefes y seis subalternos suyos fueron enviados al gobierno de Santiago por alta disposición de Florentino, según consta en un parte militar de fecha 25 de septiembre de ese año.

Después de la muerte trágica del general Florentino, el capitán Lorenzo Colomé siguió luchando bajo las órdenes del general Aniceto Martínez. Hizo toda la campaña y cuando pasó la guerra, siguió actuando en las luchas políticas y armadas que conmovieron al país.

Consecuente con su pasado de Restaurador, Colomé se opuso a la anexión perseguida por el presidente Báez durante los *Seis Años*. Se instaló en Haití y desde allí, con el respaldo del gobierno haitiano de Nisague Saguet, formó parte de las guerrillas que, bajo las órdenes del general Cabral, operaban en la región fronteriza.

COMAS, EUGENIO

Propietario de grandes hatos ganaderos, en San Juan de la Maguana. Veterano de las campañas contra las invasiones haitianas.

Comandante de Armas al servicio de Santana en El Cercado, en 1860 y en ese puesto permanecía al iniciarse la Revolución Restauradora en la región Sur, la noche del 17 de septiembre de 1863. Fue detenido por los patriotas y remitido por el general Florentino a las autoridades de Santiago, junto a Domingo Lazala, José del Carmen Reynoso y otros sirvientes de los españoles. El gobierno aceptó las propuestas de adhesión hechas por Comas al movimiento Restaurador y lo envió con una orden de ruta a los frentes de Puerto Plata donde estuvo activo al lado de los patriotas.

En pleno desarrollo de la guerra, Comas fue reintegrado a su región de origen y llegó a ser jefe del célebre cantón azuano del Viajama, y más adelante, en septiembre de 1865, libre ya la República de las fuerzas españolas, Gobernador de la provincia de Azua. Desempeñaba esas mismas funciones, en el 1867, año en que cayó abatido mientras enfrentaba un ataque de los rojos, partidarios de Buenaventura Báez.

CONTRERAS ESPEJO, JOSÉ

Nacido en Jábaba, comarca de la común de Moca, en 1823. En

los días de la anexión residía en Las Lagunas, de la misma común. Militar en los tiempos de la lucha por la Independencia; retirado como coronel de caballería, se dedicaba a la agricultura y cuando se vio ante el hecho brutal de la venta de la República a los españoles, sintió enardecida su alma de patriota. Aunque, según se dice, estaba ciego, organizó, junto a un grupo de dominicanos de su zona, un levantamiento patriótico que se inició con el asalto a la fortaleza de Moca el 2 de mayo de 1861. Fue la primera rebelión armada contra la dominación española.

Juan Suero, Comandante de Armas, que estaba ausente de la ciudad al instante del asalto, se puso rápidamente al frente de la situación y la rebelión, que no contaba con los recursos ni las condiciones imprescindibles para triunfar, fue rápidamente aplastada. El propio Santana viajó al terreno de los hechos, empeñado en demostrar con su habitual crueldad, lo que le esperaba a todo el que se negara a aceptar el hecho cumplido del sacrificio de la Independencia. Ordenó montar una corte marcial que pasara juicio sumario a los involucrados en la sublevación y fueron dictadas

veinticinco condenas a muerte contra igual número de rebeldes, prófugos en su mayor parte. Sólo cuatro de ellos estaban detenidos.

El 19 de mayo fue emitido por la Reina el decreto aceptando la *reintegración* de los dominicanos a su *madre patria*, y como si se le estuviera rindiendo un fúnebre tributo a ese decreto, ese mismo día fueron ejecutados el valeroso coronel José Contreras, José María Rodríguez, José Inocencio Reyes y Cayetano Germosén, mientras se arreciaba la persecución contra los otros.

CONTRERAS, EUGENIO

Nació en Santo Domingo, en 1822. Soldado de las luchas de separación de Haití. En 1845 fue condenado al destierro, al considerarse implicado en la conspiración por la que la heroína María Trinidad Sánchez fue ejecutada el 27 de febrero de ese año, por orden de Santana.

Estaba en Santiago cuando la guerra nacional estaba en marcha. En noviembre de 1863 ocupó la jefatura superior de la línea del Sur, mientras llegara el general Manuel María Castillo, enviado por el gobierno de Santiago a dirigir allí los asuntos de la

guerra. En diciembre siguiente fue trasladado a San Cristóbal y, de vuelta al Cibao, ocupó la Comandancia de Armas de la ciudad de Moca.

Bajo el gobierno de Pimentel fue presidente del Consejo de Guerra que se constituyó en abril de 1865, para juzgar a los acusados de la muerte de Pepillo Salcedo. Contreras pidió pena de muerte para el ex presidente Gaspar Polanco, lo mismo que para Espaillat, Pujol, Objío, Belisario Curiel, Silverio Delmonte y Rafael María Leyba.

Después del restablecimiento de la República, sirvió en diversas posiciones públicas, incluyendo la de Gobernador de Santo Domingo. Durante el período de los *Seis Años* de Báez, de 1868 a 1874, fue presidente del Juzgado de Primera Instancia en Samaná.

CORDERO, TIMOTEO

—SAMBITO—

Natural de La Vega. Desde que se instaló el gobierno nacional el 14 de septiembre de 1863, Cordero fue enviado a Monte Cristi a servir a la causa junto al general Benito Monción. Desde entonces hizo toda la Guerra de la Restauración en los escenarios de

la Línea y después de la retirada de los españoles, se radicó definitivamente en Castañuelas.

Continuó activo en la vida política y las contiendas bélicas que conmovían la República con perjudicial frecuencia. Estuvo al lado de Báez durante los *Seis Años*; también sirvió Cordero a la dictadura de Lilís. En las guerras civiles que desangraron el país en los primeros años del siglo veinte, Cordero militó en el bando encabezado por el rico comerciante montecristeño Juan Isidro Jimenes y, precisamente como guerrillero jimenista fue uno de los caídos en la Matanza de Guayubín, realizada bajo el gobierno del presidente Ramón Cáceres, el 7 de marzo de 1906, con el alegado fin de pacificar la Línea Noroeste.

CORPORÁN, JOSÉ

Estaba en el destierro al producirse la anexión el 18 de marzo de 1861, y vino en la expedición de Sánchez y de Cabral que entró a fines de junio al territorio nacional por la frontera. Oriundo de San Cristóbal. Formó parte de la columna encabezada por el primero, en condición de oficial subalterno. Lo capturaron en la

emboscada montada por el traidor Santiago D'Oleo al pie de la loma de Juan de la Cruz, trasladado y juzgado junto a Sánchez y los demás compañeros, fue ejecutado el 4 de julio de 1861, en San Juan de la Maguana.

CRESPO, DIEGO

Nació en Venezuela, pero se naturalizó dominicano. Se radicó en Guayubín, donde desempeñó funciones oficiales, después de haber residido en Santiago. Se le consideraba el más ilustrado de los residentes en aquella zona, y con su capacidad intelectual suplió las limitaciones que afectaban a Monción que, como muchos de sus heroicos compañeros de causa, era analfabeto. También estuvo al servicio de Lucas de Peña, como secretario y traductor del francés. Fue, asimismo, secretario del general Gaspar Polanco, que tampoco sabía leer ni escribir.

Crespo estuvo activamente involucrado en la conspiración que produjo el levantamiento patriótico de febrero de 1863. Se le atribuye a él la redacción de una proclama que no llegó a difundirse y cuyos ejemplares se perdieron, según se dice, sin que

podiera conservarse copia si- quiera como testimonio para la historia.

Después del Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863, Crespo se incorporó a las fuerzas del general Polanco. Estuvo activo en Santiago y cumplió misión de guerra en el campamento puertoplateño de Maluis. En octubre de 1864 estaba de nuevo en Guayubín y hacía de regidor del ayuntamiento local. Su hijo Gabino fue también un meritorio soldado restaurador.

CRESPO, GABINO

Liniero, hijo del también restaurador don Diego Crespo. Se fue a la Guerra Patria desde que sonó el Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863. A las órdenes de Monción en los combates iniciales y en la persecución del brigadier Manuel Buceta. Fue de los que, en el pleito de El Cayucal, el 17 de agosto, al ver a Monción que caía herido por un dragón español, corrió junto a Alejandro Campos y a Pimentel y rescató a su jefe de una cercana muerte.

Llegó a Santiago al fragor de los combates y su nombre figura entre los firmantes del Acta de

Independencia del 14 de septiembre. Siguió activo a todo lo largo de la guerra y después de la liberación, en desmedro de su bien ganada honra, se situó al lado de Buenaventura Báez. Murió en combate en el 1878.

CUELLO, ANTONIO

–ANTONIO BLAS–

De Pesquería, Barahona. Soldado veterano de las jornadas por la Independencia Nacional. Del nombre de su papá, que se llamaba Blas, le provino el apodo que casi llegó a convertirse en apellido oficial. *Era de ojos grandes protegidos de pestañas largas, de mediana estatura, indio de color, de facciones y por la cabellera lacia,* según la descripción del escritor sureño Sócrates Nolasco.

En acción conjunta con Ángel Félix –El Liberata– pronunció a Neyba y a Barahona contra la anexión en septiembre de 1863. Pasó luego a operar en Azua, Baní y San Cristóbal, bajo el mando inmediato del general Aniceto Martínez. Fue herido de un balazo en el pecho, en el desastroso combate de El Guanál de Paya, en noviembre del mismo año. Tuvo que retirarse con sus tropas y estar inactivo el

tiempo imprescindible para recuperarse. Cuando estuvo en condiciones volvió a la acción y se mantuvo en operaciones durante toda la campaña.

Después de la guerra fue de los más recalcitrantes seguidores del bando antinacional de Buena-ventura Báez. Tomó como asunto muy grave sus diferencias con Domingo Lazala, aquel que antes de ser Restaurador, presidió el tribunal que mandó a Sánchez al paredón el 4 de julio de 1861. Cuello pregonó que lo mataría y cumplió su palabra cuando preparó una emboscada y le dio muerte a Lazala, en Habanero, jurisdicción de Barahona.

Durante la dictadura de los *Seis Años*, peleaba Antonio Blas a favor de su caudillo. Fue herido de dos balazos en un combate librado en El Uvero, Rincón, hoy Cabral, contra tropas azules comandadas por el general Andrés Ogando. Fue capturado y el mismo Ogando se encargó de preservarle la vida y enviarle a casa de un curandero en Barahona, de apellido Barrientos. Un día, el mismo curandero involuntariamente le lastimó la herida y Antonio Blas murió desangrado a causa de una hemorragia incontenible.

CURIEL, JULIÁN BELISARIO

Nativo de Puerto Cabello, Venezuela. Nació el 6 de febrero de 1829 y se estableció en Santiago en 1841. Se casó con Felicitá Bernal. Ejerció el comercio y cumplió funciones públicas propias de su condición de abogado. Integrante del grupo de intelectuales nacionalistas y liberales, uno de cuyos principales núcleos se concentraba en la región Norte. Participó en la Revolución del 7 de julio de 1857 y fue miembro del gobierno provisional que surgió de la misma con sede en Santiago. Fue también diputado al congreso que elaboró la Constitución de Moca de 1858. Al caer el gobierno y frustrarse el movimiento, se fue al extranjero de donde retornó en 1859.

Al producirse la anexión, se negó a dar su firma de respaldo a la misma, fue apresado y, según se asegura, se vio forzado a aceptar empleos de las autoridades españolas incluyendo la sindicatura de la ciudad de Santiago. Estuvo envuelto en el movimiento conspirativo de febrero de 1863 en esa ciudad. Fue perseguido y arrestado de nuevo; juzgado y condenado a doce años de destierro, fue favorecido por la amnistía decretada por la Reina,

volvió a servir a los españoles e incluso peleó contra los patriotas en el sitio de la fortaleza San Luis, hasta el momento de la evacuación y la retirada hacia Puerto Plata, cuando se pasó definitivamente al campo nacional.

Tuvo a su cargo la Comisión de Guerra en el Gobierno Provisorio, desde el mismo 14 de septiembre hasta el 23 de noviembre de 1863, fecha en que fue designado Gobernador Civil de Santiago. Después de cumplir misiones en la Línea, pasó al campamento de Las Jabillas, donde estaba el puesto de mando del general Gaspar Polanco. Mereció el elogio de Polanco, quien en un parte de fecha 21 de octubre de 1863, pone en alto el valor con que se condujo ese oficial en medio de un combate librado contra los españoles. Curiel, además, formó parte de la comisión enviada por el presidente Pepillo Salcedo a parlamentar con el general español José de la Gándara, en Monte Cristi, en 1864. Ya había sido ascendido de coronel a general y volvió a la Comisión de Guerra, tras la caída de Salcedo y el ascenso al poder de Gaspar Polanco.

Cuando el movimiento encabezado por el general Pedro

Antonio Pimentel derrocó a Polanco, en enero de 1865, Curiel fue de los apresados y enjuiciados por la muerte de Salcedo y fue confinado en Matanzas, en la costa Nordeste.

Después de la retirada de los ocupantes, siguió al lado de la causa nacional. Se opuso a Báez y su dictadura de los *Seis Años*. Volvió de nuevo al exilio; acompañó al general Luperón en la expedición de *El Telégrafo*. Desembarcó por Barahona, se batió con bravura, cayó en manos del gobierno en Las Matas de Farfán, y junto con otros patriotas, fue fusilado por orden de Báez, en Azua, sostiene el prócer Luperón. Era el año 1869. *No se sabe donde descansan sus venerables cenizas, pero tienen el panteón de la gratitud de sus amigos y de la gloria nacional, que ningún tirano podrá destruir jamás...*

CURIEL, RICARDO

De ascendencia venezolana. Nació en 1834. Residía en Santiago y estaba casado con Justa Rodríguez. Abogado, igual que su hermano Julián. Era Alcalde Mayor, en Puerto Plata en diciembre de 1861, mes en que

presentó renuncia al cargo. Se adhirió sin retroceso a la causa nacional y desde los días del sitio de Santiago fue de los primeros en sugerir la idea de la formación del Gobierno de la República en Armas. Suscribió el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863 y ocupó la Secretaría de Hacienda. Fue enviado en misión de guerra a La Vega. En octubre de 1864 era Comandante de Armas de Guayubín. En enero de 1865, bajo la presidencia del general Pimentel, Curiel

fue trasladado a Monte Cristi con el mismo cargo que ostentaba en Guayubín.

En la segunda República siguió en la vida pública y a pesar de su pasado de Restaurador, se unió a Báez y respaldó la anexión a Estados Unidos que este promovía en su gobierno de los Seis Años. Después de desaparecer su caudillo del panorama político nacional, fue diputado al Congreso Nacional en el régimen de Lilís. Murió en 1889.



CHANLATTE, JOSE ANICETO –BAÚL–
CHANLATTE, MANUEL –LILÍ–
CHECO, JOSÉ MARÍA

**CHANLATTE, JOSE
ANICETO –BAÚL–**

Era nativo de San Juan de la Maguana. Combatió contra los españoles en la región Sur, aunque al pasar la guerra reafirmó su militancia política baecista, bajo la cual Baúl exhibió sin rubor el manantial de odio y de crueldad que llevaba latente en su alma retorcida. En términos históricos puede asegurarse que fue Buena-ventura Báez en su luctuosa administración de los *Seis Años*, el precursor del terrorismo de Estado y la guerra sucia en nuestro país. En esa época se formó en el Sur una gavilla de degolladores, con forajidos seleccionados de los tristemente célebres batallones gubernamentales *Ligero* y *Chavalo*; y los maleantes conocidos por los apodos de Baúl, *Llinito*, *Solito* y *Mandé*, pasaron a convertirse en trágicos símbolos de las matanzas más horrosas.

Entre los más resonantes crímenes en que participó *Baúl* se cuenta el cometido contra el soldado patriota Benito Ogando en abril de 1872 y el asesinato de otro de los hermanos Ogando, el benemérito general Andrés Ogando, el 7 de octubre del mismo año. *Baúl* terminó su sangrienta jornada el día que lo

mataron en el poblado de El Maniel, hoy San José de Ocoa.

**CHANLATTE, MANUEL
–LILÍ–**

Hermano del anterior. Secretario del consejo de guerra que condenó a Sánchez y sus compañeros a morir ejecutados el 4 de julio de 1861 en San Juan de la Maguana. Cuando la guerra de liberación estaba en curso, cambió de bando y como para lavar la mancha que llevaba encima, se puso al lado de los patriotas. Abrazó con tanta consecuencia y tanto valor la causa nacional, que en el combate del Jura, Azua, el 1° de octubre de 1863, se dispuso a morir como los buenos, antes que abandonar dos piezas de artillería que sus superiores habían confiado a su custodia. Era hijo del francés Alejo Justo Chanlatte, que se estableció en territorio dominicano en los tiempos de la ocupación haitiana iniciada en 1822.

CHECO, JOSÉ MARÍA

Soldado de las luchas de Independencia. Sirvió en principio y como muchos otros hombres de armas santiagueros, a la

anexión. Pero regresó al redil de los patriotas y desde que se organizaron las conspiraciones que desembocaron en los sucesos de febrero de 1863, en Guayubín, Sabaneta, Monte Cristi y Santiago, se integró a ellas. Fue acusado y procesado judicialmente por los españoles.

Después del levantamiento del 16 de agosto de 1863 en el Noroeste y al iniciarse a principios de septiembre los combates en Santiago, tomó las armas y peleó con sobrado valor y probada habilidad. En ausencia de José Cabrera, tuvo a su cargo la comandancia del cantón de La Otra Banda, cuando más intensos se volvían los combates entre anexionistas y patriotas.

En un esfuerzo desesperado, el Gobernador de Puerto Plata,

general Juan Suero, intentó abrirse paso con sus tropas hacia Santiago y rescatar a los españoles que, al mando del brigadier Manuel Buceta, estaban cercados en la fortaleza San Luis. Los patriotas le hicieron pagar un elevado costo a Suero y sus tropas antes de que logran su entrada a Santiago, cuando ya los españoles habían decidido abandonar la plaza. En esos acontecimientos, el coronel José María Checo se comportó como uno de los más sobresalientes oficiales.

En las luchas políticas y armadas que siguieron a la Restauración de la República, Checo apareció en ocasiones peleando por la causa reaccionaria de Buenaventura Báez.



DANIEL, REMIGIO
DE AZA, ANTONIO O ANTONINO
DEETJEN, ALFREDO
DE LA CRUZ ÁLVAREZ, JUAN –CACÚ–
DE LA CRUZ, AMBROSIO
DE LA CRUZ, CAYETANO
DE LAS MERCEDES, JOSÉ
DE LEÓN, RUDECINDO –MEDIO MUNDO–
DE LORA, CARLOS
DE LORA, GREGORIO
DE LUNA, ZACARÍAS
DE PEÑA, LUCAS EVANGELISTA
DE ROJAS, BENIGNO FILOMENO
DELMONTE, SILVERIO
DEL ROSARIO, JUAN
DEL ROSARIO SÁNCHEZ, FRANCISCO
DÍAZ, GENARO
DIEZ, MARIANO
DUARTE, JUAN PABLO
DUARTE, VICENTE CELESTINO
DUBREIL, FRANCISCO
DURÁN, JOSÉ
DUROCHER, MANUEL BARÓN

DANIEL, REMIGIO

Nacido en Santiago, en 1816. Carpintero. Militar de las jornadas de la independentistas. En la primera República, ejerció el cargo de Comandante de Armas de Puerto Plata. En la Guerra de Restauración actuó en Santiago y más adelante pasó a formar parte del estado mayor del presidente José Antonio Salcedo, con quien estuvo en las diferentes regiones en que el presidente anduvo en misión de guerra. Como experto constructor que era, en septiembre de 1864 las autoridades de Santiago lo encargaron de la construcción del local para las oficinas de la Comandancia de Armas de la ciudad de Moca.

Al pasar la guerra, Daniel se apartó de las luchas políticas y en el ejercicio de su ocupación de carpintero transcurrió el resto de sus días, hasta morir en su ciudad natal en 1896.

DE AZA, ANTONIO O ANTONINO

Nacido el 10 de mayo de 1829 en Guanábano, Higüey. Casó con Tomasa Cordero. Soldado de la Independencia, bajo el mando del general Pedro Santana.

Secundó eficazmente a los coroneles Antón Guzmán y Pedro Guillermo en el empeño por extender en la región Este el fuego liberador de la Guerra Patria. Su hijo, llamado también Antonino De Aza, estuvo preso en Higüey, en febrero de 1864, por su militancia al lado de la causa nacional.

Siguió vinculado a la actividad política. En 1866 fue condenado a muerte acusado de traición por unirse a una expedición encabezada por el baecista Tomás Botello, que fracasó estrepitosamente. El presidente Cabral le conmutó la pena de muerte por la de reclusión perpetua en los límites de Las Matas de Farfán. Escapó en 1867. Luego de la caída de Cabral, la pena fue anulada y De Aza se retiró a vivir de la agricultura en los campos de Higüey, donde murió en los meses finales de 1879.

DEETJEN, ALFREDO

Nació en Cabo Haitiano, en 1836. Hijo de un holandés que se estableció en Santiago, Alfredo Deetjen ejerció el comercio en esa ciudad, y en 1842 extendió sus actividades a Puerto Plata, junto a su hermano Carlos. Era, según

uno de los cronistas españoles, de baja estatura, *de buen color y agradable fisonomía*.

Como hombre de concepciones liberales y avanzadas se contó entre los más empeñados promotores de la Revolución del 7 de julio de 1857, contra el segundo gobierno de Báez. Desempeñó algunas funciones públicas, incluso la de diputado.

Bajo la anexión, era regidor del ayuntamiento de Santiago y desde esa posición trabajó con intensidad para organizar el levantamiento patriótico del 24 de febrero de 1863. Lo apresaron después del fracaso de esa acción insurreccional, y se salvó de la ejecución por diligencias en su favor desplegadas personalmente por Santana. No obstante, fue condenado a sufrir presidio en Ceuta, al Norte de África, donde España operaba una de las más temibles cárceles de bandidos.

Deetjen obtuvo su libertad y desde que la Guerra Patria se extendió a Santiago, a partir del 30 de agosto de 1863, formó parte del grupo de políticos e intelectuales que abrazaron la causa nacional. Al formarse el gobierno de la República, fue designado en la Comisión de Hacienda, junto con Pablo Pujol. Firmó el Acta

de Independencia del 14 de septiembre de 1863 y seis días más tarde fue enviado a Haití a imprimir ese histórico documento. Hizo el viaje junto con Máximo Grullón, compañero de lucha patriótica y comerciante al igual que él. Cumplió otras altas funciones, como la de la Secretaría de Interior y también la de Relaciones Exteriores. Fue de los enviados por Salcedo en 1864 a parlamentar con los españoles, que desde el 17 de abril habían reconquistado la plaza de Monte Cristi.

Se dice que tuvo sus dudas y vacilaciones acerca de la posibilidad de éxito de la Revolución Restauradora, en el momento crítico en que Monte Cristi fue ocupada por el poderoso cuerpo expedicionario capitaneado por De la Gándara y parecía consolidado el control español en ese punto de la costa Noroeste. Se retiró del gobierno a la caída de Salcedo, y al considerársele sospechoso de desertión, el entonces presidente Gaspar Polanco ordenó que lo pusieran bajo arresto. Poco después fue dejado libre, aunque se le mantuvo bajo vigilancia.

Después de la guerra siguió tomando parte en la vida pública,

al lado de los principales hombres de pensamiento nacionalista y concepciones liberales, que terminaron por formar el Partido Azul, acaudillado por el general Gregorio Luperón. En esa militancia se mantuvo *monsieur Alfred* hasta que exhaló el último suspiro en 1897.

DE LA CRUZ ÁLVAREZ, JUAN –CACÚ–

De Santo Domingo. Residente en Guayubín, donde tenía su hogar formado con Sebastiana Cabrera, hija del coronel José Cabrera. Poseía cuantiosos bienes. Ejerció varios empleos en su lugar, como el de Suplente de Alcalde, en 1859, y el de Síndico, en 1863. Desde que se organizaron los primeros movimientos en su zona, se unió a ellos, hizo su aporte económico y contribuyó con entusiasmo y esfuerzo. Fue de los que asaltaron la plaza de Guayubín el 21 de febrero de 1863 y al fracasar el movimiento, fue condenado a muerte. Pero evadió la persecución de las autoridades anexionistas, se negó a acogerse a la amnistía de los españoles y se mantuvo en territorio haitiano preparando la nueva insurrección.

Aunque el historiador Pedro María Archambault dice en su *Historia de la Restauración*, que De la Cruz Álvarez estuvo en Capotillo el 16 de agosto, el profesor Rufino Martínez sostiene en su *Diccionario Biográfico Histórico Dominicano*, que por hallarse enfermo, De la Cruz no pudo encontrarse entre los catorce patriotas que estuvieron en el legendario cerro. Se mantuvo activo en todo el curso de la guerra. Era coronel.

Recién terminada la guerra, fue Comandante de Armas en Guayubín al servicio del gobierno del general Cabral, llamado El Protectorado y ocupó el mismo cargo bajo la dictadura de los *Seis Años*. Pero al conocer las pretensiones anexionistas que adelantaba el presidente Báez, renunció al cargo y se retiró a la vida privada, para morir en jurisdicción de Monte Cristi a finales de julio de 1889. Al momento de su muerte, tenía 59 años.

DE LA CRUZ, AMBROSIO

Nacido en 1821, en Santiago. Carpintero. Veterano de las campañas de la Independencia, retornó por sus fueros de patriota cuando volvió la hora de

combatir por la Independencia de su patria y hacerle frente a la anexión. Formó parte del movimiento de febrero de 1863. Fue apresado por las autoridades, juzgado por una corte militar y condenado a muerte. En presencia del españolizado general José Hungría y del siniestro brigadier español Manuel Buceta, Ambrosio de la Cruz subió al martirio y a la gloria a las siete de la mañana del 17 de abril de 1863, junto a sus compañeros de causa y de martirio Eugenio Perdomo, Carlos de Lora, Pedro Ignacio Espaillat y Vidal Pichardo.

DE LA CRUZ, CAYETANO

Nativo de Cenoví, La Vega. Soldado de la Independencia. Peleó en la batalla del 30 de marzo de 1844, en Santiago y en la que se libró también contra invasores haitianos en Talanquera. Era coronel bajo la anexión y ayudante del general españolizado Juan Esteban Ariza, jefe militar de San Francisco de Macorís. Cuando Ariza consideró que el avance de las fuerzas restauradoras se volvía incontenible y amenazaba la plaza que él comandaba, siguió

el ejemplo de Esteban Roca, el jefe militar de La Vega y huyó a Santo Domingo. El vacío dejado por la escapada de Ariza, como anexionista, lo llenó Cayetano de la Cruz como patriota, al promover el pronunciamiento de la plaza del 3 de septiembre de 1863, en cooperación con Manuel María Castillo y Olegario Tenares.

El gobierno lo confirmó como Comandante de Armas, ahora con rango de general de brigada. Luego fue enviado a combatir a los frentes del Este. En 1865, ya con esa región libre de tropas de ocupación, De la Cruz fue designado Gobernador de El Seibo. Murió en 1916, precisamente en el año en que el suelo por cuya libertad peleó contra tropas españolas, sufría el ultraje de otra ocupación militar, esta vez de tropas norteamericanas.

DE LAS MERCEDES, JOSÉ

Vino al mundo en El Pomier, San Cristóbal, en el 1825. General de las armas nacionales en las luchas por la Independencia. Fue de los protagonistas del pronunciamiento de San Cristóbal la noche del 7 de octubre de

1863. Prestó servicios bajo las órdenes del general Luperón en los escenarios de la región Este. Actuó en la sangrienta batalla del jueves santo el 19 de marzo de 1864, en la que fue dado de baja el españolizado general Juan Suero, *el Cid Negro* como le llamaban los españoles en elogioso reconocimiento al indiscutible valor de ese soldado de la mala causa.

Al relatar las incidencias de aquel célebre combate, el prócer Luperón elogia la intrepidez y el arrojo de varios de sus oficiales, entre los cuales cita por su nombre al coronel José de las Mercedes. Se desempeñó como Comandante de Armas de Manomatuey; y ocupó las mismas funciones en San Cristóbal, a cuya liberación hizo un aporte muy importante.

Después de restaurada la República, su participación en la vida política y como hombre de armas fue al lado de Báez, aunque en 1878, cuando esa bandería antinacional ya se extinguía, cambió de bando, como para no esperar el fin al lado de lo peor. Meses más tarde, en ese mismo año, el coronel De las Mercedes se extinguía en las sombras espesas de la muerte.

DE LEÓN, RUDECINDO –MEDIO MUNDO–

De Neyba. Combatiente de las campañas de la Independencia. Soldado de la expedición antianexionista encabezada por Sánchez y por Cabral a finales de junio de 1861. Lo apresaron cuando se intentó la retirada por la frontera. Juzgado el día 3 de julio, se contó entre los ejecutados junto a Sánchez al día siguiente en San Juan de la Maguana.

De este mártir de la Restauración narra el profesor Rufino Martínez que hasta el último momento conservó el temperamento jocoso que lo caracterizaba. Cuando caminaba hacia el patíbulo, iba sonriente y ante el público que presenciaba lleno de angustia aquella escena, se quitó el sombrero y dijo, *como en son de despedida: ¡Bueno, señores, ya si es verdad que se acabó medio mundo!*

Si siempre se ha dicho que lo último que el dominicano pierde es la esperanza, en este caso, al menos, perdida ya toda esperanza, lo último en perderse fue el humor.

DE LORA, CARLOS

Comandante de la Guardia Civil en tiempos de la Independencia. Cuando se produjo la

anexión en 1861, quedó adscrito como coronel de las Reservas. Uno de los principales propulsores del movimiento patriótico que estalló en su pueblo, Santiago, el 24 de febrero de 1863. Fue hecho preso y juzgado por un consejo de guerra creado a propósito por los españoles. Lo ejecutaron junto a sus compañeros de causa y de martirio, Eugenio Perdomo, Pedro Ignacio Espaillat, Ambrosio García y Vidal Pichardo, la mañana del 17 de abril de 1863, en presencia del general anexionista José Hungría y del despótico brigadier español Manuel Buceta.

DE LORA, GREGORIO

Soldado de las campañas contra Haití. Héroe de la batalla de Jácuba y merecedor de menciones honrosas por el valor y la capacidad demostrada en la célebre batalla de Sabana Larga, librada el 24 de enero de 1856.

Puertoplateño, nacido en 1815. General de brigada y jefe de un regimiento de su pueblo cuando fue proclamada la anexión en 1861. Los españoles lo mantuvieron como comandante de la plaza, pero al producirse el levantamiento dirigido por Juan Nouesí, del 27 de agosto de

1863, De Lora fue enviado a reprimirlo y sofocarlo. Los patriotas lo invitaron a unirse al movimiento, De Lora aceptó y fue reconocido en el acto como jefe de las columnas restauradoras en Puerto Plata.

Los españoles, rodeados en la fortaleza San Felipe, estaban bajo el asedio amenazador de los patriotas cuando llegaron los refuerzos de Cuba y Puerto Rico en la noche del mismo 27 de agosto y en base a su superioridad material, desalojaron a los nacionales de la zona urbana y los obligaron a replegarse a los campos.

La resistencia en Puerto Plata quedó al mando de Nouesí, mientras De Lora marchó a Santiago, donde se libraba la batalla por el control de la ciudad. Llegó por la ruta de Jamao, se integró a la lucha y en los instantes decisivos de la dura jornada del 6 de septiembre de 1863 avanzó con sus hombres por la calle general Valverde, hoy San Luis, a la toma de una trinchera del enemigo. Se peleaba con mortal intensidad. Las descargas de fusilería y de cañón se hacían a quemarropa, y los sitiados rechazaban a los asaltantes con las puntas de las bayonetas y con chorros de metralla, narra Luperón.

De Lora avanzó heroicamente y con su proverbial intrepidez, cuando cayó herido *a dos pasos de la trinchera* y no pudo seguir peleando. A su lado murieron treinta oficiales de Puerto Plata, y antes de hacerse cargo de los sobrevivientes de la columna que quedaban sin su jefe, el propio Luperón ordenó el traslado del herido al cantón de Los Chachaces. De ahí, lo mudaron a Moca, donde el esforzado guerrero contrajo tétano y a causa de ello murió. Fue uno de los cuatro generales caídos en el curso de la Guerra de Restauración. Los tres restantes fueron Antonio Caba, en el combate de la sabana de San Pedro; Santiago Mota, en la localidad oriental de Pulgarín; y Benito Martínez, en el asalto a las trincheras españolas en Puerto Plata.

DE LUNA, ZACARÍAS

De Puerto Plata, que fue el principal escenario de sus actividades de combatiente Restaurador. Sirvió en el campamento de Maluis en agosto de 1864; ascendido el 22 de enero de 1865 de comandante a coronel. El 10 de febrero siguiente se le designó Jefe de Línea de ese campamento. Le

correspondió la gloria de recibir la fortaleza San Felipe, al ser abandonada por los españoles el 13 de julio de 1865 y quedar definitivamente sellada la victoria de las armas nacionales y la derrota de los colonialistas y sus cómplices nativos.

Después de la guerra, De Luna siguió actuando en la vida política, en calidad de importante hombre de armas, aunque en él se observan los clásicos bandazos y vaivenes de muchos caudillos y tiradores de tiros sin formación doctrinaria. Así, cuando el 18 de diciembre de 1865 Luperón pretendió impedir con las armas la juramentación de Báez, y despachó a De Luna desde Puerto Plata con cien hombres y cuatrocientos pesos, De Luna terminó afiliado al bando baecista.

En 1870, en pleno apogeo del malhadado período de los Seis Años, seguía al servicio de Báez y ocupaba el cargo de Comandante de Armas de Puerto Plata.

DE PEÑA, LUCAS EVANGELISTA

Su nacimiento se ubica en Villa Nueva, Guayubín, en 1823. Hatero. Militar de las últimas

batallas por la Independencia, alcanzó entonces el rango de coronel. Fue de los héroes de la batalla de Sabana Larga, librada victoriosamente bajo el mando del general Juan Luis Franco Bidó, el 24 de enero de 1856, contra las tropas del emperador haitiano Faustín Souluque.

Al proclamarse la anexión en 1861, Lucas de Peña era ya general de brigada y pasó a formar parte de las Reservas. Vivía en la sección de El Pocito, Guayubín, y el 21 de febrero de 1863 encabezó la toma de esta villa. La indiscreción del coronel Norberto Torres había puesto a los españoles tras la pista del movimiento que se gestaba, empezaron las detenciones, y el jefe Lucas de Peña precipitó el inicio del levantamiento. Él mismo encabezó el asalto a Guayubín. Santiago Rodríguez reaccionó contrariado: *Ya Lucas me la hizo*, dijo Rodríguez. No obstante secundó a De Peña y pronunció a Sabaneta. A pesar de algunos éxitos iniciales, el movimiento fracasó y vino la asoladora represión que provocó el desbande.

Lucas de Peña fue juzgado por una comisión militar. Evadió la captura al trasladarse a territorio haitiano. Y así, cuando la guerra

reapareció a partir del 16 de agosto de 1863, De Peña ocupó su puesto de soldado patriota. A poco andar adoptó una actitud menos militante de lo que se esperaba de un combatiente de su categoría y llegó a surgir la sospecha en torno a él, hasta el punto de que, bajo la presidencia de Pimentel fue mantenido en confinamiento en la ciudad de Santiago, aunque por muy breve tiempo.

Tras el fin de la guerra, tuvo una reducida participación en la vida pública y sus principales energías las consumió en la vida privada y en la atención del rico hato que había heredado de sus padres. Murió en 1909.

DE ROJAS, BENIGNO FILOMENO

Nació en Santiago, *hacia el año 1821*, dice Rodríguez Demorizi. Hijo de José María Rojas y María de los Dolores Espaillat. Se educó en Inglaterra. Abogado. Prestó servicios en Washington, como primer secretario de la Legación de Inglaterra. Regresó al país en 1846 y conjugaba su ejercicio de abogado con la participación militante en la política. Uno de los más ilustrados

pensadores de las capas medias y liberales de la burguesía, especialmente del importante núcleo radicado en Santiago, que sirvió de principal base social y sostén político a la Revolución de 1857 contra el tercer gobierno de Buenaventura Báez.

Cuando ese movimiento liberó la mayor parte del Cibao, se estableció un gobierno provisional en Santiago, con José Desiderio Valverde en la Presidencia. De Rojas ocupó la vicepresidencia, del 28 de marzo al mismo día de agosto de 1858. Presidió el congreso constituyente que elaboró la célebre Constitución de Moca.

Se unió al movimiento Restaurador, fue de los organizadores del gobierno de Santiago, suscribió el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863 y le correspondió la vicepresidencia de la República en Armas, pero con amplias y constantes funciones ejecutivas, ya que el presidente Pepillo Salcedo pasaba la mayor parte de su tiempo en campaña, supervisando los campamentos y cantones. En esas funciones estuvo hasta el 16 de marzo de 1864.

Al salir de la vicepresidencia, se retiró a su estancia en Moca, pero no tardó en reintegrarse a

la lucha, y antes de la caída de Salcedo estaba en los frentes de combate de la Línea Noroeste. También prestó servicios en el Sur y el Este, región ésta en la que llegó a ser Jefe de Operaciones. Siguió activo bajo el gobierno del general Gaspar Polanco, y cuando éste fue derrocado por la insurrección de enero de 1865 dirigida por Pimentel, De Rojas encabezó la Junta Provisional que cumplía las funciones ejecutivas y le tocó dirigir la Asamblea Nacional que culminó en marzo con la elección definitiva de Pimentel como presidente. De Rojas volvió a ejercer la vicepresidencia. Se asegura que puso especial empeño en la apertura de escuelas en los municipios y comunes cabeceras, en fundar institutos de enseñanza secundaria sostenidos por los ayuntamientos y en construir vías de comunicación. Entre sus principales preocupaciones estuvo siempre la vigencia de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos.

En sus Notas Autobiográficas, Luperón dedica a De Rojas las más elevadas referencias: *Era Rojas hombre de elegante talla, bello de rostro, noble en su porte y en sus ademanes, singular en la flexibilidad de su voz, muy elocuente*

en los arrebatos de la pasión, rápido en la réplica, fino y digno en la defensa, profundo y brillante en los argumentos, apologista apasionado del sistema parlamentario inglés, cuyas virtudes proclamaba con deslumbradora elocuencia; por lo cual parecía un ciudadano de todos los países y un contemporáneo de todos los tiempos. También lo califica el prócer como ... hombre de Estado de primer orden, apóstol de ideas avanzadísimas, de principios democráticos, distinguiéndose notablemente por su honradez y la pureza de sus pensamientos.

A poco de retirarse las tropas españolas, el general Cabral, que había ocupado a Santo Domingo el 11 de julio de 1865, se pronunció contra Pimentel que gobernaba desde Santiago. En esas circunstancias viajó De Rojas, junto a Teodoro Stanley Heneken a la Capital. Después de ser recibidos inicialmente con aparente actitud amistosa, se les detuvo y ambos murieron sospechosamente en la prisión. Primero Stanley Heneken y pocos días después, el 30 de octubre de 1865, murió De Rojas. En un amplio sector de la opinión pública surgió la fuerte presunción de que se trataba de un doble crimen político organizado desde el poder.

DELMONTE, SILVERIO

De Santiago. Nació en 1806. Agricultor, hermano del mártir Pedro Ignacio Espaillat. Tenía su residencia y sus posesiones en Palmar, circundante a la ciudad de Santiago. Comandaba una de las columnas que entraron a la ciudad a tiro limpio, el 30 de agosto de 1863. Durante el sitio fue Adjunto del coronel José Cabrera. El 6 de octubre fue nombrado Comandante de Armas de Moca, con jurisdicción en todo el Nordeste. En marzo de 1864 acompañó al presidente Salcedo en sus recorridos por los frentes de guerra. El 25 de agosto del mismo año fue designado secretario de Guerra, al mes siguiente se desempeñó en las Relaciones Exteriores por ausencia del vicepresidente Espaillat, y a partir del 6 de octubre de 1864 ejerció interinamente la vicepresidencia de la República en Armas.

El 16 de octubre de 1864 suscribió el Acta de Desconocimiento del Gobierno y la Autoridad del Presidente Salcedo. Seis días después se le nombró Gobernador de La Vega y en 1865 fue, en momentos diferentes, Comandante de Armas y Gobernador, respectivamente, de Santiago.

Al ser derrocado Polanco por la insurrección comandada por Pimentel en enero de 1865, Delmonte renunció a la Secretaría de Interior y Policía. Fue perseguido y apresado bajo el gobierno de Pimentel y juzgado por el Consejo de Guerra instalado para enjuiciar a los acusados de culpabilidad en la ejecución del general Pepillo Salcedo.

DEL ROSARIO, JUAN

Según el historiador Archambault, Del Rosario fue uno de los principales fundadores de la villa de Guayubín, en terrenos donados por él mismo, que empezaron a poblarse con antiguos residentes de Dajabón, cuyas viviendas y propiedades habían sido devastadas por las tropas haitianas en retirada hacia Haití después de su fracaso del 30 de marzo de 1844, en Santiago.

Era Comandante de Armas de Guayubín en 1858 y al establecerse la anexión, quedó inscrito como general de brigada de las Reservas. Tomó parte en el levantamiento del 21 de febrero de 1863 en Guayubín, Sabaneta y Monte Cristi. Se mantuvo activo en los frentes del Noroeste en el desarrollo de la guerra.

DEL ROSARIO SÁNCHEZ, FRANCISCO

Nació en Santo Domingo, el 9 de marzo de 1817. Hijo del tablero Narciso Sánchez–Narcisazo– y Olaya del Rosario. Uno de los fundadores de la República, militante trinitario en la lucha por la creación de *una República Dominicana libre, soberana e independiente*, consigna incluida en el *Juramento de Honor* de los trinitarios y que resumía brillantemente y sin redundancia ni rebuscamientos, el ideal por el cual debían luchar Duarte y sus compañeros. Sin duda alguna que con Duarte en el destierro, jugó Sánchez el papel de jefe superior del movimiento independentista que dio origen al nacimiento de la República la noche del 27 de febrero de 1844. Él, con sus manos, izó la Bandera Nacional y por breve tiempo fue el jefe de la Junta rectora de la entidad que acababa de nacer.

Político. Abogado. A poco de proclamarse la República, chocaron los intereses y se delimitaron las posiciones de clases en el seno del movimiento separatista. Los conservadores y entreguistas al servicio de la vieja oligarquía, que rechazaban el dominio haitiano,

pero se inclinaban por la venta de la República a cualquier otra potencia. Y en franca y patriótica oposición a éstos, estaban los nacionalistas y liberales, los febreristas o duartistas como lo era Sánchez en ese instante. En aquel enfrentamiento, los duartistas tenían la fuerza del ideal y la razón, pero en el medio social que le servía de marco, el poder material y el control político lo tenían los conservadores que terminaron por imponerse al amparo del brazo armado del general hatero y semifeudal Pedro Santana.

Los hateros y demás sectores de la poderosa minoría oligárquica dispusieron las cosas a su mejor conveniencia y Sánchez, igual que otros de sus compañeros, meses después de nacer la República fue expulsado a perpetuidad del territorio nacional.

En 1848, bajo la presidencia de Manuel Jimenes, se decretó una amnistía y Sánchez volvió de nuevo a la República. Subió Báez, competidor de Santana, pero tan entreguista y conservador como éste, y Sánchez se alineó con Báez; luego rompió con Báez y extrañamente se le sumó a Santana, que a su posición antinacional y a la crueldad de sus

procedimientos de tirano, añadía un agravio más, especialmente en el caso de Sánchez. Porque precisamente el 27 de febrero de 1845, Santana ultrajó el primer aniversario de la proclamación de la República con la ejecución de María Trinidad Sánchez y de Andrés Sánchez, acusados de conspiración. Tía, la primera, y hermano, el segundo, del propio general Francisco del Rosario Sánchez.

Otro cambio brusco lo llevó de nuevo al redil de Báez, de ahí dio un giro más y volvió a Santana y, finalmente, en 1859, con Santana en el poder, rompió con ese caudillo y se alió con Báez, cuando en oposición a Santana estaban ambos en el destierro.

Al darse cuenta de que la anexión a España estaba en vía de realizarse, Sánchez retornó al cauce del patriotismo por el cual empezó su vida política junto a Duarte; y desde Saint Thomas se dispuso a combatirla. En cooperación con los generales Fernando Tabera y José María Cabral organizó una expedición armada, lanzó un hermoso Manifiesto fechado a 20 de enero de 1861, en Saint Thomas y llamó a los dominicanos a tomar las armas en defensa de su Patria.

Entro por Haití porque no puedo hacerlo por otra parte, fue una de sus indispensables y previsoras aclaraciones, a pesar de lo cual la primera acusación que Santana y sus cómplices lanzaron contra el prócer fue la de *haitiano*.

La expedición se dividió en tres columnas y a Sánchez le correspondió dirigir la que penetró al país por El Cercado. Contaban con el respaldo fraternal del gobierno haitiano, pero la presión de España, respaldada por los cañones de su flota fondeada frente a la capital de Haití, hizo que el gobierno de ese país retirara el apoyo y esto, junto a inconvenientes registrados en el terreno de los hechos, provocó el fracaso del movimiento insurreccional. Se retiraba el prócer, al mando de su columna hacia Haití, cuando en la falda de la loma de Juan de la Cruz, uno de sus supuestos aliados, el traidor Santiago D'Oleo, le preparó una emboscada. El general Sánchez cayó en ella con sus tropas y fue capturado herido junto a veinte de sus compañeros.

Juzgados en San Juan de la Maguana por un tribunal manipulado burdamente por Santana, con Tomás Pimentel como fiscal acusador y Domingo Lazala,

enemigo personal de Sánchez, como presidente, se dictó la sentencia que todos sospechaban. Al día siguiente, el 4 de julio de 1861, Sánchez y los suyos fueron llevados al paredón. Se trató de un acto de injusticia y de la más tosca y ordinaria crueldad. Sánchez, lo mismo que sus compañeros Félix Mota y Francisco Martínez fue llevado herido al paredón; Sánchez, sentado en una silla y cargado en hombros, porque no podía marchar con sus propios pies; algunos de los condenados que no fueron alcanzados por las descargas del pelotón de fusilamiento, debieron morir picoteados a machetazos. Hasta algunas autoridades españolas, como el brigadier Antonio Peláez de Campomanes, trataron de evitar aquella masacre, pero el Capitán General Pedro Santana se mostró inflexible en su concepto primitivo del mando y de la ley.

En último momento, Sánchez, defensor de sí mismo y de sus compañeros, intentó elevar una instancia ante la Reina y el bárbaro Santana se interpuso e impidió darle curso.

Si tuvo inconsecuencias pasajeras, su aporte inmortal a la fundación de la República y el

martirio con que cerró su vida en la lucha desigual por rescatarla, bastan y sobran para tenerlo colocado en el pedestal de los próceres de la Independencia y la Restauración. Los restos del mártir fueron trasladados del cementerio de San Juan a Santo Domingo y guardados en la Catedral Primada el 6 de abril de 1875; en 1944 fueron llevados a la Puerta del Conde y actualmente reposan en el Altar de la Patria, junto a los de Duarte y los de Matías Ramón Mella.

DÍAZ, GENARO

Nativo de Yerba Buena, Hato Mayor. Activo e incansable propagador de las ideas de la Restauración en la región Este. Junto a Pedro Guillermo, promovió el levantamiento de Hato Mayor, el 4 de octubre de 1863 y como no pudieron tomar la plaza, se retiraron a las montañas a mantener la resistencia armada. Así ocurrió hasta que, merced a los esfuerzos suyos y de hombres como Santiago Silvestre, Antonino de Aza, Antonio Guzmán y el propio Guillermo, la Guerra de la Restauración se propagó por todo el Este y, finalmente, la región quedó limpia de ocupantes españoles.

Genaro Díaz, que había sido uno de los oficiales del general Pedro Santana, probó su valor y su calidad de aguerrido combatiente, especialmente en el frente de la Yerba Buena, que estuvo entre los puntos más atacados por el enemigo. Una de las más comentadas acciones de guerra de Díaz fue el asalto que encabezó al poblado costero de Sabana de la Mar, *donde hizo considerables estragos a los españoles, llevándose nueve prisioneros y algunas municiones*. En febrero de 1864, prestó servicios en el cantón de Sabana Burro.

DIEZ, MARIANO

Seibano, vio la luz el 24 de septiembre de 1794. Estaba en Venezuela desde enero de 1863. Al decidir su sobrino Juan Pablo Duarte venir desde ese país a integrarse a la guerra por la liberación de su patria, al igual que Vicente Celestino Duarte, Manuel Rodríguez Objío, y el comandante venezolano Candellario Oquendo, don Mariano acompañó al Patricio y regresó el 25 de marzo de 1864.

Diez, de edad muy avanzada y enfermo, quedó al cuidado del gobierno, pero no se resignó a la

vida pasiva y, en correspondencia a su buena disposición, el gobierno nacional, presidido entonces por el general Gaspar Polanco, lo envió a la región Sur en diciembre de 1864. Fue Gobernador de Azua hasta después de la retirada de los españoles. Tenía rango de coronel de artillería.

En 1868 se impuso Báez y se inauguró la dictadura de los *Seis Años*. Ese mismo año volvió Mariano Diez a marcharse a Venezuela.

DUARTE, JUAN PABLO

Nació en Santo Domingo, el 26 de enero de 1813. Fueron sus padres el comerciante español Juan José Duarte y la seibana Manuela Diez. Padre de la Patria. Fundador de la República. Después de cursar estudios en Europa, adonde fue enviado por sus padres en 1824, el joven Duarte encabezó los trabajos que culminaron el 18 de julio de 1838 con la creación de la organización patriótica clandestina La Trinitaria, pionera de la lucha por la fundación de la República.

En efecto, la República Dominicana fue proclamada la noche del 27 de febrero de 1844. Aun-

que en ese instante la organización creada seis años antes estaba ya dispersa y Duarte en el destierro a causa de la persecución de los ocupantes haitianos que dominaban el territorio nacional desde 1822, la idea de la República había cuajado.

A su regreso, el 14 de marzo siguiente, fue reconocido muy merecidamente, como *Padre de la Patria*. Había adquirido conocimientos militares en las filas de la Guardia Nacional formada por las autoridades haitianas de ocupación y, con esos conocimientos como base, se integró a las campañas contra los intentos de reocupación haitiana.

A la hora de definirse el rumbo ulterior de la República recién creada, los conservadores, apoyados militarmente por el gran hatero Pedro Santana, se inclinaron cada vez más a la meta de la separación de Haití, para vender la República a otros poderes extranjeros.

Duarte, que era un íntegro patriota y portador de concepciones liberales sobre el Estado, las instituciones públicas y las formas de gobierno, se opuso, junto al núcleo de antiguos trinitarios que lo seguía, a la orientación antinacional y reaccionaria de los

conservadores y se mantuvo firme en su postura de República libre, soberana e independiente. Pero él representaba el anhelo, la justa y noble aspiración de sectores que, aunque bien inspirados, carecían de suficiente base social, experiencia política y fuerza económica y material capaz de imponer su hegemonía a la fuerza tradicional de los conservadores, que terminaron por prevalecer y tomar el poder de la República.

Duarte fue declarado traidor y expulsado a perpetuidad del territorio nacional seis meses después de proclamada la República. A muchos de sus compañeros los pasó a cuchillo el general Santana y otros se decidieron por transigir ante la dura realidad.

El primer destino del desterrado patricio fue Hamburgo, ciudad portuaria de Alemania, de donde pasó posteriormente a Venezuela. Fijo allí su residencia, no retornó al país en 1848, cuando el presidente Manuel Jimenes promulgó una ley de amnistía. Se dice que en 1864, uno de sus antiguos compañeros trinitarios, Pedro Alejandrino Pina, le escribió desde la ciudad venezolana de Coro, y así se enteró Duarte que estaba en la apartada zona de Río

Negro, en la frontera de Venezuela con Brasil, de que la Guerra por la Restauración de la República estaba en marcha.

Organizó en seguida su regreso, de mancomún con autoridades venezolanas que le ofrecieron respaldo. Salió de Caracas el día primero de marzo de 1864, se hizo a la mar en el puerto de La Guaira al día siguiente, y el 25 de marzo, dos días después de salir de territorio haitiano, llegó el patricio, junto a su hermano Vicente Celestino Duarte, su tío Mariano Diez, el coronel Manuel Rodríguez Objío y el comandante venezolano Candelario Oquendo, al puerto de Monte Cristi, donde los recién llegados fueron objetos de un respetuoso y digno recibimiento por parte del general Benito Monción, Comandante de Armas de la plaza. El propio Monción acompañó a Duarte y su comitiva hasta Guayubín y el día 4 de abril ya estaban los viajeros en Santiago, donde el gobierno se esforzó por acomodarlo lo mejor que aquellas precarias circunstancias de una guerra y una ciudad reducida a cenizas y escombros permitían: *Debiendo llegar de un momento a otro el General D. Juan Pablo Duarte y varios dominicanos más, Ud. se*

servirá mandar hacer inmediatamente cuatro o seis catres, preparándolos con sus correspondientes sábanas y almohadas, decía una orden del 24 de marzo, impartida por el Ministro de lo Interior y Policía del Gobierno, al Tesorero Particular de Hacienda de la Plaza de Santiago.

Se presentaron y pusieron a la orden del gobierno al día siguiente.

Como el presidente Salcedo estaba en campaña y el vicepresidente Matías Ramón Mella estaba en cama de muerte, era Es-paillat quien ejercía las funciones ejecutivas y quien más relación tuvo con Duarte. Aunque el patricio manifestó su deseo de entrevistarse personalmente con Salcedo no fue posible porque éste se hallaba en misión por los frentes de guerra y la relación entre ambos se redujo a un cordial intercambio de correspondencia; a Mella pudo verlo y darle el último adiós después de más de veinte años de separación forzosa; solicitó con énfasis marchar a los frentes de guerra, a tomar parte en la lucha armada, acompañar al presidente y correr la misma suerte de sus compatriotas, pero la decisión final del gobierno, consignada en comunicación

del 14 de abril de 1864, fue encomendarle una misión diplomática en Venezuela, medida a la que Duarte se acogió obedientemente, aunque era más que evidente su deseo de quedarse en su país, que, por demás, vivía una realidad muy distinta a la que imperaba en los tiempos de la fundación de la República.

Veinte años no habían pasado en vano. Las concepciones políticas y la visión de Estado que podía considerarse avanzada en las condiciones de la Primera República, habían tenido momentos de postergación y crisis. Postergadas por el sable de Santana y las maquinaciones traidoras de Báez; reprimidas cuando resurgieron con fuerza en la Revolución del 7 de julio de 1857; sofocadas por las botas y las bayonetas del dominio español y sus concepciones monárquicas y semifeudales. Pese a todas esas vicisitudes, ahora se podía probar que seguían vivas, porque con el estallido de la Guerra de Restauración, aquellos ideales de los que Duarte fue pionero, habían encontrado el campo fértil para su resurgir.

El sentimiento nacional, fogueado ya en largos años de jornadas militares exitosas contra

Haití y templado a hierro y fuego en el curso de la propia guerra contra España, servía de base a la titánica y esforzada batalla que el pueblo dominicano, pequeño y pobre, libraba contra una de las más poderosas potencias coloniales de entonces. Las ideas liberales ahora eran sostenidas, no por un reducido número de conspiradores, sino por una numerosa promoción de políticos, intelectuales y hombres de armas que en el curso de la Guerra de Restauración ocupaban importantes posiciones de dirección.

Y en cuanto a la participación del pueblo en el proceso, era ostensible una diferencia esencial entre el movimiento por la Independencia y el de la Guerra de Restauración que estaba en marcha. En el primero, los precursores fueron los jóvenes de pensamiento liberal, con Duarte y sus discípulos a la cabeza, pero la hegemonía estuvo siempre en manos de la vieja oligarquía. Fueron los representantes de esta capa social reaccionaria y muy especialmente los hateros, con Pedro Santana a la cabeza, los que arrastraron al pueblo al combate por la Independencia frente a Haití. Ahora, en la Restauración, las masas se habían puesto

en acción y de las entrañas del pueblo había surgido una generación de centenares de nuevos jefes. Es cierto que no pocos de esos cuadros eran movidos por la adhesión caudillista hacia Báez, sin embargo, la mayor parte de ellos, en cambio, era susceptible de seguir una orientación distinta, acorde con postulados nacionales y liberales sobre los cuales se edificara la nueva República que asomaba en el porvenir.

En esas nuevas circunstancias estaba Duarte dispuesto a entrar en acción en el territorio nacional. El tiempo que pasó en el país fue muy corto, pero por su conducta intachable y recta de patriota y por lo que pudo rescatarse de las cosas que escribió en esos días, no hay dudas de que su pulcritud moral, su espíritu de sacrificio y su concepción esencial de patria libre y soberana seguían tan firmes como siempre. Si pudo haber jugado el papel de líder, después de veinte años de ausencia y en presencia de tantos nuevos dirigentes nacidos del vientre de un movimiento como el de la Restauración, fue algo que la historia no permitió poner a prueba. Cuál autoridad pudo haber tenido entre la nueva promoción de jefes, surgidos de la

fragua del combate; cuál escalón pudo haber ocupado en las nuevas jerarquías que habían entrado en escena; fueron cosas que quedaron sin definirse y sería ocioso hacer especulaciones sobre ello.

Lo objetivo e históricamente cierto fue que, al fin y al cabo, en el gobierno nacional prevaleció la decisión que las crónicas registran. El 22 de abril de 1864, una comunicación oficial suscrita por el vicepresidente Espaillet le informó al Fundador de la República que estaría despachado al día siguiente, y seis días después llegó Duarte a Saint Thomas, dejando a su espalda la patria amada a la que jamás volvió.

El 23 de noviembre arribó a Caracas, desplegó desde allí diversas actividades a favor de la causa restauradora y mantuvo por algún tiempo comunicación con el gobierno de Santiago. Se quedó para siempre en Venezuela y allí murió el 15 de julio de 1876.

DUARTE, VICENTE CELESTINO

Hermano mayor del patricio Juan Pablo Duarte. Se asegura que nació en Puerto Rico, en el

año 1802, porque sus padres, Juan José Duarte y la seibana Manuela Diez, habían huido a esa isla por temor a los haitianos que habían invadido la parte este de la isla.

Creció en territorio dominicano. Vivía en la comunidad oriental de Los Llanos. Trinitario que cooperó valiosamente con la lucha por la proclamación de la República en 1844. Fue expulsado del país por el dictador Pedro Santana, a mediados de 1844, igual que su hermano Juan Pablo. A diferencia de éste, que se quedó en el exterior, Vicente Celestino regresó cuando el gobierno del presidente Manuel Jimenes decretó una amnistía en 1848.

Se fue a Venezuela a raíz de la anexión y retornó como parte de la comitiva que acompañó a Juan Pablo Duarte cuando volvió en marzo de 1864, a participar en la Guerra de Restauración que estaba en pleno desarrollo. Mientras aquel era enviado en misión diplomática al exterior, Vicente Celestino se quedó en el país. El 23 de abril fue enviado como pagador de las tropas al estratégico campamento de El Bermejo, comandado por el general Luperón,

donde se peleaba constantemente. *Mostró rasgos sublimes de valor* en la reñida batalla de Guabatico. Relata el prócer que llegó un momento en que la situación se tornó tan comprometida y tan riesgosa, máxime para un hombre de edad avanzada como la de don Vicente, que Luperón, por protegerlo, le ordenó que se retirara: *No me retiraré, general, que hoy hay gloria para todos los dominicanos*, contestó don Vicente, al negarse a obedecer la orden.

Estaba casado con María Trinidad Villeta. Una controvertida versión histórica sostiene que de los siete hijos que tuvo el matrimonio Duarte-Diez, fue Vicente Celestino el único que dejó descendencia. No se tiene información precisa de la fecha y el lugar de su muerte, ni del punto del planeta en que descansan sus restos, dignos de la más solemne veneración.

DUBREIL, FRANCISCO

Residió temporalmente en Puerto Plata y volvió a la Capital, lugar de su nacimiento, desde donde viajó a Santiago a integrarse activamente a la Guerra de Restauración. En diciembre de

1863, en el gobierno de Salcedo, ocupó el cargo de Jefe de la Sección de la Secretaría de Relaciones Exteriores y en esa calidad firmaba los documentos oficiales junto al titular Ulises Francisco Espaillat. Fue enviado al Este donde hizo de secretario del general Eusebio Manzueta. Tenía Dubreil la jerarquía de Comandante, que en la escala militar de entonces equivalía a la de mayor. El 7 de noviembre de 1864 prestaba servicios en la región Sur; se le ordenó trasladarse a Santiago y cuando venía por San Cristóbal murió a consecuencia de un ataque de viruelas.

DURÁN, JOSÉ

Peleó en la célebre batalla del 30 de marzo de 1844 en Santiago, contra los invasores haitianos, comandados por el general Jean Lois Pierrot. En principio, aceptó la anexión a España y, como principal autoridad local, encabezó la adhesión de su comarca, Jarabacoa, al plan anexionista mediante proclama de fecha 24 de marzo de 1861. Se arrepintió de aquella acción en el instante oportuno y como el buen árbol, dio sus frutos cuando más lo esperaba el sembrador.

Sonó el clarín de la Guerra de Restauración, Durán se ubicó en la trinchera de los patriotas, pronunció a Constanza y Jarabacoa. Con hombres seleccionados entre los habitantes de Taveras, San Francisco de Macorís, Moca y La Vega, fue enviado a cumplir misión de guerra a San Juan de la Maguana. Era una acertada decisión. Durán había viajado en expedición al Sur, por el mismo camino de Constanza, en tiempos de las campañas contra las incursiones haitianas; había sido subalterno del general Florentino, Jefe Superior del Sur, en los tiempos en que este personaje había sido Gobernador de La Vega y Delegado del Gobierno en el Cibao.

Con el concurso decisivo de Ceferino Hidalgo y otros militares movilizados por Florentino, Durán se estableció en San Juan de la Maguana. Fue de los que peleó en la batalla del Jura, Azua, el 1° de octubre de 1863, contra las tropas del general español José de la Gándara y del anexionista Eusebio Puello.

Se enfermó y con la autorización de sus superiores, regresó a La Vega a reponerse para reocupar su puesto de combate. Se cree que murió antes de volver a

prestar su servicio activo en los campos de batalla.

DUROCHER, MANUEL BARÓN

Oriundo de Colombia. Hijo de Víctor Durocher, de origen francés y de la venezolana Lucía Pardo. Había luchado junto al Libertador Simón Bolívar, con quien viajó a Los Cayos, Haití. Desde mucho tiempo antes de la anexión vino a residir a Santo Domingo. Eran cuatro hermanos, dice la historia, Enrique, Juan y Mauricio, además de Manuel; los cuatro se integraron a la Guerra de Restauración, a pelear con el heroísmo y el valor con el que se lucha por su propia patria.

En enero de 1864, Barón Durocher fue nombrado Coronel Expedicionario y Jefe de Operaciones en el campamento de San Cristóbal. Estuvo junto a bravos generales como Eusebio Evangelista y Alejo Campuzano. En medio de sus afanes bélicos, enfermó de un violento cólico hepático y murió en marzo del mismo año, sin ver cumplido su deseo de seguir peleando contra los españoles hasta derrotarlos y expulsarlos de tierra dominicana.

Existe la versión de que al irse a la guerra los cuatro hermanos, la madre de ellos, Lucía Pardo, por temor a las represalias de los españoles, se ocultó en los montes con el resto de la familia y no salió de allí sino después de irse los ocupantes.



ERAZO, JUAN
ESCARRAMÁN, JOSÉ
ESPAILLAT, PEDRO IGNACIO
ESPAILLAT, ULISES FRANCISCO
ESTRELLA, ANTONIO
EVANGELISTA, EUSEBIO

ERAZO, JUAN

De Santo Domingo. Militar. Estuvo puntual en la Puerta del Conde la noche del 27 de febrero de 1844 en que el trabucazo disparado por Mella anunció la proclamación de la República Dominicana. Oficial a la orden de Santana en las campañas contra las invasiones haitianas. Fue expulsado del país por entrar en divergencias con este reaccionario y arbitrario caudillo.

Fue amnistiado y, como muchos que esperaban con ello ponerse a resguardo de las persecuciones de Santana, se registró como español en la tristemente célebre Matrícula abierta en 1856 por el cónsul español Antonio María Segovia, para acoger a todo dominicano que quisiera abjurar a su origen y adoptar la nacionalidad de España.

Erazo, distanciado radicalmente de Santana, se alineó con Báez, que ya era el rival del caudillo hatero en las pugnas entre fuerzas conservadoras por el control del poder político. Volvió Santana a la presidencia en 1858 y una vez más Erazo fue enviado al destierro. Se unió a la expedición contra la anexión encabezada por Sánchez en junio de

1861. Fue capturado por las autoridades anexionistas, juzgado y condenado a muerte, terminó como un mártir de la causa nacional, al contarse entre los fusilados en San Juan el 4 de julio de 1861.

ESCARRAMÁN, JOSÉ

Puertoplateño. Pertenecía a las Reservas, como oficial al servicio de los españoles. Pero el 27 de agosto, once días después de la proclama de Capotillo, actuó en la sublevación de Puerto Plata. Al quedar sitiada la fuerza ocupante, Escarramán estuvo destacado en el cantón de Las Jabillas, a la orden del general Gaspar Polanco. En uno de los frecuentes choques con los españoles, Escarramán aboñó con su sangre el árbol de la causa nacional. Según el profesor Rufino Martínez, biógrafo de Escarramán, un hijo del caído identificó el cadáver por una pulsera que llevaba puesta aún en una de las muñecas. Desde entonces, el hijo, José Agustín Escarramán y Morrobel, se integró a la Guerra Patria, reemplazó con valor la baja de su padre, y sobrevivió a la guerra. Aún vivía en 1921.

ESPAILLAT, PEDRO IGNACIO

De Santiago. Nacido el 10 de enero de 1826. Ebanista de condición humilde. Combatiente de las guerras por la Independencia en las cuales llegó a coronel. De los principales organizadores del movimiento patriótico del 24 de febrero, en Santiago. Fue hecho prisionero en Palmar, juzgado y ejecutado junto a Eugenio Perdomo, Vidal Pichardo, Carlos de Lora y Ambrosio de la Cruz, el 17 de abril de 1863. Tenía entonces 37 años. Estaba casado con María Ramona Reyes, con la cual dejó siete hijos como descendencia. *Supo morir como bueno y aún en el instante de morir dirigía palabras de consuelo y animaba a sus compañeros*, según dice un fragmento citado por Emilio Rodríguez Demorizi en su volumen *Próceres de la Restauración*.

ESPAILLAT, ULISES FRANCISCO

Nació el 9 de febrero de 1823, en Santiago. Hijo de Pedro Ramón Espailat y Petronila Quiñones. Farmacéutico, intelectual de ideas liberales y nacionalistas. Escritor. Periodista por ejercicio. Una de las más brillantes

inteligencias de la Revolución de los liberales de 1857 y prominente personalidad civil de la Guerra de Restauración.

En un primer momento aceptó la anexión y firmó de puño y letra uno de los pronunciamientos a favor de la misma, distribuidos por Santana; fue, además, Teniente Alcalde del ayuntamiento de Santiago bajo la anexión.

Superó aquella momentánea actitud de inconsecuencia y como civilista y nacionalista, fue de los patriotas que empezaron a reunirse en la casa del comerciante don Pancholo Viñals y en la de doña Antonia Batista. Se contó igualmente entre los organizadores e inspiradores del fallido levantamiento del 24 de febrero. Se le juzgó por esa acción y bajo el cargo de sedición, se le condenó a diez años de destierro. Regresó al país gracias a la amnistía decretada por la Reina y desde que pudo se integró al movimiento Restaurador que volvía con renovados bríos.

Organizador de primera categoría del Gobierno Provisorio, se le designó en la Comisión de Relaciones Exteriores y por algún tiempo tuvo a su cargo la redacción del *Boletín Oficial*, que

era el vocero de prensa del gobierno.

Al fallecer el vicepresidente Mella y salir del cargo su sustituto Benigno Filomeno de Rojas, tocó a Espaillat la vicepresidencia, pero con funciones ejecutivas permanentes, en razón de los constantes recorridos y campañas del presidente Salcedo por los frentes de guerra. Se asegura que al perderse la plaza de Monte Cristi en mayo de 1864 y creerse amenazada la causa nacional por el ataque masivo de De la Gándara, el ánimo de muchos empezó a tambalearse y que Espaillat contribuyó decisivamente a la recuperación del espíritu de resistencia.

Cuando fue derrocado Salcedo por un golpe militar, el propio general Gaspar Polanco, jefe de ese levantamiento y ahora presidente de la República, le sugirió a Espaillat que continuara en el cargo. Al caer Polanco, a causa de una nueva sublevación de campamento, dirigida por el general Pedro Antonio Pimentel, en enero de 1865, Espaillat renunció irrevocablemente a sus funciones como lo hizo el grueso del gabinete de Polanco. Entonces pasó a ser perseguido bajo la grave acusación de culpabilidad

en la muerte de Salcedo, de la cual y paradójicamente, había sido el propio Pimentel uno de los principales instigadores. Espaillat fue juzgado, se desestimó la petición de pena de muerte en contra suya hecha por el fiscal, pero se le mantuvo bajo arresto y confinamiento en Samaná.

Poco después de retirarse los españoles, un golpe más, promovido por otro general Restaurador, derribó a Pimentel y llevó al general José María Cabral a la presidencia con el pomposo título de *Protector de la República*. Espaillat cooperó con *El Protectorado* y siguió activo en la lucha política con sus concepciones cívicas y nacionalistas en sus alforjas de hombre público. Era un liberal romántico, apasionado del desarrollo libre y democrático de las instituciones.

El 29 de mayo de 1876 fue juramentado en la presidencia de la República, con el respaldo de sus compañeros de militancia, los azules, encabezados por el general Luperón. Apenas permaneció cinco meses en el mando. Presentó renuncia el 5 de octubre, fecha en la que un grupo de generales de las montañas se declaró en insurrección armada por el retorno al

poder del general Ignacio María González.

Además de su buen ejemplo de hombre público, Espaillat dejó como legado de su lúcida inteligencia, de su vocación por las letras y su preocupación por el bien común, trabajos importantes que han sido recogidos y publicados en diferentes épocas. *Sus Escritos*, fueron publicados en 1909 y reeditados con notas y adiciones en 1962; en ese año se dieron a la luz otros documentos suyos titulados *Ideas de Bien Patrio*, recopilados por el historiador Emilio Rodríguez Demorizi; también para esa época se dieron a la publicidad los *Papeles de Espaillat*.

Considerado por algunos como la principal figura civil de la República, después de Duarte, Ulises Francisco Espaillat murió en su natal Santiago el 25 de abril de 1878.

ESTRELLA, ANTONIO

Oficial de incommovible valor que operó en los frentes del Este, a las órdenes del general Luperón. Su muerte estuvo adornada por el brillo luminoso de los gestos heroicos. El 23 de enero de 1864, mientras se desarrollaba la

batalla de San Pedro, el general Luperón quedó rodeado de dragones españoles. Había perdido su mula, tenía tres heridas de sable en su cuerpo y cuando estaba a punto de ser rematado por el enemigo, el general Antonio Caba, el coronel Florencio Hernández y el comandante Antonio Estrella, supieron sobreponerse al pánico que ya empezaba a propagarse entre las tropas nacionales y rescataron a su jefe, aún al precio de morir por él, con una hidalguía que dejó sorprendidos a los propios españoles.

Poeta bien inspirado y patriota distinguido, le llamó el general Luperón a Antonio Estrella, al reportar con detalles las incidencias de aquella reñida y desafortunada pelea contra los españoles.

EVANGELISTA, EUSEBIO

Oriundo de Quita Sueño, jurisdicción de San Cristóbal. Nació en 1817. Soldado de la Independencia. Siguió a Santana en las luchas contra las invasiones haitianas y aún después de la anexión estuvo junto al caudillo hatero, entre los oficiales del estratégico campamento de Guanuma, puesto de mando de Santana.

Pero, en el desarrollo de la guerra, Evangelista se pasó con armas y bagajes a las fuerzas nacionales.

En un parte de guerra del 24 de abril de 1864 que informa de un combate en Manogwayabo, en el cual fueron rechazados los españoles, se reconoce el valor de Evangelista. El 28 de julio del mismo año frenó con sus tropas una fuerza española despachada desde San Carlos para San Cristóbal y que tuvo que retroceder del paso del río Haina, por La

Angostura, tras pagar el precio de seis muertos y veinte heridos.

El 10 de junio de 1868, establecida ya la sangrienta administración baecista de los *Seis Años*, Evangelista encabezó una rebelión en San Cristóbal que no tardó en ser sofocada. Fue apresado, juzgado y condenado a muerte por un Consejo de Guerra. La Suprema Corte de Justicia presidida por el magistrado Juan Nepomuceno Tejera confirmó la sentencia que se cumplió inexorablemente el 29 de diciembre de 1869.



FAVARD, JUAN ENRIQUE
FÉLIX, ÁNGEL -LIBERATA-
FERNÁNDEZ, ÁLVARO
FERNÁNDEZ, JOSÉ MAURICIO
FIGUEROA, JOSÉ ANTONIO
FLORENTINO, PEDRO
FONDEUR, FURCI

FAVARD, JUAN ENRIQUE

Se incorporó a la Guerra Patria en Santiago, pasó luego a la región Este en la cual combatió en los diversos cantones y bajo la comandancia de diferentes jefes, aunque con Luperón forjó una relación más estrecha y afectuosa. Combatió en el crucial campamento de El Bermejo, del cual fue jefe por un tiempo, junto al esforzado coronel Pedro Antonio Casimiro. Su habilidad y valentía le hicieron merecer los comentarios elogiosos del general Luperón, al hacer el reporte correspondiente sobre los combates librados por los patriotas en el mes de marzo de 1864, en la región Este. Perteneció al batallón *La Pringamosa* que se formó con jóvenes de Puerto Plata. Firmó el Acta de desconocimiento de la autoridad y el gobierno de Salcedo el 10 de octubre de 1864.

El gobierno baecista de los Seis Años lo castigó con el destierro, pero Favard siguió el combate desde el exterior. Vino con Luperón en la expedición de *El Telégrafo*. Residió en Curazao donde murió en 1870, sin ver caer al régimen baecista que tanto combatió. A la hora de su muerte tenía 32 años.

FÉLIX, ÁNGEL –LIBERATA–

Nativo de Rincón, hoy Cabral. Su madre se llamaba Liberata y de ahí se deriva el apodo de *Ángel Liberata o Angelito Liberata*. Célebre y prestigioso hombre de armas de las comarcas del Sur profundo. Dueño de cañaverales y trapiches. Seguidor de Santana, bajo cuya suprema jefatura fue a los campos de batalla en tiempos de la lucha por la independencia. Tenía grado de teniente coronel.

Bajo la anexión fue designado Comandante de Armas de Barahona, pero pocos días después de empezar las sublevaciones en el Sur, en septiembre de 1863, pronunció a Neyba y a Barahona. Era el comandante de armas de Neyba en noviembre de 1863. Cuando vino la embestida en gran escala de los españoles, al no poder los patriotas seguir con el control de la plaza de Barahona, Félix ordenó el incendio de la ciudad y los españoles la encontraron envuelta en llamas.

Entre las anécdotas originadas en este legendario personaje, Sócrates Nolasco recoge en sus *Viejas Memorias*, una muy digna de contarse. El 8 de febrero de 1864, dos barcos españoles, el *León* y el *Isabel la Católica*, desde

la bahía de Neyba, sometían a un efectivo cañoneo a las tropas de *El Liberata*, sin que los artilleros dominicanos lograran hacerle blanco a ninguno de los barcos. En esas circunstancias, Simeón, hijo del general Félix, le hizo saber a éste que uno de dos espías tomados prisioneros en la víspera en las inmediaciones de El Curro, demarcación de Azua, era artillero.

El Liberata los hizo traer a su presencia, empezó por fusilar a uno, que era español y le propuso un trato al restante, que era dominicano, llamado Nicolás Ramón, emparentado, por demás, con el general Félix. *Paciente*, le dijo el general ante el cadáver caliente aún del español, *usted le puede hacer falta a su compañero... , pero en pago de un cañonazo a cualquiera de esos dos barcos, yo le perdono la vida*. Dice el relato que Ramón el prisionero guardó silencio, caminó hacia donde estaba la pieza, corrigió el emplazamiento y la puntería y con dos certeros disparos al *Isabel la Católica*, hizo que las dos naves se fueran de la bahía. *El artillero se ganó la vida y se convirtió en patriota*.

Pero las fuerzas nacionales no pudieron contener el avance de

los españoles en el Sur y en medio de la derrota, encontró su fin el general Ángel Félix. Corría el mes de diciembre de 1863, y después de resistir valientemente hasta consumir todas las municiones, *El Liberata* caminaba solo por las calientes soledades del puesto cantonal de Petit-Trou, hoy Enriquillo. Lo atacaron a mansalva y cayó gravemente herido. Sus agresores lo dieron por muerto y huyeron. Tres monteros de la zona encontraron a Félix en agonía y al preguntarle al general quiénes habían sido los autores de aquel acto, al célebre guerrero, ya moribundo, apenas le quedaron fuerzas para balbucear los nombres de dos reconocidos agentes de los españoles: *Pedro Mártir* y *Remigio Carrasco*, fueron los asesinos.

FERNÁNDEZ, ÁLVARO

Hijo de Ramón Fernández. Nacido en 1825, en Santo Domingo. Propietario de una panadería en Santiago. Participante activo en el fallido levantamiento del 24 de febrero de 1863. A raíz de ese hecho fue apresado y condenado a muerte por un consejo de guerra. Le fue conmutada la sentencia por la de confinamiento en el

presidio español de Ceuta, una posesión colonial de España en Marruecos, al norte de África.

Junto a otros dominicanos condenados, fue embarcado por Puerto Plata y cuando llevaba seis días de navegación, llegó la noticia del perdón y los prisioneros fueron regresados a su tierra. Estuvo encerrado temporalmente en la torre de El Homenaje, puesto en libertad poco después y al verse libre el 26 de junio de 1863, se integró consecuentemente al movimiento Restaurador. Peleó en la región Sur y formó parte de la Junta Revolucionaria de Baní.

En 1867 trabajaba como secretario del Congreso Nacional y le fue confirmado el grado de coronel.

FERNÁNDEZ, JOSÉ MAURICIO

Nativo de Puñal, jurisdicción de Santiago. Militar, igual que sus hermanos Cirilo y Fernando. Hizo suya la causa de su patria y peleó como un valiente a todo lo largo de la Guerra de la Restauración. Estuvo activo en el cantón de Marilópez, en los días candentes del sitio de Santiago. Capitán. Miembro del estado mayor de Luperón. Fue ascendido a

coronel. Prestó servicios en el cantón de El Duro, en el Noroeste, en 1864. El 21 de octubre de ese mismo año fue designado en el cargo civil de Inspector de Agricultura con asiento en Matanzas, Santiago.

En 1876, en el marco de las convulsiones políticas y las guerras civiles de la época, estaba al servicio del primer gobierno del general Ignacio María González, y murió en acción en la localidad de El Papayo, jurisdicción rural de la provincia de Santiago.

FIGUEROA, JOSÉ ANTONIO

Veterano de las campañas militares en defensa de la Independencia Nacional. Capitaleño. Rechazó la anexión y con la decisión de luchar para evitarla, vino junto a Sánchez en la expedición de junio de 1861. Capturado junto al prócer, corrió la misma suerte suya y abonó con su martirio y con su sangre la causa nacional el 4 de julio de 1861 en San Juan de la Maguana. En la misma fecha y por la misma causa compartieron la suerte de Figueroa, los también mártires Francisco del Rosario Sánchez, Juan Erazo, Baltasar Belén, Félix Mota, Benigno del Castillo,

Gabino Simonó, Rudecindo de León, Francisco Martínez, Domingo Piñeiro, Julián Morris, Pedro Zorilla, Manuel Baldemora, Juan Gregorio Rincón, José Corporán, Luciano Solís, Romualdo Montero, Juan de la Cruz, Epifanio Jiménez Sierra y José Luis Paredes.

FLORENTINO, PEDRO

Nació en Hinchá, hoy territorio haitiano. Su padre fue José Antonio Florentino, de ascendencia italiana. Pedro Alejandrino era el nombre de este porfiado personaje, protagonista en dos guerras por la Independencia. Tan discutida y controversial ha sido su figura histórica hasta el punto de que hay más de una versión sobre la fecha y el lugar mismo de su nacimiento. Su biógrafo y defensor, don Sócrates Nolasco, asegura que Florentino debió nacer de 1805 a 1806; pero otra información sostiene que tenía 52 años en 1861, por lo que su nacimiento debió de haber ocurrido en 1809; y el mismo historiador Nolasco cita declaraciones ofrecidas en Azua por el propio Florentino quien declaró tener 55 años en 1863, que su lugar de nacimiento había sido

Santo Domingo y que se había avecindado en San Juan de la Maguana, lo que fija la fecha de su venida al mundo en 1808. Valdría la pena atenerse entonces a lo que él mismo declaró y establecerlo como verdad convencional.

Militar. Comerciante. Dueño de alambiques y de propiedades agrícolas y pecuarias en San Juan de la Maguana. Patriota de radical nacionalismo y de métodos cuestionables por el carácter violento y primitivo que Florentino le imprimía. Fue oficial de las luchas contra las incursiones haitianas que se prolongaron por cerca de trece años. Combatió a las órdenes del general Antonio Duvergé, como oficial de artillería y comandante de una de las columnas dominicanas que libraron victoriosamente la célebre batalla de Sabana Larga el 24 de enero de 1856.

El 11 de octubre de 1856 bajo la presidencia del caudillo de su devoción política, Buenaventura Báez, pasó a ocupar la Comandancia de Armas de San Francisco de Macorís y más adelante a desempeñarse como Gobernador de La Vega, provincia que abarcaba entonces a Moca, Cotuí, Bonaó, Constanza, Jarabacoa y

San Francisco de Macorís hasta la costa Nordeste. Fue también Delegado del gobierno en toda la región Norte, desde Bonaó hasta Monte Cristi. Entre otros cargos importantes, Florentino había sido Jefe de las Fronteras del Sur y comandante de Las Matas de Farfán.

Cuando la revolución de los liberales de 1857, dejó La Vega y vino a la Capital que estuvo entonces bajo un sitio de once meses, a combatir en defensa del gobierno baecista. De ahí retornó al Sur y ya en el régimen de la anexión, surgieron sospechas de que estaba envuelto en conspiraciones. En enero de 1863, fue llamado a interrogatorio en Azua y las autoridades le dieron a escoger entre El Seibo, Santo Domingo o Azua, como lugar de residencia en calidad de confinado. Escogió a Azua y en septiembre de 1863, después del estallido de la Guerra de Restauración en el Norte, se puso a la cabeza del movimiento nacional en la región Sur.

Dirigió los levantamientos de San Juan, Las Matas de Farfán y Sabana Mula, entre el 16 y el 17 de septiembre y días después el de Neyba y Barahona, cuyo protagonista y organizador principal fue el general Ángel

Félix –Liberata–. Junto a éste y a otros oficiales como el general Aniceto Martínez, Florentino, jefe superior del movimiento en toda la región, atacó a Azua, tomó Baní, San Cristóbal y en las orillas del Haina amenazaba con marchar sobre la Capital, tal y como se lo propuso al presidente Salcedo.

Vino el contraataque español. El 15 de octubre de 1863 salió de la Capital con rumbo al Sur el general español José de la Gándara, al frente de una bien armada columna de tres mil hombres, acompañado del españolizado general Eusebio Puello. Después de permanecer alrededor de un mes detenido en San Cristóbal, De la Gándara desató una ofensiva en vasta escala ante la cual se quebró la resistencia de los patriotas. El 18 de noviembre, en medio de un incendio, cayó Baní. El ataque español se volvió incontenible, los dominicanos no encontraron la forma de frenar aquella marcha arrolladora y la región Sur volvió a caer en manos de los anexionistas.

El jefe superior Florentino no halló la forma de ofrecer una resistencia efectiva a aquel ataque, él mismo se retiró hacia las cercanías de la frontera; la desmoralización

había minado la consistencia del movimiento, la disciplina y la moral de lucha de sus tropas. Algunos jefes, como Ángel Félix y Aniceto Martínez, se desplegaban en guerrillas sin más posibilidades que seguir hostilizando a los ocupantes, hasta que la Revolución, como efectivamente sucedió, recobraría su vuelo. La disidencia y el cálculo homicida contaminaron el entorno del turbulento y violento general, y una noche, en un campo de Las Matas de Farfán adonde había ido a detenerse el general en jefe, el coronel Juan Rondón, uno de sus oficiales subalternos de confianza, entró al cuarto donde estaba durmiendo Florentino y lo asesinó a traición.

Alrededor del general Florentino ha quedado la leyenda negra derivada de muchas de sus actuaciones. Leyenda tejida y sostenida a lo largo del tiempo por todos sus enemigos y también por muchos de quienes fueron sus compañeros de armas. Y aún hoy la madeja de la controversia sigue rodeando a este singular personaje. Borracho y bandolero, son de los más ligeros cargos que se le hacen. Que en noviembre de 1863 mató más de una decena de prisioneros después de la

derrota del Guanabacoa de Paya, próximo a Baní. Y efectivamente, los presos que retenían las fuerzas patrióticas en La Urca, jurisdicción de San Juan de la Maguana, fueron pasados por las armas por una orden impiadosa del general Florentino, cuando el contraataque español lo arrinconaba.

Que saqueaba a agricultores y criadores para sostener sus tropas, a lo cual pretenden darle explicación algunos de los defensores de Florentino. Dicen estos que tales acciones, muchas veces de pillaje franco y abierto, se explicaban porque, a diferencia de la fértil y productiva región del Cibao, obtener la comida para el sustento de miles de hombres movilizados en combate o concentrados en campamentos, era tarea difícil en la región Sur. El prestigio de hombres como Bonó y Espaillat, De Rojas y Furci Fondeur, Salcedo y Gaspar Polanco, Máximo Grullón y Alfredo Deetjen, por ejemplo, estimulaba a la cooperación de los ricos hateros y productores del Norte, de los grandes y medianos comerciantes, con la causa restauradora en todo el Cibao. En el Sur, las cosas resultaban muy distintas y la jefatura del movimiento

pudo haberse visto colocada en la disyuntiva de tomar lo necesario para el aprovisionamiento de las tropas o perecer, sin comida fácil ni vestidos a su alcance y en espera de provisiones que no llegaban desde el centro del gobierno.

Que era implacable y más severo de la cuenta en muchos casos y hasta cruel y despiadado, es cosa admitida por la generalidad de los historiadores. Pero, no dejan de replicar los defensores del controvertido general, que era difícil ser clemente con un enemigo poderoso y cuya crueldad había quedado harta demostrada con las atrocidades de verdaderos bárbaros como Juan Campillo y Manuel Buceta; con los arrestos masivos de ciudadanos pacíficos, tratados sin consideración alguna, arrancados muchas veces de su Patria para ser enviados cargados de cadenas al otro lado del océano en calidad de desterrados a perpetuidad; con los fusilamientos a sangre fría de prisioneros rendidos e indefensos; con el incendio y el saqueo de familias y poblaciones enteras; con el asolamiento y la devastación brutal de caseríos y labranzas llevados a cabo por tropas que tenían por norma convertir los

cultivos y sembradíos de los campesinos en alimentos para sus cabalgaduras.

Sin embargo, se vuelve más intensa la controversia, cuando junto a los reconocidos desafueros del general sureño, se sabe que recibió orden expresa de pasarle juicio sumario a Luperón y ejecutarlo y que Florentino le perdonó la vida, según cuenta el propio Luperón, que no economiza calificativo hiriente al momento de referirse al general sureño. Manuel Félix –Cabuya–, según don Sócrates Nolasco, mató al capitán Santo Domingo, hijo de Florentino. Luego, Cabuya cayó en manos de los restauradores en el Sur y cuando lo iban a matar como ofrenda de redención al dolor del jefe superior de la región, el propio Florentino se interpuso y le perdonó la vida también al asesino de su hijo.

Domingo Lazala, el que condenó a Sánchez a la pena capital en San Juan de la Maguana, el anexionista recalcitrante, cayó en manos de Florentino la misma noche en que la Revolución Restauradora estalló en el Sur. No fue ejecutado como se esperaba, sino que, junto a sirvientes de la anexión como José del Carmen Reynoso, Eugenio Comas y

otros de la misma militancia antinacional, fueron enviados a las autoridades de Santiago en un gesto de flexibilidad y de humanismo que no pocos recibieron con sorpresa. Así, a más de siglo y medio de distancia en el tiempo, el ruido de la controversia sigue rondando como un rumor pesado, el nombre de este radical combatiente por la Independencia, y todo indica que será muy difícil conseguir que alguna vez los historiadores arriben a un juicio común acerca del general Pedro Florentino.

FONDEUR, FURCI

Nació en París. Sus padres residieron primero en Haití, y en tiempos de la ocupación haitiana de la parte española de la isla se radicaron en Santiago, cuando Furci era pequeño todavía. Hizo suyo el sentir de la nación dominicana y tomó las armas para luchar por la Independencia Nacional. Peleó en la batalla de Santiago el 30 de marzo de 1844 contra las fuerzas del general haitiano Jean Lois Pierrot. Se le ascendió a coronel en aquella época.

Se inclinó ante el hecho cumplido de la anexión y quedó re-

gistrado como oficial de las Reservas al servicio de las autoridades. Hombre de extenso prestigio social y bien ganadas simpatías en la población. Después del fracaso del alzamiento patriótico de febrero de 1863, fue escogido por el Gobernador José Hungría para que, junto a Benigno Filomeno de Rojas, Tito Fermín y Carlos Fermín, viajara en comisión a la Línea, a tratar de persuadir a los restauradores de que se acogieran a las garantías que les prometían las autoridades a cambio de la pacificación.

Después del Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863, se adhirió a la causa y fue uno de los precursores del Gobierno Provisorio, al servicio del cual desempeñó diversas funciones. En noviembre de 1863 fue nombrado Proveedor del Gobierno; en agosto del año siguiente le correspondió servir de Agente del Gobierno en Dajabón. También prestó servicios en las líneas del Sur y el Este.

Después de la guerra tuvo ocasionalmente funciones públicas, pero en lo esencial, se dedicó a sus negocios privados en Santiago, donde levantó una distinguida familia que fue extendiéndose hasta el presente cuando el

apellido Fondeur puede encontrarse en gente de la más variada actividad. Murió en Santiago el 22 de enero de 1892.

Como dato adicional se consigna el hecho de que fue Furci Fondeur, el fundador de la Logia Masónica en Santiago, hermandad ésta que jugó un valioso papel en la resistencia a la anexión y la defensa de la causa nacional. Había sido proscrita oficialmente por los colonialistas, a pesar de

lo cual y dado el carácter cerrado de su funcionamiento, la masonería pudo convertirse en uno de los centros más diligentes de las actividades por la recuperación de la Independencia. Masones fueron restauradores tan distinguidos como el general Luperón, el comerciante Alfredo Deetjen, el mártir Ambrosio García, el general Pedro Antonio Pimentel y una larga lista de prominentes figuras de la Restauración.



GARCÍA, FEDERICO DE JESÚS
GARCÍA, JOSÉ GABRIEL
GARCÍA, PEDRO
GAUTREAUX, MAURICIO
GAVILÁN, BASILIO
GAZÁN, ALEJANDRO EUGENIO
GERMOSÉN, CAYETANO
GIL, BASILIO
GLAS, JOSÉ MANUEL
GÓMEZ, FRANCISCO ANTONIO -TOÑICO-
GÓMEZ, JUAN
GÓMEZ, SEVERO
GÓMEZ, TEODORO
GONZÁLEZ, FRANCISCO
GONZÁLEZ, MANUEL
GONZÁLEZ REGALADO
Y MUÑOZ, MANUEL FRANCISCO
GRULLÓN, MÁXIMO
GUILLERMO, CESÁREO
GUILLERMO, PEDRO
GUZMÁN, ANTONIO -ANTÓN-
GUZMÁN, DOMINGO -SIÑO DOMINGO-

GARCÍA, FEDERICO DE JESÚS

Su lugar de nacimiento fue El Egido, Monte Cristi. Hijo de Antonia Cruz y del rico propietario Ambrosio García, quien fue un incorregible anexionista, e incluso se vio bajo sentencia de muerte, anulada por el presidente Salcedo.

Nacido en 1835, Federico era Alcalde Pedáneo de su demarcación cuando se inició la guerra con el Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863. Tenía entonces veintiocho años y rango de capitán. Tras la toma de Guayubín, en la que participó activamente, fue enviado a ocupar con sus tropas a Monte Cristi. Lo hizo con tanto valor y efectividad que estimuló el espíritu de combate de sus compañeros y se acreditó él mismo como prudente y habilidoso guerrero. *Intrépido capitán*, le llama Luperón en sus *Notas Autobiográficas*.

Dirigió exitosamente, junto al Comandante de Armas, Benito Monción, la resistencia a los ataques enemigos, con la ciudad sometida al bloqueo marítimo de veintiocho naves españolas, hasta que el ataque en gran escala comandado por De la Gándara el 17 de abril de 1864 forzó a los

patriotas a la retirada. Entonces se acantonó en Laguna Verde y siguió luchando con denuedo, en La Poza, El Duro y otros lugares. Fue ascendido a general de brigada por el presidente Salcedo y nombrado Jefe de Operaciones sobre Monte Cristi. En una ocasión formó parte del estado mayor del general Luperón.

Cuando la sublevación del general Gaspar Polanco en octubre de 1864, García se opuso a la destitución y el apresamiento del presidente Salcedo. Fue actor importante en el levantamiento del general Pimentel contra el presidente Polanco, en enero de 1865. Pasó a ser Gobernador Civil y Militar de Santiago, diputado a la Convención Nacional en que fue Pimentel designado a la presidencia, en marzo de 1865.

Después de la guerra, mantuvo su condición de político y hombre de armas de importancia. Fue partidario del retorno de Báez a la presidencia en el mismo 1865, luego se volvió contra este caudillo, y junto a Pimentel y Luperón, el 1° de mayo de 1866 integró el gobierno conocido como el Triunvirato. Baecista de nuevo, contra Cabral; siguió con Báez en el sangriento período de los Seis Años entre 1868 y 1874 y

le prestó su importante concurso en la región Sur. Ya cuando la dictadura se acercaba al fin, García se unió a los que peleaban contra ella. Envuelto en un combate en Alto de La Baitoa, lo alcanzó el disparo que le quitó la vida, el 22 de septiembre de 1873. Un hermano suyo murió también en esa acción de guerra.

GARCÍA, JOSÉ GABRIEL

Nació en la ciudad de Santo Domingo el 13 de enero de 1834. Historiador, soldado de la Independencia. Ingresó a la milicia a los quince años, como artillero naval. Vio acción en más de un combate contra las incursiones haitianas y, aunque aceptó la anexión en el primer momento, cuando la Guerra de Restauración tomó su curso, formó parte de la Junta Revolucionaria que encabezaba los trabajos secretos en la Capital. Su nombre aparece entre los firmantes del Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863. Cayó prisionero, fue retenido en condición de rehén por los españoles y salió libre cuando se produjo el canje en la ciudad de Puerto Plata en abril de 1865.

Intelectual de brillante inteligencia, laborioso historiador y

articulista de prensa. Puso esas cualidades al servicio de la causa nacional, y sus artículos, lo mismo que los de otros hombres de letras dominicanos, encontraron eco en los periódicos y los medios políticos de Madrid.

Formó parte del gabinete del presidente José María Cabral, durante el *Protectorado*, al ser designado el 14 de agosto de 1865, en la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública y Relaciones Exteriores.

Como más respetable y señalado aporte intelectual de García, merece destacarse la herencia historiográfica que dejó. Además de su colosal obra *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, escasa de rigor científico pero rica en documentación y testimonios, se cuentan sus *Rasgos Biográficos de Dominicanos Célebres*, publicado en 1875; *Memorias para la Historia de Quisqueya*, editado en 1876; *Partes Oficiales de las Operaciones Militares Realizadas durante la Guerra Dominico-Haitiana*, puesta a circular en 1888; *Guerra y Separación Dominicana*, en 1890; entre otros libros importantes. A la pluma de García se atribuye la redacción de la *Breve Refutación del Informe de los Comisionados de Santo Domingo*,

en 1871, mediante la cual y bajo la firma de *Varios Dominicanos*, se desmienten las interesadas afirmaciones de la comisión enviada por el gobierno norteamericano del general Ulises Grant, para justificar la anexión que, en inteligencia con Báez y su dictadura de los *Seis Años*, trataron de imponerle a la República.

José Gabriel García murió en Santo Domingo el 19 de enero de 1910.

GARCÍA, PEDRO

Curioso en medicina lo calificaba el gobierno. La Guerra de Restauración fue obra histórica de contenido auténticamente popular. Junto a nombres famosos y apellidos descollantes por su prestigio social, la Guerra Patria la hizo el pueblo, representado en la inmensa legión de combatientes que se lanzó a los campos de batalla, permaneció en los cantones y aterró al español al asaltarlo machete en mano en batallas campales y sobre todo, cuando el ejército de ocupación estaba en movimiento y de las entrañas del monte le acometía la guerrilla.

Protagonista de esa hazaña histórica fue *Dandana*, de El Cambronal; lo fueron *Manengue*,

Llilito, *Cabuya*, *Baqueche*, *Medio Mundo* y *Pancho Perico*, tan sureños como los cactus y los cambrones de Azua; *Juanicón*, el de Guayubín; *Ramonazo*, el de Puerto Plata; *Caravana* y *El Chivo*, del corazón del Cibao; personajes sencillos y elementales, cuyo origen social lo evidencia el apodo con que la historia los registra.

Abundan igualmente en la lista de los restauradores, los hombres practicantes de los más variados oficios; realizadores de actividades propias de gente humilde, pero cuya participación adquirió valor en medio de aquel esfuerzo titánico de un pueblo pequeño que se batía a muerte por su libertad contra una poderosa potencia colonial.

Simón Felipe, por ejemplo, era *herrero en servicio en Santiago*, hasta que en agosto de 1864 lo enviaron a continuar su ejercicio, como todo un soldado, al campamento general de Las Jabillas, Puerto Plata; Álvaro Díaz era *aserrador al servicio del gobierno*; Ramón Cruz, Santiago Ureña, José Ramón Gómez, Estanislao Díaz, entre muchos más, eran *recueros al servicio del gobierno*, y su papel fue vital para el transporte de provisiones de boca, armas, municiones y mercancías

en las diferentes regiones; lo mismo que los boyeros, que con sus yuntas de bueyes debían mover entre un punto y otro, cargas y material de guerra tan pesado como las piezas de artillería, por sendas ásperas y caminos difíciles. No era simple cuestión de fuerza bruta, sino también de mucho ingenio y sobre todo, de alto sentido de la responsabilidad y del deber.

En el *Archivo Histórico de Santiago* se conserva un Libro de Actas del Gobierno Restaurador, en el cual, en letras manuscritas con cuidada y elegante caligrafía, se lee un Oficio del 3 de enero de 1865 dirigido a Pedro García y que dice en su contenido: *Necesitando el gobierno de utilizar los servicios de Ud. en el campamento de Las Javillas, como curioso en medicina, se servirá presentarse ante esta gobernación a la mayor brevedad, listo para marchar al referido punto.* Como puede observarse, el curandero también jugaba su función y la dirección del movimiento tuvo el acierto de aprovecharlo.

GAUTREAUX, MAURICIO

Abogado, capitalaño que se trasladó al Cibao en su juventud y no volvió a vivir en la Capital.

Fijó su residencia en La Vega. Al desencadenarse la Guerra de Restauración, ocupó dignamente su lugar de patriota y en diciembre de 1863 el comandante Eusebio Núñez lo escogió como su secretario. El 31 del mismo mes fue llamado por el gobierno de Santiago y allí se desempeñó como Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y como secretario particular del presidente Pepillo Salcedo.

El 19 de octubre de 1864, el presidente Gaspar Polanco también lo designó secretario suyo. Al caer Polanco en enero de 1865, Gautreaux firma también como secretario en las actas y documentos aprobados en la reunión en que quedó constituida la Junta Superior Gubernativa, bajo la presidencia interina de De Rojas, que ejerció el gobierno hasta la juramentación de Pimentel en marzo de 1865.

Gautreaux ejerció su profesión y murió en La Vega, próximo al año 1915, según uno sus biógrafos.

GAVILÁN, BASILIO

Nativo de la villa de Cotuí, vino al mundo en el año 1810, época en la cual esa villa formaba parte de la provincia de La Vega.

Gozaba de extendido prestigio social y su inclinación a la causa nacional determinaba en gran medida el respaldo de la mayoría de sus compueblanos. Trabajó junto al coronel Esteban Adames para pronunciar a Cotuí a favor de la Restauración en septiembre de 1863.

Más adelante y cuando Lupe-rón asumió la jefatura de los frentes del Este y el Sur, Gavilán fue enviado a Yamasá. Fuerzas comandadas por Gavilán enfrentaron y derrotaron a las del general Eusebio Manzueta, que era entonces militar anexionista y como tal jefe de la vanguardia española en Yamasá. Manzueta fue tomado prisionero y, persuadido de su error, volvió sobre sus pasos, se reencontró con los patriotas, juró lealtad a la causa nacional y desde entonces peleó con su reconocida valentía y su firmeza de patriota.

Gavilán y sus compañeros de armas fueron los autores del arresto del coronel español Manuel Galdeano, que andaba en francas labores de espionaje y que remitido a La Vega, fue fusilado allí por orden terminante del general Lupe-rón.

Gavilán hizo toda la campaña, combatió en diversos frentes

y cantones, incluyendo la zona de Guanuma, que fue por algún tiempo sede de la comandancia del general Pedro Santana.

En 1873, en el curso de la Guerra de los Seis Años, contra el proyecto de anexión a Estados Unidos promovido por el presidente Báez, Basilio Gavilán ocupó una vez más su trinchera de patriota. Cayó prisionero, fue condenado a muerte junto al general Manzueta, este último fue ejecutado por disposición de la dictadura, mientras que Gavilán recibió la gracia de la vida, al serle conmutada la sentencia.

GAZÁN, ALEJANDRO EUGENIO

Militar nativo de Santo Domingo, vino al mundo en el 1830. Era oficial del antiguo ejército cuando fue impuesto el régimen de la anexión. En el curso de la guerra formó parte del grupo de ciudadanos capitalenses, que operó en la clandestinidad, en la retaguardia enemiga. Miembro de la Junta Revolucionaria de Santo Domingo, se trasladó a Santiago a ponerse a la orden del gobierno, que en correspondencia a los méritos militares que conquistó Gazán, lo elevó

al grado de coronel. Fue secretario de la Convención Nacional iniciada el 27 de febrero de 1865, en la que se formalizó la presidencia del general Pedro Antonio Pimentel.

Después de la liberación, en 1867, Gazán fue miembro de la Cámara de Cuentas. Opositor a Báez, al cual combatió con el mayor vigor en *La Guerra de los Seis Años*, del 1868 al 1874, cuando se puso en marcha el plan de anexión de República Dominicana a los Estados Unidos. Gazán murió en 1874.

GERMOSÉN, CAYETANO

Fue de los mocanos organizadores y partícipes del levantamiento patriótico del 2 de mayo de 1861, comandado por el coronel de caballería José Contreras. La plaza de Moca no pudo ser retenida, y aquella primera protesta armada contra la anexión fue sofocada con la implacable energía del general Juan Suero y la crueldad primitiva de Santana, que viajó personalmente al lugar del hecho para garantizar la aplicación del castigo más cruel. Las autoridades encargadas del proceso dictaron sentencia y ordenaron aplicarla sin

darle a los prevenidos, siquiera por pura fórmula, la oportunidad de apelación.

La corte marcial montada expresamente por Santana dictó condena de muerte contra veinticinco ciudadanos, la mayor parte de los cuales aún estaba en libertad. Cayetano Germosén se contaba entre los presos y el 19 de mayo fue llevado al paredón de fusilamiento junto a Contreras y a dos más de sus compañeros de causa, José María Rodríguez y José Inocencio Reyes. Este último fue sumado al grupo cuando ya los demás caminaban hacia el patíbulo. El antiguo poblado de Guanábano ha sido rebautizado oficialmente con el nombre Cayetano Germosén, insigne patriota y mártir de la Guerra de la Restauración.

GIL, BASILIO

Firme y radical opositor a la anexión. Por eso anduvo tan activo en la preparación de la sulevación que se aceleró en las comarcas veganas desde que se tuvo noticias del levantamiento patriótico del 16 de agosto de 1863, en la Línea Noroeste. Diez días después, el 26 de agosto, en coordinación con los hermanos

José y Miguel Abreu, con Marcos Trinidad y Dionisio Troncoso, Basilio Gil organizó el asalto a la plaza de La Vega, donde era Gobernador el criollo anexionista Esteban Roca. En medio del combate avanzó Gil a apoderarse de una pieza de artillería y los soldados españoles que la custodiaban lo mataron a bayonetazos.

Basilio Gil, vegano, fue el padre de Juan Dionisio Gil –Noní–, héroe dominicano de la guerra de independencia de Cuba, que murió asesinado en Cienfuegos, donde la gratitud del pueblo le levantó una estatua.

GLAS, JOSÉ MANUEL

Nació en San Francisco de Macorís y muy joven se radicó en Santiago, donde conquistó un sólido prestigio social. Ejerció el alto comercio. Una de las más lúcidas inteligencias civiles del movimiento Restaurador y uno de los principales organizadores del gobierno nacional. Le correspondió la Comisión de Hacienda, en responsabilidad compartida con Ricardo Curiel. Fue enviado al cantón de San Pedro el 6 de octubre de 1863, luego a Moca y en marzo de

1864 volvió al ministerio de Hacienda.

Después de la evacuación de los españoles fue de los que se puso a disposición del presidente José María Cabral. Vinieron las luchas caudillistas con su secuela de levantamientos y montoneras, y la actividad pública de Glas fue cada vez más limitada, aunque ejerció en diversos momentos cargos oficiales. Murió en la mañana del 9 de enero de 1895. Había hecho construir un impresionante mausoleo, con una estatua de mármol al frente, con el fin de que en él descansaran sus restos.

GÓMEZ, FRANCISCO ANTONIO –TOÑICO–

Importante hombre de armas de la Línea, nacido en Guayacanes, común de Guayubín. Soldado destacado de las campañas militares de la Independencia. El 18 de agosto de 1863 comandó el asalto a la dotación española de Guayubín, falló el intento inicial, reorganizó sus fuerzas y, en un nuevo ataque, junto al general Juan Antonio Polanco, los españoles fueron puestos en fuga y la plaza cayó en manos de los patriotas. También vio acción en

la toma de Monte Cristi y durante toda la guerra se mantuvo en permanente actividad. Firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863, también puso su firma en el Acta de Desconocimiento de la Autoridad y el Gobierno de Salcedo, cuando éste fue derrocado por el general Polanco, el 10 de octubre de 1864.

Después de la guerra, aunque por algunos momentos se opuso a Báez, terminó como seguidor del ambicioso y pertinaz caudillo sureño. Toñico Gómez fue el vicepresidente de la República de enero de 1869 al 31 de marzo de 1871, más de la tercera parte del horroroso gobierno de los *Seis Años*. Murió en Guayubín el 13 de mayo de 1883.

GÓMEZ, JUAN

Natural de Sabaneta, agricultor, político, hombre de armas. Entró en concierto con los organizadores del movimiento Restaurador y bajo las órdenes del general Juan Antonio Polanco, participó en la toma de Guayubín del 18 de agosto de 1863. Después de la conquista de esa plaza, Gómez recibió la orden de ocupar el fuerte de Mangá con veinticinco hombres e interceptar al

brigadier Buceta que intentaba abrirse paso hacia Guayubín, ignorante el vándalo español de que esa villa había caído ya en manos de los patriotas.

Juan Gómez siguió activo durante toda la guerra y después de restaurada la República, continuó envuelto en la vida pública. Ocupó cargos importantes en diversas ciudades del Cibao, militó en el bando rojo, como uno de los más radicales y constantes baecistas. Fue Gobernador de La Vega bajo el gobierno de González y, entre sus últimas actuaciones políticas se cuenta su contribución a la campaña electoral de 1886, a favor de Casimiro de Moya, en su lucha infructuosa contra el candidato contrario, Ulises Heureaux–Lilís.–

Implantado el régimen tiránico de Lilís, Juan Gómez se concentró en sus trabajos agrícolas en Salcedo, que era entonces parte de la provincia de La Vega. Fue un gran cultivador de frutos y en una ocasión fue condecorado por la sociedad vegana La Progresista, por su aporte al cultivo del cacao.

GÓMEZ, SEVERO

Albañil, puertoplateño que empezó combatiendo en su propia tierra y en septiembre de 1863

fue trasladado a Santiago para reforzar las tropas que asediaban a los españoles cercados en la fortaleza San Luis. Estuvo entre los que persiguieron a los ocupantes cuando se retiraban hacia Puerto Plata. Se le destacó al cantón de Maluis, en el cual sobresalió por su calidad como combatiente. Hizo toda la campaña en esos escenarios y se acreditó por su valor y su constante disposición al sacrificio. Era jefe de la vanguardia de ese campamento, con rango de general de brigada.

Fue de los que se mantuvo consecuente con su historial de patriota Restaurador y militó junto a Luperón en el Partido Azul. Se fue con su jefe al exilio en 1868 al imponerse la dictadura de los *Seis Años*, vino con él en la expedición marítima de *El Telégrafo* a pelear contra el plan de anexión a los Estados Unidos, que estaba en marcha. También junto al prócer Luperón, entró Gómez al país en una audaz operación ejecutada por cuarenta y cinco hombres, que partió de Capotillo Haitiano y penetró peleando hasta Sabaneta. En el curso de la retirada, el grupo del que Gómez formaba parte entró en combate con fuerzas del gobierno y en El Pino, comarca ru-

ral de Sabaneta, cayó Severo Gómez como mártir glorioso de la Patria, el 17 de marzo de 1871.

Los restos del general Severo Gómez fueron exhumados por el general restaurador Benito Monción, según reporte del número 516, de diciembre de 1883, del periódico puertoplateño *El Porvenir*. Los restos fueron transportados hasta Puerto Plata por el vapor norteamericano *G. W. Clide*, que en su ruta tocó el puerto marítimo de Monte Cristi. La comitiva que recibió los despojos de Gómez estuvo encabezada por el general Lilís, que ocupaba por vez primera la presidencia. El general Luperón también estuvo presente, lo mismo que otros generales de la Restauración, diversas instituciones oficiales y sociales y gran cantidad de personas particulares. Los actos solemnes se extendieron igualmente al también general restaurador Norberto Reinoso, que por coincidencia, falleció el mismo día en que llegaban a Puerto Plata los restos del célebre general Severo Gómez.

GÓMEZ, TEODORO

Santiaguero. Comprometido en las actividades conspirativas que dieron origen al levantamiento

del 24 de febrero de 1863 en la ciudad de Santiago. Se acogió a la amnistía decretada por las autoridades españolas, lo que implicaba hacer un juramento de fidelidad a España y a la Reina y de obediencia plena a las leyes españolas. Sin embargo, desde que la Guerra Patria se extendió a Santiago, Gómez se integró a ella y operó en el cantón de Marilópez, instalado el 31 de agosto por el coronel Ramón Cirilo de la Cruz.

En los momentos en que los españoles empezaban a evacuar la fortaleza San Luis, Teodoro Gómez, entonces con rango de capitán, fue uno de los oficiales que avanzó a tomarla con sus tropas.

Después de la Restauración, Gómez tuvo presencia en la vida pública. Se le nombró Gobernador de su natal Santiago el 9 de julio de 1878. Murió en el año 1920, en tiempos de la ocupación del territorio nacional por tropas norteamericanas.

GONZÁLEZ, FRANCISCO

Venezolano. Una más de las voluntades internacionalistas que hicieron suya la agonía de la nación y el pueblo dominicanos. Se integró a la guerra en Santiago

donde González tenía su residencia. Ostentaba jerarquía militar de comandante, y en esa calidad era uno de los oficiales del célebre y combativo cantón de Marilópez. Fue de los que ocuparon la fortaleza San Luis, al momento en que los españoles, bajo el asedio de los restauradores, decidieron abandonarla y replegarse hacia Puerto Plata. De ahí, siguió González a Luperón que partió a unirse a las fuerzas de Salcedo, Monción y Pimentel, para picarle la retaguardia a los españoles. Firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863.

En el curso del mismo septiembre, González fue trasladado a los frentes del Este, en los cuales también era el general Luperón el jefe de Operaciones. En marzo de 1864 González fue nombrado jefe del cantón de San Francisco del Higüero, en la margen del río Yabacao, por cuyo cauce se transportaban las provisiones y pertrechos enviados al general Santana, en su puesto de mando de Guanuma.

GONZÁLEZ, MANUEL

Nació en Juan Gómez, Guayubín. El 18 de agosto de 1863

actuó en asalto a esa plaza, junto a los generales Toñico Gómez y Juan Antonio Polanco. Había participado en los combates de la fallida sublevación de febrero del mismo año, cuando la villa de Guayubín también cayó temporalmente en manos de los patriotas. Fue el coronel Manuel González al que, el 10 de octubre de 1864, le tocó cumplir la orden impartida por el general Gaspar Polanco, de detener al presidente Pepillo Salcedo en Botoncillo, jurisdicción de Guayubín.

**GONZÁLEZ REGALADO
Y MUÑOZ,
MANUEL FRANCISCO**

Nacido en Santo Domingo el 14 de enero de 1793. Sacerdote. Su padre era el Escribano Real Manuel González Regalado y su mamá Juana Muñoz. Se graduó de doctor en derecho canónico en 1818. Se trasladó a Puerto Plata en 1820, después de haber ejercido por breve tiempo en la parroquia de El Seibo y haber impartido cátedra en la Universidad. Independentista. El día en que fue arriada la Bandera Nacional para ser sustituida por la española en Puerto Plata, alguien del gentío que se había congregado en la

plaza pública, voceó que nadie se atrevería a bajar de su asta la bandera dominicana. El padre Regalado lo hizo, usando la influencia que ejercía y consciente de que si era él quien bajaba la bandera, nada ocurriría. Dobló cuidadosamente el pabellón nacional y se lo llevó consigo con la esperanza, según dijo, de alguna vez volverlo a izar y verlo flotar libre y glorioso.

El padre Regalado pronto cayó bajo sospecha de los españoles y su casa fue de las primeras en ser pilladas e incendiadas en medio de los combates registrados en la ciudad. El 10 de septiembre de 1863 fue conducido bajo custodia armada al fuerte San Felipe y encerrado en el cubo construido en esa fortaleza para martirizar los prisioneros. Del cubo donde sólo pudo permanecer de pie, el sacerdote fue trasladado a una celda de castigo en el vapor español *Hernán Cortés*, encadenado por los pies a una barra de hierro, forzado a permanecer boca arriba hasta la tarde del día siguiente, cuando fue de nuevo trasladado, esta vez al vapor *Ulloa* en el cual se le mantuvo durante siete días más.

El domingo 20 de septiembre fue remitido a Santo Domingo

y de ahí a La Habana, para ser encerrado en la prisión medieval del Castillo del Morro, por tres largos meses, en los cuales sufrió los más groseros e inhumanos atropellos. Volvió a Santo Domingo el 4 de enero de 1864. El Capitán General, que era ya Carlos de Vargas, lo condenó a vivir confinado en la Capital y reportarse periódicamente a las autoridades. Bajo amenaza, debió escribir una carta en la que llamaba a los dominicanos a cesar la guerra y en esas opresoras circunstancias se le mantuvo hasta que fue trasladado de nuevo a Puerto Plata, para el canje de prisioneros que tuvo efecto al fin de la guerra. El sacerdote fue canjeado por un oficial español que estaba en manos de los patriotas.

El propio Regalado narró su odisea en un conmovedor escrito recogido en parte por *El Propagandista*, de Puerto Plata, del 15 de marzo de 1885. Tal narración es incluida en la obra *Próceres de la Restauración*, del historiador Emilio Rodríguez Demorizi. Regalado se quedó para siempre en Puerto Plata, donde pasó más de cuarenta años como párroco y allí murió en el cariño y la gratitud de su feligresía, el 3 de febrero de 1867. Entre sus es-

critos se cuentan *Memorias a Pluma de Parroquia* y *El Fuerte de San Felipe de Puerto Plata*.

GRULLÓN, MÁXIMO

Mocano. Nació el 18 de noviembre de 1826. Gran comerciante de la plaza de Santiago, donde gozaba de considerable ascendencia social. Luchador independentista. Por un tiempo fue adepto del general Pedro Santana. Se rebeló contra la anexión, especialmente después de que las catastróficas medidas económicas de las autoridades españolas dejaron sentir sus negativos efectos en el comercio. Lo apresaron a raíz del fallido levantamiento patriótico del 24 de febrero de 1863 en Santiago.

A principios de septiembre de 1863, al extenderse hasta Santiago las llamas de la guerra de liberación, los españoles quedaron sitiados en la fortaleza San Luis. En medio de la batalla del 6 de septiembre, Grullón fue liberado por sus carceleros para que peleara al lado de ellos. Y ... *cuando más recio y terrible era el combate, despreciando aquella granizada de balas, saltó heroicamente las trincheras y se pasó a los patriotas... Prefiero morir, dijo, a*

permacer prisionero de los opresores, según consigna en sus *Notas Autobiográficas* el prócer Luperón que aquel 6 de septiembre mandaba la línea por donde pasó Grullón, desafiando gravísimos peligros.

Desde que se constituyó el gobierno, Grullón tuvo a su cargo la Secretaría de Interior y Policía. El 5 de noviembre de 1863 fue enviado como Gobernador interino a La Vega; en diciembre viajó en misión a Monte Cristi, el 28 de enero a San José de las Matas hasta el 24 de agosto de 1864, cuando Salcedo dispuso la disolución del gabinete.

Al instalarse el general Gaspar Polanco en la presidencia, Grullón volvió a ser nombrado Secretario de Interior el 16 de octubre de 1864. En los días inmediatamente posteriores a la evacuación de los españoles, Pimentel expulsó del país a Grullón y le prohibió el retorno. Un día, el desterrado fletó una goleta inglesa en Haití, desembarcó con su familia en Puerto Plata y Pimentel dio orden de que lo redujeran a prisión. Luperón se opuso tenazmente y en medio del conflicto, vino el derrocamiento de Pimentel y solucionó el problema.

Grullón se mantuvo en las filas de los azules, como liberal que era. Jamás se separó de su partido ni de sus amigos, reafirma Luperón, en la semblanza que hace de don Máximo. Murió en Cabo Haitiano el 17 de enero de 1878. *Era Grullón de talla regular, ancho de espaldas, de fuerte y vigorosa constitución. Sus facciones eran correctas, pobladas las cejas; tenía mirada penetrante, voz dulce y atractiva, y todo él, notable por su delicadeza.* Según dicha semblanza

GUILLERMO, CESÁREO

Hijo del célebre general Pedro Guillermo y de la señora Rosalía Bastardo. Tan arrojado y valiente, tan ambicioso y violento como su propio padre, Cesáreo se inició muy joven en la carrera de las armas y con menos de diecisiete años ya era soldado de la Guardia Cívica en su pueblo. Su nacimiento tuvo lugar en La Rodada, comunidad rural de Hato Mayor, el 8 de marzo de 1847.

Durante la Guerra de Restauración, se adhirió al movimiento insurreccional que el día 2 de octubre de 1863, intentó sin éxito la toma de Hato Mayor. No pudo retirarse a combatir al lado de su papá, en las estribaciones de Yerba

Buena, porque fue arrestado y mandado al destierro en Ceuta, posesión colonial española y campo de martirio situado en territorio marroquí, en el norte de África. De allá fue traído para el canje de prisioneros que tuvo lugar en Puerto Plata, última plaza del país donde se proclamó la anexión, y último pedazo del territorio nacional hollado por los invasores.

No se separó de las luchas políticas y armadas. Fue dos veces diputado al Congreso Nacional, por El Seibo, en 1865 y 1874, respectivamente. Se desempeñó como Secretario de Interior y Policía en 1878 y su tenacidad en la búsqueda del poder lo llevó dos veces a la presidencia de la República, del 5 de marzo al 8 de julio de 1878 y del 30 de septiembre de ese mismo año al 6 de diciembre del siguiente.

Siguió luchando por la reconquista del poder y después de fallar en un intento insurreccional contra el gobierno del liberal Francisco Gregorio Billini, en medio de la intensa persecución a que estaba sometido por tropas dirigidas por Lilís, al saberse derrotado, poco menos que solo, hambriento y acosado, a punto de ser capturado por una patrulla de veinte soldados que lo te-

nía cercado y lo instaba a la rendición, prefirió el suicidio antes que verse en manos de sus perseguidores. Ocurrió su muerte en un campo de Azua el día 8 de noviembre de 1885. Lilís, jefe de la fuerza armada, viajó personalmente a Azua; no quería tener dudas sobre la muerte del ferroz general Guillermo, para comprobarlo con sus propios ojos, hizo desenterrar el cuerpo del caído y no le costó mayor esfuerzo convencerse de que aquel cadáver con las ropas desgarradas y los pies envueltos en las mangas de la camisa, era el de su enconado y radical enemigo.

GUILLERMO, PEDRO

Nació el 29 de junio de 1814, de la unión del vegano José Guillermo y la venezolana Francisca Guerrero, residentes en Hato Mayor. Hatero, comerciante y militar. Veterano de las luchas por la Independencia. Fue el primero en organizar la insurrección armada contra los españoles en la región oriental, al promover el levantamiento del 2 de octubre de 1863 en Hato Mayor. La plaza no pudo ser tomada, pero Guillermo, los comandantes Quintino Pezuela y Genaro Díaz y los demás

restauradores que le acompañaban, se replegaron hacia la loma de Yerba Buena, desde la cual hostilizaban sistemáticamente a los españoles. El 22 de octubre de 1864 fue designado jefe de Operaciones del cantón de Yerba Buena, con grado de coronel.

Valiente, conflictivo, violento, *hombre de horrosos precedentes*, lo llamaba Luperón. El general Pedro Guillermo chocó más de una vez con otros jefes del movimiento. Una discrepancia con Antonio Guzmán hizo indispensable la intervención superior del general Luperón, que lo hace constar en un parte de guerra enviado a las autoridades de Santiago, con fecha 3 de mayo de 1864. Refiere Luperón que le fue preciso amenazarlos a ambos de que en caso de reincidir en sus enfrentamientos los haría juzgar como provocadores de disturbios y los haría ejecutar sin ningún reparo.

Guillermo, desde el Este, entró a la Capital al mismo tiempo que Cabral lo hizo desde el Sur. Se dice que planteó como exigencia perentoria que se le otorgara el título de *Generalísimo de la Campaña del Este*. Después de irse los ocupantes, Cabral derrocó a Pimentel, que ejercía el go-

bierno desde Santiago. Pronto y aunque era un militante baecista, Cabral se vio bajo el acoso del belicoso general Guillermo que terminó por arrebatarle el poder y asumir la del 15 de noviembre al 18 de diciembre. Era analfabeto. Desde esa posición creó las condiciones para el regreso de Báez al poder.

Baecista radical. En 1867, Pedro Guillermo se levantó en armas nuevamente en la región Este, contra el segundo gobierno de Cabral. Apresado, fue juzgado por un consejo de guerra presidido por Manuel Rodríguez Objío, que lo condenó a la pena capital. El día 18 de febrero del mismo año se cumplió la sentencia y el general Guillermo fue pasado por las armas. Su hijo Cesáreo, condenado a la misma pena, se salvó de la ejecución por ser menor de edad. Años después también Cesáreo llegó a ser presidente de la República.

GUZMÁN, ANTONIO

–ANTÓN–

Terrateniente y militar nativo de Guaza, hoy Ramón Santana, entonces comunidad rural de Hato Mayor. Capitán de las guerras de Independencia. Seguidor

cercano de Pedro Santana, a quien lo unía el nexo del compadrazgo, como ingrediente adicional al afecto que se profesaban mutuamente. Aceptó la anexión, por supuesto, y en el combate contra los patriotas estuvo junto a su jefe y querido compadre en el campamento de Guanuma.

Un día pidió y obtuvo licencia para ausentarse del campamento, se fue a su casa en Guaza y con siete mil pesos que guardaba de los fondos y provisiones que administraba, se pasó de plano a las filas de los restauradores. Con esta adhesión cobró fuerza renovada la Guerra Patria en los frentes del Este y sufrió un severo golpe la moral del bando antinacional, la del general Santana primero que cualquier otra. Empezó el *compa*e Antón a enviarle cartas desafiantes al general Santana, a pronosticarle derrotas y fracasos y a retarlo a enfrentarse de hombre a hombre. Se dice que la actitud de Guzmán afectó profundamente el ánimo de Pedro Santana.

Se unió Antón a Pedro Guillermo, Genaro Díaz, Antonino de Aza, Santiago Silvestre, Santiago Mota y otros de tanta pericia y tanto valor como éstos. El 12 de enero de 1864 salió Santa-

na de la Capital, a donde había ido para reponerse de los achaques de salud que lo estaban afectando. Iba al frente de tropas del Batallón del Rey, después de recibir carta de Guzmán, que lo desafiaba a encontrarse en Rincón de Pulgarín. Se dio el combate, murió allí el general Santiago Mota en un lance al arma blanca y Guzmán se vio forzado a retirarse a Bayaguana, ignorante de que dos compañías del Regimiento de La Habana lo esperaban para cortarle la retirada.

Para recomponerse, Guzmán viajó a Santiago, obtuvo tropas, pertrechos y otros recursos de guerra de parte del gobierno, que lo nombró de paso, Comandante de Armas de El Seibo. Se estableció Guzmán entre esta población y Hato Mayor, recrudesció sus operaciones, siguió escribiéndole a Santana, se levantó Higüey y la comunicación de Santana con la Capital se volvió cada vez más crítica, hasta que, en medio de derrotas y amarguras, tuvo que retirarse a la Capital, donde el 14 de junio de 1864, la muerte lo salvó del juicio que, por insubordinación, le preparaban los propios diablos españoles a los que Santana les vendió su alma y la vida de su propia patria.

Los españoles, mientras, asediados y sin posibilidad de recuperarse, diezmados por el plomo y el machete vengador de los patriotas; por la dureza del clima, las epidemias y *el rámpa-no implacable*, se vieron forzados a retirarse a marchas forzadas a la Capital, y el Este quedó libre de fuerzas invasoras, a mediados de noviembre de 1864. Antonio Guzmán lo celebraba como si se tratara de un triunfo personal, aunque se dice que se lamentaba de que Santana no estuviera vivo para que sintiera la humillación mayor de esa derrota.

Antonio Guzmán siguió participando en las luchas que se registraron en la segunda República, hacía constante ostentación de su calidad de importante hombre de armas. Sin doctrina ni principios teóricos que sustentaran sus acciones, el valor y el prestigio de Guzmán fueron puestos unas veces al servicio de la mala causa baecista y otras a favor de cualquier otra bandera. Murió en 1867.

GUZMÁN, DOMINGO

–SIÑO DOMINGO–

Sufrió los rigores de la represión de los españoles, al ser enviado al presidio de Ceuta, en el norte de África, después de caer en manos de las tropas ocupantes. Era natural de San Antonio, Guerra, pero después de la retirada de los españoles, se quedó a vivir en Puerto Plata, donde pasó los últimos años de su vida, que no pudieron ser más pesarosos. En medio de la mayor miseria, sufría frecuentes arrebatos de locura y con atuendos de soldado, caminaba las calles de la ciudad. En su delirio, se creía un altanero general, llevaba en la mano un machete que imaginaba un sable de oficial, una oxidada bayoneta a la cintura, se calaba su quépis remendado y desteñido y en el momento más inesperado, se detenía y de pie, en orgullosa pose militar, empezaba a arengar su imaginaria tropa. Según el historiador Emilio Rodríguez Demorizi, Siño Domingo, murió en enero de 1927, *con la visión del combate en las pupilas*.



HENEKEN, TEODORO STANLEY
HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, DANIEL
HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, MANUEL
HERNÁNDEZ, FLORENCIO
HERNÁNDEZ, TELÉSFORO
HEUREAUX, ULISES -LILÍ-

HENEKEN, TEODORO STANLEY

Inglés de nacimiento. Vino al país en los tiempos finales de la ocupación haitiana, vivió un tiempo en Puerto Plata y terminó por establecer su residencia definitiva en Santiago. Agente comercial del gobierno inglés, propietario de grandes extensiones de tierras en varios puntos del país. Estuvo presente en las luchas de Independencia, especialmente en la batalla de Santiago el 30 de marzo de 1844. Cooperó con la Revolución de los liberales de 1857. Aceptó la anexión en 1861, se adhirió a ella e incluso en los primeros tiempos de la Guerra de Restauración, se mantuvo manipulando hombres y situaciones sin procurar resonancia pública, desde el retiro aparente de la casa que tenía en una rica y extensa propiedad suya de las proximidades de Santiago.

En la interinidad agotada por De Rojas, desde enero a marzo de 1865, ejerció la Secretaría de Hacienda y Comercio. También la de las Relaciones Exteriores, del 27 de marzo hasta principios de agosto del mismo año, bajo el gobierno de Pimentel. Intrigante y manejador tras bastidores de

altos asuntos del gobierno, a Heneken se atribuye haber ejercido una poderosa influencia en Pimentel y otros caudillos restauradores. Con la ilustración y la experiencia alcanzada en sus andanzas por el mundo, que hombres de las limitaciones intelectuales de muchos de los jefes del movimiento no tenían, Heneken propició las negociaciones de El Carmelo, que culminaron en un armisticio equivalente a la capitulación de los dominicanos ante los ocupantes. Afortunadamente, aquella fórmula fue rechazada por el propio presidente Pimentel.

Poco después de la salida de los españoles, Heneken viajó desde Santiago junto a De Rojas, en misión política cerca del general Cabral, que ya se había hecho del poder y establecido el efímero gobierno del *Protectorado* en la Capital. Los dos hombres fueron reducidos a prisión y con diferencia de pocos días murieron en circunstancias tan sospechosas que se afirmó la creencia colectiva de que habían sido envenenados, como víctimas de un crimen político preparado y ejecutado con pasmosa frialdad. La muerte de Heneken se produjo en Santo Domingo, la tarde del 11 de octubre

de 1865 y al día siguiente se efectuó su sepelio. Dejó una considerable cantidad de documentos de su autoría, citados y comentados por diversos autores nacionales.

HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, DANIEL

Miembro de una reconocida y prestigiosa familia de intelectuales capitaleros. Nació en 1843. Su padre era el señor Noel Henríquez, curazoleño de origen judío; y su madre, la dominicana de ascendencia española Cleotilde de Carvajal. Estudió filosofía y literatura. El padre Meriño fue uno de sus maestros.

Al iniciarse la Guerra de Restauración, formó parte del grupo de jóvenes ilustrados que secundaron la acción bélica de los patriotas del interior, mediante el trabajo silente y clandestino en la retaguardia del enemigo. Sin embargo, en el transcurso de la guerra, Henríquez se fue a los frentes del Este y realizó operaciones al mando de Manzueta, Alejo Campusano y Manuel María Castillo, entre otros.

El presidente Salcedo lo designó su edecán. Fue uno de los integrantes de la comisión que, al

fin de la guerra, negoció el canje de prisioneros en Puerto Plata. Era general bajo el gobierno del *Protectorado*, como se llamó oficialmente a la primera administración del general Cabral en 1865.

Después de restaurada la República, Daniel Henríquez y Carvajal fue diputado en varias ocasiones y tuvo la gloria de luchar por la liberación de su tierra contra soldados de dos potencias extranjeras, porque cuando se produjo la ocupación norteamericana de 1916 al 1924, este protagonista de la Guerra de Restauración, refrescó sus laureles de nacionalista y de patriota y se lanzó a la lucha cívica para volver a ver el territorio nacional libre de soldados invasores. Murió en la común de San Carlos, jurisdicción del Distrito Nacional, el 21 de febrero de 1934.

HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, MANUEL

Capitalero. Miembro de la Junta Revolucionaria que operó en la Capital mientras la guerra se desarrollaba en las demás regiones del país. Viajó varias veces a Baní y contribuyó al surgimiento de la Junta Revolucionaria de

esa población. Supo que sus actividades en el Sur eran ya conocidas de las autoridades y previsiblemente, se decidió por quedarse en los frentes de guerra. Vio acción en distintos combates y escenarios. Se le otorgó el rango de capitán. Fue comandante del estado mayor del presidente Cabral, en los días del *Protectorado*.

Después de la liberación y en el curso de la *Guerra de los Seis Años* contra Báez y sus planes de anexión a Estados Unidos, Manuel Henríquez y Carvajal se fue a la manigua en los campos áridos y espinosos de la región Sur. Era secretario personal del general patriota Andrés Ogando. Un parte del 9 de octubre de 1872 remitido por el coronel baecista Joaquín Campos al Gobernador de Azua, Valentín Ramírez Báez, informa del asalto dado dos días antes por una ronda de degolladores que, guiada por un tráfuga nombrado Eleuterio Reyes, pudo llegar al punto específico de El Cambronal, hoy Galván, donde dormían los combatientes y atacarlos al arma blanca en horas de la noche.

El parte oficial reporta como muertos al general Ogando, al oficial Anselmo González y al secretario de Ogando, Manuel

Henríquez, cuyo cuerpo había sido traspasado por dos heridas de bala y varias de arma blanca y había quedado tendido en el suelo, sangrando por heridas, boca y nariz.

Manuel Henríquez, dado por muerto en aquella acción de repugnante sadismo y felonía, para sorpresa de sus frustrados verdugos, sobrevivió a las heridas y fue a morir 27 años después, en 1899, en la localidad de Cabo Haitiano. Cuando falleció *Frisaba en los 59 años*, según su hermano Federico Henríquez y Carvajal.

HERNÁNDEZ, FLORENCIO

Coronel de las Reservas al servicio de los españoles. Ostentaba el mismo grado como oficial de la Restauración, por la cual luchó desde los primeros combates en Santiago, cuna de su nacimiento. En los frentes del Este, junto a Luperón, ejerció funciones de mando en más de un campamento.

El 23 de enero de 1864 fue un mal día para los dominicanos. En esa fecha se libró el desigual combate de la sabana de San Pedro. En el fragor de la pelea, Florencio Hernández resistía las embestidas del enemigo que intentaba apoderarse de un cañón que

había sido puesto bajo su responsabilidad. Cuando más comprometida estaba la situación de los patriotas, Hernández, que ya peleaba casi cuerpo a cuerpo con los soldados enemigos, recibió la orden de retirarse. En esas circunstancias el españolizado general Antonio Abad Alfau, su enemigo personal, lo retó a batirse a duelo y, al considerarse desafiado en su dignidad, Florencio Hernández prefirió morir como espartano antes que dejar dudas de su probada calidad de hombre valiente.

HERNÁNDEZ, TELÉSFORO

Era oriundo de Santiago. Peleó en los días del asedio a los españoles y después que estos evacuaron precipitadamente esa ciudad el 13 de septiembre, Hernández pasó a la línea de Puerto Plata, primero, y después los cantones de la región Este hacia donde se desplazó el centro de gravedad de los enfrentamientos.

Después de la caída de Polanco en enero de 1865 y la toma del poder por el general Pimentel, Hernández, hombre ilustrado, hizo de Fiscal del Consejo de Guerra instalado en abril de 1865 para juzgar a los acusados de la

muerte del general Pepillo Salcedo. Pidió la pena capital para Espailat, Curiel, Pujol, Rodríguez Objío, Silverio Delmonte y Rafael Leyba, aunque después de ser oídos los argumentos del defensor, licenciado Cristóbal de Moya, Hernández modificó su solicitud original y redujo su petición de pena capital sólo para tres de los acusados, el general Gaspar Polanco, Candelario Oquendo y Carlos Medrano. La presidencia del Consejo acogió este pedido, aunque a fin de cuentas, ninguno de los tres sufrió la pena dictada por el tribunal. Polanco se fugó de la prisión, a Medrano le conmutaron la sentencia y Oquendo se había marchado a su país, Venezuela, antes de la caída de Polanco.

Finalizada la guerra, Hernández ocupó varios cargos, entre ellos el de Gobernador de Puerto Plata en 1872, al servicio del régimen baecista de los Seis Años. También fue Gobernador de Moca, en 1877.

HEUREAUX, ULISES –LILÍS–

Nativo de Puerto Plata, vio la luz el 21 de octubre de 1845. Hijo de un marino mercante haitiano llamado Dassa Heureaux y de la

lavandera puertoplateña Josefa Lebel, emigrante de una de las antillas menores. *Lilís*, era su apodo original. Se crió con su mamá y recibió instrucción escolar gracias a que un señor sin hijos se encargó de facilitársela. Ya un joven, trabajaba como empleado de comercio y cuando estalló la Guerra de Restauración en agosto de 1863, se quedó en los frentes circundantes de la ciudad de Puerto Plata. Fue herido en combate. Entre los jefes a cuyas órdenes peleó estuvieron Gaspar Polanco, Pedro Gregorio Martínez, Carlos Medrano y Juan Nouesí. También peleó Heureaux a las órdenes del prócer Ramón Mella.

Formó parte del piquete de soldados que el 5 de noviembre de 1864 pasó por las armas a Pepillo Salcedo en la playa de Maimón. Sin que se sepa por cuál causa, momentos antes de sucumbir a los tiros de sus verdugos, Salcedo se quitó las prendas personales que llevaba y se las entregó a Lilís, que en ese entonces tenía rango de teniente, con la solicitud de hacerlas llegar a la viuda que quedaría en la Línea.

Cuando terminó la Guerra de Restauración, el oficial Heureaux tenía apenas veinte años, pero

tuvo el tino de alojarse a la sombra del prestigio del general Luperón, que había vuelto cargado de méritos a su natal Puerto Plata. Desde entonces empezó Lilís a aparecer como el más fiel ejecutor de las orientaciones y directrices del prócer, al cual dio reiteradas demostraciones de incondicionalidad y obediencia. Lo siguió al destierro después de pelear a su lado contra el retorno de Báez en diciembre de 1865; peleó a sus órdenes en los días aciagos de la *Guerra de los Seis Años*; al organizarse formalmente el Partido Azul, con Luperón como indiscutido caudillo, Lilís fue uno de los más activos agentes políticos de la agrupación. Con el auspicio decisivo de Luperón, llegó el civilista Espaillat a la presidencia en 1876 y Luperón, designado Ministro de la Guerra, tuvo en Lilís uno de sus más eficientes colaboradores; en 1879 Luperón fue presidente de un gobierno provisional que duró un año, ejerció el mando desde Puerto Plata y Lilís fue su delegado en la Capital.

Siguiendo la sucesión de gobernantes liberales del Partido Azul y con el respaldo de Luperón, ascendió al poder el arzobispo Fernando Arturo de Meriño

en 1880 y el brazo ejecutor de las drásticas directrices del gobierno para mantener el orden fue el propio Lilís, que, como Ministro de Interior y Policía, aplastó a sangre y plomo todas las sublevaciones sediciosas.

En 1882, también con el respaldo de Luperón, le tocó el turno a Lilís, que ya le había cogido el gusto a la miel del mando y desde entonces empezó a trillar su camino propio y a promover sus ilimitadas ambiciones personales. Hasta que en 1886 ya era una fuerza fuera del control de su antiguo protector y caudillo, con el cual empezaron los inevitables choques y conflictos que terminaron por convertirse en divergencias insalvables. Pero Lilís siguió su camino y establecido ya definitivamente en el poder por medio a un violento fraude electoral a finales de ese año, se juramentó formalmente en 1887, impuso una violenta y opresora tiranía que envolvió al pueblo en la densa madeja del terror y mantuvo con mano de hierro hasta que la muerte a tiros le salió al encuentro en la ciudad de Moca el 26 de julio de 1899.

Hombre de probado valor personal, hábil e incansable como guerrero; astuto y malicioso como político; frío, calculador, de un cinismo y una crueldad casi enfermiza, desde que se trazó su propio plan dijo adiós a sus viejos afectos y viejas protestas de lealtad a su antiguo benefactor, y por consiguiente, a todos los valores que adornaron su pasado de Restaurador y de activista de las ideas liberales.

Dijo adiós para siempre a su pasado de defensor de la soberanía y la Independencia de la Patria, de la cual renegó, al extremo de pretender volverse su verdugo, cuando llegó al colmo de ofrecer parte del territorio nacional en venta como cualquier mercancía a potencias imperialistas extranjeras. De su persona y de su papel histórico se ha escrito una abundante bibliografía y aún hoy, a más de cien años de muerto, Lilís constituye un tema apasionante para muchos. De su ingenio pervive uno de los más ricos anecdotarios sobre los más variados temas de la política y la idiosincrasia dominicana.



IMBERT, SEGUNDO
INFANTE PICHARDO, ANDRÉS
ISERVEN O ISEROEN, FRANCISCO ANTONIO
-RASIN ISURÚN-

IMBERT, SEGUNDO

Militar. Hijo de la señora María Francisca Delmonte y del general José María Imbert, héroe de la batalla del 30 de Marzo, librada en Santiago contra las fuerzas haitianas del general Juan Luis Pierrot. Nació el 12 de mayo de 1837. Fue llevado a Puerto Plata cuando tenía ocho años y su padre fue nombrado Gobernador de esa plaza. Era teniente cuando se desencadenó la Guerra de Restauración y se encaminó directamente al cantón de Las Jabillas, puesto de mando del general Gaspar Polanco. Fue enviado varias veces a cumplir misiones a Santiago y más adelante se le trasladó a la Línea Noroeste, donde sirvió de ayudante del coronel José Cabrera en el puesto de Estero Balsa. Llegó a ser jefe de Operaciones en este punto y también Comandante de Armas del pueblo fronterizo de Dajabón.

Después de la guerra tuvo una larga vida política, como militante azul. Leal a su pasado de patriota, se opuso a Báez y su pretensión de anexar el país a los Estados Unidos durante la administración de los *Seis Años*, de 1868 a 1874. Se unió a Luperón en el

destierro, lo acompañó en la riesgosa expedición del vapor *El Telégrafo* y fue uno de los cuarenta y cinco combatientes que en 1871 salieron de Capotillo Haitiano y, con el mismo Luperón a la cabeza, penetraron audazmente hasta Sabaneta, en una acción poco menos que suicida.

Fue vicepresidente de la República cuando acompañó a Liliés en las elecciones de 1886, por vía de las cuales se inició la larga dictadura impuesta al país durante trece años. Desempeñó bajo ese régimen la gobernación de Puerto Plata en tres ocasiones y terminó por retirarse a la vida privada hasta su muerte ocurrida en 1905.

INFANTE PICHARDO, ANDRÉS

Nacido en Santiago. Miembro de la Guardia Nacional organizada por las autoridades haitianas de ocupación. Cuando se proclamó la República, puso sus armas y sus conocimientos militares al servicio de su patria y peleó en la batalla de Santiago, el 30 de marzo de 1844, como oficial de artillería.

Se sumó a la Guerra de Restauración en medio de los combates de Santiago, en septiembre

de 1863. En octubre, ya establecido formalmente el Gobierno Provisorio, recibió la encomienda de ir a San Francisco de Macorís con el cargo de Subdelegado de Hacienda. Fue llamado nuevamente a la sede del Gobierno y designado Alcalde de la común de San José de las Matas. Después de la guerra se radicó en Mao y vivió allí hasta el año 1900. Al morir tenía 86 años.

**ISERVEN O ISEROEN,
FRANCISCO ANTONIO
-RASIN ISURÚN-**

Hijo de un emigrante holandés. Nació en Puerto Plata, en el año 1824. Soldado de las luchas contra las invasiones haitianas. Cuando empezó la Guerra de Restauración y los combates se iniciaron en Puerto Plata, el 27 de agosto de 1863, Isurún, que estaba ya reconocido como hombre de acción, volvió a las armas y marchó al combate.

En un primer momento la ciudad estuvo bajo control de los Restauradores, que obligaron a los ocupantes a encerrarse y quedar sitiados en la fortaleza San Felipe. No obstante, y como los informes de los combates inicia-

dos en la Línea a mediados de mes, habían llegado a los capitanes generales respectivos de Cuba y Puerto Rico, desde las dos islas bajo control de España, habían sido despachados importantes refuerzos, que empezaron a desembarcar en Puerto Plata en la noche del mismo 27. Esas tropas reforzaron a los sitiados, y se desencadenó una encarnizada batalla por el control de la ciudad, que fue escenario de indescriptibles crueldades y horrores, de los asesinatos y el pillaje cometidos por los invasores. Ante la ostensible superioridad numérica y material de las fuerzas invasoras, los patriotas se vieron forzados a replegarse a los campos para seguir la resistencia.

Los españoles mantuvieron el control de la ciudad en ruinas, y desde allí, al mando del general español Mariano Cappa y de Juan Suero, emprendieron la marcha hacia Santiago, en auxilio de los que estaban bajo sitio en esa ciudad. Isurún, junto a los comandantes Pedro Gregorio Martínez y Juan Bonilla, se instaló en el campamento de Jácuba, en el camino de Puerto Plata a Santiago, por Palo Quemado. Esas fuerzas causaron cuantiosas bajas a las

columnas de los invasores, parte de las cuales tuvieron que retroceder en su primer intento por abrirse paso hacia Santiago.

Cuando los frentes se estabilizaron en Puerto Plata, a Isurún se le designó Ayudante de Plaza del activo campamento de Maluis, en el cual se peleaba casi todos los días. En el curso de la guerra Rasín Isurún tuvo distintos jefes, entre ellos los generales Carlos Medrano, Juan Nouesí y el propio general Gaspar Polanco, que era el Jefe Superior de Operaciones en toda aquella línea.

Isurún, soldado de dos guerras patrias, adquirió el rango de

general de la Guerra de Restauración. Según su biógrafo, el profesor Rufino Martínez, Isurún murió en 1913, a los 89 años. Ese mismo historiador comenta las modificaciones sufridas por el apellido original de este personaje. Así, Iseroen o Iserven se fue perdiendo al sufrir alteraciones en el habla y el uso de la gente. Iseruén, primero; Isurún más adelante. A fin de cuentas ha quedado en Surún, que es como los descendientes del antiguo guerrero lo usan y como se ha ido extendiendo por las zonas de Puerto Plata y otras regiones del país.



JIMÉNEZ, MANUEL DE JESÚS -CARAVANA-
JIMÉNEZ, MANUEL
JIMÉNEZ, SANTIAGO

**JIMÉNEZ, MANUEL
DE JESÚS –CARAVANA–**

Militar natural de Santiago, de mérito conquistado merced al impresionante valor que demostrara en las luchas por la Independencia, especialmente en la batalla de Beler, librada el 22 de octubre de 1845 contra los invasores haitianos. Se comprometió con toda determinación en la conspiración patriótica que estalló el 24 de febrero de 1863, en Santiago, contra el orden opresor de la anexión. Peleó en la batalla de Santiago en septiembre de 1863; su nombre aparece entre los firmantes del Acta de Independencia del 14 de septiembre. Murió en Santiago el 7 de abril de 1883.

JIMÉNEZ, MANUEL

De Gurabo, Mao. General de las jornadas de la Independencia. Peleó contra el ejército haitiano en la batalla de Sabana Larga el 24 de enero de 1856. Aceptó en sus inicios la anexión, pero se unió a los patriotas después que, por recomendación de

Lucas de Peña, Santiago Rodríguez lo contactó en Escalante, previo al movimiento que se inició en febrero de 1863. Jiménez, que vivía entonces en Cana, empeñó su palabra, prometió que acudiría puntual con los hombres de su lugar cuando llegara la hora de la acción. No pudo cumplir su promesa, porque poco antes de iniciarse el pronunciamiento, la muerte le llegó de repente y le impidió estar como quería en esta nueva cita con la gloria.

JIMÉNEZ, SANTIAGO

Estuvo en la región Sur, como parte del estado mayor y de la escolta del general Luperón. Más adelante, Jiménez tomó parte en numerosas acciones de guerra y se destacó en la reñida batalla de Guabatico, en marzo de 1864. Estuvo junto a su jefe por frentes y cantones tan distantes entre sí como El Maniel, hoy San José de Ocoa, Baní y San Cristóbal, en la región Sur; y Hato Mayor, Los Llanos y Monte Plata, en la línea del Este.



KINGSLEY, OCEOBA

KINGSLEY, OCEOBA

Nació en la Florida. Residía en Puerto Plata y era dueño de un balandro llamado *Aurora*, que tenía matrícula dominicana, con el cual cumplía una valiosa función de abastecimiento de los restauradores de Monte Cristi y Puerto Plata. Los españoles no tardaron en sospechar las actividades del capitán Kingsley y una tarde detuvieron el *Aurora* que navegaba hacia Puerto Plata.

Según el relato recogido por el historiador Pedro María Archambault en su *Historia de la Restauración*, Kingsley fingió ante sus captores que ni él ni sus tripulantes sabían hablar el español, enarboló la bandera de Inglaterra y prohibió a los españoles abordar el balandro que, por demás, estaba en aguas internacionales. Se cuenta que los españoles cedieron ante los alegatos del marinero y que entonces éste los invitó a bordo, les

mostró papeles de navegación falsos y que hasta con un brindis celebraron el encuentro. Iba en el barco un cargamento de sal que, Kingsley dijo sería desembarcado en Samaná. Debajo de la sal, siempre conforme al relato de Archambault, estaban las armas y las municiones que iban dirigidas a las patriotas.

Después de deshacerse de la incómoda compañía de los españoles, en horas de la madrugada navegó Kingsley hacia la bahía de Blanco, hoy Luperón, como solía hacerlo con frecuencia, dejó la carga de municiones y alimentos en manos de sus destinatarios y siguió navegando hacia Samaná. La Revolución Restauradora tenía así su propia flota, que incluía las yolas y cayucos de Macabón y sus hermanos en Samaná, y que, por muy rudimentaria y reducida que fuera, cumplía un importantísimo papel en la guerra.



LAFFITE, JUAN O JUAN NOUESÍ
LAFFITE, MARTIN
LANCASTER, ARTURO
LANTIGUA, BERNABÉ
LANTIGUA, GREGORIO –GOYITO–
LATOIR, JUAN BAUTISTA
LAZALA SÁNCHEZ, DOMINGO
LEBRÓN O LEBRÚN, JOSÉ
LEYBA, RAFAEL MARÍA
LIMARDO, FÉLIX ANTONIO
LOVELACE, MANUEL
LOVERA, MIGUEL
LUCIANO, JOSÉ RAMÓN
LUPERÓN, GREGORIO

LAFFITE, JUAN O JUAN NOUESÍ

Insigne y heroico comandante de las armas nacionales, natural de Marmolejos, sección rural de la antigua común de Blanco, hoy Luperón. Su padre se llamaba Juan Francisco Laffite y su madre, María del Carmen Nouesít. Usó preferentemente el apellido materno, que el habla de la gente y el uso vulgar lo modificó para convertirlo en Nouesí o Nouezí como lo emplean hoy los descendientes de Laffite. Fue oficial en las campañas de la Independencia. Cuando la anexión fue impuesta por Santana y sus secuaces, le sirvió al nuevo orden en el cargo de Capitán Pedáneo en su comarca.

Prestigioso, adinerado, reconocido por su don de mando y su valor. Fue de los primeros en sumarse a la Guerra Patria, con sus tropas compuestas por campesinos reclutados en la zona oeste de Puerto Plata, denominados *Los Rancheros*, que ganaron celebridad por su inagotable resistencia y su valor insuperable, especialmente en las acciones al arma blanca. Al frente de sus *Rancheros*, y en coordinación táctica con Gregorio de Lora y otros comandantes, dirigió el ataque

a los españoles en Puerto Plata el 27 de agosto de 1863.

Los españoles recibieron ingentes refuerzos llegados desde Cuba y Puerto Rico, gracias a lo cual mantuvieron el control de la ciudad y, en un vigoroso contraataque, empujaron hacia los campos a los patriotas. Vino la dispersión momentánea, pero pudo recuperarse la voluntad de lucha, y Juan Nouesí y sus *Rancheros* se hicieron invencibles en sus campos de origen.

La ciudad de Puerto Plata quedó en manos de los opresores, pero bajo el cerco de un cinturón de resistencia contra el cual nunca pudo el poderío material de los enemigos. En los días del sitio de Santiago, Nouesí y sus tropas causaron cuantiosas bajas mientras obstaculizaban el paso de los refuerzos enviados a esa ciudad desde Puerto Plata. Estaba en Santiago, en plena acción, el 6 de septiembre de 1863, día en que el general Gaspar Polanco ordenó el ataque a fondo a la fortaleza San Luis, último reducto de los españoles, y se produjo el incendio de la ciudad. Nouesí volvió enseguida a su región, a combinar acciones con las fuerzas de otros jefes como Francisco Reyes Marión,

Pedro Gregorio Martínez y Gregorio de Lora.

Así, se volvió más penosa la marcha en derrota de los españoles de Santiago a Puerto Plata. Caminos bloqueados con piedras y árboles, zanjas abiertas en riesgosos desfiladeros, fuego graneado y ataques por sorpresa en los pasos más difíciles, furiosas acometidas al arma blanca en puntos insospechados, convirtieron aquella retirada española en uno de los episodios más extenuantes para los invasores. Desorientados, entorpecidos en su marcha por familias enteras de nativos españoles que marchaban con ellos, y por otras familias que los españoles se llevaron a la fuerza como rehenes. A todo esto se agregaba el problema que representaban los heridos llevados en literas.

Aquellas tropas no atinaban a salir de la sorpresa y la confusión al ver vencido el mito de su pretendida superioridad racial y destruida su equivocada creencia de que, por su poder material, su profesionalidad y su experiencia en numerosas guerras de conquista, no podían en modo alguno ser vencidas, mucho menos por combatientes mal armados, hijos de un pueblo que en el prejuicio racial de

los colonialistas, era considerado como inferior.

Un ejemplo de la angustia a que la acción de los dominicanos condenó a los invasores, lo ofrece un pasaje acontecido a la avanzada que comandaba Juan Suero en la retirada a Puerto Plata. Narra la historia que al llegar a Llano de Pérez, Suero ordenó hacer un alto y tomar respiro en la quietud aparente de la casa de campo y de las enramadas que él tenía en ese lugar. Y que no bien empezaban a acomodar las mujeres y los heridos, cuando una nube de humo empezó a atormentarlos y el fuego empezó a cercarlo, porque el jefe restaurador y sus guerrillas de *Rancheros*, le habían pegado fuego a los cañaverales cercanos y el incendio, alimentado por el ardiente sol y la brisa que soplaba en abundancia, amenazaba a la asediada caravana. Muy a su pesar, Suero y su acosada comitiva, tuvieron que seguir la dolorosa marcha.

El 26 de enero de 1864 estaba en Altamira y fue llamado por el gobierno; el 9 de febrero siguiente se le designó Comandante de Armas de Santiago. Veinte días después hasta el gobierno llegaron informes de una amenaza de desembarco por La Isabela y el

célebre jefe de *Los Rancheros* fue trasladado a ese punto de la costa Norte, que se consideró en peligro.

Así escribió este meritorio patriota la historia de su heroica participación en la Guerra de Restauración y al final de la misma, reafirmado de hecho y de derecho como general de la República, volvió a ocupar la Comandancia de Armas de Santiago.

Ya en la República soberana, el bravo general volvió a su hogar en Marmolejos. En febrero de 1873, durante la Guerra de los *Seis Años* contra la dictadura antinacional de Báez, el antiguo jefe de *los rancheros* se lanzó a la insurrección que fue rápidamente reprimida por las autoridades. Se asiló con dos de sus hijos en el consulado inglés en Puerto Plata y las autoridades pisotearon toda norma de las relaciones internacionales, penetraron al consulado y los sacaron. Con el respaldo de los cañones del buque que comandaba, y que estaba fondeado frente a la ciudad, un comandante inglés exigió la entrega de los perseguidos, el gobierno cedió y Nouesí y sus hijos fueron llevados a territorio haitiano. Allí sumaron sus esfuerzos

a los de los numerosos dominicanos que luchaban contra Báez y sus proyectos anexionistas de ese entonces.

Vuelto al ambiente de su casa y sus posesiones en Marmolejos, vivió el retiro de los últimos años y murió allí el 29 de octubre de 1881. Su descendencia ha seguido poblando los campos y las ciudades de la provincia de Puerto Plata, donde una calle designada con el nombre de Juan Laffite, le rinde honor a este gallardo y legendario general de nuestras guerras de Independencia.

LAFFITE, MARTIN

Hijo de Juan Laffite. Nativo de Marmolejos. Peleó Martín en las guerrillas que operaron en la zona rural y también prestó su ayuda en el célebre cantón de Las Jabillas, que por algún tiempo era sede del puesto de mando del jefe de Operaciones, general Gaspar Polanco. En 1925, cuando se dilucidó en algunos medios el caso del general Pepillo Salcedo, Martín Laffite fue uno de los restauradores sobrevivientes consultados. Sus testimonios son recogidos, junto a los de otros soldados de la Restauración, en unas *Notas para la Historia... Declaraciones sobre*

Pepillo Salcedo, que cita con frecuencia el historiador Rodríguez Demorizi en su documentada obra *Próceres de la Restauración*. Tenía Laffite entonces 82 años de edad y vivía en Nibaje, Santiago.

LANCASTER, ARTURO

Nació en New Jersey, Estados Unidos. Ingeniero industrial. Perteneció al ejército de su país, como Comandante de Ingenieros. Vino a la República Dominicana contratado por el Padre Dionisio Valerio de Moya para que le instalara las maquinarias de un aserradero en La Vega. Estalló la guerra en 1863 y Lancaster puso su experiencia, su conocimiento y su valor a favor de la causa dominicana. Su principal aporte fue como artillero, especialmente en los días cruciales del sitio de Santiago.

A Lancaster le entregaron dos cañones que habían sido llevados a Santiago desde Moca, la noche del 2 de septiembre de 1863; los mandó a instalar en el fuerte de El Castillo, que ya había sido tomado a tiro limpio por los patriotas bajo el comando de Pepillo Salcedo. Desde allí los disparaba el norteamericano con muy precisa puntería contra los españoles.

Desde que se instaló el gobierno nacional, Lancaster fue nombrado Jefe de la Policía y el 5 de enero de 1864 se le trasladó a Monte Cristi, como Jefe del Arsenal y Maestranza de esa importante plaza.

En medio de la guerra se dedicó a la compraventa e importación de tabaco con destino a Haití y por disposición de las autoridades se le exoneró del pago de impuestos por exportación, como forma de reconocer los ingentes servicios prestados a la República.

Después de la guerra se quedó en el país. Volvió al negocio del aserradero de madera, en sociedad con De Moya, hasta el 1886. Ese año se impuso Liliés en las fraudulentas elecciones nacionales que tuvieron efecto y que marcaron el inicio de la ominosa tiranía. De Moya fue encarcelado y Lancaster, que era su socio, decidió regresar a su país de origen. En la Guerra Patria alcanzó el grado de capitán.

LANTIGUA, BERNABÉ

Se sumó a la Guerra de la Restauración y actuó en los combates librados tanto en la zona urbana como en los contornos

rurales. Se destacó como uno de los más intrépidos y audaces guerrilleros de Puerto Plata. Estuvo en el campamento de Maluis, bajo las órdenes del general Carlos Medrano, otras veces del también general Pedro Gregorio Martínez o del coronel Pedro Quintín Reynoso.

Seguía en plena actividad en el curso de la contienda, hasta caer como un valiente frente a las tropas españolas. Un parte de guerra del vicepresidente Espaillet, fechado en Santiago, a 22 de marzo de 1864, se hace eco a su vez del reporte enviado por el general Gaspar Polanco, que daba cuenta del violento combate librado el día anterior en torno al campamento de Maluis, y de la derrota sufrida por los españoles, aunque, decía Polanco: *De nuestra parte hubimos de lamentar la pérdida del Teniente Bernabé Lantigua...*

LANTIGUA, GREGORIO

–GOYITO–

Vivía en Muñoz, sección de Puerto Plata, después de venir al país procedente de Venezuela y hacerse dominicano. Rico ganadero y gran productor agrícola. Hizo su aporte como combatiente y, de

su hacienda en Muñoz salían los frutos y las reses que contribuían eficazmente al sustento de las tropas del cantón de Maluis, donde Lantigua estaba destacado. Murió en un choque con una patrulla española que recorría las proximidades de ese activo e importante campamento de los restauradores. Su tío, también Restaurador, murió en combate próximo al mismo campamento, el 21 de marzo de 1864. A Goyito lo enterraron en el mismo sitio de su caída, hasta que años más tarde, en fecha que no se pudo establecer, sus restos fueron trasladados al cementerio de Puerto Plata.

LATOURE, JUAN BAUTISTA

Miembro de las guerrillas formadas por el comandante Juan Nouesí con habitantes de los campos de Altamira y otras zonas rurales de Puerto Plata, conocidas popularmente como los *rancheros*. Montecristeño. Se le confió el mando de una fuerza destinada al puesto de Las Hojas Anchas, con el propósito de obstaculizar el avance del general Juan Suero, que había salido de Puerto Plata con sus tropas, dispuesto a llegar a Santiago en

auxilio de los españoles sitiados en esa ciudad. En el transcurso de la retirada de las fuerzas anexionistas, de Santiago hacia Puerto Plata, Latour hizo galas de su astucia y su valor y, con sus guerrilleros les hizo pagar un oneroso tributo en muertos y heridos a los que huían. Latour hizo toda la campaña a las órdenes del general Nouesí.

LAZALA SÁNCHEZ, DOMINGO

Vino al mundo en 1811. Hay distintas versiones acerca del lugar de nacimiento de este personaje. De Santiago, dice Rufino Martínez y que no se sabe por cuales causas se fue a vivir a poblaciones del Sur como Bánica, Las Matas y Neyba. De La Vega, dicen otros. De Puñal, dice el historiador vegano don Manuel Ubaldo Gómez. *Natural de Bánica*, escribe don Emilio Rodríguez Demorizi, y así por el estilo, como si hubiese un misterioso concierto entre los narradores de la historia, para no asignarle un lugar de origen cierto, a quien al pasarse a las filas de los restauradores en los meses finales de 1863, tenía algunos graves y deshonorosos precedentes en su contra.

Con sus propias manos y desde su condición de Comandante de Armas de la común de Guerra, Domingo Lazala arrió la bandera nacional y la sustituyó por la española en marzo de 1861; en julio del mismo año, cumplió el designio homicida de Santana y sirvió de Presidente del Consejo de Guerra que condenó a Sánchez y sus compañeros a la pena capital. Por esas y otras hazañas antipatrióticas, Lazala fue condecorado por la Reina Isabel Segunda con la Orden de Carlos III, en 1862.

Lazala era comerciante y acostumbra a escribir su apellido con ese y no con zeta. Fue soldado de las luchas por la separación de Haití; comerciante en la región Sur; era Comandante de Armas de Neyba, al servicio del gobierno de Santana y de ahí se le trasladó a Guerra, donde estaba cuando fue decretada la anexión. Servil al general Santana y en total entrega a la causa de España, se dice que fue escogido para presidir el juicio de San Juan, entre otras cosas, porque era enemigo personal de Sánchez.

En septiembre de 1863 era Comandante de Armas en Las Matas de Farfán y la misma noche del 17 de septiembre de 1863,

en que se produjo el pronunciamiento patriótico de esa villa, Lazala cayó en manos de los restauradores capitaneados por el coronel Domingo Moreno, quien lo entregó junto a otros prisioneros, al temido general Pedro Florentino. Cuando se esperaba que serían ejecutados sumariamente, el jefe Florentino los remitió a todos, sin daño alguno, a las autoridades de Santiago, donde Lazala juró arrepentimiento y se le aceptó en las filas de los patriotas. Fue enviado de nuevo al Sur, donde estuvo a la orden del general Juan de Jesús Salcedo y más adelante del también general Manuel María Castillo, cuando este sustituyó a Salcedo en esa región.

Después de la guerra continuó su carrera de hombre de armas. En 1867 era jefe militar de Neyba, tenía entonces 56 años. Un día regresaba de Barahona y en un lugar del camino llamado Habanero, a orillas del Yaque, uno de sus enemigos, Antonio Cuello, le tendió una emboscada y lo mató a balazos.

LEBRÓN O LEBRÚN, JOSÉ

De Puerto Plata. Propietario de un negocio de corte y comer-

cialización de madera. Combatiente Restaurador en los campamentos de la línea de Puerto Plata. Hizo de secretario en el campamento de Maluis. Fue miembro del estado mayor y ayudante personal del general Pedro Gregorio Martínez. En medio de la guerra fue promovido a general. El 25 de enero de 1865, bajo el gobierno del general Pimentel, ocupó la Comandancia de Armas de la ciudad de Moca.

Después de la retirada de los españoles y quedar liberada la República, se radicó en Juan López, Moca, siguió al frente de sus negocios habituales y murió en 1892.

LEYBA, RAFAEL MARÍA

Miembro de una familia capitalista, rica y socialmente prestigiosa. Instruido. Era autoridad en el ramo docente en 1856, en La Vega. Se integró militantemente a la Revolución Restauradora en Santiago y fue designado por el gobierno nacional en la Secretaría de Hacienda. Suscribió el Acta mediante la cual se desconocía el gobierno y la autoridad del presidente Salcedo el 10 de octubre de 1864. Al hacerse del poder Gaspar Polanco, Leyba

continuó en su cargo, junto a Pablo Pujol. Renunció a su empleo cuando cayó Polanco bajo el empuje del levantamiento encabezado por Pimentel en enero de 1865. Fue de los procesados por la ejecución de Pepillo Salcedo.

Después de restablecida la República, Leyba se quedó definitivamente en Santiago, dedicado a sus actividades privadas. Murió en abril de 1885, a los 57 años.

LIMARDO, FÉLIX ANTONIO

Nació en Santiago, en el 1819. Hijo de padre venezolano y madre dominicana. Comerciante. Soldado de las luchas contra las incursiones haitianas. Peleó en el movimiento de los liberales de Santiago, conocido como la Revolución del 7 de Julio de 1857. Diputado al Congreso Constituyente que en medio de ese movimiento sesionó en Moca en 1858 y que produjo la más avanzada Constitución de aquella época. Representaba al municipio de Sabaneta, donde sostenía muy buenas relaciones con el general Santiago Rodríguez.

Limardo trasladó su familia y sus negocios a Cabo Haitiano en 1862, fecha para la cual ya andaba en

diligencias conspirativas contra la anexión. Estalló la guerra de liberación y en los momentos en que se discutía la selección del jefe del gobierno que estaba organizándose, Limardo formó parte de la comisión que integraban, además, el comerciante santiagués Nicasio Tavárez, los municipales Doroteo Antonio Tapia y Alejandro Bueno, entre otros, para viajar a Sabaneta y proponerle infructuosamente al general Santiago Rodríguez que asumiera la presidencia.

En el curso de la guerra fue un importante proveedor de material bélico y provisiones a través de la frontera. Las autoridades de Santiago lo nombraron Agente del Gobierno en Dajabón.

Después de la guerra, se estableció en Puerto Plata, medio en el cual forjó sus buenas relaciones con los mejores civilistas y nacionalistas. En *La Guerra de los Seis Años* contra el ominoso gobierno de Báez, Limardo se fue a las Islas Turcas para reunirse con los que desde allí combatían la dictadura baecista; al año siguiente intentó el retorno y al llegar al muelle de Puerto Plata murió antes de bajar a tierra. Transcurría el año 1869.

LOVELACE, MANUEL

Nativo de Santo Domingo. Hizo la guerra en Santiago. Hombre dotado de buen nivel de ilustración, trabajó como secretario del gabinete en enero de 1865 y en esa calidad aparece firmando junto a Pimentel muchos documentos oficiales importantes. Lo mismo sucedía cuando trabajaba en el mismo cargo para los triunviros Monción, Pimentel y Federico de Jesús García.

Después de la guerra de liberación se destacó como un ferviente baecista y en esa postura antinacional llegó al lamentable extremo de tirar por la borda sus anteriores méritos de combatiente Restaurador y respaldar sin rubor alguno los pasos de Báez para anexionar la República a los Estados Unidos de América. Manuel Lovelace murió a los 53 años el 20 de septiembre de 1892.

LOVERA, MIGUEL

Seibano. Los escenarios de sus actividades de Restaurador fueron los frentes y campamentos de la región Este, como Los Llanos, Monte Plata, Yamasá y Hato Mayor. Aunque peleó bajo las órdenes de distintos jefes, con el que tuvo una relación más cercana fue

con aquel turbulento general Pedro Guillermo, con quien tenía un vínculo de parentesco. Llegó con el propio Guillermo a la Capital y estuvo en la sublevación contra el *Protector* Cabral y por el retorno al poder de Buenaventura Báez. Había estado en Santiago en enero de 1865 y volvió al Cibao en gestiones a favor de su caudillo, el antinacional Buenaventura Báez. El plan cuajó y bajo el gobierno baecista, Lovera ejerció funciones de mando, incluyendo la gobernación de Puerto Plata.

En Puerto Plata y por dondequiera que pasó, el general Miguel Lovera dejó la triste celebridad que ganó por los abusos de autoridad que cometía. En 1866, al caer Báez, Lovera huyó hacia Haití, dispuesto como siempre a combatir por ver su caudillo en el poder. Con ese fin organizó una expedición, anunciada en un Manifiesto fechado a 7 de octubre en Monte Cristi. Semanas después, cayó Miguel Lovera muerto en combate en un campo de Esperanza.

LUCIANO, JOSÉ RAMÓN

Oriundo de Esperanza, que era entonces jurisdicción de Santiago.

Gran terrateniente y criador de ganado. Reconocido hombre de armas, soldado de la Independencia. Se entregó temprano a los preparativos de la insurrección patriótica que se inició el 21 de febrero de 1863 en Guayubín. Ante la riesgosa situación creada por la indiscreción de Norberto Torres, Lucas Evangelista de Peña precipitó el inicio del levantamiento. Rechazados que fueron los patriotas en un primer intento por las tropas bajo el comando del general anexionista Fernando Valerio, Luciano estuvo presente en la reunión de oficiales y jefes en que se decidió el segundo asalto que resultó victorioso y en el cual Luciano fue uno de los comandantes. Era entonces teniente coronel.

Al ser sofocada la sublevación y en medio de la dura persecución que sucedió al fracaso, Luciano evadió la captura, se mantuvo en actitud de resistencia y desde el Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863, estuvo en incesante actividad bélica. Hizo toda la campaña en la Línea Noroeste.

Restaurada la República, Luciano se envolvió en las contiendas civiles que ensangrentaron el país por mucho tiempo. En

1867 fue uno de los promotores de la sublevación contra el segundo gobierno del general José María Cabral. Después de la conquista de la plaza de Santiago se constituyó un nuevo Triunvirato; Luciano, baecista, igual que los dos restantes miembros, José Antonio Hungría y Francisco Antonio Gómez. Cayó Cabral en enero de 1868, los triunviros tomaron la Capital y al igual que lo había hecho Cabral tres años antes, ellos mismos arreglaron el regreso de Báez a la presidencia. Se inauguró la sangrienta y corrompida administración de los *Seis Años*, y José Ramón Luciano se retiró de la vida pública a sus ocupaciones privadas en Esperanza, hasta su muerte en 1890.

LUPERÓN, GREGORIO

Recia y prominente personalidad de la Guerra de Restauración y de la historia dominicana. Ejemplo de valor, inteligencia y patriotismo, Gregorio Luperón empezó a enfrentar desde niño las durezas de la vida. En ausencia del padre, Pedro Castellanos, el hogar se sostenía merced a lo que la madre, Nicolasa Luperón, lograba vendiendo dulces criollos en Puerto Plata,

donde el 8 de septiembre de 1839 vino al mundo Gregorio.

Nicolasa inscribió al niño en una modesta escuela inglesa que impartía enseñanza gratis y era sostenida por una sociedad de Londres, hasta que don José Eduardo Duboc lo hizo su criado y lo puso al frente de los cortes de madera que tenía en los montes de Jamao. Mientras la voluntad y el carácter de Luperón se templaban en la fragua del trabajo, su prodigiosa inteligencia natural se cultivaba en las lecturas a las que se dedicaba en sus ratos libres, en la biblioteca que el señor Duboc poseía en su finca maderera.

Tenía veintidós años al producirse la anexión el 18 de marzo de 1861 y al impulso de su rebeldía, se dispuso a enfrentarla. Fue arrestado por orden del general Juan Suero, pero escapó espectacularmente de la prisión y huyó hacia Haití; de ahí a Estados Unidos y al final de un peregrinaje que lo llevó por varios países, desembarcó de incógnito en Monte Cristi, y de ahí se trasladó a Sabaneta. Usaba nombre falso y como fingida profesión la medicina. Eugenio de los Santos o Eugenio el Médico, se le llamaba durante su estancia en

Sabaneta, donde encontró la solidaridad protectora del cura local y entró en relación con el general Santiago Rodríguez, con quien se envolvió afanosamente en los trabajos conspirativos.

Estuvo activo en los hechos de armas iniciados el 21 de febrero de 1863 en Guayubín y Sabaneta, y al venir el fracaso y el desbande, Luperón se quedó en territorio dominicano, aunque tuvo que dejar la Línea y trasladarse a La Vega, porque los españoles lo habían condenado a muerte en contumacia y habían puesto precio a la cabeza del perseguido: *... este General curandero ha sido de los principales Agentes de la propaganda revolucionaria*, dice el reporte del brigadier Buceta a la Comandancia General del Cibao.

Con una carta de recomendación de don Bartolo Mejía, de Mao, Luperón fue acogido generosamente por los hermanos Miguel y José Abreu, patriotas de La Jagua, hoy Villa Tapia, en jurisdicción de La Vega. Continuó la propaganda revolucionaria y los preparativos para la guerra nacional que se gestaba. Al empezar la lucha armada en Santiago, Luperón partió resuelto hacia ese punto, y el 31 de agosto estaba ya

prestando servicios en Gurabito. A principios de septiembre, aunque era uno de los más jóvenes y de menos historia entre los jefes que concurrían a aquel campo de fuego y heroísmo, fue puesto al frente del neurálgico cantón de Marilópez.

En los tempestuosos combates del día 6 de septiembre quedó definitivamente consagrado como soldado de insuperable valor y gran iniciativa en el campo de batalla, así como por su capacidad para levantar los ánimos en momentos de desaliento entre sus compañeros.

El día 13 de septiembre los españoles se vieron forzados a abandonar la fortaleza San Luis, último foco de su desesperada resistencia, y en el curso de las negociaciones que precedieron la evacuación, la postura del general Luperón fue inflexible. *Yo no quiero confiar un sólo instante en los españoles, y les invito a revestirse de la misma prevención en obsequio de la salud de nuestra causa, reiteró Luperón en oficio de esa misma fecha, dirigido a los generales Salcedo, Monción y Gaspar Polanco. Tal es mi sentir: si no se rinden a discreción deponiendo las armas, que perezcan todos en el Castillo; pues en cuanto a*

mí, no les permitiré ni comer ni beber sin que se jueguen la vida en cada paso. Se indignó profundamente cuando se enteró de que, aprovechando una indecisión de los dirigentes dominicanos, los sitiados habían salido sin entregar las armas hacia Puerto Plata.

El 15 de septiembre fue designado Comandante de Armas y Gobernador de Santiago al mismo tiempo, pero declinó ambas designaciones. *Ambos destinos se hayan en abierta oposición con mis deseos...ya no hay españoles en Santiago y por consiguiente este lugar no es mi puesto...* Se le asignó entonces la jefatura de las operaciones en los frentes del Sur y el Este y su primer destino fue La Vega.

Los resultados de su enérgica dirección se sintieron en el acto. Ante el temor que infundía en muchos la versión de que, el hasta entonces invicto, general Pedro Santana marchaba al frente de una poderosa fuerza a la reconquista del Cibao, el general Luperón consideró que eran indispensables acciones vigorosas que pusieran fin a las vacilaciones y los miedos que amenazaban con la descomposición del movimiento. Propuso y obtuvo del gobierno provisorio un decreto

fechado a 14 de septiembre de 1863, que declaraba a Santana fuera de la ley y en consecuencia: *Cualquier oficial que lo aprehendere le hará pasar por las armas, establecida que sea la identidad de su persona.*

En posesión de la plaza de La Vega, hizo ejecutar sumariamente al coronel español Miguel Galdeano, capturado en franca actividad de sedición. Mediante oficio del 20 de septiembre de 1863, transcrito por Rodríguez Objío en su obra biográfica del prócer, dictó instrucciones al comandante de la plaza para que fueran pasados por las armas los propagandistas de la desmoralización o misioneros de la propaganda enemiga y para que fuera considerado enemigo de la patria todo individuo en salud que no se presentare a la plaza demandando un fusil para marchar a combatir el enemigo.

Así, se hizo saber a propios y extraños que las cosas iban en serio y, de entrada, quedaban severamente golpeados o desafiados abiertamente, la fama y el prestigio del general Santana, que al frente de una columna de mil soldados españoles y quinientos dominicanos, el 15 de septiembre había cruzado la barca del

Ozama con destino al Cibao, por el camino de Monte Plata. Luperón se dispuso a hacerle frente a la embestida del caudillo.

Era aquel un enfrentamiento decisivo para los dos bandos. Si Santana pasaba, aparte del golpe psicológico y moral de esa conquista, las provincias centrales y el Noroeste quedaban poco menos que a merced de los anxionistas, lo cual significaba una pérdida colosal para la causa nacional. Si Luperón y las fuerzas nacionales lo frenaban, caía hecho polvo el prestigio y la reputación de inderrotable que rodeaba a Santana y quedaba franco el camino para que la Guerra Patria se extendiera al Este y a los alrededores de la Capital, que pasarían a ser campos en disputa de las fuerzas beligerantes. Por supuesto, que era ostensible la desventaja material con que el general Luperón debía cumplir la misión tan delicada que la historia le ponía sobre los hombros.

Santana, representante de una clase social con tradición de dominio en la sociedad, tenía el peso específico y la influencia que le daba el hecho mismo de haber sido varias veces presidente de la República

y haber vencido con su espada en cada campaña que le correspondió emprender. Antiguo teniente coronel de la Guardia Nacional formada bajo la ocupación haitiana; general invencible en las guerras contra Haití; diestro y probado en su pericia en todos los campos de batalla en que había actuado, ahora con fuerzas poderosas y bien armadas a su mando, se disponía a avanzar para darle el golpe mortal al movimiento Restaurador.

Luperón, fruto de los más modestos estamentos sociales de su pueblo, poco menos que anónimo y desconocido; sin más experiencias de guerra que su breve participación en algunos escenarios de las últimas jornadas bélicas de la Independencia y la actuación que había tenido como Restaurador, sin fama ni nombradía, al frente de un ejército incipiente, sin organización y mal armado. Tenía en su haber la justicia de su causa, la moral que lo impulsaba, que, como otros factores subjetivos, cuentan al momento de valorar la correlación entre dos fuerzas enfrentadas.

La causa nacional resultó triunfante y Luperón salió victorioso de aquella grave prueba. Porque hizo un vigoroso despliegue de su

ímpetu guerrero, su astucia militar y su inquebrantable coraje, contagió de entusiasmo y voluntad de combate a sus partidas de bravos y en las orillas del río Bermejo, en las alturas del Sillón de la Viuda y las cálidas llanuras de la región Este, le puso freno al general Santana y a los españoles, y contribuyó así eficazmente a la salvaguarda y el ulterior desarrollo de la Guerra Patria.

Después de los duros combates librados entre el 29 de septiembre y el 1 de octubre de 1863, Santana emprendió la retirada hacia su campamento de Guanuma, mientras Luperón, con apenas trescientos hombres, avanzó hacia el Este, llegó triunfante a Monte Plata, no cesó de hostilizar las fuerzas de Santana y constantemente tomaba la iniciativa e iba al encuentro del enemigo.

En medio de esas actividades se vio el general Luperón envuelto en situaciones conflictivas con algunos de sus jefes y compañeros de armas, incluso con el presidente Salcedo, en ocasión en que este andaba de recorrido por el Este y decidió desplazar del mando a Luperón y asumir el presidente la jefatura en la región. Era notoria en Luperón la tendencia al autonomismo, y esto

hizo su relación más conflictiva con la autoridad superior. *El general Luperón anda por esos lugares... haciendo coroneles y generales... , grados que no puede reconocer ningún Jefe ni el gobierno mismo*, señalaba en actitud crítica un parte del gobierno. Así, en una oportunidad, sustituyó al general Manuel Mejía de la gobernación de La Vega por considerar que se necesitaba una autoridad más digna que la de él, y el gobierno revocó esa disposición ratificando a Mejía en el cargo, bajo argumentos políticos y no estrictamente militares.

La situación más grave se presentó en el Sur, a donde Luperón había sido enviado mediante oficio del 8 de octubre de 1863. Ocurrió que el general Modesto Díaz y otros oficiales anexionistas habían sido tomados prisioneros por los patriotas, y después de recibir un trato sumamente considerado de parte del general Luperón y mientras eran conducidos a Azua, Díaz y sus secuaces embriagaron a los soldados que los custodiaban, le robaron las armas y escaparon con ellas a las filas de los anexionistas. Aquel hecho fue tomado como pretexto para acusar al general Luperón de complicidad con el

enemigo y desde el gobierno de Santiago, se le ordenó al jefe superior del Sur, Pedro Florentino, que le hiciera un juicio sumario a Luperón y lo pasara por las armas. Florentino hizo llamar al acusado, y el 10 de noviembre de 1863 en Baní, le mostró el oficio que ordenaba la ejecución, suscrito por el presidente Salcedo y refrendado por Filomeno de Rojas. Pero Florentino no ejecutó la sentencia y lo remitió al gobierno de Santiago.

Con la ayuda y los consejos del vicepresidente Espaillat y del encargado de la Comisión de Guerra, Matías Ramón Mella, el general Luperón terminó por ser enviado a la Línea, en confinamiento, mediante oficio del 22 de diciembre de 1863, remitido al general Benito Monción que era Comandante de Armas de Monte Cristi y amigo personal de Luperón. Hasta que una urgente situación en el Este demandó del gobierno el envío del recio militar a esa estratégica zona.

Personaje apasionado, perseverante, dado al auto-elogio y a la exaltación de sus propios méritos, había en Luperón al mismo tiempo un caudal enorme de nobleza y del sentido del honor. A pesar de sus choques con

Salcedo y de la inocultable repulsa que muchas de las actuaciones del presidente le causaban, cuando éste fue derrocado del poder y hecho prisionero el 10 de octubre de 1864, Luperón lo tuvo bajo custodia y a punta de nobleza y de valor lo salvó de la saña de Pimentel, Monción, Juan Antonio Polanco y otros jefes que se empeñaban en hacerse cargo de Salcedo y fusilarlo.

Si fue claro y vertical ante los enemigos de la República, igual fue de generoso y tolerante en muchos casos con sus compañeros de armas, sin dejar de dispensarles cuando consideraba del caso sus habituales retahílas de reconvenções y calificativos duros. Su intransigencia se conservó principalmente para los vende-patria y tiranos de su pueblo. Medió sin ambición de mando en los choques de intereses caudillistas que terminaron por dividir irremediabilmente el movimiento Restaurador, y cuando en diciembre de 1865 advirtió la amenaza de que Báez, al que siempre combatió, se trepara en el poder, se lanzó a las armas en un empeño inútil por impedirlo. Entonces tuvo que irse al destierro.

Al terminar la guerra, el general Gregorio Luperón estaba

muy distante del joven anónimo que era cuando se integró a ella. Levantado sobre el prestigio que ganó como patriota ineludible y valeroso guerrero, representaba por sí mismo una importante fuerza política, sin hablar del peso específico de su espada de soldado. Esas y otras muchas condiciones fueron en aumento hasta alcanzar el prócer Restaurador durante un largo trecho de la historia nacional, la categoría del hombre con más poder político y autoridad en el país.

Se afirmó cada vez más en sus postulados liberales y nacionales. Era el principal soporte y portestandarte de los anhelos progresistas y liberales del sector más avanzado de la pequeña burguesía de nuestro país. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, tenía como norte principios doctrinarios, conceptos políticos y normas de conducta a las cuales ajustó siempre sus prédicas y sus acciones. Su patriotismo, su nacionalismo y su preocupación por el bien público, quedaron siempre fuera de toda duda, aunque en más de un momento, aparentó estar decepcionado por los resultados de su labor como maestro de su pueblo y guía de sus propios compañeros.

En torno a su personalidad se formó el Partido Nacional Liberal, o Partido Azul, al abrigo del cual se congregaron los más preclaros campeones del pensamiento progresista, el nacionalismo y el civismo. Él mismo se encargó de escoger figuras como Espaillat, Francisco Gregorio Billini, el Arzobispo Fernando Arturo de Meriño, para promover la más larga sucesión de gobiernos civiles del siglo diecinueve y el propio general Luperón ejerció la presidencia, al encabezar con sede en Puerto Plata, el Gobierno Provisorio que rigió la vida nacional durante un año, a partir de septiembre de 1879.

De su indeclinable patriotismo habla la intransigencia con que se opuso a todo acto que lesionara la integridad de su patria. Combatió toda negociación a costa del principio de soberanía y volvió a las armas cuando el intento de anexión a Estados Unidos dio origen a la célebre *Guerra de los Seis Años*. En su lucha contra esa pretensión anexionista y dispuesto a *salvar la patria de las garras de los yankees*, organizó la expedición del vapor *El Telégrafo*, llamado también *Restauración*, que después de tocar tierra brevemente en La Isabela, se

presentó en Puerto Plata el 1° de junio de 1869, donde trató, aunque sin éxito, de hacer sublevar a la población.

En el curso de esa expedición al general Luperón le correspondió intercambiar fuego con barcos norteamericanos que pretendieron interceptarlo y arrestarlo, después que el gobierno del presidente Ulises Grant, denunció al general Luperón como “pirata” y, totalmente parcializado con Báez, ordenó a la fragata *Seminole* que lo persiguiera como a un malhechor. Así, si fue pionero en dispararles a los interventores de Estados Unidos, también lo fue en eso de llamar a esa potencia por su nombre, al denunciar las tendencias expansionistas del *imperialismo yankee*.

Su renuencia a comprometerse en el ejercicio directo del poder y su constante inclinación a delegar en otros esa función, lo condujo a cometer uno de los más costosos errores de su vida, cuando respaldó el ascenso político y la llegada al poder de Ulises Heureaux –Lilís–, que creció a la sombra del prócer, ejerció la presidencia por vez primera del 1880 a 1882, para volver a ocuparla cuatro años después, cuando ya había

acumulado su fuerza propia y tenía el suficiente control sobre el país, como para actuar en abandono radical de los viejos principios del Partido Azul y del pensamiento de su principal fundador y caudillo. Gregorio Luperón se vio forzado a irse al destierro,

a sufrir las más amargas decepciones, para regresar ya en la antecámara de la muerte, con cáncer en la garganta, traído por el propio Lilís desde Saint Thomas, poco antes de morir el día 20 de mayo de 1897, en su muy querida y bien amada Puerto Plata.



MALDONADO, BLAS
MANZUETA, EUSEBIO
MANZUETA, LEANDRO
MÁRQUEZ, JOSÉ EPIFANIO
MARTÍNEZ, ANICETO
MARTÍNEZ, EMILIO BENITO
MARTÍNEZ, JOSÉ
MARTÍNEZ, PEDRO GREGORIO
MÁRTIR, JOSÉ
MARZÁN, HUBERTO
MEDRANO, CARLOS
MEJÍA, BARTOLOMÉ –BARTOLO–
MEJÍA, MANUEL
MELLA BREA, RAMÓN MARÍA
MELLA CASTILLO, IDELFONSO
MELLA Y CASTILLO, MATÍAS RAMÓN
MEREJO, LEÓN
MÉZQUITA, SAN
MONCIÓN, BENITO
MONCIÓN, JUAN DE MATA
MOREL DE SANTA CRUZ, VICENTE
MORENO, FRANCISCO –CICO–
MOTA, SANTIAGO

MALDONADO, BLAS

Destacado caudillo militar de la región Este. Seibano. Santanista. Soldado de las luchas de Independencia. Estuvo al lado de los anexionistas hasta que el 2 de diciembre de 1864, ya muerto Santana, se puso en contacto con el general Eusebio Manzueta y se pasó a las filas de los restauradores en Guaza, hoy Ramón Santana, con un grupo numeroso de combatientes que peleaban a sus órdenes. Este hecho fue un golpe estremecedor al poder de los españoles y a la moral de sus serviles nativos. Maldonado estableció su base en Palo Hincado, próximo a la población de El Seibo.

El *Boletín Oficial*, vocero del gobierno, en su edición del 11 de diciembre de 1864, al dar cuenta de los nuevos éxitos alcanzados en el Este, menciona al *tantas veces llamado valiente Blas Maldonado*. Hasta el fin de la guerra, siguió peleando bajo la jefatura del general Manzueta.

MANZUETA, EUSEBIO

Gran terrateniente de la zona oriental. Coronel de milicias en las campañas de la Independencia. Nació en 1823, en Yamasá,

que en esos tiempos pertenecía al Distrito Nacional. Amigo personal y seguidor del general Pedro Santana, respaldó la anexión y quedó inscrito como oficial de las reservas al servicio de las nuevas autoridades. Pero después del Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863, y la propagación de la guerra liberadora, Eusebio Manzueta dejó el bando antinacional y se colocó en las trincheras de los patriotas. Esto significó un golpe más al ánimo amargado de Santana.

Valeroso a toda prueba, diligente en el mando y dotado de gran inventiva en el campo del combate, Manzueta llegó a convertirse en uno de los más importantes jefes de las fuerzas restauradoras. En septiembre de 1863 fue designado por el Provisorio Comandante de Armas de Yamasá. Semanas más tarde fue ascendido de coronel a general de brigada y el jueves Santo del 19 de marzo de 1864, comandó las tropas que libraron la famosa batalla del Paso del Muerto en la que el general anexionista Juan Suro recibió las heridas que le causaron la muerte.

Eusebio Manzueta jugó un papel de primer orden, junto a oficiales patriotas como Tenares,

Adón, Troncoso y otros de semejante valía, en los esfuerzos por frenar el avance de Santana y los españoles hacia el Cibao. Peleó sin cesar y a todo lo largo de la guerra, en avances y retiradas, en choques frontales y acciones guerrilleras, con lo cual hizo una invaluable contribución a la liberación de la región Este, que tuvo en la toma de El Seibo su punto culminante. El gobierno le otorgó muy justicieramente la jefatura militar de toda la región Este.

Al instante de la evacuación de Santo Domingo por los ocupantes españoles, el 11 de julio de 1865, Manzueta entró junto a Cabral a la ciudad y después que éste se proclamó presidente y se sublevó contra Pimentel, quien ejercía el gobierno desde Santiago, el general Manzueta viajó con Cabral al Cibao como señal de apoyo y adhesión al nuevo mandatario. No obstante, cuando Cabral se inclinó hacia Báez y propició el retorno de este caudillo antinacional a la presidencia, el general Manzueta se apartó de Cabral y se declaró en franca oposición a Báez.

La desastrosa política de las autoridades españolas empujaba hacia la ruina la producción

agrícola y ganadera. En todas las capas del campesinado y aun en los ricos hateros y agricultores se despertó el sentimiento de protesta, frente a todas las medidas gravosas dispuestas por los españoles.

Al ampliar la esfera de las clases y los intereses afectados por el régimen de la anexión, se amplió, por vía de consecuencia, la base social de la resistencia. Por eso, fue posible observar cómo, junto a los campesinos que se lanzaron mayoritariamente al combate contra la anexión; a las capas medias de la pequeña burguesía urbana, integradas principalmente por artesanos, pequeños comerciantes, profesionales y antiguos empleados del tren gubernamental; a la burguesía comercial, especialmente a sus representantes en el Cibao; y a la intelectualidad nacionalista y liberal; participaron en la guerra ricos terratenientes y grandes hateros como Pimentel y Santiago Rodríguez, Pedro Gregorio Martínez, Juan Nouesí, y el propio Manzueta.

Si esas causas objetivas colocaron a muchos terratenientes al lado de la causa nacional, en el caso del general Manzueta hay que reconocer un mérito

adicional, porque él, si bien peleó en la Guerra de Restauración por sentir afectados sus intereses de clase, peleó, ante todo, por patriota; por el sentimiento nacional que impulsaba su conciencia y su machete de soldado. Ya había demostrado su patriotismo en la guerra de separación contra los haitianos, se mantuvo leal en la de la Restauración y siguió su trayectoria de patriota con la digna actitud que asumió frente a Cabral cuando en un imperdonable gesto de inconsecuencia, se dispuso a traer a Báez de nuevo a la presidencia.

Mucho más aún creció el mérito de Manzueta cuando en el 1868 se inauguró el oscuro período de los *Seis Años*, se trepó Báez por cuarta vez en las alturas del poder y volvió a sus viejas andanzas de vende-patria, ahora con el fin de anexar el país a los Estados Unidos, que se afirmaban ya como potencia imperialista.

Entonces Cabral se opuso a ese intento y cuando se decidió a enfrentarlo y se levantó en el Sur junto a Luperón y los hermanos Ogando, para librar la Guerra de los *Seis Años*, Cabral encontró al general Manzueta en la misma trinchera en que lo dejó cuando se separaron después del triunfo

sobre los españoles. El general Manzueta ya estaba alzado en la manigua de su región. Al margen de la vida cómoda que pudo haberle garantizado su extensa riqueza, se dispuso a vivir como ermitaño en la cerrada montería de Masabá, junto a su hermano Leandro y a un puñado de sus seguidores. Se dictó una amnistía expresamente para pacificarlo y la rechazó radicalmente.

Aunque con muy escasa actividad bélica y sin aparente conexión con los que peleaban en el Sur, siguió alzado, se volvió inapresable para las fuerzas del gobierno, hasta que lo alcanzaron las garras traicioneras de la delación. Otro Judas, que dijo ser su seguidor y amigo, lo puso en manos de la tiranía baecista que lo perseguía desde hacía años. Fue condenado a muerte y ejecutado el 12 de noviembre de 1873, en plena declinación de aquel gobierno corrompido, que mes y medio después caía en medio del charco formado por la sangre de sus víctimas.

MANZUETA, LEANDRO

Hermano de Eusebio. De probado valor personal y con un acentuado sentimiento nacional.

Se incorporó a la Guerra de Restauración y estuvo activo en todos los escenarios y cantones de su región. Por sus méritos de guerra recibió el ascenso a coronel, y después del fin de la contienda, estuvo constantemente al lado de Eusebio, sin que lo detuvieran los cálculos de su riqueza personal.

En los *Seis Años* se fue a la manigua con su hermano y vivían alzados en las montañas del Oriente hasta que lo alcanzó la traición y fueron vendidos por un falso aliado que se convirtió en agente pagado del gobierno. Fueron capturados en los montes de Masabá, juzgados y condenados a la pena capital por los prejuiciados tribunales militares del gobierno. Leandro era un año menor que Eusebio y, así como anduvieron por la lucha nacional en fraternal unión, siguieron juntos en la posteridad, en el asiento glorioso de los mártires, al caer juntos ante el paredón el 12 de noviembre de 1873.

MÁRQUEZ, JOSÉ EPIFANIO

Natural de Cotuí. Soldado de la Independencia. Después de pronunciar su propia plaza, junto a Esteban Adames y Tomás

Ramón Castillo, pasó a Santiago a contribuir a la derrota de los españoles. Firmó el Acta de Independencia el 14 de septiembre de 1863 y en la misma fecha fue nombrado Adjunto a la Comandancia de Armas de La Vega, con rango de teniente coronel. Pasó a los frentes de guerra de la región Este. Combatió en la reñida batalla de San Pedro, perdida por los patriotas. Fue miembro del estado mayor del presidente Salcedo y lo acompañó en los recorridos por el Este.

En octubre de 1863 se le reportaba en operaciones en el Sur. *Benemérito coronel*, le llamaba Luperón en parte enviado al general Florentino con fecha de 21 de octubre de 1863. *Coronel en misión*, se titulaba a sí mismo Márquez, al firmar un informe como miembro de la Junta Revolucionaria de Baní, en el que se pondera en buenos términos la labor de Luperón en esa jurisdicción.

En marzo de 1864 realizaba operaciones sobre San Cristóbal desde el campamento de Manomatuey. En diciembre siguiente era enviado por segunda vez en misión de guerra a San Juan de la Maguana, y ya bajo las órdenes del general Cabral, cumplió

tareas en Neyba, junto a José Manuel Andújar.

Después del resonante triunfo de las armas nacionales, el coronel Epifanio Márquez siguió en actividad política, como *decidido baecista*. Sin embargo, combatió la dictadura de los *Seis Años*. Luchaba entonces al lado de los azules. Vivía desterrado en Jacmel, Haití, y allí terminó sus días cuando la dictadura se acercaba a su fin. Según la versión del historiador Emilio Rodríguez Demorizi, en su obra *Próceres de la Restauración*, la muerte del coronel José Epifanio Márquez ocurrió dos años después de caer Báez, *hacia el 1876*.

MARTÍNEZ, ANICETO

De Arroyo Canasta, San Cristóbal, nacido en 1817. Hijo de Gerardo Martínez y Juana Pérez. Militar. Veterano de las guerras contra Haití. Residía en Las Matas de Farfán y dirigió el pronunciamiento de esa plaza a favor de la Restauración, el 18 de septiembre de 1863. Fue mano derecha del general Florentino, junto al cual y después de ser liberadas las poblaciones cercanas a la frontera con Haití, marchó

sobre Azua, Baní y San Cristóbal, ciudad esta última, a la que entró con sus tropas el 10 de noviembre del 1863. Fue designado jefe de Baní.

En medio de la contraofensiva española encabezada por La Gándara y Eusebio Puello en noviembre de 1863, y de la derrota temporal de las fuerzas nacionales en el Sur, el general Aniceto Martínez se dirigió al Cibao por la ruta de El Maniel, hoy San José de Ocoa. Recibió instrucciones del gobierno para regresar a su región de origen y en acatamiento de esa orientación, contribuyó a mantener viva la llama de la resistencia armada en el Sur. Estaba destacado en el campamento de Manomatuey, en enero de 1864.

Cuando el general José María Cabral entró en acción en la región Sur, a partir de junio de 1864, y la Guerra de Restauración cobró renovado impulso en esa zona, el nuevo General en Jefe tuvo en Martínez a uno de sus más cercanos y eficaces asistentes. Entraron juntos a la Capital al momento de retirarse los españoles el 11 de julio de 1865.

Después de la guerra, el general Aniceto fue militante del

Partido Azul. Sufrió los tormentos del destierro durante los *Seis Años de Báez*, tomó parte en varias incursiones armadas emprendidas desde Haití contra esa dictadura y sus proyectos anexionistas y precisamente bajo ese régimen enfermó de tétano y murió en Las Matas de Farfán. Su esposa se llamaba Dominga Medina, con quien vivía en la comunidad rural de La Jagua.

MARTÍNEZ, EMILIO BENITO

Valiente patriota puertoplatense. Agricultor, propietario de grandes extensiones de tierra en la falda de la loma Isabel de Torres. Soldado de la Independencia. Tenía rango de general y quedó inscrito en las Reservas cuando fue impuesta la anexión. Siguió al servicio de los españoles aún después de comenzar la guerra.

La columna a la que pertenecía Martínez era comandada por el general español Rafael Primo de Rivera. Estaba concentrado en la fortaleza San Felipe y el 3 de octubre de 1863 salió del recinto con permiso de sus superiores.

Se pasó al bando de los patriotas y siguió el combate en los contornos de la ciudad. Jefe superior

en forma provisional de todos los cantones y finalmente comandante del campamento de Cafemba. Disponía de dos piezas de artillería y con ellas cañoneaba frecuentemente las embarcaciones españolas. En enero de 1864 era el Jefe de Operaciones del campamento de Las Jabillas.

En la madrugada del 30 al 31 de agosto de 1864, los españoles lanzaron un violento asalto con una fuerza de dos mil hombres sobre las posiciones de los patriotas; la trinchera defendida por Martínez fue desbordada por el embate de esa fuerza superior. Llegó la orden de emprender la retirada. *¿Y a quién le dejo este cañón?*, preguntó gallardamente el arrojado general, cuando sus compañeros de armas le aconsejaron retroceder. Se quedó acompañado tan sólo de siete hombres y sin dar un solo paso atrás, siguió peleando desesperadamente mientras le quedó un hábito de vida. Hasta la pluma envenenada del general De la Gándara, en el reporte enviado al Gobernador de Cuba, con fecha de 3 de septiembre de 1864, se inclinó ante el heroísmo del general Martínez: *Fue muerto bizarramente en su puesto, al tiempo de disparar el último cañonazo,*

atravesado por las bayonetas de dos cazadores de la Corona.

Otro historiador español, Ramón González Tablas, rinde tributo inconsciente al acerado valor del general caído. *Murió*, dice el cronista, *al pie del cañón y con la mecha en la mano.*

El combate se produjo en horas de la noche, y al llegar la luz del día, las tropas españolas toparon con el cuerpo sin vida del general Benito Martínez y, sin el menor asomo de dignidad y honor, se rebajaron al punto de ensañarse contra el cadáver y lo quemaron.

MARTÍNEZ, JOSÉ

Capitaleño. Dueño de la hacienda La Primavera, en las afueras de Santo Domingo. Miembro activo y diligente del movimiento clandestino que operaba en la Capital bajo las oscuras condiciones impuestas por la vigilancia y la represión de los ocupantes, que se tornaban más drásticos mientras más asediados se sentían tras las viejas murallas de la ciudad. La Esperilla, Mata Hambre, San Carlos, eran constantemente transitados por los mensajeros que coordinaba Martínez. En agosto de 1864 se vio en el caso

de irse al frente y se llevó consigo a su esposa enferma y a sus hijos adolescentes, para preservarlos de las duras represalias que acostumbraban a tomar los españoles contra los familiares de sus opositores. Peleó en San Cristóbal y sus contornos, hasta que el 9 de julio de 1865, precisamente cuarenta y ocho horas antes de la entrada victoriosa de los patriotas a la Capital, Martínez murió en combate en aras de la Independencia de su patria.

MARTÍNEZ, PEDRO GREGORIO

Uno de los más ricos e influyentes terratenientes de toda la costa Norte. Nació en Sosúa en el año 1819. Hijo de Gregorio Martínez y Catalina Abreu. Cuando se impuso la anexión, admitió los hechos e incluso aceptó ser representante del gobierno en Sosúa, donde Martínez tenía su residencia. Pero cuando sonó el clarín de la guerra y el sentimiento de dignidad nacional tocó las puertas de su conciencia, *Pedro Martínez, el de Sosúa*, como se le denominaba para diferenciarlo de su tocayo, *Pedro Martínez, el de Muñoz*, se fue al frente de batalla.

Reunió sus hombres y en inteligencia con Juan Nouesí organizó el asalto a Puerto Plata el 27 de agosto de 1863. Los españoles mantuvieron la plaza y contraatacaron, las fuerzas patrióticas se replegaron a las zonas rurales apartadas. Martínez, al igual que su compañero de armas Gregorio de Lora, se fue a Santiago con sus tropas a reforzar el sitio contra los ocupantes.

Se trasladó al campamento en Jácuba, punto situado entre las dos ciudades y el 12 de septiembre, sus hombres, junto a los de los comandantes Juan Bonilla, Francisco Reyes Marión, Rasín Isurún y Norberto Reinoso, frenaron el avance e hicieron retroceder a las columnas de los generales Palanca y Primo de Rivera, integradas por dos mil quinientos hombres, que intentaban forzar el paso hacia Santiago.

El 9 de febrero de 1864, Pedro Gregorio Martínez fue ascendido de coronel a general. En julio se le nombró Gobernador de Santiago; el 25 de agosto se le designó Adjunto al Ministro de la Guerra y el 27 de septiembre, Comandante de Armas de San José de las Matas. También ocupó la gobernación de Santiago bajo el gobierno del general Gaspar Polanco.

Antes de la caída de Polanco ya estaba en desavenencia con él, se había ausentado de Santiago y fue precisa una gestión mediadora para que Martínez se reportara de nuevo a su puesto y se lograra la reconciliación. No obstante, se sumó al pronunciamiento de Pimentel en enero de 1865 y, conjuntamente con Monción y el propio Pimentel, formó parte de la Comisión de Guerra. Se desató la persecución contra muchos de los partidarios de Gaspar Polanco y Martínez estuvo sumamente activo en esa tarea en Puerto Plata. Entre los arrestados por orden suya estuvo un joven alférez Ulises Heureaux, al que apodaban Lilís.

A poco de la retirada de los españoles, cayó Pimentel y ascendió Cabral a la presidencia. Entonces el perseguido fue Martínez. Lo apresaron, lo trasladaron a la Capital y quedó confinado en ella, bajo vigilancia de la alta policía. Después de la administración de los Seis Años, de 1868 al 1874, se retiró casi por completo de la vida pública. Su vida discurrió hasta agotarse entre la agricultura y el placer de las mujeres. Murió en su finca de Sosúa el 17 de noviembre de 1890 y dejó entre sus herencias

más permanentes, la descendencia más numerosa y el apellido más abundante de toda la costa Norte y Nordeste.

MÁRTIR, JOSÉ

De Sabaneta, hoy Santiago Rodríguez. Militar en las luchas contra las invasiones haitianas en la primera República. Cercano colaborador de Santiago Rodríguez. Estuvo entre los que asaltaron a Guayubín el 21 de febrero de 1863. También en los combates de Sabaneta, donde izó la Bandera Nacional, mientras otros patriotas despedazaban a bayonetazos la española.

El 22 de febrero, en el ataque a Sabaneta, el coronel José Mártir avanzó hacia los soldados enemigos sin detenerse, hasta caer como un valiente y hacerle honor a su apellido. *Se arrojó al arma blanca a la columna enemiga y quedó muerto sobre los cadáveres de tres soldados españoles derribados por su machete*, narra emocionado Luperón.

Se dijo entonces, que la muerte de José Mártir marcó el declive de la intensidad del ataque al machete y señaló el triunfo de las armas españolas en ese específico episodio de la Guerra Patria.

MARZÁN, HUBERTO

Vio la luz en el año 1826, en Saint Thomas, pero se nacionalizó dominicano. Sastre. En tiempos de la lucha contra los españoles residía en Cabo Haitiano. Era un estrecho y entusiasta colaborador de los patriotas que tenían en territorio de Haití su base de operaciones. Confeccionó la Bandera Nacional que enarbolaron los que se reunieron el 16 de agosto en el histórico cerro de Capotillo. Se dice que duró cerca de un mes haciéndola y que la entregó personalmente al general Santiago Rodríguez. En el curso de la guerra, Marzán, lo mismo que un hermano suyo, se constituyó en importante fuente de provisiones y recursos bélicos para los patriotas que combatían en suelo dominicano. Después de la guerra, pasó a residir a Monte Cristi, donde ejerció esporádicamente algunas funciones públicas, entre ellas la que cumplió en el Tribunal de Primera Instancia de esa ciudad. Falleció en el año 1915.

MEDRANO, CARLOS

Abnegado e incansable combatiente de la Guerra de Restauración, a la cual se sumó desde

que sonaron los primeros tiros en su pueblo, Puerto Plata. El 31 de agosto llegó a Santiago, que era escenario de una intensa batalla entre los patriotas y los anexionistas. Le tocó actuar en los momentos cruciales del asedio y después de firmar el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863, retornó a Puerto Plata para seguir luchando.

Cercano compañero de armas del general Gaspar Polanco. Hay partes de guerra calzados con su firma, que están fechados en marzo de 1864, en el campamento de Maluis. En octubre de ese año desempeñó interinamente la jefatura del campamento general de Las Jabillas.

Cuando Polanco derrocó a Salcedo en octubre de 1864, éste fue enviado bajo a arresto a Puerto Plata, con el supuesto fin de esperar que llegara alguna embarcación al puerto de Blanco, hoy Luperón, para mandarlo a las Islas Turcas. Quien tuvo a Salcedo bajo su responsabilidad fue el general Carlos Medrano, y a él le llegó la orden secreta de Polanco de sacar al prisionero del encierro, con el pretexto falso de mandarlo a Blanco, mientras los jefes de la custodia recibían el encargo secreto de ejecutarlo en el

camino. La orden siniestra fue cumplida con el fusilamiento de Salcedo, al morir la tarde del 5 de noviembre de 1864, en la deshabitada ensenada de Maimón, Puerto Plata.

Cuando Pimentel encabezó la sublevación de enero de 1865 desde la Línea, el presidente Polanco mandó a Medrano a Guayacanes para que tratara de interceptar a los insurrectos. Inútil. Polanco se vio en el caso de presentar renuncia y desde que Pimentel se hizo con el mando, Medrano fue de los apresados y procesados por la muerte de Salcedo. El Consejo de Guerra que conoció el caso lo condenó a muerte. Poco después se le perdonó la vida. Murió treinta años después, en 1895, en la localidad liniera de Hatillo Palma.

MEJÍA, BARTOLOMÉ

–BARTOLO–

Gran propietario y ganadero de los campos de Mao, entonces jurisdicción de la provincia de Santiago. Nació en 1799. *Heroico coronel de la guerra de Separación*, según Emilio Rodríguez Demorizi. Al iniciarse la ocupación haitiana en 1822, los ocupantes organizaron varios batallones

compuestos por dominicanos, y en uno de esos cuerpos estuvo Mejía enrolado. Prestó servicios en Haití, pero cuando se proclamó la República en 1844, peleó con singular heroísmo contra los intentos de Haití por reimplantar su dominio.

En 1861, año de la anexión, era general de división y con esa categoría formaba parte de las Reservas, al servicio de los españoles. Se comprometió en el movimiento de febrero de 1863 y el 23 de ese mes, dos días después de que el general Lucas de Peña rompiera las hostilidades en Guayubín, Mejía enarboló la Bandera Nacional y se pronunció contra los colonialistas en San José de Las Matas. Al fracasar la insurrección, fue apresado por el general Gaspar Polanco, que aún estaba al servicio de la anexión. Juzgado y condenado a muerte por el tribunal que siguió la causa a los implicados en aquel levantamiento, se benefició del indulto decretado por las autoridades.

Esperó el alzamiento de Capotillo, el 16 de agosto de 1863, para volver a empuñar las armas por su patria. Desde Mao avanzó hacia Las Matas con tan sólo doce hombres. Ocupó esa plaza

pero debió retirarse ante el contraataque encabezado por los generales anexionistas José Hungría y Esteban Roca. Poco después la revolución arrinconó a los invasores en Santiago y Mejía se posesionó de nuevo en San José de Las Matas.

Prestó eminentes servicios a la causa restauradora, fue miembro del gobierno de Santiago en tiempos de Salcedo y se mantuvo activo a todo lo largo de la Guerra Patria.

En el 1869, en el curso de la *Guerra de los Seis Años* contra Báez y sus intentos anexionistas, el general Mejía fue enviado nuevamente a la cárcel, acusado de ocultar en su casa al coronel José María Rodríguez. Mejía fue juzgado por una corte marcial de las que manipulaba el gobierno, se le sentenció el 21 de enero de 1869 a cinco años de presidio, pero el 30 de septiembre del mismo año, Mejía *anciano de 78 años*, fue indultado por el Senado consultor a solicitud del presidente Báez.

MEJÍA, MANUEL

Nació en La Vega en el 1805. Soldado de la lucha por la Independencia en la cual alcanzó la

jerarquía de general de brigada. Admitió la anexión, como muchos otros hombres de armas, pero al empezar la Guerra Patria en agosto de 1863, Mejía, quien fungía de gobernador provincial, se puso al lado de la causa patriótica, se contó entre los organizadores del levantamiento del 31 de agosto que culminó con la liberación de la provincia entera y la huida hacia la Capital del jefe militar al servicio de España, general Esteban Roca. Antes de fugarse, ese general anexionista había ordenado asesinar a bayonetazos a dos oficiales dominicanos y dispuso que a Mejía lo dejaran amarrado en la prisión.

Cuando el general Luperón fue designado jefe de Operaciones en la línea del Este y en la del Sur, una de sus medidas fue remover a Mejía de su puesto de Gobernador, el 15 de septiembre de 1863, bajo el concepto de que, ante las noticias de que el general Santana se disponía a marchar sobre el Cibao, y frente a las dudas y vacilaciones que se propagaban entre las tropas y la población, se precisaba allí de *una autoridad más digna*. El gobierno desestimó la medida de Luperón y el 25 de septiembre de 1863

confirmó en su cargo de Gobernador al general Mejía, al tiempo de reconocer que si bien por su edad y su temperamento éste no era el hombre óptimo para esa función, era preferible conservarlo en el cargo por el extenso aprecio de que gozaba en los residentes de aquella demarcación, acostumbrados a ser mandados por el viejo general.

La sustitución de Mejía se operó poco después. En 1865, ya bajo la administración del general Pimentel, Mejía volvió a ocupar la gobernación de La Vega hasta el final de la guerra nacional. Reconquistada la soberanía, el general Mejía tuvo una participación política muy discreta y murió en la localidad rural del Santo Cerro, en 1887.

MELLA BREA, RAMÓN MARÍA

Hijo del prócer Matías Ramón Mella. Nació el 27 de julio de 1837. Cuando se proclamó la anexión en 1861, residía en Jamao, donde su padre administraba sus propios cortes de maderera. Después del Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863, se fue al frente y estuvo bajo las órdenes del general Gregorio de

Lora, con el cual se fue a combatir en el sitio de Santiago en septiembre del mismo año. En marzo de 1864 estaba de servicio en Monte Cristi. Hizo toda la campaña restauradora y alcanzó el rango de general de brigada.

En las luchas políticas registradas después de liberada la República, pertenecía al Partido Azul y por causas políticas fue apresado en tiempos de los Seis Años de Báez, lo encerraron en la Torre del Homenaje, en la Capital. El 21 de marzo de 1868 murió en la prisión, a consecuencia, según se dijo oficialmente, de las fracturas y golpes sufridos al caerse accidentalmente de sus propios pies.

MELLA CASTILLO, IDELFONSO

De Santo Domingo, hermano del prócer de la Independencia Matías Ramón Mella, con quien estuvo en la Puerta de la Misericordia, la memorable noche del 27 de febrero de 1844. Se radicó en La Vega y a mediados de la década del cincuenta del siglo diecinueve, se estableció en Puerto Plata. Allí vivía aquel mal día en que fue arriado el pabellón dominicano para subir la bandera de

España, y sin miedo a las consecuencias, expresó su enardecida protesta, lanzó vivas a la República Dominicana y llamó al pueblo a tomar las armas para defenderla. *Cruzó a caballo por delante de las tropas que mandaba el general Lora, y gritó ¡Viva la bandera dominicana! y pese a quien pesare, con otros gritos insultando a los que reconocieron nuestro pabellón; ...cuando mandaron a recoger las papeletas dominicanas se opuso públicamente y trató de seducir a los comerciantes a la desobediencia... tiene las mismas ideas de su hermano don Ramón, dicen trozos de un informe de las autoridades anexionistas, citado por Emilio Rodríguez Demorizi en su obra *Próceres de la Restauración*.*

Mantuvo Mella su rebeldía, a causa de lo cual fue apresado y enviado en confinamiento a la ciudad española de Cádiz. En enero de 1864 se contaba entre los dominicanos presos en las celdas medievales del Castillo del Morro de La Habana. Cuando la guerra estaba por terminar, se le incluyó en el canje de prisioneros en Puerto Plata, en 1865. En una ocasión, después del régimen baecista de los Seis Años, fue designado Gobernador de Puerto Plata. Murió el 5 de julio de

1910. *De edad nonagenaria, frisando en el siglo...*, según don Federico Henríquez y Carvajal.

**MELLA Y CASTILLO,
MATÍAS RAMÓN**

Vino al mundo el 25 de febrero de 1816, en Santo Domingo. Hijo de Antonio Mella y Francisca Castillo. Declarado oficialmente como uno de los tres Padres de la Patria. Autor del célebre trabucazo de la noche del 27 de febrero de 1844, que simbolizó la proclamación de la República Dominicana, después de veintidós años de dominación haitiana. Soldado de las campañas por la Independencia.

En 1836 contrajo matrimonio con Josefa Brea. Sirvió a Santana, y en 1854, en un acto de inadmisibles consecuencias políticas, el febrerista Mella aceptó el cargo de Ministro Plenipotenciario ante las autoridades de Madrid para hacer gestiones encaminadas a poner la República bajo el protectorado español. En 1855 también sirvió al recalciante caudillo conservador, como Ministro de la Guerra.

Desde 1853, mientras desempeñaba funciones oficiales en Puerto Plata, había fijado su

residencia en esa ciudad, aunque los avatares de la política lo mantenían en constante ausencia de su casa. Era propietario de cortes de madera en los bosques de Jamao. El 22 de enero de 1860 había entrado por nueva vez en conflicto político con Santana y se había ido al extranjero después de haber sufrido la rudeza de la prisión política en la Torre del Homenaje, en la Capital.

Estaba en Saint Thomas y desde allí proclamó su abierto y público rechazo a la anexión. Por razones de salud no pudo venir en la expedición de Sánchez y de Cabral en junio de 1861, pero desde que empezó la guerra en agosto de 1863, regresó a su Patria. Ya el 25 de agosto estaba en San Francisco de Macorís, y poco después al servicio del gobierno de Santiago. En enero de 1864 fue enviado al Sur en misión de guerra, con fines de restablecer la organización y la moral en la región, deteriorada a causa de los golpes asestados por las fuerzas españolas, por las acciones de violencia y vandalismo del general Florentino, y las que, por su parte, cometía el sustituto de Florentino, Juan de Jesús Salcedo.

Después de una muy breve estadía en San Juan, sin lograr el

éxito en su misión, enfermo y agotado, el general Mella emprendió el regreso el 6 de febrero de 1864. Por caminos poco menos que intransitables, bajo la lluvia copiosa y constante, la mayor parte del trayecto en hombros de sus compañeros porque la rudeza del viaje empeoró su salud, logró cruzar la Cordillera Central. Llegó al fin a Santiago, a rendir cuenta a las autoridades.

El 17 de marzo de 1864 fue designado vicepresidente de la República, pero ya su estado le impedía ejercer tales funciones. Se alojó en una de las casitas construidas en las proximidades de la fortaleza San Luis, después del incendio que devastó la ciudad el 6 de septiembre de 1863. En esa casita esperó la muerte, que le sobrevino el 4 de junio de 1864.

Tuvo la satisfacción de encontrarse con Duarte, su maestro y compañero de luchas en La Trinitaria, que tras veinte años de ausencia, había llegado de Venezuela. Se asegura que en medio de su agonía pidió que su cuerpo fuera cubierto en la bandera dominicana. Fue complacida ésta, una de sus últimas voluntades y se confirmó cuando al ser exhumados los restos del patriota

el 6 de junio de 1890, junto a las cenizas se encontraron fragmentos de la enseña nacional. Del cementerio de Santiago, los restos de Mella fueron trasladados solemnemente a La Vega, de ahí en tren a la villa portuaria de Sánchez, donde fueron embarcados para la Capital. Después de permanecer hasta 1944 en la Capilla de los Inmortales, en la Catedral Primada, se les trasladó a la Puerta del Conde o Altar de la Patria.

Entre los más valiosos aportes de Mella a la Guerra de Restauración se cuenta el manual que escribió para la organización y el desarrollo de la guerra de guerrillas que tan efectiva y devastadora fue para los ejércitos españoles.

MEREJO, LEÓN

Natural de Moca. Después del pronunciamiento de esa ciudad el 30 de agosto de 1863, pasó a pelear a Santiago, con sus tropas compuestas mayoritariamente por mocanos. Se acantonó en el campamento El Meadero o Los Chachases. En ese lugar, el día 8 de septiembre de 1863, las fuerzas de Juan Suero, que habían llegado de Puerto Plata en auxilio

de los españoles, lanzaron un violento ataque al campamento. Las defensas de los restauradores fueron rotas y la tendencia al desbande estaba cobrando fuerza. Se presentó el general Luperón, concentró parte de los combatientes, organizó un vigoroso contraataque y Suero fue obligado a retroceder. Murieron treinta de los soldados enemigos, según Luperón, y quince del lado dominicano. Uno de esos mártires fue el animoso comandante León Merejo.

MÉZQUITA, SAN

Liniero. Artillero. Participante en el frustrado movimiento insurreccional de febrero de 1863. Estuvo bajo las órdenes de Monción y Pimentel, y tuvo a su cargo las cuatro piezas de artillería usadas por los patriotas en el puesto de Mangá, después de ser desalojados de Guayubín.

Cuando resurgió la Guerra Patria en agosto de 1863, se contó entre los catorce que estuvieron en el cerro de Capotillo y como circunstancia digna de resaltarse, cabe anotar el hecho de que fuera la mujer de San Mézquita una de las más destacadas en las labores de apoyo a los soldados.

A todo lo largo de la guerra, San Mézquita siguió al servicio de la causa nacional como artillero. Mereció referencias sumamente elogiosas de Benito Monción y otros generales a cuyas órdenes le tocó pelear.

MONCIÓN, BENITO

Nació el 29 de marzo de 1826, en La Vega, pero se crió en Dajabón porque su madre se trasladó a vivir allí cuando Benito era pequeño. Producto social de los estratos más pobres del campesinado, Monción residía en Sabaneta. Era jornalero agrícola al servicio del rico hatero y comerciante Santiago Rodríguez y si alcanzó la nombradía y el prestigio que acompañó su nombre, se debió a sus señaladas condiciones, entre ellas, su espartano valor, su inteligencia natural y su irreductible voluntad de combate, todo esto demostrado primero en hechos tan importantes como la batalla de Sabana Larga contra los invasores haitianos el 24 de enero de 1856, y luego, durante la Guerra de la Restauración.

Cuando llegaron los españoles al país en el año 1861, era yo Teniente Coronel de ejército, por

servicios prestados durante la lucha de Independencia, dice el propio Monción. Quedó inscrito en las Reservas al servicio de las autoridades de la anexión, pero fue de los más laboriosos luchadores por expulsar a los ocupantes españoles. Monción se contó entre los organizadores y protagonistas del levantamiento del 21 de febrero en Guayubín. Al hacerse imposible mantener esa villa bajo control, Lucas de Peña ordenó abandonarla, Monción se replegó y pretendió hacerse fuerte en el puesto de Mangá, donde peleó hasta que se impuso la superioridad de la fuerza física de los españoles.

El jefe Lucas de Peña y otros oficiales patriotas aceptaron la propuesta de paz que hicieron los españoles a través de una comisión de dominicanos, pero Monción la rechazó rotundamente y se mantuvo sublevado en los campos de la Línea. Fue condenado a muerte en contumacia.

Junto a Santiago Rodríguez y Pimentel, encabezó los preparativos del reinicio de la lucha armada. Se instaló en Haití desde donde incursionaba a veces a hostilizar al enemigo, en coordinación con las guerrillas del coronel José Cabrera. Estuvo

presente en Capotillo el 16 de agosto de 1863 y desde ahí prosiguió el combate junto a sus compañeros de armas. Después de los enfrentamientos de La Patilla y Macabón, participaba en la persecución del brigadier Buceta y el día 17 de agosto estuvo a punto de morir en la localidad de Cayucal, cuando se adelantó a su compañeros y, machete en mano, se abalanzó sobre Buceta a quien perseguía de cerca. En ese instante rodó por el suelo el caballo de Monción y al este tratar de incorporarse fue herido de un sablazo en la cabeza y otro en el brazo izquierdo por un dragón español. La audaz y heroica intervención de Pimentel y varios oficiales más, evitó que remataran al patriota, que fue llevado a la casa de un vecino de Guayacanes llamado Francisco Cruz.

El 30 de agosto se enteró Monción de que el general Gaspar Polanco se había pasado al campo de los restauradores y estaba ya en Quinigua y se disponía a atacar a Santiago. Sin recuperarse, ni mucho menos, como si le pidiera permiso al dolor de las heridas para reintegrarse a los combates, partió Monción hacia ese punto, y tomó a su cargo una unidad de artillería con la cual

atacó sistemáticamente la fortaleza San Luis que defendían los españoles. Cuando estos se vieron obligados a la retirada hacia Puerto Plata, tuvieron en Monción a uno de sus más obstinados y eficaces perseguidores. Días después, el 1° de noviembre de 1863, por recomendación del general Polanco, Monción fue designado Comandante de Armas de la estratégica plaza de Monte Cristi. Luego fue el jefe superior de todo el Noroeste.

Correspondió a Benito Monción, que ya había conquistado la jerarquía de general, la difícil tarea de resistir el ataque masivo del 17 de abril de 1864 dirigido por el mariscal José de la Gándara contra las fuerzas nacionales en Monte Cristi.

De la Gándara, que había sustituido a Carlos de Vargas como Capitán General el 31 de marzo de 1864, tenía una bien ganada fama de cruel y era al mismo tiempo, astuto y agresivo. Emprendedor, tenaz, maestro virtuoso de la intriga. Creía que, con los puertos de Samaná y Puerto Plata en manos españolas, la conquista de Monte Cristi le aseguraba el control de todos los puertos del Norte, y quedaría cerrada para el gobierno nacional, toda

posibilidad de comunicación marítima con el exterior. Logrado ese objetivo se trataba de recuperar la Línea entera, lanzarse luego a la conquista de Santiago, tomar posesión de las zonas centrales del país y unir de nuevo la Capital y el Norte, bajo el dominio restablecido de los españoles.

Para la ejecución de este plan, sólo de Cuba, y sin hacer mención de los refuerzos llegados de Puerto Rico, recibió De la Gándara, por la bahía de Manzanillo, 14 barcos que transportaban unos seis mil hombres y el correspondiente material de guerra. A esta fuerza se añadió la que pudo formar con el reclutamiento forzado de ciudadanos dominicanos de entre los 15 y 60 años de edad. Con el peso de ese poderoso cuerpo militar, se lanzó a la toma de Monte Cristi, paso inicial de la marcha triunfal que el español planeaba.

Con apenas quinientos hombres mal armados, los generales Monción, Juan Antonio Polanco, Federico de Jesús García y Pedro Antonio Pimentel, dirigieron la resistencia que si bien no pudo evitar el desembarco y la conquista de la ciudad, fue tan enérgica y eficaz, que hizo pagar un elevado precio en muertos y

heridos a los invasores. Uno de los heridos lo fue en esa ocasión el Mariscal de Campo Primo de Rivera, que tuvo que ser retirado en estado de gravedad del campo de batalla.

A pesar del golpe que pretendieron dar con la toma de Monte Cristi, y de los pronunciamientos triunfalistas de De la Gándara, la situación militar de los españoles no cambió sustancialmente. Los patriotas se desplegaron en guerrillas móviles en todos los contornos de la ciudad y los invasores se vieron condenados a la parálisis, atrapados en las intrincadas complejidades de la zona que acababan de conquistar. La simple y elemental tarea de dar de beber a la caballería, se convirtió en una operación militar cotidiana, llena de dificultades y peligros. Llevar los caballos al río, cosa elemental pero indispensable, significaba exponerse a los tiros y las emboscadas de los guerrilleros que permanecían al acecho a poca distancia del centro de la ciudad.

Cuando se quiso ocupar otras poblaciones del Noroeste, la táctica de los restauradores fue abandonar las villas y las aldeas, después de incendiarlas para que los nuevos ocupantes no encontraran nada en ellas. Y cuando

estos las tomaban, entonces se creaba el problema del abastecimiento de las tropas, por medio de convoyes y caravanas que con peligrosa frecuencia caían en manos de los patriotas.

Apartarse de los caminos reales y los poblados y tratar de penetrar en los montes tupidos y espinosos de la Línea, era exponerse a caminar por sendas desconocidas, a sentirse vigilados por mil ojos ignorados y aventurarse a marchar guiados muchas veces por prácticos infiltrados que los abandonaban y los dejaban desorientados en medio de montes llenos de misterios indescifrables para los extraños, poblados de cactus y cambrones, de guaos y bayahondas; plagados de insectos ponzoñosos, todo lo cual se sumaba a las duros estragos del clima, al cual los españoles sucumbían y veían crecer la cantidad de bajas. Así quedó el cuerpo expedicionario de De la Gándara varado en Monte Cristi, y parte importante de las glorias que se originan en estos episodios de la Guerra de Restauración, le tocan, sin duda alguna, al general Monción.

El 8 de octubre de 1864, Benito Monción recibió el merecido ascenso de general a general de división. Días después respaldó el

golpe encabezado por Gaspar Polanco contra Salcedo; y en enero de 1865, fue de los dirigentes de la sublevación que culminó con la caída de Polanco y el ascenso al poder de Pimentel.

Tras la reconquista de la soberanía, Monción agotó una zigzagueante carrera política, propia de quien carece de concepciones, doctrinas y objetivos definidos; carrera en la que se alternaban los vaivenes entre la militancia baecista y la lucha contra Báez. Estaba en el destierro en las Islas Turcas y allí, en marzo de 1887, tuvo el encomiable gesto de relatarle al intelectual Mariano Antonio Cestero, su versión de los sucesos registrados en los comienzos de la guerra. Cestero recogió la narración que fue publicada en el año 1902, en un folleto titulado *De Capotillo a Santiago*.

Transcurría el 1898. Desde hacía doce años, imperaba la opresora tiranía del general Lilís. Monción fue incluido en la peligrosa lista de los sospechosos y por orden del tirano, se le tenía confinado en Santiago, sometido a vigilancia de alta policía. Enfermó de gravedad, pidió que se le permitiera morir en su casa en Guayubín y se le concedió esta postrera voluntad. El 11 de febrero,

el viejo guerrero murió a los setenta y dos años. Se le prepararon unos impresionantes funerales y se dice que desde su lecho de muerte, el moribundo general, en plena lucidez, pudo escuchar los ensayos que hacía una banda de música de la marcha fúnebre que le tocaría camino a la sepultura.

MONCIÓN, JUAN DE MATA

Liniero, hermano del general restaurador Benito Monción. De los soldados de Lucas de Peña en los acontecimientos de febrero de 1863. Cruzó la frontera para evitar la captura de los españoles y desde Haití vino con armas y municiones a proclamar la Restauración de la República, el 16 de agosto, en el cerro de Capotillo. Era el abanderado de la columna de 14 hombres que salió del legendario cerro a propagar la Guerra Patria.

MOREL DE SANTA CRUZ, VICENTE

Santiaguero. Abogado. Protagonista activo de los sucesos insurreccionales del 24 de febrero de 1863 en Santiago. Era miembro del ayuntamiento de esa ciudad. Prestigiosa figura civil del

movimiento Restaurador, firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863. En el gobierno de Pepillo Salcedo desempeñó diversos ministerios. El 25 de agosto de 1864 fue nombrado Ministro de Hacienda. Cuatro días después tuvo a su cargo el ministerio de Interior y Policía y luego Ministro de Gobernación, Justicia e Instrucción Pública. En febrero de 1865, en el ejercicio interino de la Junta encabezada por De Rojas después de la caída de Polanco, fue escogido diputado por Jánico a la Convención Nacional que laboró desde el 27 de febrero hasta el 24 de marzo de 1865, en la que se le dio aspecto de legalidad a la presidencia del general Pimentel. Su nuevo cargo, asumido el 27 de marzo del mismo año, fue el de Ministro de Justicia.

MORENO, FRANCISCO

–CICO–

Militar. Veterano de las guerras de Independencia, en las que peleó a las órdenes del general Antonio Duvergé, de los Puello y de Cabral. Se involucró en las conspiraciones contra el dominio español. Fue denunciado junto al general Florentino por el padre Francisco Barrientos en carta

enviada al gobernador de Azua. Fue objeto de persecución por las autoridades.

Cuando estalló la Guerra Patria en el Cibao, organizó sus hombres y el 18 de septiembre de 1863 se levantó en armas, tomó la plaza de Las Matas y enarboló la Bandera Nacional. Apresó en el acto al Comandante de Armas Domingo Lazala y se lo entregó al jefe superior, Pedro Florentino.

La sublevación de Las Matas estuvo coordinada con diferencia de horas, con las de San Juan, Sabana Mula y El Cercado, respectivamente. Liberados estos lugares y mientras Ángel Félix preparaba la insurrección en Neyba y Barahona para el 21, Florentino, Moreno y otros comandantes marcharon sobre Azua, Baní y San Cristóbal, en una ofensiva arrolladora que llegó hasta los márgenes del río Haina. Cuando vino el contraataque de noviembre de 1863, encabezado por De la Gándara y el anexionista Eusebio Puello, Moreno comandó la resistencia de El Salado. Con tan sólo ochenta hombres contuvo horas enteras aquel avance de fuerzas muy superiores.

Se perdieron en el Sur las posiciones conquistadas, pero el

general Moreno no se rindió. En cambio, se mantuvo en constante actividad guerrillera, y cuando la Revolución Restauradora recuperó el empuje, allí estaba Moreno, como estaban los Ogando, Antonio Blas, Juan Manuel Andújar y muchos otros, ahora bajo el mando supremo del general Cabral. Precisamente a las órdenes de Cabral, peleó el general Moreno en la crucial batalla de La Canela, el 5 de diciembre de 1864.

Después de la Guerra Patria siguió en la carrera de las armas y volvió a desenvainar su espada con toda dignidad, cuando la *Guerra de los Seis Años*, de 1868 a 1874, contra la dictadura sangrienta y anexionista de Buenaventura Báez. Sufrido, infatigable y estoico, ajeno al desaliento en las horas difíciles, este soldado de la región Sur, prócer de tres guerras en defensa de la soberanía de su patria, estaba en su hacienda de Rebó, sección de su natal Las Matas de Farfán, en el mes de marzo de 1884, cuando se quebrantó su salud y le llegó la muerte, a los 62 años.

MOTA, SANTIAGO

Nacido en San Francisco de Macorís. Capitán de milicias bajo

la anexión. Se integró a la Guerra Patria después de que el jefe de Macorís, general Juan Esteban Ariza, abandonó la plaza y huyó hacia la Capital. Mota formó un batallón con sus propios compueblanos, marchó con ellos hacia los cantones del Este y lo destacaron en El Bermejo, junto al coronel Dionisio Troncoso y al capitán artillero Pedro Faustino Royer, que comandaban tropas llevadas desde Cotuí. *Intrépido y valiente coronel*, lo califica un oficio del gobierno fechado a 10 de enero de 1864. Siete días después, Santiago Mota comandaba a los patriotas que en Rincón de Pulgarín se batían con las fuerzas del general Santana. Iba al frente de una guerrilla que fue arrollada por la superioridad numérica y material del enemigo. Mota se negó a retirarse y ya rodeado de soldados españoles, siguió peleándoles al arma blanca, hasta caer, de cara al sol como los buenos, en el fragor intenso del combate. Se cuenta como uno de los cuatro generales dominicanos que murieron en el curso de la Guerra de la Restauración. Los tres restantes fueron, Gregorio de Lora, Benito Martínez y Antonio Caba.



NÚÑEZ, EUSEBIO
NÚÑEZ, JUAN NEPOMUCENO
NÚÑEZ, MANUEL DE JESÚS
NÚÑEZ, SANTIAGO

NÚÑEZ, EUSEBIO

Vegano. Coronel del cuerpo de oficiales enviados en octubre de 1863 a extender la Revolución Restauradora a Samaná. Al recibir el encargo, Núñez bajó por el Yuna, desechó los puestos avanzados que cubrían la ruta y arribó sano y salvo a su destino. Junto a José Silvano Acosta, Núñez capitaneó la sublevación de esa parte del país y desde entonces jamás cesó la lucha armada en la península y sus contornos. Se instaló en Matanzas y en noviembre de 1863 fue trasladado a San Francisco de Macorís. Hizo toda la Guerra de Restauración, y después de restablecida la República militó en el campo de los azules, que agrupaba a los partidarios del pensamiento liberal y nacionalista. Pasó varios años en el destierro y volvió al país en 1879, bajo el gobierno del general Cesáreo Guillermo.

NÚÑEZ, JUAN NEPOMUCENO

Rico agricultor de Jacagua. Coronel de las Reservas, estaba en la fortaleza San Luis, bajo las órdenes del brigadier Buceta, al iniciarse los combates en Santiago. A poco andar se pasó al lado

de sus compatriotas y volvió sus armas de soldado contra los ocupantes y dominadores de su tierra. También aportó el valioso concurso de su hijo Evangelista, que siguió los pasos de su padre para pelear con tanta intrepidez como él.

El 26 de enero de 1864 Juan Nepomuceno Núñez fue enviado a los campamentos de El Duro y Los Peladeros, de Monte Cristi, a supervisar la construcción de las trincheras del Ejército Restaurador. Tenía rango de coronel.

Fue diputado por Altamira a la Asamblea Nacional inaugurada el 27 de febrero de 1865, en la que se designó al general Pimentel presidente de la República. Era Gobernador de Santiago y le tocó recibir, junto a las autoridades municipales, la renuncia de Pimentel ante el empuje incontenible del golpe iniciado por Cabral en Santo Domingo. Aunque ocasionalmente respaldó a otro caudillo, su pasión política fue por Báez.

NÚÑEZ, MANUEL DE JESÚS

Era de Moca, residía en Sabaneta, y según la sumaria instrumentada por los españoles, pertenecía al *rebelde ayuntamiento* de

ese municipio y como tal fue actor en la sublevación fallida del 21 de febrero de 1863 en Guayubín, y Sabaneta. Lo sentenciaron a tres años de confinamiento en Samaná. Recuperó su libertad. Después del Grito de Capotillo el 16 de agosto, y en acción conjunta con el coronel Santiago Sosa, Manuel Rodríguez –*El Chivo*– y otros patriotas, planeó en la sección de Canca, la toma de la plaza de Moca. Lo lograron peleando como fieras, desde la noche del 30 de agosto de 1863, hasta las tres de la tarde del día siguiente. En octubre de 1863, Núñez era Comandante de Armas en La Vega y había sido ascendido a general. En agosto de 1864 ocupó interinamente la gobernación de esa misma provincia. También estuvo destacado

brevemente en la línea de Puerto Plata.

NÚÑEZ, SANTIAGO

Nativo de Hatico, La Vega. Agricultor. Al comienzo de la guerra marchó al combate comandando sus tropas reclutadas mayoritariamente en la sección de Taveras. Llegó a La Vega, quedó bajo la jefatura de Luperón, quien lo envió a Monte Plata, en el frente del Este. Hizo toda la campaña en esa región. Exhibió en ella la conducta de un soldado digno, valiente y responsable. En la parte de sus memorias dedicadas a relatar el combate del 17 de enero de 1864, en Guabatico, el general Gregorio Luperón destaca en los mejores términos el arrojo y el sentido del deber del coronel Santiago Núñez.



OGANDO, ANDRÉS –MANO ANDRÉS–
OGANDO, TIMOTEO
OQUENDO, CANDELARIO

OGANDO, ANDRÉS
-MANO ANDRÉS-

Legendario y célebre guerrero, nativo de Pedro Corto, jurisdicción rural de San Juan de la Maguana. Hijo de Juan Ogando y Catalina Encarnación, troncos fecundos de una familia de héroes y mártires de las guerras nacionales. De los doce hijos procreados por Juan y Catalina, seis abonaron con su sangre los campos de batalla por la causa de la independencia nacional. Soldado de las luchas contra las invasiones haitianas, en las que sirvió a jefes de la talla de Duvergé, Puello, Rudecindo Suero, Florentino y José María Cabral, del cual Andrés fue cercano lugarteniente.

Opuesto desde un principio a la anexión, Andrés Ogando fue detenido el 14 de mayo de 1861, lo llevaron a Baní, pero se fugó espectacularmente de la prisión. Se reintegró a su lugar, respaldó la expedición dirigida por Sánchez en junio de ese año, dominador del medio geográfico y sus complejidades, logró escapar a la persecución de las autoridades y dos años después, cuando la Guerra Patria se propagó hasta las comarcas sureñas desde el 17 de septiembre de 1863, Ogando estuvo

en primera línea al lado del general Florentino. También estuvo en el entorno del general Cabral desde que, en junio de 1864, el héroe de Santomé se puso al frente de la Guerra de Restauración en el Sur.

Tras el fin de la guerra de liberación, siguió su carrera de hombre de armas, estuvo circunstancialmente al lado de Báez, pero desde que se inició el luctuoso gobierno de los *Seis Años*, de 1868 a 1874, Ogando hizo honor a su condición de íntegro patriota y se lanzó a la guerra de guerrillas a impedir la anexión a Estados Unidos que procuraban Báez y sus socios.

La *Guerra de los Seis Años* fue principalmente y por mucho tiempo, una guerra sureña y uno de los principales soportes de esa guerra fue sin duda alguna, la familia Ogando. Andrés, en lugar prominente. Entonces llevaba la vida errante del guerrillero. Sufrido, infatigable, de resistencia física y astucia excepcionales, conocedor del suelo, del ambiente y de los hombres de su tierra, y con liderazgo conquistado al precio de un valor y una dignidad personal a toda prueba.

Perseguido a muerte y con odio singular por los esbirros de

Báez, había sido imposible vencerlo por la fuerza, a pesar de que el propio dictador había encabezado una poderosa expedición militar que intentó limpiar el Sur de *maroteros* y *cacós* como llamaba despectivamente la propaganda oficial a los combatientes antianexionistas, en interés de hacerlos aparecer como agentes del gobierno haitiano de Fabré Geffrard.

Entonces quedaba el recurso sucio de la traición y el asesinato a mansalva, que fueron parte de la guerra sucia que en ese tiempo tuvieron su sangrienta inauguración en la historia dominicana. Eleuterio Reyes –*La Chiva*–, era uno de los oficiales de Andrés Ogando y fue el Judas que lo puso al alcance de los verdugos. Se puso Reyes al habla con el coronel Joaquín Campo y vendió a su jefe por dieciséis pesos.

La noche del lunes 7 de octubre de 1872, Reyes guió una ronda de degolladores, encabezada por Campo, entre las que se contaban cuatro de los más terribles asesinos baecistas, escogidos de las lúgubres filas de los tristemente célebres batallones *Ligero* y *Chavalo*. Eran ellos los nombrados *Baúl*, *Llinito*, *Solito* y *Mandé*. El traidor los llevó con mortífera

puntualidad por trillos y veredas que sabía desprotegidas de centinelas, hasta llegar al mismo rancho en que Andrés Ogando dormía junto a un muy reducido número de compañeros de armas. Una rápida carga al arma blanca dejó varios cadáveres tendidos. El de Andrés Ogando fue uno de ellos y otro, el de Fermín, hermano de Andrés. Apenas en abril del mismo año, Benito, otro hermano de Andrés, había sido víctima de los mismos asesinos en el camino de Rincón a Neyba. Así, a traición, mataron al abnegado general Andrés Ogando.

Andrés Ogando era de mediana estatura, musculoso, despierto, sufrido en la adversidad, tesonero y sereno en los combates, respetuoso y suave en tratando con la gente, y de un don de jovial simpatía que conquistaba. Más que amante de la libertad, fue un fanático de la independencia de los dominicanos, dice don Sócrates Nolasco, en sus Viejas Memorias.

Como nota final cabe aclarar el fin que le tocó al traidor *La Chiva*. El mismo historiador Nolasco recoge el testimonio del general sureño Carlos de la Rosa –*Cajó*–, nonagenario en 1927, según el cual *La Chiva*, el *vende-gente*,

cayó en manos de una guerrilla que De la Rosa comandaba en lucha contra el quinto y último de los gobiernos de Báez. Estaba amarrado en el campamento guerrillero y después que se le hizo confesar su crimen, *...ordené entonces, que con la misma sogá lo colgaran de la rama de una baitoa. Ahí quedó con la lengua afuera.*

OGANDO, TIMOTEO

Infatigable y benemérito soldado de la causa de su patria. Legendario y emblemático combatiente sureño, de larga y rectilínea trayectoria al servicio de las mejores causas. *El Páez de Pedro Corto*, lo calificó Alcides García Llubes. Militar en las guerras de la Independencia, se incorporó temprano a la lucha contra la anexión. Estuvo entre los combatientes de la expedición de junio de 1861 que culminó con la ejecución de Sánchez y veinte de sus compañeros, el 4 de julio de ese año.

Al enterarse de la difícil situación de Sánchez, corrió al galope tendido de su caballo, por senderos y montes con los que se había familiarizado desde niño, Ogando se abrió paso hasta la loma de Juan de la Cruz y le ofre-

ció las ancas de su cabalgadura a Sánchez para ponerlo a salvo al otro lado de la frontera con Haití. Sánchez declinó la salvadora ayuda y se quedó junto a sus compañeros. Se dice que Pedro Alejandrino Pina, aceptó la invitación de Timoteo y sobrevivió.

Ogando no abandonó la lucha a causa de aquel fracaso, no declinó su determinación de seguir peleando y desde que la guerra de liberación se propagó al Sur, en septiembre de 1863, tuvo en él a uno de sus más arduos e intrépidos soldados. Después de la dispersión causada por el contraataque de los españoles a fines de 1863 y de que la Revolución perdiera las posiciones conquistadas en la región, cundieron el desaliento y la sensación de derrota, y gracias a la templada voluntad de lucha, el patriotismo y el coraje de Ogando, junto a otros como Francisco Moreno y Aniceto Martínez, las fuerzas nacionales encontraron base para recuperarse y finalmente alcanzar la victoria.

Ogando fue herido en la batalla de La Canela, dirigida por el general Cabral el 5 de diciembre de 1864 y que constituyó el

golpe de gracia a la presencia de los colonialistas en el Sur.

Después de la guerra, Timoteo Ogando mantuvo incólume su condición de patriota. Fue el primer general de la región Sur en levantarse en armas contra la tiranía anexionista de Báez y peleó contra ella a todo lo largo de la *Guerra de los Seis Años*. *Primer guerrillero del Sur*, le llamó Luperón. Si en algún instante de su larga vida y su dilatada carrera de hombre de armas cayó Ogando en algún error que pusiera en entredicho su consecuencia con la causa nacional, la larga hoja de servicios prestados a la Patria, basta y sobra para acreditarlo como uno de los más altos exponentes del ideal de República Independiente y de nación libre y soberana.

Falleció en Santo Domingo en 1908, a los noventa años de edad. También fueron restauradores sus hermanos Andrés, Manuel María—*Manengue*—, Juan, Lino, Fermín, Benito, Enemencio, Tito, Pedro, Domingo, Víctor y Victoriano. Estos dos últimos eran mellizos. Juan Ogando y Catalina Encarnación fueron los troncos venerables de esa familia de héroes y mártires de la independencia y la libertad.

OQUENDO, CANDELARIO

Venezolano. Otra de las conciencias latinoamericanas que hicieron suya las luchas y agonías de los dominicanos por preservar su patria libre y soberana. Desembarcó con Duarte por Monte Cristi el 25 de marzo de 1864, se puso a la orden del gobierno, pidió un puesto para compartir riesgos y afanes con los restauradores y se le envió a los cantones de Puerto Plata, como coronel de artillería. Sirvió allí de ayudante y desde entonces empezó a ser el secretario privado del general Gaspar Polanco.

Cuando Polanco derrocó a Salcedo y se hizo con el poder, nombró a Oquendo, junto a Juan Belisario Curiel, en la Comisión de Guerra, mediante decreto del 16 de octubre de 1864. Se acusa a Oquendo de haber inducido maliciosamente al presidente Salcedo a viajar a Guayubín, donde Juan Antonio Polanco y otros adherentes suyos, le tenían preparada la celada en la que cayó el infortunado presidente.

Era más secretario que ministro, dice de Oquendo el poeta y escritor Manuel Rodríguez Objío, y éste, debido al papel que jugaba el venezolano como hombre ilustrado, al lado del

presidente Polanco que no sabía de letras. Se dice que estaba oficialmente autorizado a firmar oficios por el presidente. Por eso fue acusado con tanta saña cuando, al caer Polanco en enero de 1865, se inició la persecución de los implicados en la muerte de Salcedo y fue llevado el caso a un tribunal que inició sus trabajos el 5 de abril de 1865.

Se dictó sentencia de muerte contra Oquendo, lo mismo que

contra Polanco y otros notables dirigentes civiles y militares de la Restauración, pero meses antes, Oquendo había sido enviado coincidentalmente a una misión diplomática a su país. Al momento de la despedida, sin sospechar lo que le sobrevendría luego, lanzó una ardorosa proclama a los dominicanos, fechada a 18 de noviembre de 1864, calzada con su firma y en la que se titula General de los Ejércitos Libertadores.



PARADAS, JUAN BAUTISTA
PASTOR, LUIS
PEGUERO, QUINTINO
PEÑA, FRANCISCO -PACO-
PEÑA MASAGÓ, AGUSTÍN
PEPÍN, AGUSTÍN
PERDOMO MARTÍNEZ, EUGENIO
PEREYRA, EUSEBIO
PERPIÑÁN, GENARO
PIERRE , THOMAS
PIMENTEL, PEDRO ANTONIO
PIMENTEL, TOMÁS
PINA, CALIXTO MARÍA
PINA, PEDRO ALEJANDRINO
PIÑEYRO BOSCÁN, DOMINGO
POLANCO BORBÓN, GASPAR
PONCE DE LEÓN, MANUEL
PONCERRATE, SEBASTIÁN
PROUD'HOMME, PEDRO
PUJOL Y SOLANO, PABLO DOMINGO

PARADAS, JUAN BAUTISTA

Español residente en Santo Domingo al producirse la Guerra de Restauración. Identificado con la causa de la tierra que le dio abrigo, Paradas formó parte del grupo de capitaleños que operaron secretamente, bajo la dirección de la Junta Revolucionaria. Después de la liberación, ya en los comienzos de los años ochenta del siglo diecinueve, fue desterrado a Venezuela, por sus afanes conspirativos en favor de Buenaventura Báez.

PASTOR, LUIS

Nació en España, según el historiador Rufino Martínez. Llegó al país a raíz de la anexión, pero se encariñó con él y tomó las armas para liberarlo de la opresión que compatriotas suyos pretendieron imponer. Combatió en la Línea Noroeste, en el campamento de El Duro, en agosto de 1864. Poco después fue enviado a la región Sur donde estuvo a las órdenes del general José María Cabral, que lo mandó en representación suya ante el gobierno de Santiago en octubre del mismo año. Alcanzó nivel de comandante, que era el equivalente al de mayor. Después fue

destacado a la plaza de San Juan de la Maguana.

Pasó la guerra de liberación y en perjuicio de su propia gloria, Pastor se destacó como radical militante baecista. Estaba expulsado del país en 1866 y se integró a la expedición encabezada por Tomás Mercedes Botello, que desembarcó por Boca de Yuma, Higüey. Fue capturado, condenado a trabajos forzados y después se le cambió la pena por la de destierro perpetuo. Un cambio de gobierno lo liberó de la condena y vivió Pastor en Santo Domingo hasta su muerte, el 12 de febrero de 1912.

PEGUERO, QUINTINO

Fue de los primeros en pronunciarse contra la anexión en las jurisdicciones del Este, bajo control tradicional del general Santana. Fracásó en sus primeros intentos, pero se fue a los montes en plan de guerra. Allí lo encontraron y pudieron contar con él los que, como Genaro Díaz y Pedro Guillermo, se sumaron más adelante al movimiento Restaurador.

Peguero, natural de El Manchado, Hato Mayor, se destacó por su coraje, su don de mando y

el prestigio que se ganó entre las tropas. Fue jefe del frente de El Manchado, por el mes de octubre de 1864.

En la segunda República sirvió al general Cesáreo Guillermo, con quien se insurreccionó contra el gobierno del Padre Meriño en 1879. Tropas comandadas por Lilís, que era Ministro de Interior y Policía, localizaron a los alzados en Porquero, Monte Plata y en el curso del combate que se libró murió Quintino Peguero.

PEÑA, FRANCISCO

–PACO–

Se colocó junto a la causa nacional y tomó parte en la Guerra de Restauración en los escenarios del Noroeste. *De estatura baja y cuerpo un poco grueso, pero fuerte*, según descripción del investigador maño Manuel Rodríguez Bonilla en su obra *La Batalla de La Barranquita*. No pudo determinarse con precisión el lugar de su nacimiento, pero asegura el citado autor que durante la Revolución Restauradora perteneció al Regimiento *Entre los Ríos*, comandado por el general de brigada Manuel Jiménez. Peña peleó también a las órdenes de Monción y Pimentel.

El paso lento de los años no le apagó a Francisco Peña la vena de patriota. En el 1916 se enteró de que tropas norteamericanas habían invadido el territorio nacional y que un contingente de esos soldados invasores, después de desembarcar por Monte Cristi, avanzaba con dirección a Santiago. Paco Peña sintió latir en su corazón y su conciencia el mismo impulso que lo llevó a los campos de batalla cincuenta y tres años antes. Ahora con ochenta años a cuestas, probaba con hechos que su patriotismo estaba joven. Vivía en la loma de Guayacanes, en la Cordillera Septentrional, le dijo adiós a su mujer Tomasina Payero y bajó al llano a ponerse a las órdenes del capitán Máximo Cabral, quien, junto con Carlos Daniel, organizaba la resistencia armada a los invasores norteamericanos.

El 3 de julio de 1916, se trabó un combate desigual en La Barranquita, Mao, entre un grupo de patriotas y la columna invasora que avanzaba. Cayeron mártires varios dominicanos, incluyendo a Cabral, a Carlos Daniel, y al propio Paco Peña, que se cubrió de gloria al morir peleando contra los yanquis, en nombre del mismo ideal de patria libre y

soberana, que le infundió coraje como soldado Restaurador, contra los españoles.

Por diligencias de la benemérita educadora y gallarda luchadora nacionalista, Ercilia Pepín, los restos de Peña, soldado de dos jornadas históricas, y los de sus compañeros fueron trasladados con los merecidos honores a la Catedral de Santiago, *a fines de los años veinte*, dice Rodríguez Bonilla.

PEÑA MASAGÓ, AGUSTÍN

Liniero. De ascendencia haitiana, era teniente al imponerse la anexión y quedó adscrito a las Reservas a la orden de los españoles. Residía en Puerto Plata y marchó al frente desde que se inició la guerra en esa provincia el 27 de agosto de 1863. Fue llamado a Santiago en noviembre de 1864 y desde allí lo trasladaron al puesto de Las Jabillas, donde mandaba el general Carlos Medrano y estaba detenido el general Pepillo Salcedo. En ese punto, Medrano le transmitió a Peña la orden emanada del presidente Gaspar Polanco de sacar al prisionero con el fingido propósito de llevarlo a la bahía de Blanco, hoy Luperón, y fusilarlo en el camino. El 5 de noviembre

de 1864, el coronel Peña Masagó, junto al también coronel Martín Santos, condujeron el preso hasta la playa de Maimón y al caer la tarde ordenaron a un piquete de soldados pasarlo por las armas.

Tiempo después de terminar la guerra, Peña Masagó se estableció en Joba, nombre original del poblado de Gaspar Hernández, en la costa Norte, y se dice que vivió en esa localidad por el resto de su vida.

PEPÍN, AGUSTÍN

Nacido en La Canela, de Santiago en 1836. Agricultor. En los momentos en que Carlos de Lora y Eugenio Perdomo organizaban el levantamiento del 24 de febrero de 1863, en esa ciudad, Pepín se incorporó activamente a esa conspiración. Después del fracaso se mantuvo en la clandestinidad y reapareció, peleando a la orden del general Gaspar Polanco, en medio de los reñidos combates del sitio contra los españoles. En la colosal batalla del 6 de septiembre de 1863, ya alrededor de la una de la tarde, según narra Archambault en su *Historia de la Restauración*, el general Polanco había ordenado a Juan Burgos, de Licey, *individuo insignificante, pero*

bravo, incendiar la ciudad, y Burgos ejecutó el mandato. Con el incendio ya desatado, Agustín Pepín, también por orden de Gaspar Polanco, le dio candela al almacén del antiguo gobernador Achille Michel, que estaba en la fortaleza y peleaba al lado de Buceta y los españoles. El fuego en esta construcción, cercana al fuerte San Luis, hizo más crítica la situación de los sitiados, que, aunque se aguantaron varios días más, ya no encontraron la forma de prolongar mucho más de ahí la resistencia, y mucho menos, pasar exitosamente al contraataque. Vivía aún a mediados de los años 30 del siglo veinte.

PERDOMO MARTÍNEZ, EUGENIO

Nació en Santo Domingo el 1° de noviembre de 1837. De la crema y nata de la juventud intelectual a la que pertenecieron Mariano Cestero, Rodríguez Objío, Manuel de Jesús Heredia, José Gabriel García y otras preclaras inteligencias nacionales.

Poeta, articulista de prensa, residía en Santiago cuando se proclamó la anexión, y tenía rango de alférez de marina en las Reservas. Fue de los principales

organizadores del fallido levantamiento iniciado en Santiago el 24 de febrero de 1863. El golpe se inició con el ataque a la cárcel pública, pero sin la organización ni las fuerzas necesarias para el triunfo, el movimiento fue rápidamente reprimido por las autoridades y parte de los comprometidos enviados a la prisión. Perdomo, al igual que otros de sus compañeros de empresa, se trasladó a la Línea, con la decisión de sumarse a los patriotas que desde el 21 de febrero se habían lanzado a la acción armada. Pero la insurrección en la Línea tampoco pudo prosperar, y en medio de las persecuciones con que los españoles respondieron, cayó Perdomo en manos del enemigo.

Trasladado a Santiago, se le llevó cargado de cadenas ante un Consejo de Guerra creado expresamente para castigar a los protagonistas de los hechos de armas ocurridos a partir del 21 de febrero en el Noroeste y en Santiago. Perdomo fue condenado a muerte el 20 de marzo de 1863 y ejecutado el 17 de abril, en el cementerio. El general españolizado José Hungría y el brigadier español Manuel Buceta asistieron personalmente a presenciar la ejecución de los condenados,

que, además de Perdomo, eran José Vidal Pichardo, Ambrosio de la Cruz, Pedro Ignacio Espaillet y Carlos de Lora.

La muerte de Perdomo estuvo rodeada de toda una aureola de nobleza y heroísmo propios de los personajes de leyenda. Mientras esperaba la ejecución envió tarjetas de despedida a muchos de sus amigos. Se dice que la noche antes de morir fusilado, pidió a un oficial de apellido Trujillo que lo custodiaba que le permitiera, bajo palabra de honor, ir a despedirse de su novia Virginia Valdez, con el juramento de que, cumplido su deseo, regresaría a la celda donde esperaba la hora de la muerte. Añade la leyenda que, conmovido el oficial Trujillo por las palabras del condenado, le prestó su uniforme y esperó por el regreso de Perdomo, que tuvo la hidalguía de cumplir su palabra, sin defraudar la inusual confianza del oficial español.

A Perdomo se le atribuye igualmente el haber rechazado los burros que le ofrecieron a los condenados para recorrer el trayecto de la prisión al cementerio, con la frase guardada aún por las tradiciones de que *los dominicanos, cuando van a la gloria, van a pie*. Dejó, además, un Diario,

escrito en sus días de condenado a muerte, y que abarca del 4 al 16 de abril, víspera de su fusilamiento.

Hizo un postrero esfuerzo por evitar el fusilamiento, cuando envió una carta a los cónsules respectivos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, con la solicitud de que intercedieran ante el Capitán General para evitar la aplicación de la sentencia. Ante lo inevitable enfrentó con toda dignidad la dura prueba de la muerte y quedó para siempre en el recuerdo colectivo como uno de los más dignos y valientes mártires de la Restauración.

PEREYRA, EUSEBIO

Nació el 5 de marzo de 1821. Hijo de José Ascensión Pereyra y de la banileja Victoria Santana. Militar de los tiempos de la primera República y general de las Reservas a la orden de los españoles, bajo la anexión. Tomó parte en la Guerra de Restauración en sus propios lugares de origen.

Permanecía oculto, y un día en que Luperón marchaba de Baní hacia Yaguate, fue abordado por Pereyra quien juró fidelidad a la República y pasó a formar parte

de la comitiva que acompañaba a Luperón. Al parecer rondaban las dudas en torno al nuevo adepto, y en oficio fechado a 5 de noviembre de 1863, el coronel Norberto Tiburcio le aconseja a Luperón no perder de vista a Pereyra porque *sus operaciones son sospechosas*.

Las dudas se despejaron y Eusebio Pereyra cumplió tareas y alcanzó posiciones importantes en el curso de la guerra. Dirigió el pronunciamiento de San Cristóbal el 12 de noviembre de 1863. El 28 de diciembre recibió instrucciones de hacerse cargo de la jefatura del campamento de San Pedro, en la región Este, en reemplazo del general Pimentel. El 8 de marzo de 1864 fue nombrado jefe de Operaciones de El Bermejo y en septiembre Comisario General de las líneas del Este y el Sur.

En Santiago formó parte de la Junta encabezada por Benigno Filomeno de Rojas, que gobernó interinamente después de la caída de Polanco en enero de 1865. Fue diputado por La Vega a la Asamblea Nacional inaugurada el 27 de febrero y en la cual se convalidó la presidencia de Pimentel.

Siguió su camino de hombre público, después del fin de la

guerra. Se opuso al régimen dictatorial de los Seis Años de Báez, a causa de lo cual fue desterrado. En 1888 recibió una pensión del Congreso Nacional por los servicios prestados a la Patria, murió en su natal San Cristóbal el 17 de marzo de 1906.

PERPIÑÁN, GENARO

Santiago. Ebanista. Activista del frustrado levantamiento patriótico de febrero de 1863 en Santiago. Evadió la captura al trasladarse en secreto a la Línea Noroeste. Cuando resurgieron las acciones con el Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863, se sumó sin titubeos al movimiento. Combatió en la batalla de Santiago en septiembre de 1863. Cuando se formó el Gobierno Provisorio presidido por Salcedo, Perpiñán fue nombrado miembro de la Comisión de Interior y Policía, junto a Máximo Grullón. Firmó el Acta de la Independencia del 14 de septiembre. Prestó servicios en La Vega en enero de 1864; el 26 de febrero siguiente se le envió al Sur junto al general Mella en misión de guerra.

En septiembre de 1864 Genaro Perpiñán estaba al frente de la

Comandancia de Armas de Moca. De allí fue enviado a Estero Balsa, en el mes de octubre y lo designaron de nuevo Comandante de Armas, pero esta vez de la serrana común de San José de las Matas. En ese mismo mes se sumó al movimiento encabezado por Gaspar Polanco contra el presidente Pepillo Salcedo.

En la vida política que siguió a la reconquista de la soberanía nacional y como si se olvidara de su página de soldado patriota, Pepiñán fue principalmente partidario de Báez. Residía en Dajabón y allí le llegó la muerte en el año 1891.

PIERRE, THOMAS

De origen haitiano, residía en Sabaneta. Pudo más el fuerte sentimiento de amor que le tomó a la República, que el vínculo de sangre que tenía Pierre con Haití. Así, peleó del lado dominicano en los tiempos de la separación y llegó a ser coronel de artillería al lado del general Santiago Rodríguez.

Fue uno de los protagonistas del asalto a Guayubín el 21 de febrero de 1863 y actuó también en Sabaneta. A la derrota, siguió la devastadora represalia de los

españoles. Santiago Rodríguez cruzó la frontera y se puso a salvo, aconsejó a Pierre que lo siguiera, pero éste se negó bajo la creencia de que en Haití también estaba condenado a muerte, por su pasado de lucha por la Independencia dominicana. Fue capturado en un campo de Sabaneta, llevado a Santiago y ejecutado junto al valeroso general Antonio Batista, en el mismo sitio en que días antes habían sido pasados por las armas Eugenio Perdomo, Ambrosio de la Cruz, Carlos de Lora, Pedro Ignacio Espaillet y Vidal Pichardo.

PIMENTEL, PEDRO ANTONIO

Nació en 1813, en Las Matas de Santa Cruz, Monte Cristi. Hijo de un calabrés nombrado Guiseppe y de la dominicana Petronila Pimentel, pero criado por una tía, Leona Pimentel, conforme con lo escrito por el historiador Pedro María Archambault.

Otra versión la da el historiador Rufino Martínez, en su *Diccionario Biográfico Histórico Dominicano*, según la cual Pedro Antonio Pimentel nació en Lozano, Monte Cristi, y era hijo

de Jacinto Pimentel y Joaquina Chamorro.

En su obra *Próceres de la Restauración*, Emilio Rodríguez Demorizi cita la sumaria instrumentada por los españoles contra los patriotas, con motivo de los sucesos de febrero de 1863, en los que tomó parte destacada Pimentel. Según esa sumaria, el personaje era de Guayubín y tenía 41 años en 1863.

Según la descripción del español Ramón González Tabla, en 1864 Pimentel era: *de proporcionada estatura, buenas facciones y color europeo; su cabellera y bigotes eran grises... Era ganadero, hombre de ruda franqueza y de enérgica resolución... Se oponía a toda transacción que no tuviese por base el abandono de la isla.*

Con el sin igual entusiasmo y el coraje que lo distinguían, Pimentel se comprometió medularmente con el movimiento insurreccional que se inició el 21 de febrero en Guayubín. Estuvo en el asalto a esa villa y después del fracaso, cayó preso Y logró salir de la prisión por el indulto dispuesto por los españoles. Sin rendirse por los golpes que recibió el movimiento, se entregó por entero a la tarea de preparar la nueva insurrección. En cooperación

con Monción, Santiago Rodríguez y otros patriotas que se hallaban en Haití, y con la base de apoyo interna que le ofrecían las guerrillas comandadas por el indómito coronel José Cabrera, Pimentel ya estaba levantado en armas cuando catorce de sus compañeros dieron el Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863.

Después de actuar directamente en innúmeros y sucesivos combates, Pimentel se sumó a la persecución del brigadier Buceta, odiado y aborrecible personaje, que huía desesperadamente del Noroeste hacia Santiago. El 17 de agosto tuvo el arrojo de lanzarse heroicamente a rescatar a Benito Monción, que, en medio del combate de El Cayucal, rodó por tierra, herido por un dragón español que ya volvía sobre el caído a rematarlo. Igualmente estuvo presente Pimentel en la porfiada batalla de Santiago y en la persecución de los españoles que se retiraban a Puerto Plata.

Fue enviado al Este y en noviembre ostentó la jefatura de todas las fuerzas nacionales de esa región. El 29 de diciembre, del cantón de San Pedro pasó a formar parte del gobierno de Santiago. Luego se le trasladó a la

Línea, cumplió allí diversas misiones de guerra y el 10 de febrero de 1864 se le designó Gobernador de Santiago. Catorce días después ocupó temporalmente la jefatura de las tropas de Puerto Plata, mientras Gaspar Polanco se restablecía de una lesión sufrida en el curso de un combate.

Enemigo acérrimo de Salcedo, respaldó el golpe de Gaspar Polanco en octubre de 1864, alentó la prisión de Salcedo y junto a Juan Antonio Polanco, con una tenacidad digna de mejor causa, pretendió hacerse del prisionero para matarlo. Luego, Pimentel se sublevó contra Polanco y paradójicamente, una de las razones políticas que esgrimió para justificar su acción, fue la necesidad de hacer justicia y castigar a los matadores de Salcedo.

A partir del 19 de enero de 1865 ejerció el gobierno una Junta encabezada formalmente por De Rojas. Teóricamente, Pimentel era el Ministro de la Guerra, hasta que la Convención Nacional que se inició el 27 de febrero y terminó sus labores el 25 de marzo lo confirmó como presidente. El primer decreto de Pimentel fue ordenar la investigación del caso Salcedo y su

principal empeño fue llevar al paredón de fusilamiento a Polanco y los demás acusados de tomar parte en la ejecución por la que el mismo Pimentel había afanado tanto.

La toma del gobierno por parte de Pimentel constituyó, sin duda alguna, un retroceso y un golpe a la buena marcha y posibilidades de avance progresista del movimiento Restaurador. Con esa acción se reforzaron las posiciones de la parte más conservadora del movimiento. Teodoro Stanley Heneken, inglés naturalizado dominicano, rico terrateniente y negociante, que a su inteligencia y sus luces intelectuales sumaba la falta de escrúpulos, la sinuosidad y la inclinación permanente a la manipulación y la componenda a costa de los intereses nacionales, fue el cerebro que manejó a Pimentel desde las sombras.

Basta leer la lista de los que empezaron a ser perseguidos y de los que al lado de Pimentel, pasaron a primer plano de los altos cargos del gobierno, para darse cuenta de la orientación conservadora que pasaba a ser predominante. Espaillat, Julián Belisario Curiel y otros de la misma línea liberal, civilista y nacionalista,

fueron relegados y en algunos casos, apresados, amenazados de muerte y condenados a confinamiento. Conservadores como Pedro Gregorio Martínez, y antiguos sospechosos de traición como Eusebio Pereyra, ocuparon las posiciones claves del gobierno.

A fin de cuentas, con la caída de Polanco y el ascenso de Pimentel y su grupo civil y militar, ganaba Báez, cuyos seguidores en el territorio nacional seguían sumamente activos, mientras él se separaba de sus cargos oficiales en España y aceleraba afanosamente el plan que había concebido para el retorno al poder. Ahora, con Santana muerto, era sin lugar a discusión el personaje de más influencia política del país.

En su ejercicio de gobierno, le tocó al general Pimentel la histórica tarea de dirigir las negociaciones que pusieron fin a la presencia de los españoles en territorio dominicano, y cuando en el curso de esas capitulaciones y bajo asesoría directa del inefable Heneken la comisión negociadora enviada por el gobierno arribó al *Pacto de El Carmelo* que incluía concesiones deshonorosas para la República, Pimentel tuvo el tino de rechazar aquellas capi-

tulaciones y fue indispensable un armisticio distinto. El 1° de mayo de 1865, la Reina Isabel II se acogió a la opinión de las Cortes y derogó el decreto del 19 de mayo de 1861 que consagraba la incorporación del territorio dominicano a la Monarquía española, en condiciones de provincia de ultramar.

El 4 de agosto de 1865, apenas veintiséis días después del fin de la ocupación, Cabral se sublevó en Santo Domingo y con ello marcó el fin de la administración de Pimentel. Entonces fue Pimentel el perseguido. Se le confinó a la Capital.

Después de la liberación, tuvo Pimentel una intensa y accidentada vida política. Ejerció nuevamente funciones de gobierno, como Triunviro, junto a Luperón y Federico de Jesús García. Inconstante, turbulento, tenaz, valeroso hasta el lindero de la temeridad, inclinado a las soluciones de fuerza, sumó a los altos méritos de Restaurador, el haber acompañado a Cabral y a Luperón en *La Guerra de los Seis Años* contra la dictadura de Báez y el plan de anexión a Estados Unidos.

Había gastado su fortuna durante la Restauración. y murió

pobre el 6 de junio de ese año. En 1867, era Cabral presidente y dispuso que a Pimentel se le diera una considerable suma de dinero como reparación por los altos costos que tuvo que hacer en la guerra contra los españoles, y el general Pimentel lo rechazó rotundamente. Prefirió morir pobre y en el año 1874, luego de ser herido en combate, se asentó en Cartier-Morin, Haití, donde murió el 6 de junio de ese mismo año. Sus restos fueron sepultados con honores por las autoridades de Cabo Haitiano y en abril de 1884, por sugerencia del general Monción, fueron traídos con la mayor solemnidad a descansar a tierra dominicana.

PIMENTEL, TOMÁS

Sureño, santanista, y como tal, partidario de la anexión, hasta comprometerse a servir de fiscal acusador en el juicio de julio de 1861, en San Juan, en el que Sánchez y sus compañeros fueron condenados a muerte. Era coronel de las Reservas a la orden del régimen anexionista. Cuando la Guerra Patria se extendió al Sur, y como para lavar la oscura mancha que había echado sobre su conciencia, To-

más Pimentel cambió de bando, se puso al lado de la causa nacional y empezó a actuar junto a jefes restauradores como Florentino, Francisco Moreno, Aniceto Martínez y otros de semejante categoría. Actuó en la toma de Neyba a las órdenes del general Ángel Félix.

PINA, CALIXTO MARÍA

Sacerdote capitalaño. Simpatizante del movimiento Restaurador. Fue tal la opresión impuesta por las autoridades españolas, que hasta en el seno de la iglesia católica se sintieron sus efectos. Y, por supuesto, provocaron allí también la consiguiente rebeldía. Ni siquiera esa institución, que era uno de los principales soportes ideológicos del colonialismo español desde los tiempos del Descubrimiento y la Conquista, pudo evitar que en sus filas brotara el espíritu de la resistencia.

La jefatura de la iglesia católica en el país fue puesta en manos del obispo Bienvenido Monzón, cuya intolerancia corría pareja con la de sus antecesores de la Inquisición. Esta cavernaria autoridad del clero le declaró la guerra santa a cualquier culto que no fuera la religión

católica; llamó a la persecución de instituciones como la masonería, que tenía en esos tiempos un importante peso social, ya que en ella se congregaban destacadas personalidades de las ciudades principales del país. Amenazaba con la excomunión a cualquier persona en la forma más antojadiza; y en su determinación de mantener el control espiritual de la gente, empezó por imponer una disciplina oscurantista y férrea a los propios pastores de la iglesia.

Acorde con la mentalidad feudal de Monzón, los sacerdotes y obispos españoles ocuparon los cargos más importantes, mientras los nativos fueron marginados y tratados como inferiores. Un edicto del obispo Monzón prohibió a los párrocos recibir paga por sus servicios religiosos y los obligaba a conformarse tan sólo con el subsidio mensual que el obispado prometió entregarles.

El padre Pina recibió directamente el golpe de las autoridades superiores de la iglesia, quienes le destituyeron de la Gobernación Eclesiástica de Santo Domingo, en el momento en que le correspondía reemplazar al padre Fernando Arturo de

Meriño, que, a su vez, había sido virtualmente deportado a Puerto Rico, como reprimenda por su actitud política a favor de la independencia de su patria.

El padre Pina no se doblegó. Realizó tareas patrióticas como miembro de la Junta Revolucionaria que operaba secretamente en la Capital y, al caer bajo sospecha, las autoridades españolas lo enviaron prisionero a la cárcel colonial de El Morro, de La Habana, y después lo trasladaron a Puerto Rico, sin derecho al regreso a Santo Domingo.

En las negociaciones del fin de la guerra, la parte dominicana propuso que en el acuerdo para poner punto final a la contienda, quedara consignado que el padre Pina asumiría la jefatura superior de la iglesia en el país, después de irse los españoles. Esto fue rechazado tajantemente, tanto por De la Gándara, como por el obispo Arcada. Finalmente, el padre Pina volvió al país y recuperó la libertad, cuando fue canjeado por prisioneros españoles el 9 de abril en Puerto Plata, junto al también sacerdote Francisco Regalado. Pina murió en julio de 1877, en ejercicio sacerdotal en Moca. Había nacido en 1832.

**PINA, PEDRO
ALEJANDRINO**

Hermano del anterior. Nació en Santo Domingo, el 20 de noviembre de 1820, fruto de la unión matrimonial de Juan Pina y María García. Integrante de la promoción de jóvenes capitaleños que cerró filas junto al Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte. Fogoso propagandista y orador, poeta, soldado, escritor. El más joven de los nueve fundadores de la sociedad patriótica *La Trinitaria*, pionera en la lucha por la fundación de la República. Tuvo que embarcarse junto al patricio y al también trinitario Juan Isidro Pérez, el 2 de agosto de 1843 para ponerse a salvo de la persecución de los ocupantes haitianos.

Regresó después de proclamada la República y fue a los campos de batalla a combatir por la preservación de la soberanía contra las invasiones haitianas. Cuando las posiciones políticas se delimitaron en el bando separatista, entre los conservadores y entreguistas que luchaban contra Haití pero buscaban poner el país bajo el dominio de otra potencia extraña, y los que anhelaban la patria libre y soberana, Pina se opuso al bando conservador y

siguió firme en el campo liberal y nacionalista.

Estaba de nuevo en el destierro cuando se impuso la anexión a España en 1861 y se enroló en la expedición patriótica encabezada por Sánchez y Cabral. Logró sobrevivir al cruzar la frontera y por nueva vez le tocó luchar desde el destierro. Estaba en Coro, Venezuela, y desde allí escribió a Duarte para informarle del desarrollo de la Guerra de la Restauración.

Volvió a la Patria poco tiempo después de la retirada de los ocupantes. En octubre de 1865 estuvo con el gobierno de Cabral como Gobernador de Santo Domingo. Báez, el vende-patria de siempre, volvió al poder el 2 de mayo de 1868 y rebeló enseguida sus planes anexionistas, esta vez con los Estados Unidos como potencia predilecta. Pina tuvo que volver de nuevo al destierro pero para seguir luchando como siempre, y en la *Guerra de los Seis Años* que se libró entonces contra la dictadura baecista, estuvo junto a Cabral, Luperón, Pimentel, los Ogando y otros meritorios patriotas, haciendo la guerra de guerrillas en los campos de la región Sur. En esa otra contienda por la Independencia, peleaba con valor, atrincherado como

siempre en el mismo ideal de Independencia plena, por el cual, casi cuarenta años atrás, había empezado la lucha junto a Duarte. Y en esa digna y elevada actitud lo encontró la muerte el 24 de agosto de 1870, en Las Matas de Farfán.

PIÑEYRO BOSCÁN, DOMINGO

Oriundo de Santo Domingo, nacido en 1830, de la unión del prócer de la Independencia José Piñeyro, con Candelaria Boscán. Soldado de las luchas contra las invasiones haitianas. Estaba en el exterior y viajó desde Coro, Venezuela, a Curazao, para unirse a Sánchez y Cabral y venir en la patriótica expedición de junio de 1861. Cayó preso y condenado a muerte, subió a la inmortalidad por la ruta del heroísmo y el martirio, cuando el 4 de julio de ese mismo año, fue ejecutado junto a Sánchez en San Juan de la Maguana.

POLANCO BORBÓN, GASPAR

Nacido en Corral Viejo, Guayubín, en el año 1818. Hijo de Valentín Polanco y Juana Borbón.

Era coronel de caballería en la época de las luchas de separación libradas contra Haití entre 1844 y 1856. Se distinguió en batallas tan importantes como la de Jácuba y la de Talanquera. Dueño de grandes hatos de crianza, residía en Cañeo, Esperanza, donde tenía una de sus fincas. Ya para 1861, año de la anexión, tenía rango de general de brigada, y con esa jerarquía quedó inscrito en las Reservas al servicio de las autoridades. Era jefe de caballería española en todo el Noroeste. Según la descripción de Archambault, para los tiempos de la anexión, el general Polanco: *Contaba 50 años de edad, era mulato claro, enjuto de cara, mal parecido, alto y desgarrado, un tanto doblado de cuerpo.*

En los primeros momentos de la Guerra Patria, y mientras su hermano mayor Juan Antonio combatía por la causa nacional, Gaspar peleaba contra los patriotas, primero, en los levantamientos de febrero y aún después del pronunciamiento del 16 de agosto en Capotillo. Fue Gaspar Polanco quien apresó a Vidal Pichardo, protagonista del levantamiento de Santiago y fusilado días después por los españoles. Pero pronto Polanco volvió

sobre sus pasos y regresó a la senda del ideal nacional. Se unió a las fuerzas encabezadas por Monción y Pimentel en la persecución del brigadier Buceta; avanzó hacia Santiago, estableció su puesto de mando en Quinigua y no tardó en ser admitido como jefe supremo por sus compañeros de armas.

Él mismo se propuso como jefe superior y fue aceptado por sus condiciones de valeroso y competente guerrero, por haber sido el único general de las campañas de la Independencia que tomaba parte hasta ese momento en el movimiento, por su peso social, su prestigio y su autoridad. General en Jefe de los Ejércitos en Operaciones de la República, era su título.

Hombre enérgico, tan implacable que a veces lindaba en la crueldad cuando de castigar a sus enemigos y perseguir la traición se trataba. Gaspar ...*era un hombre de carácter ingenuo, pero irascible, con un temperamento tempestuoso y tremendo*, dice su amigo y compañero Luperón. Desde su cuartel de Quinigua, el 31 de agosto de 1863 ordenó el ataque a Santiago, bastión principal de los españoles en la región Norte.

Le puso sitio a la plaza. El 6 de septiembre consideró precisa una acción que doblegara la terca resistencia de los españoles rodeados en la fortaleza San Luis y ordenó el incendio de la ciudad. Desde entonces los sitiados, aunque resistieron varios días más, no tuvieron otra salida que evacuar la plaza. No podían continuar una resistencia sin posibilidades de éxito contra los embates de los dominicanos, que en tiempo sorprendentemente corto, a plomo y machete, habían limpiado la Línea entera de españoles; tenían rodeada a Puerto Plata; habían liberado a Cotuí, Moca, San Francisco de Macorís y La Vega.

Las características populares y la fuerza volcánica de la revolución habían sorprendido a los españoles. *La situación en la provincia de Santiago de los Caballeros se ha complicado gravemente, como podrá V. E. juzgar de los partes que he recibido... No cuento con tropas suficientes para contener el desbordamiento de la rebelión... El pueblo de Guayubín ha sido incendiado, batida su guarnición y degollados los enfermos*, dice el oficio fechado a 25 de agosto de 1863, remitido a la Capitanía General de la Isla de Cuba, por el Capitán

General de Santo Domingo, Felipe Rivero Lemoine y que se recoge en la obra *Diario de la Guerra Dominico-Española*.

Desde entonces se advirtió la tendencia de los ocupantes a irse concentrando en determinados puntos marítimos, de forma tal que ante el previsible colapso de sus ejércitos, no le quedara cortada la retirada. Como Puerto Plata era el más próximo a Santiago, Buceta y sus secuaces se decidieron por evacuar esa ciudad que ardía bajo las botas del invasor, y empezaron a hablar de negociación con fines de ganar tiempo y encontrar, como encontraron, la brecha propicia para escaparse sin entregar sus armas. Aprovecharon un momento de confusión del mando político nacional, abandonaron la fortaleza y empezaron un desastroso repliegue a Puerto Plata, el 13 de septiembre de 1863.

Al día siguiente, el 14 de septiembre de 1863, se organizó el gobierno nacional en Santiago. Polanco, que se vio de súbito frente a las complejidades de la alta política y los asuntos del Estado, se ocupó de encabezar la persecución de los que huían hacia la costa Norte. Fue designado Jefe de Operaciones de toda

la Línea de Puerto Plata, se acogió al nombramiento y se instaló en su campamento general de Las Jabillas, como subalterno del presidente Salcedo y su gobierno, pero sin renunciar a la posibilidad de hacerse en el futuro con el mando. Fue herido en febrero de 1864 y después de un breve retiro para restablecerse, volvió el 10 de marzo a su puesto de mando de Las Jabillas. Era misión difícil la que tenía Polanco a su cargo en Puerto Plata, donde contaban los ocupantes con una guarnición permanente y estable de millares de tropas bien armadas, que podían ser abastecidas y reforzadas por mar, desde Santo Domingo, o Samaná o desde Cuba y Puerto Rico, para emprender operaciones ofensivas de gran envergadura.

En octubre de 1864, el general Gaspar Polanco, con la cooperación de otros generales restauradores, como su hermano Juan Antonio, Monción y Pimentel, aprovechó el estado de semiparálisis, la pérdida de dinamismo en que había caído la Revolución Restauradora, a causa de actitudes negligentes y movimientos sospechosos del presidente Salcedo, para organizar un levantamiento y derrocarlo. No le fue

difícil lograrlo. Polanco era un factor de mucho peso en el movimiento. Por su ascendencia en el ejército Restaurador, su relación de mucho tiempo con la oficialidad y la cercanía con dirigentes políticos importantes. Salcedo, en cambio, aparte de la ostensible apatía que dejaba traslucir a medida que pasaba el tiempo, de la falta de previsión y de energía que estaba demostrando, había visto mellado su prestigio, y para algunos se había vuelto sospechoso de andar buscando una componenda con los españoles.

Aprovechó Polanco el malestar creado por la pérdida de Monte Cristi en mayo de 1864 y de las dudas y la desorientación provocadas por iniciativas del presidente Salcedo de entrar en negociaciones con el enemigo después de ese fracaso. Disminuyó aún más la autoridad del presidente cuando, en medio de la crisis en que venía desenvolviéndose su administración, se pronunció ya abiertamente por el regreso de Báez para que se hiciera cargo del gobierno. Sin tomar en cuenta Salcedo que los más esclarecidos dirigentes civiles del movimiento eran en su mayor parte hombres de pensamiento

liberal y orientación nacionalista, los mismos que habían peleado contra Báez en la Revolución de 1857.

Polanco actuó con esos y otros factores a favor y el 10 de octubre de 1864, aprovechando una de las frecuentes ausencias del presidente, encabezó un consejo de militares y políticos en la fortaleza San Luis, que aprobó desconocer la autoridad de Salcedo y proclamó a Polanco como jefe del gobierno.

La presencia de Gaspar Polanco en la presidencia y las disposiciones que tomó, destruyeron las ilusiones que alentaban De la Gándara y sus socios de minar con la diplomacia y las maniobras políticas, la unidad del movimiento nacional; y al mismo tiempo, le imprimió un nuevo impulso a la Guerra de Restauración. Quedaron severamente golpeadas las dudas y vacilaciones en las filas restauradoras y en los noventa y siete días que duró la administración de Gaspar Polanco, el país sintió los resultados de las saludables medidas de gobierno que se tomaron.

Era analfabeto, pero demostró que sabía apoyarse en quienes tenían la preparación académica que a él le faltaba. Suprimió la

costumbre monárquica de usar los títulos pomposos de *Excelencia*, *Señoría* y otros que se usaban habitualmente para dirigirse al presidente; creó escuelas en numerosos lugares donde hasta entonces no las había; revalorizó el papel moneda que, en el gobierno de Salcedo, se había depreciado hasta niveles críticos; se nombraron comisiones militares para la organización del ejército y se restableció la ley de estados mayores; se restituyó el municipio y volvieron a funcionar las alcaldías, así como las delegaciones de la Secretaría de Hacienda, que se encargaron en lo adelante del cobro de los impuestos, que hasta el momento lo ejercían a su entera voluntad los comandantes de armas. La mano firme del general Polanco ejerció una positiva influencia en la Revolución Restauradora, y desterrado de raíz todo espíritu de compromiso con el enemigo, los dominicanos reafirmaron el espíritu de patria o muerte, indispensable en toda guerra nacional de resistencia, frente a una potencia invasora.

Por otra parte, desde que concibió el levantamiento que lo llevó al poder, Polanco dio riendas sueltas a una ciega y aldeana

odiosidad hacia su rival Pepillo Salcedo. Lo mandó a hacer preso cuando Salcedo estaba en su casa en Botoncillo, Guayubín, y desde entonces lo hizo pasar por un incierto y riesgoso peregrinaje que lo llevó al puesto de Las Jabillas en Puerto Plata, de donde fue sacado la tarde del 5 de noviembre de 1864 para ejecutarlo.

No fue necesario esperar mucho para que, con la ejecución de Salcedo como pretexto, el general Pimentel y otros que habían sido precisamente de los principales instigadores de esa muerte, se insurreccionaran contra el gobierno nacional. El presidente aceptó renunciar al cabo de una negociación en la localidad liniera de Jaibón, el 21 de enero de 1865, previo ofrecimiento de formales garantías de inmunidad política y judicial y respeto a su persona.

Sin embargo, desde que Pimentel se posesionó del mando, todas las garantías quedaron anuladas y Polanco y la mayor parte de su gabinete empezaron a ser perseguidos. Preso, sometido a juicio junto a varios colaboradores suyos, se salvó de la condena de muerte que fue dictada contra él, porque se fugó de la prisión y se

fue a la clandestinidad. Reapareció en Blanco, hoy Luperón, y se declaró en insurrección armada. Existe la versión histórica de que ese movimiento selló su fracaso estrepitoso desde que levantó como insignia la bandera dominicana y el pabellón haitiano entrelazados. Otros, como Manuel Ubaldo Gómez, en su Resumen de la Historia de Santo Domingo, refutan tal versión, basados en el testimonio de *Personas que fueron actores en los sucesos de la Restauración, de indiscutible y reconocida seriedad...*

Pasada ya la guerra nacional, Polanco continuó activo como importante hombre de armas. Aunque en algún momento se pronunció por Báez, terminó su vida como seguidor del general José María Cabral. El 13 de noviembre de 1867, mientras peleaba en un combate librado en jurisdicción de Esperanza, recibió una herida en un pie. Lo llevaron a recibir atenciones médicas a Santiago, de ahí se le trasladó a La Vega donde contrajo tétano y el 28 del mismo mes dejó de existir este sobresaliente general de la República y héroe prominente de la Guerra de Restauración.

POLANCO, JUAN ANTONIO

Hermano mayor de Gaspar Polanco. Soldado de las guerras de separación. Bajo la anexión estaba registrado como coronel de las Reservas. Uno de los principales organizadores del levantamiento de Guayubín el 21 de febrero de 1863 y del asalto a Monte Cristi al día siguiente. Estuvo bajo arresto, lo juzgó la comisión militar que dirigió el proceso abierto a los acusados de tomar parte en los hechos insurreccionales de entonces. Se salvó de una condena drástica por la intervención de su hermano Gaspar, que era jefe de la caballería en toda la Línea Noroeste, al servicio de la anexión.

Recuperó la libertad y siguió comprometido con el movimiento patriótico. Después del reinicio de la Guerra de Restauración el 16 de agosto, Polanco participó en el nuevo asalto a la villa de Guayubín que esta vez cayó en manos de los patriotas. Actor en los combates por la liberación de la ciudad de Santiago, allí firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre. El 17 de octubre recibió la confirmación en su rango de general de brigada y el 9 de noviembre se le designó jefe de la Línea Noroeste, con el general

Monción como segundo al mando. Poco después se le denominaba oficialmente como general de división.

En octubre de 1864 era un factor importante en la conspiración fraguada contra el presidente Salcedo y encabezada por Gaspar Polanco. Juan Antonio dirigió personalmente el arresto del presidente y fue uno de los que con más saña trató de hacerse con el prisionero y fusilarlo.

En la República restaurada, Juan Antonio Polanco se ubicó principalmente en el bando que formaron los azules. Combatió la dictadura anexionista de los *Seis Años* y murió en 1875.

PONCE DE LEÓN, MANUEL

Venezolano, caraqueño, hijo de Manuel Ponce de León y Carmen Pereira de Castro. Médico, abogado, se radicó en Santo Domingo, donde ejerció el cargo de Defensor Público en octubre de 1860. Vivía en Santiago cuando se luchaba contra la dominación española y fue de los asiduos concurrentes a las reuniones que se hacían en casa de doña Antonia Batista, en procura de organizar el gobierno Restaurador, en las primeras semanas de septiembre de 1863.

Conforme con la versión del poeta y escritor Manuel Rodríguez Objío, fue Ponce de León el redactor del Acta de Independencia del 14 de septiembre de ese año. Miembro del Gobierno Provisorio. El 24 de agosto de 1864 se le nombró en el estado mayor del presidente José Antonio Salcedo y Secretario General del Gobierno. Trabajaba en las relaciones exteriores y como tal fue de los encargados de seguir las conversaciones con De la Gándara en Monte Cristi.

Firmó el acta de desconocimiento del gobierno de Salcedo en la fortaleza San Luis, la noche del 10 de octubre de 1864, pero poco después declaró que lo había hecho bajo amenaza de muerte de Polanco y sus seguidores. Era amigo personal de Salcedo. En franca disidencia con el nuevo gobierno, el 18 de octubre lo expulsaron del país y se instaló en Haití. Cuando cayó Polanco en enero de 1865, manifestó su interés en volver a la lucha y se le permitió el retorno. Poco después regresó a su país de origen, Venezuela.

Volvió a República Dominicana en 1874 y fue encargado del hospital militar de Santiago. Su hermano, Santiago Ponce de

León, residió también en el país y realizó una variada labor científica como médico, abogado, articulista versado en temas sociales e históricos, comerciante, lo mismo que en otras actividades sociales.

PONCERRATE, SEBASTIÁN

Abogado. Capitaleño. Residía en Santiago, donde ejercía el magisterio. Importante personaje civil del movimiento Restaurador. Participó en el fallido alzamiento del 24 de febrero de 1863. Firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863. Tras del golpe capitaneado por Pimentel contra Polanco, la Junta Gubernativa encabezada por Filomeno de Rojas en enero de 1865, lo designó Ministro de Gobernación, Justicia e Instrucción Pública y siguió en esa misma función cuando Pimentel asumió formalmente la presidencia.

En 1878 vivía en Santiago. Discurría el quinto y último de los gobiernos de Báez, la llamada Administración de los Catorce Meses. Se peleaba por el control de esa ciudad y mientras Poncerrate dormía en su casa, del todo ajeno al drama bélico que se desarrollaba, una bala perdida lo alcanzó y le quitó la vida.

PROUD'HOMME, PEDRO

Nació en Granada, España, en 1806, porque su papá, el oficial haitiano Isidro Proud'Homme, prestaba servicio a su país en esa ciudad española. Residía en Puerto Plata y representó a ese distrito como diputado al Congreso de Moca que produjo la Constitución liberal de 1858. Tenía muy buen nivel de ilustración, era empleado del régimen de la anexión, pero renunció al puesto después de empezar la guerra. Sirvió de ayudante del general Juan Nouesí, con grado de coronel. En labor parecida estuvo al lado del general Gaspar Polanco, que lo designó presidente del Consejo de Guerra en el campamento de Las Jabillas.

En agosto de 1864 fue nombrado Adjunto al Ministro de Hacienda; el 18 de diciembre fue enviado a Samaná y doce días después a la Línea Noroeste. En la Junta Provisional encabezada por Benigno Filomeno de Rojas, tras la caída de Polanco en enero de 1865, Proud'Homme formó parte del nuevo gabinete como Ministro de Gobernación, Justicia e Instrucción Pública, en responsabilidad compartida con Vicente Morel y Sebastián Poncerrate.

Luego, se retiró a la vida privada, aunque esporádicamente ocupó determinados cargos públicos, como la gobernación de Puerto Plata en 1867 y el puesto de Oficial Civil en la misma jurisdicción en 1881. En medio del terror impuesto por la administración de los *Seis Años*, se comportó como el defensor de la Independencia que había sido en la Guerra de Restauración y se opuso tajantemente a los propósitos de anexas el país a los Estados Unidos. Murió el día 1° de noviembre de 1888 en Puerto Plata.

**PUJOL Y SOLANO,
PABLO DOMINGO**

Nació en la Capital en 1823. Fueron sus padres el negociante catalán Pablo Pujol Clanchet y la santiaguera Antonia Solano. Gracias a la holgada posición económica de sus padres, fue enviado a estudiar a Barcelona, España, donde pasó varios años dedicado al estudio de la filosofía, las letras y el comercio. Adquirió una vasta ilustración. Hablaba seis idiomas. Cuando regresó se quedó en Puerto Plata, dedicado al alto comercio y luego se trasladó a Santiago.

Cuando se produjo la Revolución liberal del 7 de julio de 1857, Pujol sobresalió como una de las más altas inteligencias al servicio del gobierno de José Desiderio Valverde, que tuvo sede en Santiago. Fue diputado al Congreso Constituyente que aprobó la avanzada Constitución de Moca de 1858, texto del cual fue uno de principales redactores.

La reacción, con el brazo armado de Pedro Santana, frustró aquel ensayo liberal de la emergente burguesía, especialmente su sector comercial y la intelectualidad avanzada de la época. El fracaso de este movimiento tuvo graves consecuencias históricas. Triunfó una vez más el ala más conservadora de la burguesía y se reforzó aún más el poder semifeudal de los hateros; se frustró la posibilidad de cambios y avances que se había creado y, todo esto condujo a una frustración de mucho más alcance. Los tenues anhelos de desarrollo independiente de la burguesía media, especialmente de su incipiente y débil sector industrial y el comercial, fueron a estrellarse poco después cuando, desde el poder que habían usurpado, el general Pedro Santana

y sus cómplices llevaron la República al matadero histórico de la anexión a España.

Por eso y por otras causas importantes la reacción de esas capas sociales y el sector político nacionalista y liberal fue tan contundente y su combate por la Restauración tan resuelto y radical. Pujol fue ejemplo viviente de esa verdad. Se enroló militantemente en la conspiración patriótica que desembocó en el malogrado levantamiento del 24 de febrero de 1863 en Santiago. Era regidor del ayuntamiento de la ciudad, estuvo puntual y decidido a la hora de la acción. Dirigió el asalto al local de la cárcel vieja y liberó los detenidos que allí se encontraban.

Tras el fracaso, fue apresado, juzgado y condenado a sufrir presidio en Ceuta, al norte de África, pero recuperó la libertad poco tiempo después. Cuando la Guerra Patria resurgió con el Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863, Pablo Pujol se puso al servicio del gobierno y a lo largo de la guerra desempeñó posiciones importantes, como la presidencia de la Comisión de Guerra, junto al general Mella, y la Secretaría de Hacienda. También cumplió misiones diplomáticas en Washington, como

enviado ante el presidente Abraham Lincoln.

Fue uno de los comisionados del presidente Pepillo Salcedo en las negociaciones iniciadas con De la Gándara en Monte Cristi a mediados de 1864 y no dejó de mostrar su rotundo desacuerdo con el carácter que el presidente le estaba imprimiendo a tales negociaciones. Siguió en el cargo después de la caída de Salcedo y el ascenso de Polanco, en octubre de 1864. Pero al caer Polanco y subir Pimentel a la presidencia, Pujol fue perseguido, encarcelado y confinado a Samaná, como coacusado de la ejecución de Salcedo.

En agosto de 1865 la sublevación del general Cabral en la Capital derribó a Pimentel. Cambió la situación de Pujol, que pasó a servir a Cabral. Entonces puso Pujol una indecorosa mancha sobre su nombre y su historial de patriota, cuando viajó indignamente a Washington a negociar con el gobierno de Estados Unidos la venta o el arrendamiento de la bahía de Samaná. Se vino rápidamente al suelo el frágil gobierno de Cabral y, por fortuna, la negociación no prosperó.

A la vuelta del tiempo, como si recuperara su paso de soldado

de la causa nacional, se lanzó a la lucha armada contra las pretensiones anexionistas de Buena-ventura Báez. Corría el año 1869, estaba Pujol en las Islas Turcas y vino en la expedición del vapor *El Telégrafo*; entró por Barahona

a tierra firme y se quedó peleando en las guerrillas del general Cabral. Murió Pablo Pujol en San Juan de la Maguana, el 13 de septiembre de 1871, en pleno apogeo de la Guerra de los Seis Años contra Báez.



QUEZADA, MIGUEL
QUINTANA, ANICETO
QUINTÍN REINOSO, PEDRO

QUEZADA, MIGUEL

Sacerdote, nacido en Santo Domingo el 3 de julio de 1828. Vivía en Santiago desde antes de iniciarse la guerra de liberación contra los españoles. Se comprometió activamente en el movimiento, firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863 y el 10 de octubre siguiente servía en el ejército como capellán. En esa calidad fue enviado a la línea de Puerto Plata, donde recorría los cantones predicándoles a las tropas acerca del deber de luchar por ver su patria libre del yugo extranjero. También aportó ayuda económica al gobierno Restaurador.

Después del fin de la guerra, este dignatario católico tuvo su cuota de participación política y en el 1874 fue diputado por Santiago a la constituyente que se reunió entonces en Santo Domingo. Murió en Santiago el 21 de agosto de 1884.

QUINTANA, ANICETO

Montecristeño, incorporado a la Guerra de Restauración desde que sonó el Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863. Al día siguiente, estaba en el asalto a Monte Cristi y le tocó hacer

prisionero al comandante de la plaza, Ezequiel Guerrero. El 18 de septiembre, junto a Federico de Jesús García, dirigió la resistencia contra el intento de desembarco emprendido por los españoles con fines de recuperar la plaza, que permaneció bajo control de los patriotas, hasta la invasión masiva capitaneada por De la Gándara el 17 de abril de 1864. Quintana tenía el rango de coronel.

QUINTÍN REINOSO, PEDRO

Agricultor. Alcalde Pedáneo de Jacagua. Se opuso a la anexión y actuó militantemente contra ella. Se sumó al movimiento que estalló en Santiago el 24 de febrero de 1863. Fue detenido, juzgado por una comisión militar, condenado a muerte, se le conmutó la sentencia por la de cadena perpetua en el inhóspito presidio español de Ceuta, al norte del África. Junto a otros restauradores condenados, navegaba Quintín Reinoso desde Puerto Plata hacia su doloroso destino en el vapor español *Hernán Cortés* y al sexto día de navegación, llegó el aviso del indulto dispuesto por el teniente general Rivero. La nave regresó al punto

de partida, con su carga de patriotas maltratados.

Después del pronunciamiento del 16 de agosto de 1863 en Capotillo, se incorporó a la guerra, peleó en el sitio de Santiago desde el 31 de agosto; estuvo junto a Gaspar Polanco en la persecución de los españoles en retirada hacia Puerto Plata y fue dejado en el puesto de Las Jabillas. Un parte guerra del 22 de marzo de 1864, despachado por Polanco,

da cuenta del intenso combate librado contra el grueso de la guarnición española de la fortaleza San Felipe que atacó el campamento de Maluis. El parte elogia el comportamiento valeroso del coronel Reinoso. Durante la mayor parte de la guerra, siguió activo en la línea de Puerto Plata y después de la liberación mantuvo una estrecha relación con su antiguo jefe Gaspar Polanco.



REDONDO O ARREDONDO, ISAÍAS
REINOSO, NORBERTO
REYES GATÓN, IGNACIO
REYES MARIÓN, FRANCISCO
REYES, PABLO
REYNOSO, JOSÉ DEL CARMEN
RIVAS, SEGUNDO
RODRÍGUEZ DE SALCEDO, ÁGUEDA
RODRÍGUEZ, DOMINGO ANTONIO
RODRÍGUEZ MANUEL –EL CHIVO–
RODRÍGUEZ, JACOBO
RODRÍGUEZ OBJÍO, MANUEL
RODRÍGUEZ OBJÍO, MARIANO
RODRÍGUEZ, SANTIAGO
ROMÁN, MIGUEL ANTONIO
RONDÓN, JUAN
ROYER, PEDRO FAUSTINO

REDONDO O ARREDONDO, ISAÍAS

Inició su protesta activa contra la anexión la noche del 27 de agosto de 1863, al iniciarse la acción armada en Puerto Plata, su pueblo natal. Mientras la Línea Noroeste ardía bajo el fuego liberador de la Guerra Patria, desembarcaba en Puerto Plata un poderoso contingente español enviado de refuerzo desde Santiago de Cuba. Una tropa de cuatrocientos hombres dirigida por Juan Suero fue desplegada para proteger el desembarco.

A las dos de la madrugada, los refuerzos avanzaban por la ciudad a oscuras hacia la fortaleza San Felipe. Redondo avanzó en silencio, disparó su revólver sobre el coronel de ingenieros Salvador Arizón y lo mató en el acto. Los españoles emprendieron una afanosa y asoladora búsqueda, mataron un dominicano a bayonetazos y celebraron el crimen bajo la creencia de que el muerto era Arredondo. Se equivocaron, aunque pocos días después, pudieron dar rienda suelta a su morboso regocijo, porque Arredondo, patriota abnegado y audaz, cayó abatido como un valiente, en medio de un combate contra una avanzada española,

que estaba acantonada en el local de la Logia de Puerto Plata.

Como dato final, valga la información de que en el año 1892, un hijo del coronel Arizón viajó desde España con el fin de rescatar los restos de su padre. No lo logró, pero agradeció en carta pública la acogida que los dominicanos le habían dado durante su estadía en el país.

REYNOSO, NORBERTO

Carpintero puertoplateño. Esforzado oficial de las fuerzas restauradoras, tomó las armas desde que se inició la acción en Puerto Plata. La noche del 27 de agosto de 1863, desembarcó allí una poderosa columna capitaneada por el general Primo de Rivera, enviada de refuerzo desde Santiago de Cuba. Ese contingente partió enseguida hacia Santiago donde estaban sitiados los españoles. Tomó la ruta de Palo Quemado y allí los comandantes Juan Bonilla, Rasín Isurún, Francisco Reyes Marión y otros jefes con sus respectivas tropas, realizaron la proeza de frenar el avance de aquella fuerza ingente y hacerla retornar bajo el fuego a su punto de partida. En ese episodio

de la guerra se destacó por su heroico valor Norberto Reynoso. Más adelante fue jefe de artillería del activo cantón de Las Jabillas.

Reynoso siguió activo en las luchas políticas y armadas que se registraron en el país después del fin de la ocupación española en 1865. Sufrió prisión en la Torre del Homenaje bajo la dictadura baecista de los Seis Años. Murió en 1883 en su natal Puerto Plata y fue sepultado con los debidos honores. El presidente Ulises Heureaux estuvo entre los que asistieron a las honras fúnebres.

REYES GATÓN, IGNACIO

Soldado de las campañas separatistas contra Haití, se destacó por su intrepidez y su destreza en la célebre batalla de Sabana Larga, última derrota sufrida por los invasores haitianos, el 24 de enero de 1856. Fue abordado por el general Santiago Rodríguez para que se sumara a la causa restauradora. Dijo que sí y fue leal a su palabra empeñada. Peleó en el asalto a Guayubín el 21 de febrero de 1863 y estuvo también en la ocupación de Sabaneta.

Tras el fracaso del movimiento, burló la persecución de las autoridades, se internó en territorio

haitiano, y después del levantamiento del 16 de agosto en Capotillo, volvió a las armas bajo las órdenes de José Antonio Salcedo.

Entró a Santiago combatiendo a finales de agosto. Después de que los ocupantes evacuaron la ciudad, fue designado Comandante de Armas de la misma. En noviembre de 1863 fue enviado a la Línea a cumplir tareas de organización de las tropas, y el 3 de diciembre se le trasladó al campamento de Santa Cruz, para auxiliar al presidente Salcedo que andaba en campaña por esa comarca. Prestó servicios en la zona fronteriza de El Carrizal y también operó junto al presidente Salcedo en los frentes de la región Este.

Cuando pasó la guerra, no se apartó del ejercicio de las armas, combatió en el bando azul en la *Guerra de los Seis Años* contra Báez y sus intentos anexionistas. Murió en su mismo lugar de nacimiento, Sabaneta, el 19 de julio de 1890.

REYES MARIÓN, FRANCISCO

Oriundo de Sabaneta. Veterano de la batalla de Sabana Larga, librada el 24 de enero de 1856 contra la última invasión

haitiana. Peleó a las órdenes de Mella en el asalto a Samaná en 1858, durante la revolución liberal contra el gobierno de Báez. Residió en Puerto Plata desde mucho antes de la anexión y bajo ese régimen quedó adscrito a las Reservas con rango de comandante.

Reyes Marión intervino en la guerra nacional en Puerto Plata con Gregorio de Lora. Llegó con él a la batalla de Santiago. El 6 de septiembre de 1863 cayó De Lora heroicamente y le tocó a Reyes Marión asumir el mando inmediato de las tropas que el valeroso mártir comandaba.

De regreso a la línea de Puerto Plata, en septiembre de 1863, fue dejado en el cantón de Jácuba, al lado del general Pedro Gregorio Martínez, de Juan Bonilla y Rasín Isurún. Tenía una estrecha amistad personal con Martínez y cuando en enero de 1865 éste desertó y abandonó su puesto y entró en conflicto con la autoridad del presidente Polanco, Reyes Marión se ofreció voluntariamente para mediar en procura de lograr el regreso del desertor.

Antes, ya Reyes Marión había operado en campos puertoplataños con generales como Juan de Jesús Salcedo y Manuel Rodríguez

–*El Chivo*–. En enero de 1864 había sido designado jefe del cantón de Maluis; estuvo en el campamento general de Las Jabillas, y el 10 de febrero fue enviado a ejercer el mando al puerto de Blanco, hoy Luperón. El 27 de octubre recibió el oficio que lo designaba Jefe del Puesto Militar de Puerto Caballo.

Consecuente con su pasado de patriota Restaurador, militó principalmente en el bando liberal y nacionalista, agrupado posteriormente bajo el nombre de Partido Nacional Liberal, también llamado Partido Azul, antagonista del Partido Rojo, de Buenaventura Báez. No se apartó nunca de su vocación hacia la actividad militar, aun cuando ya el peso agobiante de los años le había caído encima.

...Militar muy viejo, acostumbrado a vivir gozándose con el soldado y compartiendo con él..., Reyes Marión vivió en Puerto Plata hasta morir en marzo de 1908, en medio de añoranzas de sus buenos tiempos de soldado activo.

REYES, PABLO

De Mangá, Guayubín, donde poseía bienes agrícolas y ganaderos y operaba un trapiche. También

ejercía el comercio en mediana escala. Rechazó la amnistía ofrecida por los españoles a los perseguidos por los hechos insurreccionales de febrero de 1863 y prefirió seguir alzado en armas en los montes fronterizos. Presente en Capotillo el 16 de agosto de 1863, junto al incansable coronel José Cabrera, con el cual estuvo en constante acción en la frontera norte.

Hizo toda la guerra en los escenarios de la Línea Noroeste, en los cuales dejó su impronta de patriota y su historia de soldado valiente.

Después de la guerra mantuvo su oposición firme frente a cualquier intento por sacrificar la Independencia Nacional. Así, cuando surgió la amenaza de una nueva anexión alentada por Báez durante su administración de 1868 a 1874, Pablo Reyes la combatió gallardamente. Lo mismo hizo cuando Lilís impuso la dictadura militar a partir de 1886. Por eso Reyes tuvo que irse al destierro. De Haití se fue a las Islas Turcas y diez años después, en 1896, se le permitió el retorno, a condición de vivir confinado en Puerto Plata. Cuando Lilís fue ajusticiado el 26 de julio de 1899 y se derrumbó la tiranía,

Reyes volvió a la Línea, se estableció en Dajabón, vivió allí el resto de sus días que terminaron en el año 1923.

REYNOSO, JOSÉ DEL CARMEN

Nació en Sainaguá, San Cristóbal, el 16 de marzo de 1827. Hijo de dos veganos: Juan Reynoso y María Fragosa Guillén. Soldado en las luchas de Independencia. Aceptó la anexión y se puso al servicio de los españoles. En 1861 era Comandante de Armas en Neyba. En 1863 ejercía de Teniente Gobernador de San Juan de la Maguana y al iniciarse la sublevación el 17 de septiembre en esa villa, fue hecho preso por los patriotas, enviado al jefe superior Pedro Florentino, quien no tomó represalia alguna contra él y lo remitió junto a otros prisioneros a las autoridades de Santiago.

En Santiago cambió de opinión y se puso al servicio de la causa de la Restauración. En noviembre de 1863 era del círculo de confianza del general Pimentel, en septiembre del 1864 era Adjunto a la Gobernación de Santiago, y después del golpe de Pimentel que derrocó a Polanco,

en enero de 1865, fue suplente a diputado por Santiago a la Asamblea Nacional que se inauguró el 27 de febrero. En marzo fue designado diputado por Baní. En el mismo mes ocupó el ministerio de Interior y Policía y cuando se formó la comisión para negociar la retirada de los españoles, Reynoso fue uno de sus integrantes, junto al sacerdote Miguel Quezada y al señor Melitón Valverde.

Reynoso se envolvió en el vórtice violento de las luchas políticas que siguieron a la recuperación de la Independencia Nacional. Defendió el gobierno del general José María Cabral en 1868, y cuando cayó Cabral ese mismo año y se impuso la férrea y antinacional dictadura de los *Seis Años*, encabezada por Báez, se fue al exterior, estuvo en Venezuela, pasó a Colombia, contrajo matrimonio y formó familia en la jurisdicción de Ciénegas, donde vivió por el resto de su vida sin volver jamás a su patria. Murió el 19 de junio de 1916.

RIVAS, SEGUNDO

Liniero, hombre de señalada importancia en los movimientos conspirativos contra el régimen

opresor de la anexión. Se movía constantemente en secreto por la zona fronteriza como enlace entre los jefes patriotas instalados en Haití y los que, con José Cabrera a la cabeza, combatían en territorio dominicano. Rivas, lo mismo que Sotero Núñez, tenía el encargo de distribuir un Manifiesto que acompañó el Grito de Capotillo el 16 de agosto de 1863. Fue uno de los catorce hombres presentes en el histórico cerro aquel día memorable.

Artillero que sobresalió por su espíritu de resistencia en Monte Cristi el 17 de abril de 1864 al producirse el desembarco masivo comandado por el general José de la Gándara y el mariscal de campo Rafael Primo de Rivera. Uno de los principales obstáculos que debieron vencer los invasores para ocupar la ciudad fue la acción constante de los artilleros que, con piezas viejas casi inservibles, cañoneaban a los españoles. El oficial Segundo Rivas fue uno de los más efectivos operadores de esas piezas.

Aunque no se ha podido establecer si tuvieron algún vínculo familiar, otros soldados restauradores del mismo apellido, como Candelario, Mateo, José Dolores y Fernando Rivas, eran también

artilleros y dieron sobradas pruebas de coraje.

RODRÍGUEZ DE SALCEDO, ÁGUEDA

De Guayubín, provincia Monte Cristi. Nacida en 1841, se casó con José Antonio Salcedo –Pepillo–, rico propietario de cortes de madera y más adelante, primer presidente de la República en Armas. Se involucró en los movimientos conspirativos que culminaron con el levantamiento insurreccional del 16 de agosto de 1863. Mientras su esposo, Pepillo, permanecía encerrado en la cárcel de Santiago, acusado de homicidio, Rodríguez se trasladaba a Cabo Haitiano, como enlace entre los que operaban secretamente en territorio nacional y los que desde Haití, al abrigo de la solidaridad de las autoridades de ese país, organizaban las nuevas acometidas.

Guiada muchas veces por prácticos y monteros de las guerrillas del coronel José Cabrera, Águeda transitaba por caminos intrincados y sendas perdidas que sólo aquellos expertos exploradores conocían, para marchar preferiblemente al amparo de las sombras de la noche. La señora de

Salcedo se apartaba de la comodidad que su riqueza material le brindaba para acarrear municiones, armas, provisiones, mensajes e informaciones importantes.

Cuando el presidente Salcedo fue apresado en octubre de 1864 y se dispuso desterrarlo hacia Haití, Águeda Rodríguez lo acompañó puntualmente hasta Dajabón. Solidaria con su marido, valerosa, pero llena de prejuicios nacidos de su condición de clase, de su concepto de dama rica y poderosa. Mujer *poco previsora y de carácter muy violento*, según José Gabriel García, aconsejó a Salcedo que resistiera por medio de las armas la rebelión que había surgido.

Le reprochó una y otra vez a su cónyuge el haber confiado en aquellos hombres que ahora se mostraban en radical rebeldía, a muchos de los cuales los había visto socialmente desde arriba, como jornaleros y asalariados de Pepillo, indignos de mayor confianza, para ella. Salcedo, en cambio, se inclinó ante la fuerza incontrastable de los hechos y se dispuso a sufrir el penoso proceso que marcó el fin de su vida. No fue posible el cruce de la frontera porque las autoridades haitianas se negaron a recibir al

prisionero, que fue llevado de vuelta hacia Santiago y de ahí al cantón de Las Jabillas en Puerto Plata. Allí fue doña Águeda a visitar a su esposo horas antes de Salcedo ser ejecutado el 5 de noviembre de 1864.

RODRÍGUEZ, DOMINGO ANTONIO

Nació en Santo Domingo en 1834. Hijo de Antonio Rodríguez Rojas y Ambrosia Tapia. Educador. Según Rufino Martínez, fundó el único colegio que existía en el país después de proclamada la República el 27 de febrero de 1844.

Cerró el centro docente y se radicó en Santiago, donde adquirió la suficiente influencia social como para ocupar cargos tales como el de Alcalde Mayor en enero de 1859; Gobernador en dos ocasiones y miembro del Consejo de Notables, entre otros.

Cuando empezó la Guerra de Restauración era Presidente del Tribunal de Primera Instancia en Santiago y se alineó con las fuerzas restauradoras. Desde antes se reunía clandestinamente con Espaillet, Bonó, De Rojas, Deetjen, Miguel Román y otros patriotas a coordinar futuras acciones

contra la anexión. Firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863. Desempeñó funciones civiles en el Gobierno Provisorio, entre ellas la de Oficial Archivista y Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, simultáneamente, en septiembre de 1864. El 13 de octubre del mismo año fue designado Secretario General del presidente Gaspar Polanco y poco después, desde el 29 de ese mes, volvió a las funciones de Oficial de Archivo.

Fue legislador en los Seis Años de Báez, sirvió en empleos públicos bajo el régimen de Lilís, fundó por cuenta propia un grupo de teatro aficionado en Santiago y ejerció como catedrático de Derecho Civil en el Instituto Nacional. Murió el 14 de enero de 1873, a los ochenta y tres años. Uno de sus hijos, del mismo nombre, estuvo también entre los restauradores, y el 18 de noviembre del 1863 fue nombrado intérprete del gobierno.

**RODRÍGUEZ MANUEL
-EL CHIVO-**

Controversial personaje de la Guerra de Restauración, nacido en Santiago en el año 1833. Le apodaban El Chivo por la

costumbre que tenía desde pequeño de darle cabezadas a los que peleaban con él. Fue soldado en las guerras de la Independencia y se distinguió por su valor en la batalla de Sabana Larga, registrada el 24 de enero de 1856. Cuando estalló la Guerra de Restauración, planeó junto a Santiago Sosa y otros oficiales patriotas el pronunciamiento de Moca. El asalto a la plaza se inició a las diez de la mañana del 30 de agosto de 1863; cuando les fue imposible mantener la resistencia en la fortaleza, los españoles se retiraron a la iglesia y con la ciudad incendiada, tuvieron que rendirse a las tres de la tarde, tras de haber perdido la tercera parte de sus tropas.

El Chivo, que tenía entonces rango de coronel, pasó a combatir en la batalla de Santiago y allí llevó consigo los métodos propios de su violenta personalidad. Peleaba con encomiable valentía y no reparaba en los riesgos en medio del combate. Estaba en el cantón de Los Chachases y su único freno era la autoridad del general Luperón, por quien El Chivo sentía una admiración y un respeto casi religioso. Cuando Buceta y sus socios que estaban sitiados en la fortaleza San

Luis enviaron al padre Charboneau y a un oficial español con una propuesta de negociación, hubo que contener a El Chivo para que no linchara al oficial y también al sacerdote; igualmente intentó rematar a los heridos españoles internos en la iglesia mayor de la ciudad, que los restauradores convirtieron en hospital. Persiguió a los españoles cuando desde Santiago se retiraban en derrota hacia Puerto Plata. Lo hirieron en un combate librado en la Cuesta de Rafael y acabó de curarse peleando en los frentes de batalla.

Después de la liberación de Santiago, se opuso a la elección de Salcedo como presidente. En octubre se le trasladó a Puerto Plata. Operó en el campamento general de Las Jabillas y en el de Maluis, hasta que el 9 de noviembre fue despachado hacia Cotuí y Cevicos para que se pusiera a disposición del presidente Salcedo, quien andaba de campaña por los cantones del Este. Allí chocó el presidente con los actos de indisciplina y la desobediencia de El Chivo y tuvo el mismo Luperón que someter a Rodríguez a la obediencia y arrestarlo en enero de 1864. Fue trasladado en ese mismo mes al campamento de El

Duro, Monte Cristi, para de ahí volver a Moca, esta vez como Comandante de Armas de esa común, hasta el 25 de enero de 1865.

En una ocasión prestó servicios en el campamento de la sabana de San Pedro, en el Este, con Pimentel como jefe. Pimentel fue herido accidentalmente por un compañero de armas, debió guardar reposo y a quien designaron como sustituto fue a El Chivo. Las consecuencias no tardaron en sentirse y empezó a ganar cuerpo la descomposición moral entre las tropas. El general Luperón se refiere a ese episodio y enjuicia a El chivo como comandante: *Si es verdad que era un valiente, no tenía la moralidad, ni la capacidad necesarias para dirigir un campamento, pues además de ser un jugador de azar con los soldados, se iba hasta el Cotuí, a pasar días con mujeres, dejando el cantón a cargo de oficiales menos competentes que él.*

Después de la expulsión de los españoles en julio de 1865, siguió El Chivo sus escandalosas andanzas. El radicalismo con que combatía a los ocupantes lo dirigió contra sus rivales en la política local y muchas veces contra la población civil. Era un rotundo

opositor a Báez y al Partido Rojo que este caudillo encabezaba, y contra los militantes de esa fuerza antinacional usaba los más duros procedimientos. Se sublevó contra diversos gobiernos. En una ocasión se alzó contra Cabral en Moca, y tomó como bandera el nombre de Luperón, a quien proclamó sin consultarlo *Protector y Dictador de la República*. El mismo Luperón marchó sobre Moca y sofocó el levantamiento.

Estaba el general Cabral de nuevo en el poder y recibió una carta fechada a 28 de febrero de 1867, suscrita por un considerable grupo de personas notables de Moca, que pedían al gobierno ponerle freno a las tropelías y los desmanes de El Chivo. *Monstruo, asesino, incendiario, prostituto, famoso salteador, hombre infernal, bárbaro y maldito... El genio del mal, no le iguala; el parricida Nerón con sus demás crueldades, no le compite*, decían algunos apartes de la tórrida protesta.

Poco después decidió el presidente Cabral viajar por el Cibao y ordenó al general Eusebio Manzueta apresar a El Chivo y mandarlo a encerrar a la Torre del Homenaje en la Capital. Así se hizo, pero El Chivo se escapó y huyó al Cibao. Fue reapresado en

Cotuí, trasladado a La Vega y, *por orden del Ministro de la Guerra*, el Delegado del Gobierno con asiento en esa ciudad, José del Carmen Reynoso, dispuso la ejecución sumaria del rocambolesco personaje.

La única voz que se levantó en protesta fue la del general Gregorio Luperón, quien, en carta fechada a 15 de junio de 1867, en la ciudad de Puerto Plata y dirigida al presidente Cabral, hizo manifiesta su sentida indignación. *El Gral. Rodríguez (Q.E.P.D.) dice el prócer, era del escaso número de los Restauradores de la Patria, prohombre de la Libertad de su País, y tan esforzado como el primero en la lucha que dio por resultado la reivindicación de nuestros derechos. Es verdad que carecía de civilización, pero este es más bien un defecto de nuestra sociedad o mejor dicho de todas las sociedades nacientes... La falta de buenos ejemplos que imitar, producen la aparición de esas figuras como la del Gral. Rodríguez, que mancillan sus nombres con hechos indignos de ellos mismos*, añadió Luperón, en un esfuerzo por darle explicación sociológica a la conducta de su apasionado seguidor y amigo.

En su protesta, el general Luperón le echa en cara al presidente

Cabral el obsequio que se les había hecho a los españoles con esa ejecución. *Los españoles están de enhorabuena*, dice con amargura Luperón, y no le faltaba razón porque para ellos, y según Ramón González Tablas, El Chivo era un *mulato alto y feo y de alma muy atravesada*, y según De la Gándara, era un *infame asesino y vulgar ladrón*.

El general Luperón no podía eludirlo y se veía obligado a admitir que El Chivo cometía *fechorías indignas de un hombre público*, pero consideraba que *...pues-tos sus deslices y sus buenas obras en la balanza de la justicia, esta debió inclinar el segundo platillo*. Así lo consideró el insigne prócer, en medio de la dolorosa indignación que le produjo el fusilamiento de aquel trágico y discutido soldado al que, con pluma apasionada y ostensible tinte de tristeza Luperón definiera como *el desgraciado general Manuel Rodríguez...*

RODRÍGUEZ, JACOBO

Hermano de Santiago Rodríguez. Soldado de la Independencia. Capitán de las Reservas al servicio de España, después de la anexión en 1861. Tomó parte en

el fracasado golpe patriótico del 24 de febrero de 1863 en Santiago. Preso, juzgado por una corte marcial, se le condenó a muerte y luego se le conmutó esa pena por la de prisión perpetua en la cárcel española de Ceuta, territorio marroquí ocupado por España, en el Norte del continente africano. Se le aplicó pena tan drástica porque participó en aquellos hechos desde su cargo de Alcalde Mayor de Santiago. El general anexionista José Hungría intercedió por Rodríguez y logró que un hijo de éste le acompañara en trayecto hacia Ceuta. Embarcado por Puerto Plata, junto a otros prisioneros, a los seis días de la salida, llegó la noticia del indulto y Rodríguez regresó a su patria. Pasó seis días más detenido en la Torre del Homenaje, antes de volver a la libertad por disposición final del Capitán General Felipe Rivero.

Volvió a la lucha como buen dominicano. Peleó en la batalla de Santiago, firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863. El 14 de octubre fue nombrado secretario del general Gaspar Polanco, luego prestó servicios a la causa en el Noroeste. Falleció en Dajabón el 28 de noviembre de 1906.

RODRÍGUEZ OBJÍO, MANUEL

Vino al mundo en Santo Domingo, el 19 de diciembre de 1838. Su padre se llamaba Andrés Rodríguez y su mamá Bernarda Objío. Poeta, político, soldado, escritor. Residió en Azua en los años de su adolescencia y ya hombre volvió a vivir en la Capital, donde formó parte de la generación de intelectuales a la que pertenecieron Manuel de Jesús Galván, José María Heredia, Emiliano Tejera, Apolinar Perdomo y otros de tanto talento como éstos.

En la Revolución de los liberales de 1857 contra Báez, Rodríguez Objío se condujo en vía contraria a lo progresista, y se estrenó como hombre de armas peleando a favor de Báez. Llegó la anexión y la aceptó como quien se inclina ante una realidad inevitable. Estalló la resistencia armada y se fue entonces a Venezuela, entró en relación con Duarte y el 4 de abril de 1864, desembarcó con él por Monte Cristi, a arrimar su hombro a la causa de la Restauración de la República.

A combatir con la pluma y con las armas, vino Rodríguez Objío, al que se le atribuye una buena proporción de los más importantes

documentos del gobierno nacional. El 20 de abril fue enviado al Sur a ponerse a las órdenes del general Manuel María Castillo, que estaba en misión por esa zona.

En junio de 1864, Cabral asumió la jefatura de la región Sur e hizo de Rodríguez Objío su secretario personal. El 16 de septiembre de 1864 fue escogido por Salcedo para las Relaciones Exteriores y en esa condición formó parte de la comisión integrada también por Pablo Pujol, Pedro Antonio Pimentel y Juan Belisario Curiel, que inició aquellas controversiales conversaciones de paz con De la Gándara en Monte Cristi y que no arrojaron resultado positivo alguno. El 28 del mismo mes se le ascendió a general de brigada.

Rodríguez Objío fue también secretario personal del general Luperón, le escribió oficios, documentos oficiales de diversos contenidos y tuvo el acierto de atesorar datos y notas que le permitieron después aportar a la historiografía dominicana, unas *Relaciones* de incuestionable mérito, y la muy bien documentada obra titulada *Gregorio Luperón o Historia de la Restauración*, de la cual han hecho uso abundante

los que a través del tiempo han tratado sobre la vida del prócer.

Bajo la presidencia del general Gaspar Polanco, siguió Rodríguez Objío en la secretaría de Relaciones Exteriores, cargo del cual renunció cuando cayó Polanco, en enero de 1865. Entonces Rodríguez Objío fue víctima de persecución, apresado y juzgado en un tribunal creado para el fin expreso de procesar a los acusados de la ejecución de Salcedo. El fiscal Telésforo Hernández pidió la pena de muerte para varios acusados, Rodríguez Objío entre ellos. Fue confinado en Azua.

Poeta de altas luces, Rodríguez Objío fue el autor del *Himno a la Restauración*, tenido por un tiempo como el Himno Nacional. Escribía en el *Boletín oficial*, vocero del gobierno Restaurador. Pionero de la historiografía nacional, le nombran algunos.

Romántico, apasionado, perstinaz. Se envolvió sin retorno en el tormentoso huracán de las luchas políticas y en algunos momentos estuvo al servicio de la causa equivocada, como la ocasión en que se alineó con Báez y le sirvió a éste como Gobernador en Puerto Plata.

Volvió sobre sus pasos y se reencontró con Luperón en la

lucha por la causa nacional. Transcurría el mes de marzo del 1871 y la dictadura de los Seis Años de Báez estaba en su apogeo, con el plan de anexión a los Estados Unidos en plena marcha. Gregorio Luperón encabezó una audaz incursión desde Capotillo haitiano, que el 17 de marzo chocó con fuerzas gubernamentales en El Pino, Sabaneta. En ese combate con saldo muy desfavorable para las fuerzas del general Luperón, cayó prisionero Rodríguez Objío. Fue llevado a Santiago, bajo custodia del general Juan Gómez, varios días después fue remitido a la Capital y fusilado por irrestricta disposición del presidente Báez en la Torre del Homenaje, el 18 de abril de 1871.

RODRÍGUEZ OBJÍO, MARIANO

Hermano del fecundo intelectual y soldado Manuel Rodríguez Objío. Nació en Santo Domingo el 17 de febrero de 1840. Residía en Azua al iniciarse en la actividad política. Eran los tiempos de las campañas militares contra las invasiones haitianas, y Mariano Rodríguez Objío era santanista apasionado. *Andaba desde los dieciséis años de edad con*

el fusil al hombro y la pluma en la mochila, según el historiador sureño Sócrates Nolasco. Peleaba en las trincheras y servía de secretario del general Casimiro Félix. Al darse cuenta de los pasos de Santana tendentes a la anexión, rompió tajantemente con ese caudillo.

Era el Comandante de Armas de la común de Azua en 1863, cuando se iniciaron las acciones restauradoras en la región Sur y escribió al Ministro de Guerra y Marina, para renunciar al cargo: *El que se firma... desde la madrugada del 19 de septiembre de 1863, en que se dio el grito de libertad en esta línea, está con las armas en la mano defendiendo los intereses de su Patria...*, decía Rodríguez Objío.

Fue de los organizadores del levantamiento de Las Matas de Farfán, junto al general Francisco Moreno, del cual era secretario y a la vez miembro del estado mayor. Avanzó con Moreno en la ofensiva sobre Azua, Baní y Haina. Estuvo al servicio del presidente Salcedo, así como de los generales Florentino, Manuel María Castillo y por último con el general José María Cabral, como Ayudante de Campo en la célebre batalla de

La Canela, el 5 de diciembre de 1864. Al día siguiente fue ascendido a general de brigada. En 1865 volvió al cargo de Comandante de Armas de Azua, al que había renunciado tan dignamente para irse a la guerra de liberación. A la retirada de los españoles de la Capital, el 11 de julio de 1865, Rodríguez Objío entró a la ciudad como parte de las tropas de Cabral.

Patriota de conducta rectilínea, animoso, de abnegación poco común, también acompañó a Cabral cuando éste, en cooperación con Luperón, los hermanos Ogando y Pimentel, dirigía la *Guerra de los Seis Años* contra la pretensión de Báez y sus cómplices de anexar la República a los Estados Unidos. Mariano Rodríguez Objío murió en San Juan de la Maguana, el 27 de agosto de 1913. Su esposa se llamaba Juana Varona Algarrobo.

RODRÍGUEZ, SANTIAGO

Hay distintas versiones acerca del lugar en que vino al mundo. Hijo de Vicente Rodríguez y Josefina Masagó. Radicado en Sabaneta, propietario de grandes hatos de ganado. Comerciante.

Militar. Coronel de las guerras de la Independencia, era el Alcalde Constitucional bajo el régimen de la anexión. Uno de los grandes precursores de la Revolución Restauradora. Iniciador, junto a Lucas de Peña y otros combatientes, del movimiento insurreccional de febrero de 1863. Se pretendía un levantamiento simultáneo en varios puntos de la Línea y gran parte del Cibao, pero la muy comentada indiscreción de Norberto Torres, hizo precipitar la acción y fue ese uno de los factores determinantes del fracaso.

Santiago Rodríguez estuvo a la cabeza de los organizadores de la Guerra de Restauración, y tuvo el tino de escoger el momento histórico adecuado para lanzarse a la lucha armada cuando las condiciones habían madurado.

A poco más de dos años de haberse impuesto el orden brutal de la anexión, ya el descontento y la rebeldía habían ganado cuerpo en el ánimo de los más diversos sectores sociales del país. Comerciantes, productores agrícolas e incluso grandes terratenientes y hateros; la pequeña burguesía rural y urbana, como cosecheros de tabaco, artesanos, dueños de pequeñas industrias

manufactureras, habían visto menguados sus ingresos y era cada vez más incierta su posibilidad de progresar. Las nuevas autoridades anularon la antigua moneda nacional y, en violación a su propia promesa, se negaron a recibirla cuando quienes la poseían acudieron a cambiarla por los signos monetarios que entraron en vigencia. Cuando vino a autorizarse el cambio, fue a una tasa sumamente onerosa, y ya las consecuencias eran irreparables.

Los empleos públicos fueron otorgados a los españoles y los dominicanos quedaron marginados casi en su totalidad, yendo a engrosar las filas de los sin trabajo. El antiguo ejército que daba cabida a una gran masa de ciudadanos, quedó convertido en las Reservas; y soldados y oficiales fueron obligados a volver a su situación original, sin importar el rango que hubiesen ostentado. El zapatero, el sastre y el fabricante de cerones para empaquetar tabaco, lo mismo que el jornalero, el dependiente de comercio, el rico agricultor o el gran comerciante, con sus antiguas insignias y su antiguo aire de autoridad, ahora retornaban a su situación original, sin derecho a vestir siquiera el uniforme

del ejército español y sin paga puntual de cualquier remuneración que se le hubiese asignado en el papel.

Sobre la empobrecida población cayeron como castigo cargas y gravámenes impositivos hasta entonces desconocidos por completo por los dominicanos. A estos perjuicios económicos se agregaban la grosería y la arrogancia de los colonizadores frente a los nacionales. Entró en vigor una legislación severa, propia de la mentalidad semifeudal de la España monárquica, legislación a la cual no estaban acostumbrados los dominicanos, regidos desde siempre por cánones del código francés.

Una disposición obligaba a los campesinos a realizar trabajos públicos varios días a la semana, sin derecho a remuneración y bajo una disciplina de trabajo rayana en la de los tiempos de la esclavitud; otra los forzaba a reparar sus viviendas, cuando en aquellas atrasadas condiciones les resultaba poco menos que imposible disponer de fondos necesarios para esas reformas. Otra medida de las autoridades obligaba a los campesinos a servir de mochileros y a transportar de un distrito a otro los equipos de

cualquier contingente militar que pasara por su lugar.

A la explotación y las arbitrariedades del régimen militar que imperaba, se sumaron las reaccionarias medidas del alto clero, especialmente las del obispo Bienvenido Monzón, fanática y ultra conservadora autoridad suprema de la iglesia. Declaró Monzón una cruzada de persecución contra la masonería, que entonces tenía un poder de congregación de gente influyente y un peso social imposible de menospreciar, ya que en ella se congregaban prestantes ciudadanos de las ciudades más importantes del país. Monzón intentó forzar a los masones a disolver su asociación y entregar los archivos secretos de su orden. Prohibió, so pena de implacables castigos y bajo amenaza de excomunión, la práctica de cualquier otro culto que no fuera la religión católica. Llevó su fanatismo al extremo de negarles los servicios religiosos a los moribundos y los ritos fúnebres a los difuntos, en caso de que hubiesen sido masones o pertenecido a cualquier secta religiosa que no fuera la que este reaccionario obispo profesaba. Esa política religiosa de Monzón provocó reacciones adversas entre la gente sencilla

del pueblo llano, hasta Pedro Santana la enfrentó indignado y aún en las filas de la iglesia, encontró su merecida respuesta, porque desde el seno de la misma salieron los numerosos sacerdotes que se levantaron al lado de la causa nacional.

Esas causas objetivas, cuyas repercusiones no deben de haber escapado al tacto político de Santiago Rodríguez y sus compañeros de lucha, se emparejaron con las motivaciones subjetivas que predispusieron al pueblo a la insurrección. Ya la nación dominicana era una entidad mucho más fuerte que en 1844, cuando fue proclamada la República. Los años de lucha contra las invasiones haitianas, la labor de intelectuales patriotas y liberales y la experiencia misma alcanzada por la gente del pueblo, habían contribuido a fortalecer el sentimiento de la dominicanidad.

Los dominicanos se sabían vinculados entre sí por sentimientos y tradiciones, costumbres y rasgos psicológicos, elementos culturales y atributos comunes, cultivados bajo los mismos símbolos nacionales y también en un territorio común, que habían sabido defender con las armas en las manos. Por eso, a diferencia

de la lucha por la Independencia, cuando los dirigentes y caudillos tenían que arrastrar prácticamente al pueblo a la lucha nacional, en la Restauración las masas jugaron un papel mucho más activo que en cualquier jornada histórica precedente, precisamente porque el sentimiento nacional que las impulsaba era mucho más fuerte y había crecido en ellas la conciencia de que la anexión conspiraba mortalmente contra todos los valores de la identidad dominicana.

En esas circunstancias, Rodríguez se puso al frente de los preparativos insurreccionales. Encabezó la conspiración que condujo al levantamiento de febrero y aún después del fracaso de ese ensayo, se mantuvo en actitud de rebeldía. Se negó a aceptar las garantías condicionadas que ofrecieron los españoles a los implicados en ese alzamiento, se fue a territorio haitiano, convertido en base de actividades de los restauradores, y junto a Pimentel, Monción y José Cabrera encabezó el reinicio de la acción armada en gran escala a partir del Grito de Capotillo, el 16 de agosto de 1863.

Dirigió valientemente las operaciones iniciales que culmi-

naron con la derrota de las tropas capitaneadas por Buceta y por Hungría y con su espada contribuyó a la limpieza en tiempo sorprendentemente corto, de toda la Línea Noroeste de tropas españolas. Como si hubiese sido esa su principal y exclusiva aspiración, a poco andar, Rodríguez se recogió en su casa de Sabaneta y el 26 de agosto, cuando el sitio de Santiago asfixiaba como un cinturón de hierro ardiente a los españoles, una comisión de personalidades prestigiosas formada por Felipe Limardo, Nicasio Tavárez, Doroteo Antonio Tapia, Alejandro Bueno, entre otros, visitó a Rodríguez para solicitarle que aceptara la presidencia del gobierno nacional que se estaba organizando. Rodríguez declinó la solicitud.

El 16 de septiembre volvió a dar señales de actividad, cuando viajó al Sur con José Cabrera en misión del gobierno, con vista a promover la idea de la revolución en esa importante región. Al chocar con expresiones de desorientación y desaliento de alguna gente, creyó prudente regresar a Santiago y rendir cuenta al gobierno. Aceptó el cargo de Comandante de Armas de Sabaneta, y el 17 de octubre de 1863 se le confirmó el grado de general de

brigada. En una ocasión sustituyó interinamente a Pimentel al mando de las tropas que éste comandaba en la Línea.

Muy lamentablemente para la honra y el buen nombre de este destacado personaje, debe consignarse el hecho de que después de la guerra nacional y la reconquista de la soberanía, el general Rodríguez se puso al lado de la causa antinacional de Báez. En los trágicos días de la dictadura de los *Seis Años*, respaldó las gestiones para anexar la República a los Estados Unidos. En esa actitud, el general Rodríguez llegó a pelear contra sus viejos compañeros de armas de la Guerra de Restauración. Murió en 1879 a los 71 años. A él se le atribuye la fundación del pueblo de Sabaneta, en 1844, con pobladores de Dajabón, que según algunos historiadores, habían huido después de que tropas haitianas derrotadas en la batalla del 30 de Marzo en Santiago, incendiaron esa villa fronteriza.

ROMÁN, MIGUEL ANTONIO

Nació en Santiago. Desde la altura de su bien ganado prestigio, contribuyó a la propagación del sentimiento patriótico y antia-

nexionista que, en las capas burguesas y pequeño burguesas de la intelectualidad, el comercio y la industria manufacturera de entonces, era de por sí muy acentuado en el Cibao, especialmente en Santiago. Entró al movimiento Restaurador junto a civilistas y nacionalistas como Bonó, Espaillat, De Rojas, Julián Morel, Antonio Batista, Benedicto Almonte, y otros de la misma orientación liberal.

Desde el inicio de la guerra y especialmente después de instalarse el Gobierno Provisorio, se destacó como importante figura civil. Firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863, cumplió misiones en el Sur e incluso participó junto a Cabral en la histórica y crucial batalla de La Canela el 5 de diciembre de 1864. Fue diputado y al mismo tiempo Secretario en la Convención Nacional que inició sus labores el 27 de febrero de 1865 y que consagró el mandato presidencial de Pimentel el 25 de marzo del mismo año.

Concluida la Guerra Patria, se desvinculó de las actividades políticas, aunque en diversos momentos desempeñó funciones civiles en la administración

pública. Murió en Santiago el 24 de mayo de 1920, a los 86 años de edad.

RONDÓN, JUAN

Natural de Las Matas de Farfán. Nacido en 1831. Según el historiador don Rufino Martínez, este Restaurador tenía en sus antecedentes el hecho meritorio de haber sido soldado de las luchas de Independencia contra Haití, y tenía a la vez, la circunstancia adversa y deshonrosa de haber sido cabecilla de una banda de cuatrerros y merodeadores, dedicada al robo y el tráfico de ganado en pie, en la zona fronteriza del suroeste. El hecho cierto y documentado es que en 1860 fue confinado a La Laguna, Higüey, por recomendación del general Santiago Suero y por alta disposición del mismo presidente Pedro Santana. Hasta que, en junio de 1863, se le permitió el retorno a su campo de origen.

Cuando la Guerra de Restauración se extendió al Sur, en septiembre de 1863, Rondón contribuyó al levantamiento de los pueblos de esa región bajo las órdenes del general Pedro Florentino. Era coronel, jefe de la custodia que conducía al general

anexionista banilejo Modesto Díaz y dos oficiales prisioneros más, a los que dejó escapar después de que los prisioneros emborracharan a Rondón y los demás custodias.

Rondón ganó fama de valiente en el combate sostenido contra tropas comandadas por el capitán Valeriano Weyler, en las orillas del río Haina. Cuando el contraataque español le arrebató las posiciones que la revolución había ganado en la región Sur, Rondón, que era uno de los hombres de confianza del jefe superior Pedro Florentino, se replegó con él hasta más allá de San Juan de la Maguana y en medio de la desmoralización y la derrota, se organizó un complot para matar a Florentino. Rondón se aprovechó de la confianza que el jefe le tenía y una noche lo asesinó a traición. Corría el 1865 y antes del fin de la guerra, Juan Rondón murió a causa de un ataque de viruelas.

ROYER, PEDRO FAUSTINO

Comandante de artillería en los tiempos de las luchas contra Haití.

Al producirse la anexión pasó a ser capitán de las Reservas. Fue

de los que encabezaron el pronunciamiento de la plaza de San Francisco de Macorís el 3 de septiembre de 1863 y de los soldados trasladados bajo el mando del general Olegario Tenares a Monte Plata, en el Este. Peleó en El Bermejo y en la Sabana del Vigía, donde se libraron combates muy reñidos contra los españoles. Luperón le dedica fervorosos elogios por la valentía con que se comportó en los momentos

más comprometidos de la lucha. En cambio, Royer sintió una ardiente admiración por el prócer, al cual lo unían lazos de común afecto y sincero compañerismo. Se quedó a residir para siempre en Puerto Plata y aunque no se dispone de la fecha precisa de su fallecimiento, se asegura que murió a principios del siglo veinte. También hay más de una versión sobre el punto preciso de su nacimiento.



SALCEDO, JOSÉ ANTONIO –PEPILLO–
SALCEDO, JUAN DE JESÚS –JUANICO–
SALCEDO, PEDRO PABLO –PERICO–
SANTAMARÍA LLUBERES, JOSÉ ANTONIO
SANTOS, MARTÍN
SILVESTRE, SANTIAGO
SIMONÓ, GABINO
SOSA, SANTIAGO
SUÁREZ, MATEO
SUERO, RUDECINDO
SURIEL, FRANCISCO

SALCEDO, JOSÉ ANTONIO
-PEPILLO-

Nació en Madrid, España, pero otros aseguran que fue en Baracoa, Cuba y no faltan los que dicen que su nacimiento se produjo en Monte Cristi. Los padres de Pepillo eran José María Salcedo y Luisa Ramírez y Marichal, ambos españoles. La versión más común en los historiadores es la de que sus padres viajaron de España a Cuba cuando Pepillo tenía un año apenas de nacido y que regresaron al país cuando su hijo era un infante todavía. Así, se hizo hombre en la Línea, donde levantó y administró sus grandes extensiones de tierra, hatos de crianza y ricos negocios madereros, en diversos lugares del Noroeste como Hatillo Palma, Estero Balsa y Botoncillo.

Soldado de inagotable resistencia física e insuperable valor en el combate, habilísimo jinete y diestro como pocos en el manejo de las armas blancas. *Su estatura no excedía de cinco pies y seis pulgadas, era rubio, de ojos azules, su fisonomía bastante hermosa, su constitución fuerte... Era infatigable en sus empresas, andaba a caballo más de treinta leguas en un día y al siguiente no necesitaba esforzarse para seguir su marcha.*

Así lo describe el poeta y escritor Manuel Rodríguez Objío en su obra *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*.

Fue comandante en las luchas contra las invasiones haitianas en la Revolución de 1857 se opuso a las fuerzas liberales y peleó en defensa del gobierno reaccionario de Báez.

Estaba comprometido con el movimiento de febrero de 1863, pero, según su biógrafo y apolo-gista Pedro María Archambault, se abstuvo de actuar cuando supo que Lucas de Peña había precipitado el inicio de las acciones, porque la indiscreción de Norberto Torres había puesto a las autoridades en alerta y se habían iniciado las detenciones. En esos días de febrero, Salcedo estaba prófugo por haber dado muerte en un duelo personal a un trabajador suyo llamado Luciano Tavárez. El 25 de febrero lo apresaron en Boca de San Marcos, fue trasladado a la cárcel de Santiago, logró fugarse el 21 de agosto y se trasladó apresuradamente al Noroeste, para sumarse a los patriotas, que ya tenían las villas y campos de la Línea ardiendo al fuego de la guerra popular.

Se unió Salcedo a Juan Antonio Polanco y a los demás jefes

militares sublevados en el mismo momento en que se llevaba a cabo la toma de Guayubín. De ahí marchó hacia Dajabón, en busca de ajustarle cuentas al bárbaro español Juan Campillo, que decidió refugiarse con sus tropas en territorio haitiano. Pepillo Salcedo reunió hombres y se fue a Santiago, encabezó el ataque al arma blanca mediante el cual fue tomado el fuerte de El Castillo y el 14 de septiembre, al día siguiente de la huida de los españoles hacia Puerto Plata, se formó el gobierno de la República en Armas, y Salcedo fue escogido como Presidente. Benigno Filomeno de Rojas, de recia concepción liberal y patriotismo militante, fue su vicepresidente. En el gabinete con que empezó a ejercer sus funciones, predominaban prominentes patriotas civiles y militares.

El estilo característico de Salcedo fue pasar la mayor parte del tiempo en campaña, encabezando combates, supervisando los negocios de la guerra y fiscalizando el cumplimiento de las ordenanzas. Mientras su vicepresidente, De Rojas, hasta el 16 de marzo de 1864, y Espaillat, después, ejercían funciones ejecutivas. Al paso del tiempo, el movimiento

Restaurador perdió vigor y fue cayendo en una peligrosa rutina. Vino la crisis y en ella se incubó la disidencia primero y la conspiración poco después.

La falta de acción en numerosos frentes de combate y la ociosidad crearon el ambiente para que los oficiales se apartaran de la rigurosidad con que debían comportarse ante aquellas tropas sin la necesaria formación y que combatían rodeadas de precariedades y carencias materiales. Los soldados, de su parte, empezaban a tomarse libertades y a ceder a la tendencia espontánea a relajar los hábitos militares y las normas propias de los campamentos en tiempos de guerra. Vino el golpe moral que significó la toma de Monte Cristi por los españoles el 17 de abril de 1864 y aumentaron las dudas y las vacilaciones cuando el presidente Salcedo entró en contactos con el mariscal De la Gándara. Al respecto se dice que al enviar una comisión a parlamentar con este intrigante y astuto español, Salcedo instruyó a los comisionados para que admitieran la rendición, a cambio de la retirada de las tropas y el compromiso de traer a Buenaventura Báez de vuelta a la presidencia. Hasta en el seno de

los miembros de la comisión surgió el malestar y el prestigio del Presidente cayó a sus más ínfimos niveles.

Se agudizó la crisis cuando Salcedo dictó un decreto el 24 de agosto de 1864, mediante el cual quedaba disuelto el gabinete y todo el poder de decisión se concentraba en el Presidente con el simple auxilio práctico de un Secretario General.

Crecieron las sospechas de debilidad y tolerancia ante los enemigos de la Patria después que el presidente intervino personalmente para que fuera perdonado el señor Ambrosio García, padre del general Restaurador y cercano amigo de Pepillo, Federico de Jesús García, aunque contra el acusado existían pruebas claras de su viejo servicio a los ocupantes y de haber cometido crímenes de alta traición contra su patria. Salcedo desafió el consejo de sus colaboradores y perdonó al condenado.

Como para redondear el cuadro de adversidades provocadas en muchos casos por sus propios vicios y sus desaciertos, Salcedo se dejó cegar una vez más por sus simpatías baecistas. Pedro Santana, el gran rival de Báez ya había muerto el 14 de junio de 1864, y

como si creyera llegado el momento de acelerar el retorno de Báez, que estaba en Madrid, como Mariscal de Campo al servicio de España, pero con la mirada puesta en el regreso al poder, Salcedo perdió de vista una decisiva circunstancia. Era el caso de que, aunque el gobierno estaba encabezado por un militante baecista, los más prestigiosos funcionarios y dirigentes del mismo eran opositores tajantes a ese caudillo antinacional. Eran, en su mayor parte, hombres de pensamiento nacionalista e ideales liberales, enemigos por tanto de Báez y su camarilla contra los cuales habían peleado en la Revolución del 7 de julio de 1857. Ante ellos, en una reunión política, el Presidente se pronunció abiertamente a favor de trabajar por traer a Báez y ponerlo a la cabeza del gobierno.

Débil y confiado al extremo de tolerar y aún proteger con su indiferencia a los enemigos de la patria; su propia conducta dio pábulo a la calumnia y abrió el camino del triunfo a sus rivales, asegura Objío en un pasaje de la obra aludida líneas arriba. Estaban creadas las condiciones de la sublevación y cuando los actos de Salcedo amenazaban con comprometer la

suerte de la Guerra de Restauración, el general Gaspar Polanco, antiguo santanista y que tramaba el golpe desde hacía algún tiempo, aprovechó una de las habituales ausencias de Salcedo e inició un levantamiento que contó con el respaldo del ejército y de los más sobresalientes dirigentes políticos de la Revolución Restauradora.

El 10 de octubre de 1864 el presidente Salcedo fue detenido en Botoncillo, Guayubín, y quedó instalado el general Gaspar Polanco en el gobierno. El día 14 dictó un decreto que dispuso la expulsión del derrocado presidente hacia Haití; no fue posible y el 20 del mismo mes se anunció que en razón de las dificultades presentadas por las autoridades de Juana Méndez para recibir el desterrado, a Salcedo se le mantuviera bajo arresto, comunicado en Guayubín, en espera de la llegada de una goleta inglesa al puerto de Blanco, hoy Luperón, para mandarlo al exterior. Poco después se le condujo al campamento de Las Jabillas, en Puerto Plata, donde quedó bajo custodia del general Carlos Medrano.

Mientras tanto, enemigos acérrimos de Salcedo habían estado

empeñados en hacerse de él para fusilarlo. Juan Antonio Polanco, Pimentel, Monción, lo habían seguido con encono y tenacidad dignos de mejor causa y si no lograron su propósito fue porque chocaron de frente con el sentido del honor y del deber; con la nobleza y el valor del general Luperón, a cuya custodia fue confiado inicialmente el prisionero.

Ya había sido trasladado Pepillo Salcedo al cantón general de Las Jabillas y la tarde del 5 de noviembre de 1864, fue sacado de allí con el supuesto fin de trasladarlo a Blanco. Al llegar a la playa de Maimón, los jefes de la custodia, coroneles Martín Santos y Agustín Peña Masagó, cumplieron la orden emanada del presidente Polanco y, sin formación de causa, lejos del centro del gobierno, sin la menor señal de formalidad legal, apartaron del camino al prisionero y lo fusilaron fríamente.

Se cuenta que Pepillo esperó la muerte sin protestas ni súplicas, con severa resignación ante lo inevitable. *Ah, Gaspar... Gaspar... Sólo así... éste era el Blanco a donde me mandaban*, fue uno de sus escasos comentarios. Una versión recogida por los historiadores asegura que cuando Salcedo

vio la poca profundidad del hoyo en que se iba a sepultar su cuerpo inerte, cortó una vara, se midió él mismo y pidió que hicieran el hoyo más profundo para que el cuerpo no lo desenterraran los animales; y que le pasó la vara a uno de los oficiales y le pidió transmitirle un mensaje al nuevo Presidente: *Díganle a Gaspar que con esa misma vara lo medirán a él*. Finalmente llamó a un jovencito oficial, miembro del pelotón de fusilamiento, se quitó las prendas y se las entregó con el encargo encarecido de hacerlas llegar a la señora de Salcedo que estaba entonces en su hogar en Estero Balsa. El joven oficial resultó ser Ulises Heureaux –Lilís–.

Los restos de Salcedo fueron exhumados por diligencias de su viuda, llevados inicialmente a Guayubín, de ahí a la iglesia de Monte Cristi, en 1865; en 1874, Wenceslao Álvarez encabezó como Gobernador de Puerto Plata el traslado de los restos a la fortaleza San Felipe, de esa ciudad, donde el munícipe Miguel Cocco le erigió una tarja; en 1928, la Sociedad Amantes de la Luz, de Santiago, los hizo trasladar a la iglesia mayor de esa ciudad y actualmente descansan en

el Panteón Nacional, a donde fueron colocados en agosto de 1988.

SALCEDO, JUAN DE JESÚS –JUANICO–

Natural de Santa Rosa, Moca. Hijo de Francisco Antonio Salcedo –Tito–, partidario de la anexión y antiguo general de las campañas por la Independencia frente a Haití. Juan de Jesús fue de los organizadores del pronunciamiento y la toma de la plaza de Moca, el 30 de agosto de 1863 y tras de la ocupación de Moca pasó a pelear en el asedio a los españoles en Santiago. Después de la toma de Santiago y la instalación del gobierno nacional el 14 de septiembre, estuvo operando en Puerto Plata.

Fue trasladado al Sur con el propósito de recomponer la situación, deteriorada por los desmanes de Pedro Florentino y los golpes asestados al movimiento por las fuerzas españolas. Salcedo ejerció brevemente el mando superior en la región, pero su propia indisciplina, su tendencia a actuar sin respeto a la población ni a la propiedad ajena, y su inclinación a extender la violencia y la arbitrariedad hasta la gente pacífica,

pronto empeoraron la ya de por sí difícil situación del movimiento en el Sur. El gobierno decidió enviar al general Mella a poner las cosas en orden, pero se acusa a Salcedo de haberse negado a cooperar con Mella en el corto tiempo en que este permaneció en el Sur, de donde salió gravemente enfermo.

En diciembre estaba de nuevo Salcedo en Puerto Plata, en el campamento de Maluis, bajo las órdenes del general Gaspar Polanco.

Respaldó a Polanco cuando éste se sublevó y derrocó a Pepillo el 10 de octubre de 1864. El 21 de enero de 1865 Pimentel se sublevó contra el presidente Polanco, Juan de Jesús Salcedo fue enviado a la Línea a enfrentar la insurrección y lejos de combatirla, se sumó a Pimentel contra Polanco.

Después de la liberación, Salcedo tuvo una intensa y larga actividad de hombre de armas. En cooperación con el general Manuel Rodríguez—El Chivo—, se levantó contra el gobierno de Cabral en 1865, con el nombre del general Luperón como estandarte y tomó a Moca. Fue desautorizado por el prócer, quien lo reprendió y al mismo tiempo lo

mandó a curar de dos heridas que había sufrido en el combate por esa plaza. Desde que se recuperó y se vio libre, volvió a sus andanzas levantiscas y su principal concurso lo aportó en el bando antinacional de Buenaventura Báez, hasta que murió en combate en la comarca de Sabana Grande, Tamboril, el 21 de agosto de 1876.

SALCEDO, PEDRO PABLO —PERICO—

Hermano de Juan de Jesús. Actuó en la toma de la plaza de Moca el 30 de agosto de 1863. Pasó enseguida a combatir en el sitio de Santiago y después de la liberación de esa ciudad, fue enviado a operar a los campos de Monte Plata, inicialmente.

Valeroso, pero indisciplinado y turbulento como pocos. Se trasladó a Bonaó, y bajo el pretexto de que tenía una jerarquía superior, hizo que el coronel Norberto Tiburcio le entregara el mando de las tropas que estaban acantonadas en esa villa. Marchó Perico entonces hacia la sureña localidad de El Maniel, hoy San José de Ocoa y desde el 6 de octubre estableció allí su propio señorío, con normas y

acciones dictadas por su exclusiva y arbitraria voluntad. Se le atribuyen actos de pillaje y atropellos contra la población en diferentes lugares y en el caso específico de El Maniel le fue preciso a Luperón emplearse a plenitud para restablecer la disciplina, aunque tuvo que hacerle importantes concesiones de mando al tristemente célebre Perico.

Perico Salcedo fue al fin reducido por la autoridad superior, se le trasladó al Cibao, y más adelante prestó servicios en la línea de Puerto Plata, antes de ser enviado a combatir nueva vez a los frentes de la región Este. Alcanzó el rango de general.

SANTAMARÍA LLUBERES, JOSÉ ANTONIO

Hijo de Lorenzo Santamaría, que había sido un digno soldado de las campañas por la Independencia. Se incorporó a la guerra nacional contra los españoles desde que estalló la lucha en San Cristóbal de donde era nativo. Tomó parte en la ocupación de Baní a las órdenes del general Aniceto Martínez, de quien fue secretario personal y por quien firmaba documentos oficiales. También sirvió de secretario

particular al general Manuel María Castillo. Peleó en los campos de San Cristóbal y fue de los que acompañó a Manuel Rodríguez Objío, en abril de 1864, en una misión desde el Sur hacia Santiago.

Santamaría Lluberes estaba acantonado en el campamento de Viajama, Azua; cayó enfermo, se agravó al paso de los días y murió el 22 de marzo de 1865, cuando no había cumplido aún 24 años y la causa por la cual había peleado estaba a tan sólo cuatro meses de ser coronada por el triunfo.

SANTOS, MARTÍN

Puertoplateño, peleó en la guerra de Independencia frente a Haití. Coronel de las fuerzas restauradoras. El principal escenario de sus operaciones fue la línea de Puerto Plata. Estuvo en el campamento de Maluis, y el 5 de noviembre de 1864 mientras prestaba servicio en el cantón de Las Jabillas, fue escogido por el general Carlos Medrano para que junto al coronel Agustín Peña, cumpliera la orden ingrata de sacar a Salcedo, que estaba preso en el dicho cantón, con el pretexto de llevarlo al puerto de

Blanco, pero para fusilarlo en el camino. Así se hizo y al caer la tarde del 5 de noviembre de 1864, el general Salcedo fue ejecutado en la playa de Maimón, por un piquete de fusilamiento al frente del cual estaban tanto Peña Masagó como Martín Santos.

En diciembre de 1865, ya libre la República de tropas españolas, Martín Santos peleaba a las órdenes de Luperón, en el empeño infructuoso por impedir la vuelta de Báez a la presidencia.

SILVESTRE, SANTIAGO

Militar de la región Este. En pleno apogeo de la Guerra Patria se unió a Pedro Guillermo, Genaro Díaz, Antonino de Aza y Antonio Guzmán para levantar la región Oriental. Estuvo destacado en el campamento Yerba Buena. Un reporte oficial del 16 de diciembre de 1863 lo sitúa en el puesto avanzado de Manomatuey, San Cristóbal, desde donde hostilizaba a los españoles con efectivas operaciones de guerrillas. Se hacía constar igualmente que realizaba preparativos para marchar sobre Baní.

Según un parte de guerra firmado por el Jefe de Operaciones, general Eusebio Manzueta, el 26

de octubre de 1864, fuerzas patrióticas comandadas por el coronel Silvestre derrotaron a los españoles en el camino de Guaza, hoy Ramón Santana. Siguió activo durante toda la campaña. Murió en El Seibo, el 1° de marzo de 1869. La cuchilla asesina de la dictadura de los Seis años le cortó la vida.

SIMONÓ, GABINO

Natural de Santo Domingo, nació *hacia* 1830, dice Rodríguez Demorizi. Hijo de Juan Simonó y Jacinta Guante. Peleó en la batalla de Santomé, librada el 22 de diciembre de 1855, una de las más importantes de la guerra de separación contra Haití. Vivía en el exterior cuando la anexión y se sumó a la expedición encabezada por Sánchez y el general Cabral, llegada al país en junio de 1861. Formaba parte del contingente que comandaba Cabral, pero vino el fracaso y Simonó fue de los capturados por las autoridades anexionistas. Juzgado y condenado a muerte junto a Sánchez y los demás acusados, murió fusilado el 4 de julio de 1861 en San Juan de la Maguana. Tenía 31 años de edad.

SOSA, SANTIAGO

Coronel en las campañas por la separación de Haití. Junto a sus compueblanos, los coroneles Juan de Jesús y Perico Salcedo y al general Manuel Rodríguez—*El Chivo*—, fue de los organizadores del asalto y toma de Moca el 30 de agosto de 1863. A comienzos de septiembre, cuando aún el Gobierno Provisorio no se había constituido y el jefe de la Revolución era el general Gaspar Polanco, al coronel Santiago Sosa se le nombró Comandante de Armas de Moca. Poco después fue miembro del gobierno presidido por José Antonio Salcedo.

SUÁREZ, MATEO

Combatiente de los contornos de Puerto Plata al mando del general Gaspar Polanco. El 20 de diciembre de 1863 se produjo un sorpresivo ataque de los españoles al cantón de Las Jabillas y, según un parte de la misma fecha, enviado por Polanco, en medio de ese combate ofrendó su sangre el teniente Mateo Suárez.

SUERO, RUDECINDO

Militar de las luchas por la separación de Haití, en las que al-

canzó el rango de coronel, san-cristobalense. Cuando la Guerra de Restauración se extendió a la región Sur, en septiembre de 1864, el coronel Suero operó al lado de los patriotas. Diestro en las operaciones guerrilleras, fue jefe del cantón de Pedregal en octubre de 1863 y también del campamento de Galá, con la encomienda de hostilizar las fuerzas españolas que ocupaban San Cristóbal. Un parte de guerra fechado el 28 de abril de 1864 y suscrito por el Jefe de Operaciones de San Cristóbal, dispensa frases de reconocimiento al coronel Rudecindo Suero por su coraje y su habilidad al hacer frente a un masivo ataque de fuerzas españolas.

SURIEL, FRANCISCO

Natural de Higüerito, Cotuí. Asistió a los recios combates del sitio de Santiago, en septiembre de 1863. Su muerte tuvo el sello de los héroes de leyenda. Conforme al relato del historiador vegano Manuel Ubaldo Gómez, se peleaba encarnizadamente por arrebatarle el fuerte Patria a los españoles, quienes lo defendían con terquedad poco menos que inquebrantable. Un

patriota artillero capitaleno llamado Ramón Martínez quería disparar una pieza de artillería que había quedado sin asistencia porque su manejador acababa de caer atravesado por una bala disparada desde el campo enemigo. Faltaba un sostén en qué apoyar el cañón y Suriel se ofreció vo-

luntariamente a sostener el arma, aunque sabía que iba a morir. Dio un paso al frente, y dijo en voz alta y con determinación heroica: *¡Yo la aguanto!*. Sostuvo el cañón contra sí mismo, el artillero hizo el disparo y el cuerpo de Suriel se esparció hecho pedazos por los aires.



TABERA, FERNANDO
TEJEDA, JUAN BAUTISTA
TEJADA, MANUEL
TENARES, OLEGARIO
TIBURCIO, NORBERTO
TOLENTINO, ANDRÉS
TOLENTINO, JUAN PABLO
TORIBIO, ESTEBAN
TORRES, NORBERTO
TRINIDAD Y LÓPEZ, MARCOS
TRONCOSO, DIONISIO

TABERA, FERNANDO

De Neyba, fue herido en la batalla de la Fuente del Rodeo, librada contra los haitianos en la guerra de Independencia. En el 1861 vivía en Haití, allí se adhirió a la expedición encabezada por Sánchez y Cabral. Comandaba la columna que entró por Neyba, con el encargo de ocupar esa población y la ocupó, pero frente a los tropiezos que determinaron el fracaso de la empresa, se retiró a territorio haitiano para quedarse en Haití por el resto de la vida.

TEJEDA, JUAN BAUTISTA

De los jóvenes banilejos que dieron un paso al frente cuando asomó la amenaza de reocupación haitiana, después de la proclamación de la República el 27 de febrero de 1844. Se empeñó en la Guerra de Restauración en su región de origen; tenía rango de coronel, y fue designado Comandante de Armas de Baní y Presidente de la Junta Revolucionaria que en los comienzos de la lucha dirigió el movimiento en esa jurisdicción.

Tejeda gozaba de amplio prestigio social en su lugar y merced a esa cualidad atrajo la cooperación de un importante núcleo de

representativos y notables de Baní, a favor de la causa restauradora. Fue diputado por Las Matas de Farfán a la Asamblea Nacional que inició sus trabajos el 27 de febrero de 1865 y culminó a fines de marzo con la elección del general Pimentel como presidente de la República.

Pasada ya la guerra de liberación, al menos frente al fatídico gobierno de los *Seis Años* de Báez, Tejeda mantuvo la postura que correspondía a un auténtico soldado de la Restauración y, a causa de eso, aquella dictadura intolerante lo mandó a encerrar en una tétrica celda de la Torre del Homenaje en Santo Domingo. En la fase final de su existencia, Tejeda se concentró en la vida privada y no tuvo más participación política.

TEJADA, MANUEL

Oriundo de Santiago. Oficial de las luchas por la separación de Haití. Coronel de las Reservas bajo el régimen de la anexión. Protagonista activo del levantamiento de Santiago el 24 de febrero de 1863 y juzgado a causa de eso por el tribunal militar creado para conocer los sucesos insurreccionales de ese mes en

Santiago y la Línea Noroeste. Se mantuvo prófugo, en contacto con los que preparaban la reanudación de la guerra nacional.

Manuel Tejada reapareció en medio de los combates de septiembre por el control de la plaza de Santiago, firmó el Acta de Independencia del 14 de ese mes, al día siguiente fue designado Adjunto a la Maestranza de la Plaza de Santiago y en noviembre de 1864, ya bajo el gobierno de Polanco, ocupó el cargo de Comandante de Armas en esa misma ciudad. Durante un tiempo estuvo en el campamento general de Las Jabillas, en el entorno de Puerto Plata y en la fase final de la Guerra de Restauración, junto a Melitón Valverde y Ramón Almonte, formó parte de la comisión que discutió con los españoles el canje de prisioneros del siete de abril de 1865. Estuvo activo, sin reposo, durante toda la guerra y al fin de la misma ostentaba el rango bien ganado de general.

TENARES, OLEGARIO

Nacido en Yaiba, demarcación rural de San Francisco de Macorís. Hijo de Francisco Tenares y Josefa de Jesús. Gran propietario

rural, influyente hombre de armas y jefe local. Comandaba tropas formadas por campesinos que él mismo reclutaba y con ellas peleó a lo largo de las campañas bélicas contra los intentos de reocupación haitiana. Alcanzó el rango de comandante, que era equivalente al de mayor.

Cuando se impuso la anexión en 1861, Tenares la rechazó como un patriota. El mismo día en que el jefe españolizado Juan Esteban Ariza dirigía el cambio de bandera en San Francisco de Macorís, Olegario Tenares reunió una partida de sus aguerridos subalternos y se presentó a la ciudad a hacerle resistencia. La intervención del párroco local Francisco Roca evitó un derramamiento de sangre, y el comandante Olegario Tenares retornó a su campo. Fue detenido poco después, pero estaba libre cuando empezó la Guerra de la Restauración.

Luego del pronunciamiento del 16 de agosto en Capotillo, Tenares se adhirió a la acción bélica. Junto a Manuel María Castillo y Cayetano de la Cruz comandó la acción que culminó con la liberación de San Francisco de Macorís el 3 de septiembre de 1863 y desde entonces peleó con su proverbial

e indomable bravura a lo largo de la Guerra Patria; ...*luchó activamente en casi todos los frentes, sin reposo, desde la línea Noroeste, Puerto Plata y La Vega, hasta Paso del Muerto y Bermejo.*

Por disposición del Jefe de Operaciones del Sur y el Este, Tenares fue trasladado con sus tropas hacia los frentes orientales, adonde le llegó el ascenso a coronel. Monte Plata, Los Llanos, Bayaguana y Yamasá fueron campos de acción de este abnegado e incansable soldado, y se cuentan entre sus más grandiosas hazañas el combate que dirigió en Maluco, el 12 de febrero de 1864, contra el ataque lanzado en aquel estratégico paso por el general anexionista Juan Contreras. Los del bando antinacional fueron diezmados y forzados a la retirada y cuentan las tradiciones que en medio de la huida, y entre el humo que nublaba el escenario del combate, Tenares divisó a Contreras, su enemigo personal, cuando huía junto a sus tropas. En voz alta lo llamó a batirse a duelo y Contreras volvió sobre sus huellas, bajó desafiante de la mula en que cabalgaba y, como en los tiempos del Quijote, tuvo efecto un combate personal, en que Olegario

Tenares le dio muerte a su enemigo. El cadáver de Contreras fue enterrado debidamente, y ante la tumba del vencido, con la tropa en formación, Tenares fue ascendido a general de la República.

Según el *Boletín Oficial*, órgano del Gobierno Provisorio, del 26 de noviembre de 1864, Tenares tomó la plaza de Los Llanos, en la región oriental. Mientras peleaba en campos de Hato Mayor fue herido de tres balazos, pero una vez curado de sus heridas, siguió su curso de soldado infatigable a todo lo largo de la guerra nacional.

Al fin liberada la República, Tenares pagó el tributo de su valioso esfuerzo a la actividad política. Se mantuvo en el campo civilista y liberal cuando defendió el gobierno de Ulises Francisco Espaillat en 1876, pero estropeó sus conquistados méritos cuando puso sus capacidades de soldado y su autoridad de caudillo regional, al servicio de la pésima administración de los Seis Años. Tenares murió en Castillo, el 18 de junio de 1907 a los ochenta y cinco años. Su último matrimonio fue con Juana Palomino, nativa de Almacén de Yuna, hoy Villa Rivas.

TIBURCIO, NORBERTO

Oriundo de Jarabacoa. Concurrió con tropas formadas por hombres de su pueblo, a pelear por la liberación de La Vega, que culminó exitosamente el 26 de agosto de 1863. Fue enviado a San José de Ocoa en septiembre siguiente, como parte del estado mayor del general Luperón. El 20 de diciembre recibió orden de trasladarse al estratégico cruce de Piedra Blanca, en febrero fue encargado de la Comandancia de Armas de San Cristóbal.

Alcanzó rango de general, fue miembro de la Junta Revolucionaria de Baní, también jefe del cantón de Yaguata. En uno de sus informes al gobierno provisorio, Tiburcio es vivamente elogiado por el general Luperón, quien destaca la rectitud y la honradez de ese soldado y la contribución que hizo en el campamento de El Maniel para restaurar la disciplina y la moral que, al decir del prócer, habían sido gravemente debilitadas por el general Perico Salcedo.

Tiburcio siguió activo en las luchas políticas en la segunda República, militó principalmente en el campo de los azules, ocupó cargos como el de Jefe Comunal de Jarabacoa en 1876 y el de

Gobernador de La Vega, a partir del 9 de julio de 1878. Murió en su pueblo natal el 1° de enero de 1911.

TOLENTINO, ANDRÉS

Santiaguero. Combatió en las campañas por la Independencia Nacional contra las incursiones haitianas. Estuvo en la célebre y victoriosa batalla de Beler librada en octubre de 1845.

En la Guerra de Restauración, actuó en los combates por la liberación de Santiago en septiembre de 1863. Después del dramático combate del día seis, en medio del cual la ciudad de Santiago fue incendiada, ganó cuerpo una ola de desaliento y decepción en no pocos combatientes patriotas, que confiaron en que después de esa cruda batalla las fuerzas españolas se rindieran. Relata el general Luperón que al retornar al campamento de Marilópez, notó que parte de la oficialidad se inclinaba a la huida y que en medio de esa progresiva descomposición, encontró en sus respectivos puestos y con la moral en alto a unos pocos oficiales entre los que menciona honrosamente al general Andrés Tolentino, quien, por demás, compartía con

Luperón la jefatura de ese famoso cantón de los patriotas.

Cuando los españoles abandonaron la fortaleza San Luis, Andrés Tolentino fue uno de los oficiales que la ocupó. Firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre; al día siguiente fue nombrado Comisario General del Gobierno y también en ausencia de Luperón, quien era el titular del cargo, ejerció interinamente desde el día 15, la comandancia de armas de Santiago. En el Libro de Actas del Gobierno, conservado en el *Archivo Histórico de Santiago*, consta un oficio de fecha 29 de junio de 1864, mediante el cual se informa que el general Andrés Tolentino *acaba de expirar*. Tenía 58 años. Era entonces, Presidente del Consejo de Revisión y mediante el mismo oficio el gobierno ordena rendirle *honoros fúnebres según lo permitan las circunstancias y conforme a ordenanza*.

TOLENTINO, JUAN PABLO

Militar de las campañas por la separación de Haití. Natural de Puerto Plata. Era comandante de las Reservas al servicio de los españoles bajo la anexión. Al resurgir la Guerra de la Restauración

en los campos de la Línea con el pronunciamiento de Capotillo el 16 de agosto de 1863, Tolentino se inició en la jornada con un acto de audacia. Así, el 27 de ese mes, desahogó el repudio que le provocaba la dominación de los españoles y le dio muerte a tiros al cabo Manuel Gutiérrez Riancho, del Regimiento de la Corona. Acto seguido y junto a un hermano suyo llamado Nicolás, Juan Pablo Tolentino se trasladó a Los Ranchos para continuar peleando por la liberación de la Patria. Estuvo destacado en el cantón de Las Jabillas con Gaspar Polanco y comandó uno de los batallones de *Rancheros*. En medio del drama que rodeó el final del general Pepillo Salcedo, el general Carlos Medrano le ordenó a Tolentino hacerse cargo de Salcedo y fusilarlo. Pero Tolentino se negó rotundamente.

En un combate, el comandante Tolentino recibió una herida que lo dejó lisiado para siempre. Por el resto de su vida exhibió orgullosamente su lisiación como si fuese un trofeo de guerra o una ofrenda hecha en provecho de la Patria, hasta morir en Puerto Plata el 30 de septiembre de 1873.

TORIBIO, ESTEBAN

Empezó peleando contra los españoles en su región de residencia en La Línea, y poco después pasó a operar en la región Este. Un parte de guerra del 2 de octubre de 1863 suscrito por Luperón, ubica a Toribio en la importante posición de Maluco, junto al comandante Olegario Tenares. Al parecer adolecía de negligencia en el desempeño de su función, ya que un oficio fechado 4 de marzo de 1864, suscrito por el vicepresidente De Rojas y por Alfredo Deetjen, este último de la Comisión de Guerra, recomienda al general Luperón *que aconseje al coronel Toribio que sea más diestro en hacerse obedecer, pues su natural apatía es muy perjudicial a la seguridad del servicio.*

TORRES, NORBERTO

Oficial de caballería en los tiempos de las luchas por la Independencia. Opositor militante a la anexión, estaba al tanto de los preparativos del movimiento que se organizaba en diversos puntos del Cibao y una indiscreción suya alertó a los españoles.

Se dice que Torres estaba borracho en casa de una querida suya, y al oír el saludo de un soldado español que le dijo: *¿Qué*

tal, paisano?; Torres, sin reparar en las consecuencias, le contestó el saludo: *¿Paisano yo de usted? Dentro de cinco días, ustedes los españoles sabrán lo que les espera.* Casi enseguida empezaron las detenciones, y Lucas de Peña decidió precipitar el asalto a la plaza de Guayubín el 21 de febrero de 1863. Guayubín y Sabaneta cayeron en manos de los patriotas, pero el movimiento no tuvo continuidad inmediata y fracasó ante el contraataque de los españoles. Norberto Torres huyó hacia territorio haitiano y se puso a salvo de la condena a muerte que la corte militar que juzgó esos hechos, dictó contra él.

Volvió de Haití a combatir los españoles y peleó en escenarios tan diversos como El Duro, Guayubín, Laguna Verde y el Algodonal. Conforme al historiador Rufino Martínez, en el curso de la guerra, Torres se tornó indiferente, especialmente cuando asomó el peligro de una invasión masiva de los españoles por Monte Cristi. Se volvió sospechoso a la vista de las autoridades e incluso se le mantuvo brevemente confinado en Santiago, hasta que, al parecer, se despejaron las dudas.

En el año 1877 militaba en el bando azul y dos baecistas, John Brigham y Juancito Díaz, sorprendieron a Norberto Torres y lo asesinaron a traición en su propia casa en Guayubín.

TRINIDAD Y LÓPEZ, MARCOS

Nacido en El Jamo, La Vega, en el año de 1802. Como soldado de las luchas de separación de Haití, estuvo en la batalla de Santiago, el 30 de marzo de 1844. Era capitán. Al iniciarse la Guerra de Restauración, organizó tropas con habitantes de su lugar y con ellas contribuyó a la liberación de la plaza de La Vega el 26 de agosto de 1863. En cooperación estrecha con los hermanos Miguel y José Abreu, con Dionisio Troncoso y Basilio Gil, todos vegaños, las fuerzas restauradoras pusieron en fuga al gobernador españolizado, Esteban Roca, quien huyó con el resto de sus tropas hacia la Capital. Tras el pronunciamiento de La Vega, Trinidad fue trasladado al Este, a las órdenes de Esteban Adames y Eusebio Manzueta.

Con el prestigio que ganó gracias a su eficaz participación en la Guerra Patria, Trinidad

volvió a vivir a su campo de El Jamo, intervino ocasionalmente en la vida pública, y murió donde mismo había nacido ochenta años antes, el 23 de enero de 1882.

TRONCOSO, DIONISIO

Vino al mundo en 1834. Higüeyano. Residía en la jurisdicción de La Vega en tiempos de la anexión y, en coordinación con los hermanos Abreu, con Basilio Gil y otros comandantes locales, dirigió el ataque que culminó con la liberación de La Vega el 26 de agosto de 1863. Enseguida Troncoso pasó a Santiago y allí combatió con valentía contra los españoles. Cumplió misiones militares en el Este. Estuvo cerca del presidente Salcedo que en ocasiones delegaba en Troncoso su propia representación en la firma de documentos oficiales. Troncoso tenía sus habilidades para escribir y después de la Guerra de Restauración, se ocupó de dejar escritos sus *Apuntes*, en los cuales relata episodios de la gesta y especialmente incidencias del reñido sitio de Santiago.

En contradicción con su historial de restaurador distinguido

y en desmedro de su proceridad, Troncoso se destacó como un intransigente baecista, hasta el punto de respaldar el régimen de los *Seis Años*, del 1868 al 1874, y las gestiones que hacían Báez y sus asociados para anexar el país

a Estados Unidos. Era uno de los redactores del *Boletín Oficial*, órgano del gobierno, en el cual se defendían las posiciones y los actos de la tiranía y se llenaba de oprobiosos insultos a sus opositores. Troncoso murió en 1891.



UREÑA, BASILIO

UREÑA, BASILIO

De Santiago. Cuando terminó el sitio a esa ciudad con la retirada de los españoles el 13 de septiembre de 1863, y se constituyó el Gobierno Provisorio encabezado por Salcedo, Ureña fue enviado a los escenarios del Este, junto al general Gregorio Luperón. No tardó en conquistar la confianza de su superior, y en un oficio del gobierno consta el hecho de que con el coronel

Basilio Ureña y el también coronel Ramón Batista, se enviaba una importante remesa de dinero a Luperón, que estaba reclamándola con especial urgencia, bajo las apremiantes necesidades de la guerra.

Cuando volvió a Santiago, tras sus servicios en el Este, Ureña fue ascendido a general. Después de la guerra tuvo militancia en el Partido Azul, capitaneado por Luperón.



VALVERDE Y LARA, PEDRO
VALVERDE, MELITÓN
VALVERDE, SEBASTIÁN
VELÁSQUEZ, CAYETANO
VIDAL PICHARDO, JOSÉ
VIÑALS, FRANCISCO –PANCHOLO–

VALVERDE Y LARA, PEDRO

Nació en Las Calabazas, Baní, el 5 de julio de 1818. Era hijo de Miguel Valverde y Marcela Lara. Creció en la Capital. Estuvo en la Puerta del Conde la noche del 27 de febrero de 1844, en que se proclamó la República. Militar de las campañas por la Independencia, alcanzó el rango de coronel.

En 1861, al decretarse la anexión, quedó alistado en las Reservas con el grado de general. Defensor cerrado de la anexión, sirvió a los españoles como Gobernador de Santo Domingo y seguía en el cargo aún después de estar la Guerra de la Restauración en desarrollo. Los españoles premiaron los servicios de Valverde y Lara, y en octubre de 1863 le otorgaron la medalla de Carlos III.

Cayó Valverde y Lara bajo sospecha de desafección por parte de los españoles y se dispuso su encierro en una celda de la fortaleza Ozama. El general Santana intercedió por él ante el Capitán General Carlos de Vargas y logró que se lo entregaran para llevarse lo consigo al campamento de Guanuma. En ese punto, Valverde y Lara desplegó una silenciosa y efectiva campaña entre

los soldados, que empezaron a desertar del bando antinacional en cantidad cada vez mayor. Las tropas de San Cristóbal, en las que Santana depositaba una gran confianza, desertaron en masa.

Fue descubierto al fin, apresado de nuevo y desterrado el 9 de marzo de 1864, a la isla española de Santa Catalina, en Cádiz, adonde llegó en abril siguiente. Antes del fin de la guerra estaba de retorno, se acercó al presidente Pimentel y se encontró Valverde y Lara que había sido tratado con desdeñosa frialdad por el presidente Pimentel. Entonces se acercó a Cabral y, junto a Manzueta y Marcos Adón, estimuló la insurrección mediante la cual Cabral derrocó a Pimentel y se hizo con el gobierno apenas 27 días después de irse los españoles. Entonces Pedro Valverde y Lara ejerció la Secretaría de Guerra y Marina.

Bajo la dictadura de los Seis Años se opuso a los proyectos anexionistas de Báez y su camarilla y en 1868, al comienzo mismo de aquel régimen, volvió a la cárcel. De nuevo lo mandaron al destierro, desde donde siguió luchando contra Báez. Murió cuando nacía el siglo veinte, el 31 de marzo del año 1900.

VALVERDE, MELITÓN

Capitaleño. Médico. Legislador por Santiago en el año 1861, y en pleno Congreso, junto a Manuel María Valverde y Pedro Bonilla, protestó de viva voz contra el acto de anexión que promovía Santana. Desde que se inició la guerra lo expulsaron del país. Ocurrió esta deportación el 21 de septiembre de 1863, cuando el Capitán General Felipe Rivero y Lemoine redujo a prisión a un numeroso grupo de dominicanos y los embarcó hacia Puerto Rico, donde padecieron inenarrables martirios.

Valverde estaba en Saint Thomas en abril de 1864, y recibió de manos del mismo patricio Juan Pablo Duarte el nombramiento de Ministro Plenipotenciario que el gobierno Restaurador le otorgaba, para que de mancomún con Duarte, representara la República ante los gobiernos suramericanos. Se estableció en Venezuela como Encargado de Negocios y desde allí, aunque su misión no tuvo la fortuna que se esperaba, envió ayuda económica al movimiento Restaurador. Regresó en enero de 1865 y fue miembro de la comisión negociadora del Acuerdo de El Carmelo, que terminó por ser rechazado por el go-

bierno nacional, en vista de las cláusulas onerosas que contenía.

El 7 de abril de 1865, junto a Ramón Almonte y Manuel Tejada, integró la comisión que discutió el canje de prisioneros en Puerto Plata.

En las luchas políticas y armadas de la República, el doctor Melitón Valverde militó con los azules, y tras numerosos incidentes en su vida pública, se fue a residir a Puerto Rico. Regresó a su país y, como si la muerte hubiese estado a la espera de verlo de nuevo en territorio dominicano, se lo llevó el 9 de febrero de 1885, en la común capitaleña de San Carlos, a las cuarenta y ocho horas de haber llegado del exterior. Tenía cincuenta y dos años.

VALVERDE, SEBASTIÁN

Nació en Santiago en 1819. Platero de oficio, soldado en las campañas contra las invasiones haitianas. Actuó en la batalla del 30 de marzo de 1844, en Santiago. Estuvo preso por su actuación en el movimiento patriótico y antianexionista del 24 febrero de 1863 en esa ciudad. Recuperó su libertad y volvió a la lucha. Fue de los organizadores del Gobierno Provisorio y miembro del

mismo. Firmó el Acta de Independencia del 14 de septiembre de 1863 y en el 1864 ocupó el alto cargo de Ministro de Interior y Policía.

Después de la evacuación de las tropas españolas en julio de 1865, el general Cabral, quien había derrocado al presidente Pimentel, viajó al Cibao en misión de contacto y acercamiento a los habitantes de esa región, y Valverde, en su calidad de destacado civilista, fue uno de los más descollantes personajes con los que el presidente se entrevistó en Santiago.

Después de la guerra nacional, se retiró a su actividad privada en la misma ciudad de su nacimiento, que lo vio morir en 1892.

VELÁSQUEZ, CAYETANO

Nació en 1835, en la Capital hijo de Manuel Velásquez y Clara Martínez. Zapatero, oficial de las luchas por la Independencia, fijó su residencia en el Cambro-nal, hoy Galván, jurisdicción de Neyba. En 1855 fue arrestado en Higüey, donde prestaba servicio como militar y fue acusado de conspirar. Pasó dos años en la prisión de la fortaleza Ozama, en Santo Domingo, y al ser puesto

en libertad en 1857, volvió a vivir en Neyba. Allí estaba cuando fue proclamada la anexión, y Velásquez preparó en secreto un levantamiento que se inició bajo su dirección el 3 de febrero de 1863, sin conexión aparente con la sublevación que estalló dieciocho días después en el Cibao. Al frente de unos cincuenta hombres, Cayetano Velásquez hizo preso a Domingo Lazala, Comandante de Armas de la villa y al fragor de los tiros, declaró la Restauración de la República soberana.

Tomás Bobadilla, hijo, que en principio había rechazado la anexión para apoyarla luego; y el alcalde español en Neyba, encabezaron la reacción oficial y, el movimiento, sin el respaldo ni la fuerza necesaria, no tardó en fracasar. Volvió Velásquez a la prisión, lo alcanzó el beneficio del indulto cuando pesaba sobre él una condena a muerte, y al verse libre y estallar la guerra en agosto de 1863, Cayetano volvió a las armas al lado de los patriotas. Estuvo a las órdenes del jefe Florentino, en Azua, Baní, San Cristóbal y otros campos de combate del Sur. Cayó preso de nuevo en la cuesta de Sabana Buey, atrapado por el

coronel de las Reservas Felipe Segura y por el civil, servil a los españoles, Manuel de Regla Báez, según un oficio suscrito por el general anexionista Eusebio Puello, fechado 24 de noviembre de 1864, en Matanzas, Baní, y transcrito por Emilio Rodríguez Demorizi en su obra *Próceres de la Restauración*.

Pasó Velásquez casi el resto de la guerra encarcelado y salió libre cuando se produjo el canje de abril de 1865, en Puerto Plata. Después de la liberación tuvo su correspondiente participación como político y hombre de armas. Conforme a su pasado de soldado restaurador, Cayetano Velásquez combatió la dictadura antinacional de los Seis Años, cayó preso una vez más, al comienzo de la misma, y esos seis años los pasó en la cárcel.

VIDAL PICHARDO, JOSÉ

Santiaguero. Patriota probado en los tiempos de la primera República. Soldado de las campañas contra las invasiones haitianas y partícipe del movimiento iniciado el 4 de julio de 1844, en Santiago, con el fin de llevar a Juan Pablo Duarte a la presidencia. Bajo el régimen de la

anexión, Vidal era teniente coronel de las Reservas, y se contó entre los principales protagonistas del fallido levantamiento del 24 de febrero de 1863 en Santiago. Desde que sobrevino la derrota, Vidal Pichardo y muchos de sus compañeros de empresa se trasladaron a Sabaneta, donde se combatía desde el 21. Fueron acogidos por los linieros, pero allí también la Revolución estaba en retirada.

Las tropas españolas habían pasado a la acción en represalia, al mando de verdaderos tiranos como Manuel Buceta y Juan Campillo, quienes convirtieron las villas y aldeas del Noroeste en escenarios de toda clase de crímenes y abusos. Más de ochenta caseríos fueron quemados, y sus habitantes sometidos a todo tipo de vejamen y atropello. Un denso y angustioso ambiente de terror sobrecogía a la población, y Vidal no tardó en caer en manos de sus perseguidores. Lo engañaron con una falsa promesa de perdón, lo mismo que a muchos de sus compañeros de causa, víctimas de la misma felonía. Fue juzgado por un Consejo de Guerra, condenado a muerte y fusilado a las siete de la mañana del 17 de abril de ese año,

en el cementerio de Santiago, junto sus compañeros, el poeta Eugenio Perdomo, Pedro Ignacio Espaillat, Ambrosio de la Cruz y Carlos de Lora.

**VIÑALS, FRANCISCO
-PANCHOLO-**

Hijo de catalán. Nació en Santiago y se destacó como uno de los más prósperos y conocidos comerciantes de esa plaza. Combatió por la causa nacional cuando se vio amenazada por las invasiones haitianas que siguieron a la proclamación de la República en 1844 y perduraron hasta 1856. Al fin de esa época Viñals era coronel de caballería.

Más que la sangre española que corría por sus venas, pesó en sus afectos y sus sentimientos de hombre probo, el amor al suelo donde nació, se hizo hombre y prosperó como co-

merciante en gran escala. Se opuso a la anexión y llegó a desafiar abiertamente al fúnebre brigadier Buceta, símbolo del terror sembrado por las autoridades españolas de ocupación. Su casa comercial llegó a convertirse en centro de reuniones conspirativas y punto habitual de prominentes civilistas y nacionalistas, como Bonó y Espaillat, Deetjen, De Rojas, Benedicto Almonte y Sebastián Poncerrate.

Comercializaba con armas, pólvora y municiones de diversos tipos, y pudo encubrirse en esa condición para convertirse en proveedor de material de guerra para los patriotas. Uno de los más célebres servicios de Viñals fue la contribución que hizo a que Pepillo Salcedo se fugara de la cárcel vieja donde estaba encerrado acusado de homicidio en agosto de 1863.



ZAFRA, JUAN BAUTISTA

ZAFRA, JUAN BAUTISTA

Miembro de la generación de jóvenes intelectuales capitaleños portadores de las más avanzadas concepciones del civismo en aquel medio. En principio se declaró tajantemente opuesto a la anexión, pero poco después se inclinó ante la fuerza de hechos que parecían irrevocables. Al estallar la guerra volvió a su posición original y se colocó al lado de la dignidad de su patria. Fue uno de los dirigentes de la Junta Revolucionaria que, aunque no pudo lograr que la población se sublevara y pusiera fin al dominio español, como lo hicieron otras ciudades, en cambio, tal Junta operó clandestinamente en Santo Domingo, y entre reuniones y contactos realizados al abrigo de los viejos patios y los centenarios muros de la villa, servía de apoyo a las operaciones en los frentes y de estímulo al sentimiento patriótico.

Cuando ya se avizoraba el fin de la Guerra Patria, Zafra y otros jóvenes progresistas formaron una sociedad nombrada *Regeneración*, con el fin expreso de constituirse en fuerza patriótica

nacional. En carta fechada 26 de marzo de 1865, se dirigieron formalmente al general Luperón y le pidieron que se pusiera al frente de la aludida institución cívica. Entre los firmantes junto a Zafra estaban Segismundo Robiou, Abelardo y Francisco Dubreil, Luis María Caminero, Daniel Henríquez y otros valores juveniles de pensamiento nacionalista y liberal. Los vientos tormentosos de las luchas intestinas que siguieron a la liberación de la República en 1865 se llevaron de encuentro a la *Sociedad Regeneración*, y sus miembros no pudieron lograr los nobles fines que proclamaban.

Se impuso en 1868 la dictadura encabezada por Báez y vino la *Guerra de los Seis Años* contra aquel gobierno asesino de las libertades y promotor de la anexión a los Estados Unidos. Zafra prefirió irse a vivir al extranjero. Regresó al país después del fin de ese régimen. En 1875 fue Ministro de Interior y Policía y más adelante volvió a partir al exterior. Murió en Panamá, en el año 1886, a los 46 años.

Bibliografía

- Compendio de la Historia de Santo Domingo*, José Gabriel García.
- De Capotillo a Santiago*, General Benito Monción.
- Diario de la Guerra Dominico-Española*, Archivo General de la Nación.
- Diccionario Biográfico Histórico Dominicano*, Rufino Martínez.
- Enciclopedia Dominicana*, Varios Autores.
- Gregorio Luperón (Biografía Política)*, Hugo Tolentino Dipp.
- Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*, Manuel Rodríguez Objío.
- Historia de la Restauración*, Pedro María Archambault.
- Historia Gráfica de la República Dominicana*, José Ramón Estella y José Alloza Villagrasa.
- Informe de la Comisión de Investigación de los Estados Unidos de América en Santo Domingo, 1871*, Emilio Rodríguez Demorizi.
- La Batalla de La Baranquita*, Manuel Rodríguez Bonilla.
- La Viña de Naboth*, Sumner Welles.
- Libro de Actas del Gobierno Restaurador*, Archivo Histórico de Santiago.
- Los Motivos del Machete*, General José Miguel Soto Jiménez.
- Memorias de Concho Primo*, General José Miguel Soto Jiménez.
- Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas*, General Gregorio Luperón.
- Noticias de Puerto Plata*, Fundación Alonzo Rodríguez Demorizi.

Obras Completas y Ensayos Históricos, Sócrates Nolasco.

Orígenes y Proyecciones de la Revolución Restauradora, Guido Gil.

Próceres de la Restauración, Emilio Rodríguez Demorizi.

Revista Clio, Academia Dominicana de la Historia.

Sociología Política Dominicana, Juan Isidro Jiménez Grullón.

A decorative flourish consisting of intricate, symmetrical scrollwork and leaf-like patterns, rendered in a dark gray color. It is positioned to the left of the text.

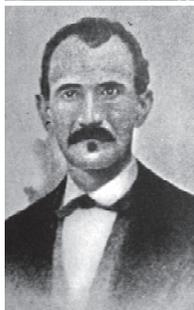
APÉNDICE
FOTOGRAFICO



Adón,
Marcos.

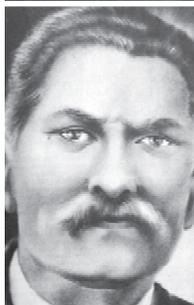
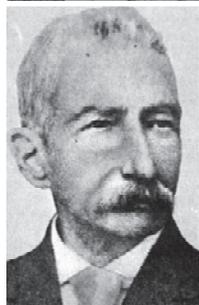
Álvarez,
Juan.

Bobadilla,
Tomás hijo.



Bonó,
Pedro
Francisco.

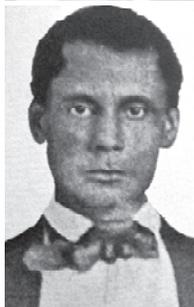
Cabral,
José Ma.



Castillo,
Manuel María.

Curiel,
Julián Belisarui.

Deetjen,
Alfredo.



De Lora,
Carlos.

Del Rosario
Sánchez,
Francisco.

De Rojas,
Benigno
Filomeno.



Duarte,
Juan Pablo.

Durocher,
Barón.

Espailat,
Pedro Ignacio.

Espailat,
Ulises
Francisco.



Florentino,
Pedro.

García,
Federico
de Jesús.



García,
José Gabriel.

Gaspar,
Polanco.

Glass,
José Manuel.





Gómez,
Teodoro.

Grupo
de soldados.

Guillermo,
Cesáreo.



Guillermo G.,
Pedro.

Heneken,
Teodoro.



Heureaux,
Ulises.

Imbert
Segundo.

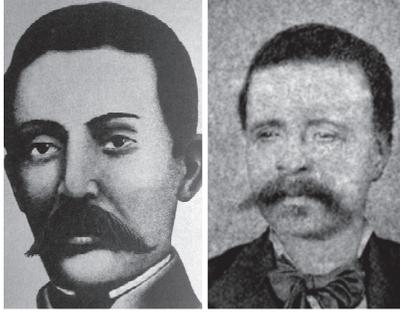
Luperón,
Gregorio.



Marsán,
Humberto.

Mella,
Idelfonso.

Mella
Matías
Ramón.

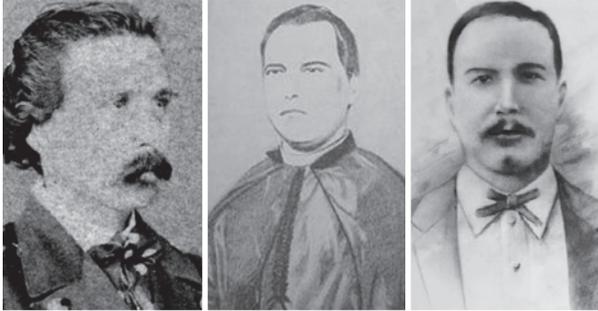


Monción,
Benito.

Pimentel,
Pedro.

Pina,
Calixto M.

Pina,
Pedro
Alejandro.



Pujol,
Pablo.

Rodríguez
Objio,
Manuel.



Rodríguez,
Santiago.

Salcedo,
José Antonio.



Este libro
Diccionario Biográfico de los Restauradores de la República
de Rafael Chaljub Mejía
de la Colección Banreservas,
Serie Historia. Segunda época. Volumen 2,
terminó de imprimirse en el mes de octubre de 2007
en los talleres de la Editora Amigo del Hogar,
Santo Domingo, Ciudad Primada de América,
República Dominicana

Rafael Chaljub Mejía nació en los campos de Nagua, en el Nordeste, en 1942. Militante político de izquierda desde 1961. Autodidacta. Escritor. Fue columnista fijo por cerca de diez años, y redactor de trabajos de historia del vespertino Última Hora. Ha escrito también para otros periódicos como El Caribe, El Nuevo Diario y el vespertino El Nacional.

Ha publicado: Golpe a Golpe, 1990; La Guerrilla del Decoro - Memorias-, 1993; ¿Por Donde Avanzar?, 1997; Cuesta Arriba - Memorias-, 1998; He Aquí la Izquierda, 2000; Habla Merardo Germán, Un Guerrillero de Constanza, 2001; Antes de que te Vayas... Trayectoria del Merengue Folclórico, 2002; La "Era" en los días del Fin, 2006. Diccionario Biográfico de los Restauradores, es su noveno título publicado en los últimos diecisiete años.

Con esta obra se viene a suplir un vacío que consideramos inexplicable en la bibliografía nacional, pues no tenemos conocimiento de que se haya publicado anteriormente ninguna obra que presentara de manera condensada, con sencillez, propiedad en la redacción y con ciertos datos históricos, quienes fueron los hombres de la Restauración. El libro tiene como principal objetivo ofrecer, con visión abarcadora, los rasgos biográficos y las hazañas de las principales figuras de esta epopeya.

El volumen de Chaljub Mejía está escrito en un lenguaje directo y claro, de fácil comprensión para la mayoría de nuestros ciudadanos. El texto evita caer en el tratamiento de temas polémicos o en dificultades de carácter crítico-historiográfico, ya que pretende ser una obra dirigida a quienes se introduzcan en el estudio de la historia y en la comprensión humana del proceso histórico de la Restauración.